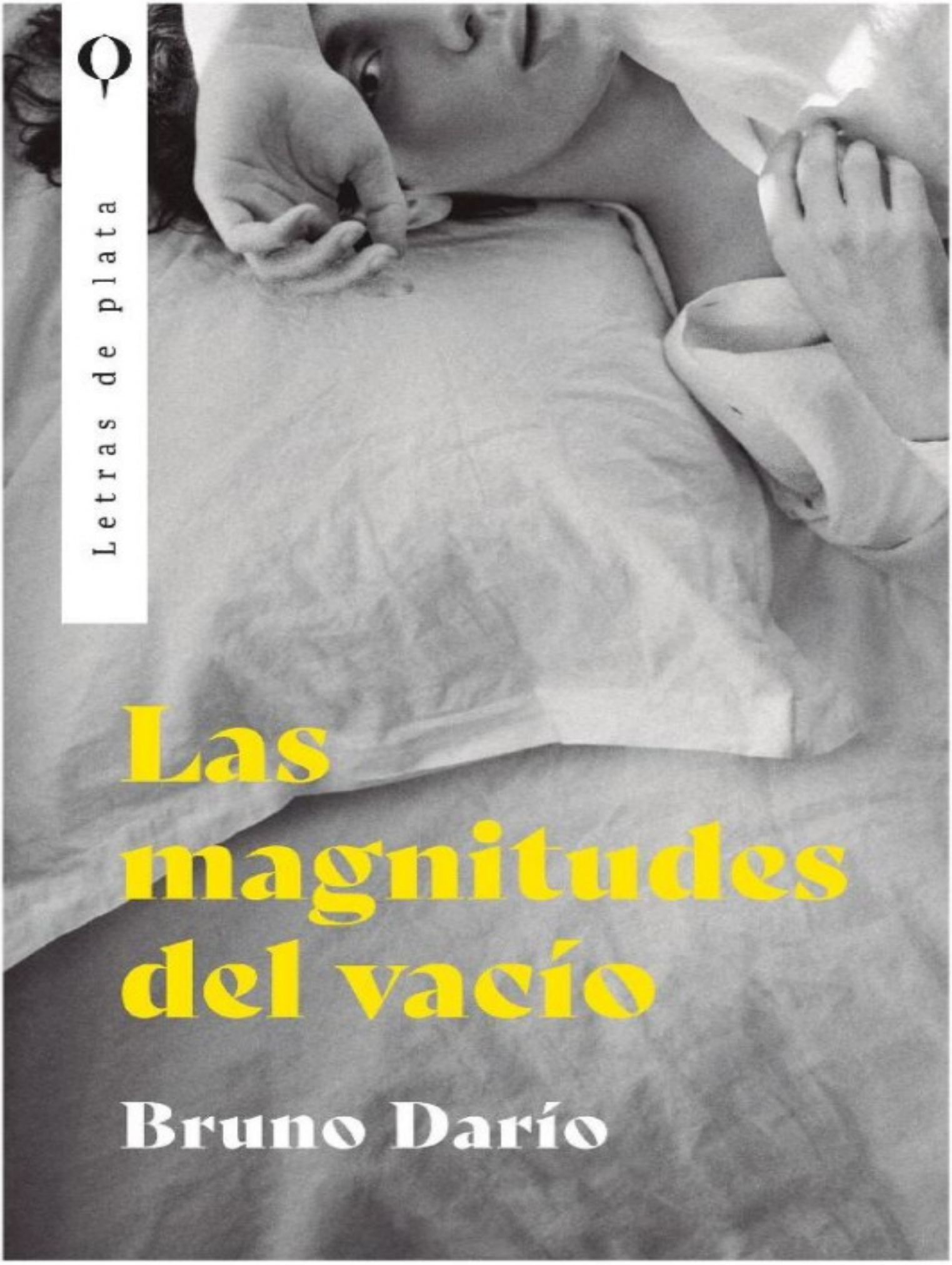
Letras de plata



# Las magnitudes del vacío

Bruno Darío

# Las magnitudes del vacío

Bruno Darío

Plata

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

1.ª edición: febrero 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* , bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2026 *by* Bruno Darío
All rights reserved
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.letrasdeplata.com

ISBN: 979-13-87750-97-8

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

«Oh, books, books… Terrible things, books. Cause nothing but trouble».

—*Heatwave* , Penelope Lively

«El amor es profundo, un misterio; ¿quién querría entender todos sus pormenores?».

—*Las horas* , Michael Cunningha m

*A Pepe. Gracias a ti existen esta y todas mis historias .*

# PRÓLOGO
# Riviera italiana, 2018

El resplandor lo ciega. El sol de finales de junio está a punto de desaparecer tras la colina escarpada con un halo dorado rosáceo que baña la cala y las pieles que la pueblan con una luz cálida. El agua ondulante riela y, para protegerse los ojos, Ennio se baja las gafas de sol de la cabeza y casi ni nota su peso cuando se las posa sobre la nariz; desde que puede permitirse comprar gafas caras y cómodas, a menudo incluso se olvida de que las lleva puestas. Camina sobre los guijarros de la orilla con cuidado de no tropezarse y tirar al mar el cosmopolitan que sostiene en la mano izquierda y que, después de tanto tiempo, aún pide siempre con cierta melancolía entretejida en la voz. Con la derecha, mientras emerge por completo del agua, se baja ligeramente el *slip* verde menta; solo unos milímetros, algo tal vez casi imperceptible para los demás pero, para él, lo que marca la diferencia entre ser uno más y deslumbrar por esa uve que tanto le ha costado cincelar en el gimnasio. Después se pasa la mano por el pelo rubio engominado para asegurarse de

que siga tal y como se lo ha dejado esta mañana el peluquero que le recomendó Paolo; el otro motivo, junto con el cóctel, por el que solo se ha metido en el mar hasta la cintura. *Sí* , concluye Ennio, *todo está como debería* . El pelo, intacto; el bañador, bajado por delante pero sin dejar de sostenerle y resaltarle las nalgas trabajadas; los muslos, húmedos y suaves, libres de vello, al igual que los pectorales.

Y al parecer ha surtido efecto: a unos diez pasos de él, cerca de las sombrillas del hotel que se alza entre las rocas, donde lo esperan Paolo y Alice, un chico de tez olivácea, rostro de querubín y pelo oscuro y rizado le hinca unos ojos verdes, hambrientos, afilados como colmillos. Ni siquiera intenta ocultarlo, aunque esté tirado en la arena con varios amigos de veintipocos, calcula Ennio. Los demás los ignoran, no son conscientes de la trayectoria de sus miradas, de la electricidad que chispea en el aire en el punto en que impactan la una contra la otra, a pesar incluso de las gafas de Ennio.

Cuando se dibuja una sonrisa ávida en la cara del muchacho, Ennio desvía la vista. Sabe que no puede ponérselo tan fácil, que lo sencillo no es tan atractivo, tan satisfactorio. Y él, tras toda esa ostentación, por debajo de los músculos y las prendas caras, sigue siendo el chico inseguro que era dos años atrás, cuando dejó el pueblo con unos sueños que hasta él mismo se sorprende aún de haber cumplido. De modo que necesita asegurarse de que el muchacho sigue insistiendo, de que su propio magnetismo es lo bastante fuerte como para merecer el esfuerzo. Continúa caminando hacia la mesa de sus amigos y pasa por delante del grupo de jóvenes tensando los abdominales y arqueando la espalda, sin desviar la vista ni un segundo de su destino. Cuando se sienta tras bordear las tumbonas del hotel, con la conversación que mantienen Alice y Paolo sobre la fiesta que van a celebrar esta noche en la villa de fondo, se permite respirar al fin, tras asegurarse de que el tablero de la mesa le oculte el vientre; aún hay unos dos dedos de carne

que sobresalen sobre la goma del *slip* al sentarse y que le gustaría haber podido quemar antes de llegar a Italia, y ahora los exuberantes festines de Alice y Paolo se lo dificultan más aún.

Adam y Rita van a llegar tarde, anuncia Paolo en un inglés melodioso, impregnado de Italia, sin levantar la vista del móvil.

Los mechones color miel le caen por delante de la cara, que también ha adquirido un tono similar tras semanas y semanas de playa, como si a todo él lo hubieran bañado en bronce: el color de quienes pueden permitirse pasar gran parte del año brincando de un país a otro, persiguiendo el sol. El efecto general es juvenil a pesar de sus cuarenta y siete años; la combinación entre la fortuna genética y la económica lo ha convertido en un hombre poseedor de una belleza natural acentuada y preservada a golpe de cartera.

Me acaban de decir que aún están volviendo de Milán y no van a poder llegar para cuando sirvan la comida, añade. Pero prometen que se pasarán a última hora, para el cóctel, al menos.

Alice resopla y deja en la mesa, con un golpe seco, el Sapphire Martini in the Mediterranean, como llama ella a la versión del Sapphire Martini in the Mezz, el cóctel exclusivo que ofrecen solo en el Foxwoods Resort Casino de su Connecticut natal y que ha estado obligando al camarero del hotel a recrear para ella cada tarde.

Por mí como si se quedan en Milán, dice, poniendo los ojos en blanco y sacudiéndose con la mano el pelo corto, decolorado y húmedo, con lo que desata una tormenta de gotas diminutas, saladas y brillantes.

¡Alice!, protesta Paolo antes de darle una palmada en el hombro a su mujer. Pero si no te han hecho nada.

No, a mí no, concuerda Alice. Pero ¿es que ya no te acuerdas de las miraditas que intercambiaron cuando les comentamos lo de Aleksandra?

Bueno, pero los necesitamos en la fiesta para que nos presenten a…

¡Como si recurrir a una madre de alquiler fuera un crimen!, lo interrumpe Alice al tiempo que se recuesta en la silla.

Paolo mira a Ennio como si quisiera comprobar si se ha ofendido, ya que intuye, por conversaciones pasadas, que se trata de un tema

sobre el que tienen opiniones enfrentadas, aunque Ennio nunca se haya atrevido a decirlo abiertamente. ¿Cómo va a llevarle la contraria al editor al que le debe su nueva vida? Pero Ennio tan solo ríe, distraído, porque se ha quitado las gafas de sol y no ha podido evitar lanzarle una vez más su mirada al chico de la arena, que al principio ha rebotado como un guijarro sobre la superficie calmada de sus ojos, pero al instante, para su sorpresa, esos pantanos esmeralda la han absorbido y no parecen tener intención de dejarla escapar. Más atónito se queda aún cuando lo ve darle un codazo a uno de sus amigos, mover los labios, ponerse en pie y caminar hacia él sin apartar la vista. Se acerca a él, un paso, dos, tres. Está a su lado, casi podría tocarlo, y sigue mirándolo, bañándolo con la luz de sus ojos, insuflándole un ímpetu que esos días solo los chicos atractivos y atrevidos como él logran infundirle, pero no aminora la marcha al llegar a su mesa, sino que le ofrece un guiño brevísimo, casi inapreciable, tanto que Ennio duda si ha ocurrido de verdad, y pasa de largo. Solo entonces recuerda que debe respirar.

No sabe qué hacer. ¿Debería girarse? ¿Querría decirle algo con ese guiño? ¿Estará dirigiéndose hacia la zona de rocas y árboles donde el agua cubre solo hasta los tobillos y se rumorea que los chicos aviesos de la zona se encuentran al caer la noche?

Ennio. Ennio. Ennio, piensa, pero no sabe por qué está pensando en su propio nombre, si es posible que haya llegado el día en que ha perdido por completo la cabeza. Su inquietud se disipa cuando descubre que en realidad no lo estaba pensando, sino que lo está pronunciando Alice, llamándolo desde la vida real.

Aun así, Ennio la ignora, se da la vuelta desde la silla y ve la silueta del chico alejarse, todavía mirándolo por encima del hombro.

Ahora vuelvo, balbucea conforme se levanta y se aleja, olvidándose las gafas en la mesa, junto a la cordura.

Oye los murmullos sorprendidos y confusos de sus amigos a su espalda, pero le da igual, no le importa nada, porque está siguiendo al chico. Lo está siguiendo, Dios. ¿Por qué lo está siguiendo? Todos los de la cala deben de estar mirándolo. Todo el mundo debe de saber que está haciendo el ridículo, que está persiguiendo a un muchacho joven, guapo y con aspecto de hetero que se dirige a las

rocas.

Pero necesita confirmar que es real, que el chico lo desea, que puede seguir consiguiendo todo lo que se propone.

Que su ambición no es desmedida.



Ennio se mira al espejo antes de bajar al salón. La luz fuerte y fría del dormitorio en el que lleva ya casi un mes le resalta las líneas superficiales que cuando está cansado o estresado le rodean la boca y los ojos y que le recuerdan que le quedan solo tres años para la treintena. De nuevo, imperceptibles para los demás; de nuevo, decisivas para su mente con tendencia a exagerar, a caricaturizar. Durante un momento vacila, empieza a convencerse de que debería echarse atrás, de que no puede bajar, de que no pinta nada en esa fiesta tan fastuosa, pero luego lo recuerda: es Ennio Parisi, el autor de una de las novelas «más ambiciosas y cautivadoras de los últimos años», según el *New Yorker,* una novela *best seller* del *New York Times* , ganadora del Premio Rayfet a Nuevos Autores, elegida como una de las diez mejores novelas del año por *Vogue* , Vulture y una lista tan extensa de medios que incluso él los olvida. Un día más, tiene que decirse a sí mismo ante el espejo que ya ha dejado atrás a ese joven irrelevante que abandonó su país nada más terminar la carrera de Periodismo y decidió probar suerte en Londres con tan solo un manuscrito inacabado y varios relatos mediocres publicados en revistas literarias que solo conocen los escritores novatos que viven crónicamente *online* . Que ha pasado demasiado desde entonces. Se da la vuelta y se quita el albornoz frente al reflejo del ventanal con vistas al mar, mucho más difuminado y halagador, se sube los pantalones *beige* de lino que lo esperaban planchados sobre la silla del escritorio y se abrocha solo los tres botones inferiores de la camisa verde lago pensando que un poco de pectorales nunca viene mal, consciente de que la fiesta estará repleta de agentes y editores y productores reputados cuya atención es más fácil captar mediante la carne que con palabras.

Al bajar las escaleras en espiral y oír la cháchara que flota sobre el

*jazz* que suena de fondo, se va sintiendo más animado y decidido. Esto es lo que siempre ha querido: caviar, coñac, actores, directores de cine, autores a los que siempre ha admirado y que ahora engrosan la agenda de su móvil. Le gustaría poder sentirse siempre así, acallar la voz que le recuerda el pasado, todo lo que hizo mal. Esa voz que tanto se parece a la de Clive. ¿Cómo puede recordar aún a la perfección su tono, su acento de buena familia de Londres, si lleva casi un año sin oírlo?

La voz que oye ahora, sin embargo, es otra, una con unos rasgos claramente estadounidenses, mucho menos melódica:

¡Hombre, ya era hora!, le grita Alice, que lo mira desde los pies de las escaleras con un vestido vaporoso y de un blanco más cegador que su cabello. ¿Estabas echándote una siestecita para reponer fuerzas después del revolcón de esta tarde o qué?

Ennio ríe, pero no entra en el juego; siempre intenta evitar hablar de sus aventuras con Alice. Si la mitad de sus amigos no fueran maricones, Ennio habría jurado que Alice era la típica republicana conservadora y homófoba. Aun así, está convencido de que es una de esas mujeres ricas de mediana edad que dividen a los gais en dos categorías bien delimitadas, que solo tolera a los «buenos» (casados, con buenos trabajos y chalés con jardín y valla blanca) y mira por encima del hombro a los «malos» (activistas, rebeldes, adictos al *cruising* y al *popper* ). Y, dado que él no sabe bien dónde encajaría en dicha dicotomía, le parece mejor no revelar demasiado de su vida privada. Mejor sonreír y sacudir la cabeza. Mejor mantener el ambiente ligero.

Son amigos desde hace unos meses, íntimos, según asegura Alice cuando lo presenta en sociedad, pero en realidad no sabe casi nada de ella. Paolo, su editor, los presentó en la fiesta de la publicación de la novela en febrero, y desde entonces se han visto casi cada semana, en cenas, reuniones y eventos, y ahora Ennio lleva todo junio en la villa de la pareja, adonde Paolo lo ha invitado para pasar el verano en cuanto la novela se convirtió en solo un mes en la más vendida de Winman, el sello de ficción literaria de LitHouse, su grupo editorial, para asegurarse de que Ennio escriba una segunda novela tan buena como la primera. Tan exitosa, al menos; la calidad es

subjetiva, como siempre le recuerda Paolo cuando a Ennio lo embarga el síndrome del impostor.

Antes de que Ennio pueda conjurar una respuesta apropiada y evasiva, Alice le dice que Carlo lo está buscando, se disculpa y se aleja a toda prisa para abordar a una pareja de pintores de Florencia a los que pretende exhibir en su galería. Ennio avanza entre la multitud de rostros conocidos y desconocidos, famosos y *muy* famosos, atractivos por naturaleza o por bisturí, y al final alcanza a Carlo, que se pone de puntillas para darle dos besos. Lleva un traje azul claro que baila por la delgada línea entre lo elegante y lo ordinario, debajo del cual Ennio imagina que debe de estar sudando en esta noche cálida y húmeda.

¡Al fin, hijo!, le dice en un español que a Ennio nunca dejará de resultarle cómico por el deje italoandaluz. Cómico pero reconfortante, al tratarse de una versión más exagerada del de su madre. ¿Estabas demasiado ocupado para venir a darle dos besos a tu compañero de editorial o qué? Ya verás tú cuando publique el libro que estoy terminando y tenga más éxito que el tuyo, ya. Entonces vendrás corriendo a mí, *ragazzo* .

Ennio sacude la cabeza con una sonrisa de superioridad. No ha leído nada de Carlo porque ninguno de sus libros se ha traducido hasta ahora, pero es consciente de lo que dice la crítica de su compañero, es consciente de que debe ser mejor escritor que él, pero también de que, al publicar con el sello del grupo dedicado a autores italianos, lo más probable es que nunca consiga el éxito que ha logrado él con tan solo una publicación en inglés. Y le encanta recordárselo.

Aprovecha que soñar es gratis, querido, que con el adelanto ridículo de tu última novela no creo que puedas permitirte hacer mucho más, bromea Ennio, encantado de ver uno de los pocos rostros de la fiesta con los que se siente cómodo de verdad.

Es con quien más tiempo ha pasado desde que está en Italia, quien le hace de guía turístico cuando Paolo y Alice están ocupados y quien le ha mostrado los entresijos de la vida gay de la zona.

¿Cuándo has llegado, por cierto?, le pregunta. ¿No estabas estos días en Málaga con Pedro?

Estaba, estaba, pero me tenía ya… ¿Cómo se dice? ¿Hasta el coño?

Ennio asiente con una carcajada justo cuando pasa por allí una camarera con una bandeja de champán; Carlo se hace con dos copas y le tiende una a Ennio.

Pues eso, dice. Él no dejaba de ligar con alemanes, yo me ponía celoso y no me concentraba para escribir… Así que aquí estoy otra vez. Intentando terminar el epílogo de la novela y, de paso, follarme algún culito prieto esta noche por venganza, agrega con una mueca pícara mientras le cae un mechón teñido de un negro demasiasdo oscuro sobre una frente que parece bronceada de manera artificial con productos baratos.

Ennio sabe que Carlo tiene casi la misma edad que Paolo, pero aún se sorprende a veces al recordarlo. ¿Cómo habría envejecido Carlo con la fortuna de Paolo?, se pregunta a menudo.

Como ese de ahí, por ejemplo, que por cierto antes estaba preguntando por ti, dice Carlo. Para mí que sus amigos y él se han colado en la fiesta, porque no me suenan de nada. Pero, estando así de buenos, ¿qué más da?

O sea que ¿para decir «hasta el coño» dudas, pero para decir «culito prieto» no tienes ningún…?, empieza a bromear Ennio, pero entonces se gira hacia donde Carlo está señalando con la cabeza y ve a un chico que no les quita ojo desde un rincón mal iluminado de la terraza.

¿Es el de la playa? ¿El de hace tan solo unas horas? ¿Cómo se llamaba? ¿Martino? ¿Mario? ¿O Mario era el de tres días atrás, el de la *piazzetta* de Portofino, el que, tras averiguar que Ennio era escritor, le había dicho para ganárselo que trabajaba en el Delfino, en el mismo edificio en que solía alojarse Truman Capote? ¿Por qué todos los chicos de este pueblo tienen nombres tan similares?

Marzio, se llamaba Marzio. Sí, lo sabe con seguridad porque sus labios aún recuerdan la posición que adoptaron una y otra vez mientras sus cuerpos se fundían entre las rocas.

Carlo lo agarra del brazo antes de que Ennio pueda reaccionar y lo lleva hacia Marzio, que emerge de las sombras cuando se acercan y, desde el vano de las puertas de la terraza, compone una sonrisa igual de resplandeciente que las ondas marinas del atardecer. Lleva

solo una camisa fina color ladrillo y unos pantalones vainilla, informal pero sofisticado, nada que ver con la ostentación del resto de los invitados.

Hola.

Ahí están de nuevo esos ojos verdes en los que recuerda haber visto su rostro reflejado desde arriba, con una expresión tan extasiada que lo habría avergonzado si el placer no le hubiera entumecido el resto de las emociones.

Bueno, ¡pues aquí está la estrella!, anuncia Carlo, ante lo que Ennio se estremece, avergonzado. Este es mi buen amigo Ennio, añade, dándole unas palmaditas en el hombro e intentando adentrarse sin éxito en el circuito cerrado de miradas anhelantes de los otros dos.

Encantado…, lo saluda Ennio, hinchando el pecho, tratando de mantener la fachada de figura respetada, y asegurándose de no pronunciar su nombre.

¿Qué diría de él que lo recordase aún? Carlo no estaría orgulloso.

Ennio le tiende la mano y Marzio la acepta, pero, en lugar de sacudirla, le traza un círculo con el pulgar mientras acerca la boca a su mejilla y le da un beso tan ligero como la caricia salada del agua en sus pies mientras lo seguía por la orilla. Un escalofrío le recorre la columna.

Marzio, le susurra. ¿Es que ya no te acuerdas?

Ennio se separa de él asintiendo, con expresión de disculpa, llevándose la mano a la sien en un gesto que lo excusa, «qué cabeza tengo», pero encantado en secreto de que Marzio piense que su nombre se ha mezclado con la vorágine de nombres que rondan la mente de Ennio, con el torbellino de rostros angelicales intercambiables. Encantado de mantener, como Carlo siempre le aconseja, la imagen de hombre ocupado, solicitado, que no se encariña porque no le da tiempo siquiera, ya que, antes de poder aprenderse un nombre, tiene otro rodando por la lengua. Pero, en realidad, el rostro de Marzio no le ha abandonado la cabeza desde que lo descubrió mirándolo unas horas atrás. No porque su belleza fuera más extraordinaria que la del resto de Marzios, Marios y Martinos, sino porque le recuerda a alguien.

Al dueño de la voz que aún hoy lo persigue.



Los primeros segundos de las mañanas son siempre los más crueles. Antes de abrir los ojos y asimilar el entorno —la cama enorme, el suelo de mármol blanco y el mar cerúleo que se extiende hasta el infinito al otro lado del ventanal—, lo primero que lo asedia, antes de la gratitud, antes de la satisfacción, es la culpa. Y, hoy, a esa culpa se le añade un nuevo factor agravante.

Sabe que no debería haberlo hecho.

En cuanto Carlo le dijo que Marzio era admirador suyo, tendría que haberle agradecido que se hubiera leído su libro, haberle dado dos besos y haberse marchado de allí con alguna excusa. Paolo, experto en apagar los fuegos que encienden los autores de su editorial, le ha hablado en incontables ocasiones sobre las relaciones de poder, sobre la inocencia y la vulnerabilidad de los fans, pero también sobre el otro extremo del espectro: sobre su locura y su obsesión, sobre lo que pueden estar dispuestos a hacer por sentirse cerca de su ídolo. Y precisamente por eso le había prometido a su editor que no se acostaría con sus lectores, que no se convertiría en otro Carlo, que no tiraría por la borda su prometedora carrera cuando acababa de comenzar.

Pero no ha cumplido su palabra, no ha podido resistirse, quién sabe si porque sentía la necesidad de invocar a Clive a través del cuerpo del chico o sencillamente por no sentirse solo una noche más. Y ahora Marzio se agita entre su espalda y el pecho de Carlo.

Ennio no sabe cómo han llegado hasta allí; solo recuerda las miradas codiciosas que Carlo le lanzaba a Marzio, los codazos que le propinaba a él cuando el chico apartaba la vista un instante, las copas y copas y copas de champán. Solo recuerda la mano de Marzio en la parte baja de su espalda mientras seguían a Carlo por un pasillo tambaleante al tiempo que pensaba: Si ya hemos estado juntos esta tarde, aunque aún no supiera que era un admirador, ¿qué más da que pase de nuevo?

Ahora, zafándose del brazo de Marzio y recorriendo a hurtadillas la

habitación, se dice a sí mismo que, en caso de escándalo, siempre puede echarle la culpa a Carlo. Al fin y al cabo, es él quien lo ha orquestado todo, ¿no? Pero entonces se percata de que los viejos patrones no solo no lo abandonan con el paso del tiempo, con el éxito y la vida privilegiada de la que disfruta ahora, sino que se intensifican cada día. ¿De qué sirve que la culpa lo asedie todas las mañanas si no hace nada por ganarle la batalla?

Sale al balcón, ante la vasta extensión de agua con matices naranjas bajo el amanecer, prometiéndose portarse mejor, ser mejor. Sabe que puede hacerlo, y que además le vendrá bien centrarse; así logrará inspirarse al fin y mantener a Paolo contento para que le permita seguir allí, escribiendo, y publicar con él la próxima novela. En cuanto Marzio se despierte, le pedirá a Carlo que se lo lleve por la puerta de atrás, sin que los pillen Paolo y Alice, y no lo volverá a ver. Está decidido. Será como si no hubiera ocurrido nada.

Hoy empieza mi nueva vida, piensa justo en el instante en que oye a lo lejos el timbre.

Se deja caer en la tumbona del balcón, despreocupado, pensando que será algún repartidor y que ya lo atenderá alguien, y abre el libro que había dejado allí la mañana anterior, *El talento de Mr. Ripley* ; desde los meses de Nueva York, no ha parado de esforzarse por ampliar sus nociones literarias, por dejar atrás los libros juveniles que solía leer y centrarse en devorar y estudiar los que recuerda que Clive albergaba en sus estanterías, y ahora siempre lee un rato antes de comenzar la jornada con la esperanza de que la brillantez de esos autores se filtre de algún modo en sus textos. Pero entonces cae en que es demasiado pronto. Ni siquiera los repartidores de las tiendas de lujo a las que Alice hace pedidos de última hora con unos gastos de envío estratosféricos suelen aparecer por la villa tan temprano. Curioso e inquieto, deja la novela, se levanta y se adentra de nuevo en la habitación. Al abrir la puerta para salir al pasillo, se topa con Paolo, con una mano en el aire, a punto de llamar, y un sobre en la otra.

Ennio abre la boca para darle los buenos días, pero en ese momento se fija en los labios entreabiertos de Paolo, detecta la decepción en su rostro y la vista clavada en algún punto a su

espalda, y, al girarse, Ennio ve a Carlo y a Marzio incorporados en la cama, tapándose con la sábana. Se da la vuelta de nuevo para tratar de decirle algo a Paolo, de disculparse, inventarse alguna excusa, pero su editor le tiende el sobre, gira sobre sus talones y se aleja por el pasillo sin decirle nada. Ennio cierra la puerta con un suspiro y permanece unos segundos allí, cabizbajo, dándoles la espalda a las dos personas con las que ha pasado la noche, diciéndose que todo ha salido mal.

Que el día no puede ir a peor.

Eso es, claro, antes de ver el remitente escrito en una letra cursiva y obsesivamente pulcra en el dorso del sobre. Un nombre que ha tratado por todos los medios de olvidar.

Julia.



Ennio:

No voy a andarme con rodeos después de tanto tiempo. Sé lo que has hecho. Podría haberme esperado casi cualquier cosa de ti, pero ¿plagiar el manuscrito de la persona que más te ha querido nunca? Es demasiado hasta para ti.

Sé que has estado diciéndole a la gente que necesitabas irte lejos y desaparecer de la faz de la Tierra para inspirarte y escribir en paz, y puede que a ellos los engañes, pero a mí no. Ya no. Ahora sé que has querido esfumarte porque te reconcome la culpa, porque no soportas que nada ni nadie te recuerde lo que has hecho.

Pero no voy a permitir que vivas la vida que tendría que haber sido la suya, de modo que quería avisarte de que pienso informar a la agencia y presentaremos una demanda. Solo te escribo antes a título personal para concederte la oportunidad de defenderte; siento que debo otorgarte el beneficio de la duda, a mi pesar, porque parte de mí se niega a creer que todo fuese una farsa. Si tienes algo que decir en tu defensa antes de que sea demasiado tarde, escríbeme.

Si no sé nada de ti en dos semanas, iré a por ti, Ennio.

Julia R .

# PARTE I

# Londres, 2016
# Ennio

Era septiembre, y el velo gris que cubría de manera casi permanente la ciudad no impedía que Londres refulgiera a ojos de Ennio.

Llevaba ocho días en el país y solo una noche en casa de Philippe y nunca se había sentido mejor. A pesar de la diminuta habitación casi desprovista de muebles en la que se había despertado (con solo una cómoda que tendría que hacer las veces de escritorio, una silla plegable cuyo respaldo sin duda se le clavaría en la columna al escribir y un colchón sin somier) y por la que iba a tener que pagar seiscientas libras al mes, a pesar de que iba a tener que compartir piso con Philippe y con esa chica a la que no conocía aún, a pesar de que estaba lejos de su familia, nunca se había sentido mejor. La esperanza le inundó el pecho cuando se incorporó desde el colchón, miró por la ventana y descubrió las casitas coloridas de Notting Hill al otro lado del cristal. Cuando recordó que esa era su vida ahora.

El piso, por supuesto, no se encontraba en la mejor parte del barrio, la de las calles románticas que aparecían en las películas. De hecho, debía admitir que un cosquilleo incómodo de inquietud le había recorrido la columna la noche anterior cuando había llegado a esa puertecita desconchada de Ladbroke Grove medio oculta junto a un *pub* repleto de ingleses rollizos y colorados por el alcohol, el mismo cosquilleo que sentía ahora, por la mañana, al salir a la calle tras no haber encontrado nada para desayunar en la nevera y toparse con un grupo de adolescentes con pinta de protagonizar tarde o temprano titulares de periódico por haber agredido a sus novias.

Aun así, estaba en Notting Hill. Estaba en Londres. Dos calles más allá, se alzaban las casas pintorescas que se veían desde su nueva ventana; varias paradas de metro más allá, los edificios altos en los que se imaginaba que se encontraban las agencias literarias y las editoriales más prestigiosas del país, rozando el cielo, que era justo adonde Ennio esperaba que lo llevaran, junto al resto de estrellas, entre las que sabía que estaba su lugar.

Entró en la cafetería menos concurrida que pudo encontrar en su nueva calle y pidió tres cafés y seis dónuts. Había pretendido comprar el desayuno solo para Philippe y para él, pero se lo había pensado mejor; quería causar buena impresión en su primera mañana en el piso, aunque no supiera quién era la otra chica, aunque Philippe solo la hubiera mencionado de pasada la noche anterior.

Había conocido a Philippe en Grindr tres días antes, cuando tan solo llevaba cuatro en la ciudad, recorriéndosela de arriba abajo en busca de empleo y un sitio donde vivir. Lo había visto alguna vez al salir del hostal en el que se estaba quedando Ennio, sirviendo mesas en el bar de copas que hacía esquina en esa misma calle, pero no se había fijado demasiado en él; tan solo era otro cuerpo bonito más entre tantos: los que se paseaban desnudos en las duchas por las noches, los que llegaban de fiesta al amanecer y se cambiaban sin pudor delante de él en la habitación compartida de doce camas, los que lo miraban desde el otro lado de las largas mesas de madera de la cafetería durante el desayuno. Esos mismos cuerpos, sin embargo, habían sido los que lo habían llevado hasta él; los había engullido todos con los ojos con un ansia voraz y lo habían dejado con ganas de más y, puesto que sus habilidades de flirteo en persona eran prácticamente nulas, había optado por descargarse el Facebook amarillo, como lo llamaban sus amigos de España (colegas, más bien, gente que había conocido durante la carrera y con la que había seguido quedando, bebiendo y a veces follando después pero que no podrían decirte siquiera el nombre de la madre de Ennio, Mariella; ni del padre, Félix; ni de dónde era cada uno, de Pisa y de Málaga; ni su estación favorita, el verano, por supuesto el verano).

Al abrir la aplicación se había topado con mensajes de perfiles sin

rostro, fotos de cuerpos que habían visto días mejores, genitales desde ángulos poco favorecedores y, al fin, él. Melena castaña, puntas clareadas por el sol, ojos chispeantes de un color indeterminado, al igual que su expresión. Philippe.

*What's up* , le escribió Philippe, qué pasa, y lo que pasaba era que Ennio quería devorarlo. Y eso fue justo lo que hizo. Esa noche, la siguiente, y la siguiente, en la habitación, entre las sábanas de la cama inferior de una litera que chirriaba con cada embestida y cuya cama superior, por suerte, estaba desocupada; en los baños del hostal, por miedo a que algún compañero de cuarto se hartara de sus gemidos y se chivara en recepción; y en el almacén del bar en el que trabajaba Philippe, entre cajas de cerveza y licores. En esa última ocasión había sido cuando al fin los dos parecían haber decidido al mismo tiempo que tal vez fuera necesario charlar, compartir algo más que fluidos, si querían seguir quedando sin que se volviera extraño e incómodo para ambos. Mientras Ennio se vestía, Philippe, sentado en una caja y abrochándose los botones de la camisa negra del uniforme de trabajo que tan bien le sentaba, le había preguntado, en un inglés tan afrancesado que casi parecía impostado, qué hacía allí, a qué había ido a la ciudad.

—A ser el escritor más famoso del mundo —le había respondido Ennio sin reparos; su ambición nunca le había parecido motivo de vergüenza.

Además, en realidad no sabía cuántas veces más podría ver a ese chico. Solo le quedaba una noche en el hostal; al día siguiente, tendría que decidir qué hacer: si buscar otro alojamiento temporal en otra zona más barata o darse por vencido y volver a España.

Philippe se había reído por la nariz, sin tomárselo demasiado en serio, antes de contestarle que había dado por hecho que estaba allí de vacaciones, y de pronto se le habían iluminado los ojos y había esbozado una sonrisa que era todo colmillos.

—Oye, ¿y has encontrado ya piso? —le había preguntado el francés, poniéndose en pie, acercándose a él, prometiéndole un futuro en la ciudad solo con una mirada.

Unas horas más tarde, Ennio se había plantado con las maletas frente a la puertecita desconchada de Ladbroke Grove, en la

dirección que le había dado Philippe, sin saber muy bien dónde se estaba metiendo. Al llamar al timbre, para su sorpresa, había sido una voz de mujer la que había contestado. Tras subir los tres tramos de escaleras, Philippe le había abierto la puerta con una urgencia que no le había conocido hasta ese instante, le había llevado las maletas al que iba a ser su dormitorio y le había dicho que no se preocupara por Linda, que era tarde, que se fuera a dormir y al día siguiente hablarían. Le había dado un beso rápido en la mejilla, le había cerrado la puerta y lo había dejado en una habitación extraña, en una situación más extraña aún.

Pero ahora era ese día siguiente, ahora tenían que hablar, y por eso Ennio quería causar buena impresión. Porque ¿quién coño era Linda?

Al volver de la cafetería, oyó unos gritos desde el portal que inundaban todo el hueco de las escaleras. No, gritos no. *Ladridos* . A juzgar por ellos, Linda parecía de todo menos lo que su nombre indicaba. Ennio subió despacio y se detuvo frente a la puerta del piso, reacio a entrar. No sabía que el francés pudiese resultar tan desagradable. Cuando empezó a sentir que llevaba demasiado tiempo plantado sobre el felpudo en el descansillo, que haría el ridículo en caso de que lo viera algún vecino allí paralizado, decidió entrar sin hacer ruido y, al ver que la puerta del otro dormitorio estaba cerrada, dejó la bolsa de papel con el desayuno en la mesa de la cocina y se metió a toda prisa en su cuarto. Cerró la puerta y se dejó caer en la silla plegable (sí, sí que se clavaba en la columna), y, cuando empezaba a pensar que tal vez hubiera cometido un error, oyó movimiento en la cocina.

Miró por la ventana.

Las casitas de colores le sonreían.

Putas casitas, putos colores.

Suspiró.

Tenía que quedarse allí, al menos durante un tiempo, de modo que, convencido de que no tenía sentido posponer lo inevitable, salió del cuarto decidido a ponerle solución a la situación, fuera la que fuera, a preguntarles qué ocurría, si era su presencia en la casa el origen de la discusión.

Pero tan solo se encontró a Philippe, con un *slip* blanco, el pelo revuelto y cara de recién levantado.

—*Bonjour, mon chéri* —lo saludó despreocupado, cogiendo una cerveza de la nevera.

—Pero ¿qué *bonjour* ni qué hostias? —le preguntó Ennio—. ¿Qué está pasando?

—¿A qué te refieres?

Ennio lo miró con las cejas alzadas y señaló con la cabeza hacia el dormitorio de Philippe.

—Ah, ¿Linda? —preguntó y soltó una risita. ¿Por qué se reía por todo?—. Bah, no te preocupes. En unos días se le pasa, ya verás —le aseguró Philippe, que parecía acostumbrado a esa clase de escenas, antes de darle un buen trago a la cerveza.

Ennio se quedó inmóvil una vez más, apoyado contra la encimera de la cocina, agarrándose para impedir que su cuerpo saliera corriendo por sí solo de allí.

—Pero ¿es por mí? —le preguntó—. Solo he entendido alguna palabra suelta. Estudié algo de francés en el instituto, pero lo tengo un poco… oxidado.

Philippe rio como si la inocencia de Ennio fuera de lo más entrañable.

—*Mais oui* —respondió, se acercó a la mesa, se sentó y cogió un dónut sin preguntarse siquiera de dónde habían salido—. Pues claro que es por ti, bobo. Es que, bueno, supongo que tendría que habértelo dicho, pero… es mi novia —le aclaró Philippe y, si no se hubiera girado hacia la nevera para rebuscar en su interior y evitar así la reacción de Ennio, habría visto su rostro desfigurado, sus ojos desorbitados, sus pies preparados para huir—. En fin, es que llevamos ya siete años —concluyó Philippe, como si eso lo explicara todo, como si ese fuera el tiempo suficiente para que la llama de la pasión se apagase y fuera necesario recurrir a maquinaciones descabelladas, como meter en la casa a un chico al que habías conocido en Grindr y al que te estabas follando, para mantener la relación viva y entretenida.

Lo último que quería Ennio era destrozar una pareja y ganarse a una enemiga en su segunda semana en Londres, pero ¿adónde

podía ir? Ya no tenía ninguna habitación de hostal a la que volver y, teniendo en cuenta los precios de los pisos que había estado viendo por la zona, sabía que la cifra que le pedía Philippe por subalquilarle el cuarto era imbatible, por no hablar de que con él se había ahorrado la fianza. Era su única opción, por lo que no le quedaba otra que armarse de valor y convencerse de que la situación no podía ser tan horrible si Philippe se lo estaba tomando todo con tanta ligereza.

Resignado, cogió un dónut él también y, mientras se sentaba junto a Philippe, se repetía a sí mismo que todo lo extravagante que le sucediera sería tarde o temprano carne de ficción, una filosofía que desde hacía tiempo lo ayudaba a enfrentarse a los contratiempos, al poder sacar algún tipo de beneficio artístico de ellos. Le dio un sorbo al café, que estaba bastante malo para lo que le había costado, y un mordisco al dónut, y puede que fuera la cafeína o tal vez el azúcar, pero de pronto no le parecía tan importante el enfado de Linda. No le parecía tan importante nada que no fuera la escritura. Eso era lo único en lo que tenía que pensar. Era el motivo por el que estaba allí.

En el fondo, daba igual que aquella aventura saliera bien o mal, ya que al fin y al cabo era Philippe quien corría el mayor riesgo: el de acabar retratado en una futura novela suya.

Todo por la ficción .

# Julia

Todos los papeles se esparcieron por el suelo y el suspiro irritado que Julia dejó escapar debió de oírse incluso en la calle, doce plantas más abajo. No tenía tiempo para eso. Las cinco de la tarde se aproximaban como una ola oscura y revuelta, alzándose sobre ella a punto de romper, y todavía tenía que dejar los informes de lectura (y un *flat white* ) en el despacho de Sean, responder varios correos sobre derechos internacionales que la esperaban en la bandeja de entrada e imprimir (necesitaba descansar la vista de tanta pantalla) *Un martini en Brighton* , el manuscrito de un tal M. K. Owen que debía leerse ese fin de semana en casa. Para una agente literaria júnior como ella, los sábados y los domingos no significaban descanso, sino tan solo que no era necesario acudir a la oficina.

Mientras se agachaba para recoger los papeles oyó, o creyó oír, las risitas y los cuchicheos de Clark y Savannah, ocultos tras las pantallas de sus ordenadores. De Clark se lo podía esperar; al fin y al cabo, no era más que otro *litbro* , como los llamaban Clive y ella, que subía vídeos sobre libros de autoayuda y finanzas a las redes sociales con unas miniaturas en las que sus músculos aparecían en un plano casi más prominente que el libro en sí. Pero ¿de Savannah? ¿La única otra mujer en toda la agencia? ¿En serio?

Julia respiró hondo y, en un intento de calmarse, se dijo que quizá no se estuvieran riendo de ella siquiera. Sabía que no podía fiarse ni de sí misma, que el estrés y la presión la estaban volviendo paranoica, pero aun así también era perfectamente consciente del ambiente competitivo que reinaba en McAllen & Pratt. Si fallaba, si no llegaba a algún plazo o si se le escapaba algún cliente potencial que luego resultaba alcanzar el éxito con otro afortunado agente, sabía que los demás se alegrarían. Eran demasiados en la agencia, y Julia había sido la última en llegar. Era evidente que aún debía demostrarles su valía para que la tomaran en serio, pescar a un cliente exitoso que la arrastrara a la cima de esa misma ola que ahora sentía que iba a engullirla. Y, una vez en lo alto, debía saber surfearla, no perder el equilibrio, no flaquear, e ir ayudando a más y más autores a elevarse con ella.

Y, por supuesto, lograr que Sean estuviera orgulloso.

Con los papeles de nuevo bajo el brazo y el café con leche de almendras que le había pedido en una mano, se alisó la camisa con la otra, tratando de ignorar los ruiditos de sus compañeros, y siguió recorriendo el pasillo hasta plantarse delante del despacho de su jefe y llamar a la puerta con su mejor sonrisa.

—Está abierta —oyó que gruñía una voz impaciente desde el otro lado.

Julia abrió por completo la puerta con indecisión y vio a Sean al teléfono, con la mano en alto para ordenarle que no lo interrumpiera. Dejó el café y los informes en el escritorio y se sentó frente a su jefe sin saber qué postura adoptar, adónde mirar, qué hacer con las manos. Al final optó por sacar el móvil y fingir que estaba ocupada respondiendo algún correo. Podría haber aprovechado el momento para hacer justo eso, ya que no le habría venido mal ganar algo de tiempo, pero le temblaban tanto los dedos que no habría sido capaz de redactar nada coherente.

—Perdona, cielo —le dijo Sean nada más colgar, bajándose las gafas y frotándose los ojos con los dedos. Julia se estremeció al oír aquel apelativo, repugnante en los labios de un cincuentón engominado cuya colonia almizclada cargaba el ambiente de todo el despacho—. Hoy parece que se ha puesto todo el mundo de acuerdo

para tocarme las pelotas.

Julia se guardó el móvil y alzó la vista para dedicarle una sonrisa incómoda mientras repasaba mentalmente tres maneras posibles de confesarle con delicadeza a su jefe que el manuscrito en el que tanta esperanza había depositado era, en realidad, una mierda.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal *Un martini en Brighton* ?

—Una mierda. —Esa no era, claro está, ninguna de las respuestas que había planeado, pero era justo el calificativo que había estado pronunciando en su cabeza cuando Sean le había preguntado, de modo que había salido solo—. Lo siento. O sea, quiero decir…

Sean soltó una carcajada y se volvió a colocar las gafas rectangulares sobre el puente de la nariz para contemplarla mejor.

—No, no te disculpes —le pidió con una risa traviesa, claramente divertido ante su descaro—. Con los clientes, sí que vas a tener que aprender a controlar esa boquita tan sincera, pero aprecio que conmigo seas así de directa. Si no me dices las cosas tal y como son, tan solo perdemos dinero —añadió, frotándose el pulgar contra los dedos índice y corazón—. Eso sí, te voy a pedir que desarrolles un poco tu respuesta, por favor.

Julia dudó, temiendo que su amabilidad y su aliento fueran en realidad una trampa para que soltara la lengua, se retratase y pudiera tenerla calada. Pero lo cierto era que no podía defender ese manuscrito de ninguna manera; solo había leído unas veinte páginas en el ordenador durante la pausa para el café, pero ya había detectado todo tipo de clichés y personajes femeninos escritos claramente desde una perspectiva masculina hetero rancia. De modo que eso fue justo lo que le explicó.

—De hecho —añadió al ver que captaba la atención de Sean—, solo el correo con la presentación del autor que me has reenviado ya me ha dejado ver que no es la clase de escritor que creo que deberíamos estar buscando. O, al menos, no es la clase que me interesa a mí.

—Ya, ya —le dijo Sean, recostándose, y Julia temió estar perdiéndolo—. Quieres encontrar algo único, una obra de ficción literaria con una voz especial, ya lo sé, me lo has repetido hasta la saciedad. Te dije que estaba de acuerdo y te permití buscarla, pero

eso no quiere decir que haya que despreciar lo comercial, Julia; no puedes ser tan esnob.

Para Julia, ser una adalid de lo literario por encima de lo comercial no era esnobismo; estaba convencida de que buscar el *arte* , no el dinero, era una manera de desafiar lo establecido, de enfrentarse al capitalismo al menos dentro del microcosmos el mundo editorial, donde evidentemente se perpetuaban sus patrones. Aunque en ocasiones odiaba ser así, ya que no se ayudaba nada a sí misma, a su situación, con esa actitud. Pero no podía hacer nada para remediarlo, no podía evitar sus impulsos rebeldes.

Para Sean, sin embargo, Julia no era solo presuntuosa, sino también un lastre para la empresa.

—Lo comercial es lo que nos da dinero —añadió Sean—, y el dinero es lo que nos permite explorar otras ramas. Además, hasta ahora no es que tú nos estés haciendo ganar mucho, para serte sincero.

Julia se mordió el labio por dentro. Sabía que era cierto, que aún no había conseguido captar ningún cliente que le reportara a la agencia grandes sumas, pero estaba convencida de que tarde o temprano lo lograría, y lo haría a su manera. Tomó aire y contestó:

—El problema no es que sea comercial, Sean; el problema es que no me puedes intentar vender un libro adulto valiéndote de tópicos en tu propia sinopsis. Si me dices en la contracubierta que es un *enemies to lovers* , ¿para qué me lo voy a querer leer? ¡Ya sé cómo acaba! ¿Qué espacio estás dejándole a la imaginación, a la sorpresa?

Sean volvió a emitir otra carcajada estruendosa y Julia comenzó a preguntarse si divertirlo tanto sería buena o mala señal.

—Ay, Julia, cielo, menos mal que no te he puesto a valorar manuscritos de fantasía romántica, que estoy convencido de que va a ser un pelotazo de aquí a unos años —respondió Sean—. Ya entiendo qué es lo que está pasando aquí. Estás demasiado verde. Aún ves el mundo editorial con ojos de novata. Mira, le voy a mandar el manuscrito también a Savannah, que maneja estos temas, y lo valoráis juntas, ¿de acuerdo? —Antes de que Julia pudiera rechistar, Sean agregó—: Para que aprendas un poco de ella, que es la que lleva la romántica.

Claro, pensó Julia, porque era mucho más fácil emparejarla con Savannah para aprender a valorar manuscritos de novela romántica que permitirle aprender de Mark y Clark, que, aunque sonasen como un dúo cómico, eran quienes lideraban el equipo de ficción literaria. Cosa que Julia nunca había entendido porque a Clark no parecía gustarle siquiera ese género.

—Sean —insistió en un último intento de hacerle ver a su jefe que *Un martini en Brighton* era una pérdida de tiempo—, el autor ha puesto en el asunto del correo el número de seguidores que tiene en redes. ¿De verdad tengo que seguir leyéndome este desastre?



Horas más tarde, Julia estaba en el metro, avanzando a su pesar con la lectura del manuscrito. Al parecer, el hecho de que M. K. Owen tuviera ciento treinta mil seguidores en YouTube tan solo lo había consolidado como una apuesta segura a ojos de Sean.

Julia no era tonta; sabía que era cierto que tanto los tópicos fáciles como los seguidores en redes sociales podían ayudar con las novelas comerciales, pero, a la vez, estaba convencida de que ese era un mercado completamente saturado. Ella buscaba algo más, algo original e inesperado, algo de una calidad indiscutible, el próximo *El jilguero* , el nuevo *Tan poca vida* . Algo que oliera a clásico moderno.

Ella misma había soñado con escribirlo años atrás, y en su portátil aún vivían, abandonados, los borradores y las escaletas que lo demostraban, pero había desistido cuando, tan solo unos meses antes de terminar la carrera de Literatura en la Universidad de Sheffield, su padre se había marchado de casa y Charlotte, su madre, se había quedado sola, rota y sin ingresos. La primera reacción de Julia ante la noticia, cuando su madre la había llamado sollozando a la residencia de estudiantes para contárselo todo, había sido liberar un suspiro que llevaba instalado en su pecho desde que tenía siete años, cuando había llegado a casa del colegio y había visto, por primera vez, marcas púrpuras con forma de dedos en el cuello de Charlotte. Después de aquello, su madre había intentado seguir ocultándole todas las formas más o menos visibles de abuso y

manipulación que le infligía su marido, pero para entonces Julia ya había abierto los ojos y, por más que lo intentara, le era imposible cerrarlos de nuevo, y conocer la realidad le impidió forjar una buena relación (o una relación a secas) con su padre. Así que ese día, cuando su madre le contó que la había abandonado, solo pudo pensar que al fin había sucedido lo que llevaba años esperando: su madre iba a poder ser libre. El suspiro que Charlotte escuchó al otro lado de la línea era uno que expulsaba la angustia que su hija había acumulado a lo largo de los años y dejaba espacio a la esperanza.

Pero la realidad no tardó en frustrar dicha esperanza: Charlotte no podía trabajar por una lesión en los hombros y la columna que, aunque ella lo negara, Julia sabía que le había provocado su padre, y el alquiler no iba a pagarse solo. Julia era consciente de lo mucho que debía haberle costado pedirle ayuda, tragarse el orgullo y recurrir al apoyo económico de su propia hija. Por lo que, al terminar la universidad, había vuelto a instalarse en casa y, en lugar de apartar por completo sus ambiciones literarias, había decidido sencillamente cambiar de perspectiva; quería seguir intentando trabajar con textos, solo que ya no pretendía ser ella quien los escribiera, sino adoptar la posición de intermediaria, una menos glamurosa pero en la que, al menos, le pagarían mes a mes. No obstante, tras financiarse el máster de Edición más barato que había podido encontrar con el sueldo de repartidora nocturna de pizzas y pasar meses enviando su currículum a todas las editoriales y agencias literarias de la ciudad sin éxito, había vuelto a darse de bruces con un muro más: el hermetismo del mundo editorial. Sin contactos, o sin haber estudiado en una de esas universidades prestigiosas, carísimas y carentes de contenidos reales que tan solo servían para destilar las futuras plantillas de las editoriales y asegurarse de que solo la élite tuviera acceso, nadie conseguía abrirse paso en la industria.

Su mejor amigo, Clive, había estado casi dos años asegurándole que podía intentar concertarle una entrevista con un amigo de su padre, cofundador de una agencia literaria de la ciudad, pero Julia, precisamente por ese orgullo testarudo que había heredado de Charlotte, siempre había rechazado su oferta, empeñada en hacerse

un hueco en el mundo editorial por su cuenta, por mérito propio, tardase lo que tardase. Una mañana, sin embargo, paseando por Marylebone en busca de una cafetería en la que desayunar —Clive acababa de levantarse; Julia acababa de terminar su turno—, Clive había adoptado una mueca extraña tras pasarle el brazo por encima del hombro, le había olfateado el pelo y le había pedido entre risas que le dijera qué champú usaba, por lo conseguido que estaba el aroma a peperoni.

En ese momento supo que había llegado la hora de apartar el orgullo (y, sobre todo, las pizzas) y aceptar la ayuda de su amigo.

Unos días después, Clive le consiguió una entrevista con Sean McAllen, uno de los socios fundadores de la agencia McAllen & Pratt y compañero del club de Michael, el padre de Clive. Aquella reunión había constituido uno de los momentos más tensos de su vida; no solo la habían embargado los nervios típicos de cualquier entrevista de trabajo, sino que también se había sentido humillada por haber llegado hasta allí por puro enchufe, por haberse sometido al sistema que había pretendido sortear, una sensación que Sean no había hecho más que avivar al confesarle que, en realidad, no buscaban a ningún nuevo agente, que la plantilla estaba cubierta, pero que estaba dispuesto a darle una oportunidad por alguna clase de cuenta pendiente con Michael. Lo había soltado entre risas y caladas de un puro cuyo humo inundaba el despacho y asfixiaba más aún a Julia, pero, a pesar de la ligereza del tono de Sean, ella no había podido evitar sentirse como un estorbo.

Una sensación de la que no se había desprendido aún, alrededor de un año después, mientras se bajaba del metro en Brixton y emprendía el camino hacia su edificio. Todavía se veía como ese mismo estorbo, como una ilusa, una novata que tenía que aprender de la compañera que se había reído de ella unas horas antes en la oficina. Pero no estaba dispuesta a seguir así durante mucho más tiempo. Puede que hubiera llegado a la agencia gracias a un favor, pero contaba con el talento y la formación necesarios, y pensaba demostrarle a Sean que sabía cómo encontrar historias especiales, autores que no necesitasen vender el alma en internet para destacar. Que ella sería quien descubriera la próxima gran novela del

panorama literario inglés.

Y, desde luego, *Un martini en Brighton* no era esa novela. Tiró el manuscrito impreso en la papelera de su acera y subió los escalones hacia el portal sintiéndose más ligera, más valiente .

# Ennio

Esa mañana Ennio cerró el documento de Word con un gruñido exasperado y, pocos segundos después, Philippe, que había estado haciéndose el desayuno en la cocina, apareció por la puerta de su dormitorio.

—¿Frustrado con la búsqueda de trabajo un día más? —le preguntó el chico, apoyado contra el marco de la puerta, con esa voz sugerente con la que hablaba al despertarse, resultado de la combinación de su acento ronroneante y el sueño.

Su figura esbelta se recortaba contra la lámpara de la cocina, eternamente encendida para compensar la falta de ventanas. La cocina era el centro de la casa, rodeada por las tres estancias restantes: la habitación de Philippe y Linda, el baño y el dormitorio que había ocupado Ennio, quien podía considerarse afortunado por contar con las únicas vistas a la calle (con el rugido de los coches y el griterío del *pub* que ello conllevaba, claro). No había salón, de modo que la cocina, con su mesa de comedor de madera astillada en el centro y sus tres sillas desparejadas, estaba pensada para que hiciera las veces de sala de estar. Aunque Ennio no sabía quién iba a querer *estar* allí durante mucho rato. Con el ambiente asfixiante que creaban no solo la luz tenue y la disposición claustrofóbica, sino también la relación voluble de Philippe y Linda, Ennio siempre prefería resguardarse en la seguridad de su cuarto. Y allí seguía, intentando avanzar con el manuscrito que había empezado en España, el que esperaba que lo catapultase al olimpo literario.

—No… Hoy ni siquiera me he puesto a mandar currículums todavía —le respondió a Philippe—. Ayer dejé programados unos diez o doce para que se enviaran esta mañana, y hoy había pensado empezar la jornada escribiendo, para estar más fresco, y luego ya pasar a la

misión imposible que es encontrar trabajo en el puto mundo editorial.

Ennio cerró la tapa del portátil y se recostó en la silla.

Philippe resopló y dio un paso hacia el interior del dormitorio. Al apartarse de la puerta, su cuerpo dejó de estar a contraluz y Ennio, tras alzar la mirada al fin, pudo distinguir que no llevaba más que otro de sus *slips* blancos. Philippe se estiró con un bostezo que a Ennio le pareció artificioso, pero no por eso dejó de observar su cuerpo alargado y nervudo, el volumen de lo que escondía tras la fina tela y que siempre conseguía hechizarlo a su pesar. Odiándose a sí mismo, apartó la mirada justo cuando Philippe terminó de bostezar y se acercó a la cama para sentarse.

—Venga ya, no será para tanto —dijo al fin el francés.

Ennio lo fulminó con la mirada.

—Philippe, te piden unos cincuenta años de experiencia incluso para los puestos júnior; es decir, ¡para unos en los que no deberías tener nada de experiencia! Por no hablar de que quieren que sepas manejar programas que no me han enseñado en la uni, que te hayas sacado cincuenta másteres y, si te descuidas, hasta a tu primer hijo —contestó Ennio, y Philippe soltó una risita distraída—. Bueno, y evidentemente, en cuanto vean en el currículum que no soy de aquí o me oigan el acento en la entrevista, me mandarán de vuelta a España del portazo que me darán en la cara.

Philippe le dedicó una sonrisa ladeada de compasión y dio unas palmaditas al colchón para invitar a Ennio a sentarse a su lado.

—*Viens ici, mon chéri* .

*Oh, no* , pensó Ennio. Ahí estaba otra vez. Ese estúpido idioma que, salvo en la voz de Linda, le bajaba los calzoncillos al instante por más que tratara de resistirse, por más que supiera que era una reacción de marica básica.

—Philippe —le dijo Ennio por toda respuesta.

—*Quoi ?* ¡Si solo te he dicho que vengas a sentarte conmigo! No muerdo. —Pero entonces compuso esa sonrisa lobuna suya y Ennio supo que no tenía escapatoria—. Siempre que no me lo pidas, claro —añadió.

¿Cómo podía un chico tan socarrón, agudo y astuto estar tan

repleto de clichés?

Ennio se puso en pie para adoptar una posición menos vulnerable e intentó seguir luchando contra la atracción ineludible de su expresión pícara y su pose desenfadada, recostado con una rodilla levantada y un pie en la cama y apoyado sobre un brazo.

—Tío, me has metido a vivir con tu puta novia sin decirme nada —le espetó Ennio.

Aún no habían tenido ocasión de hablar a solas (y, cuando la habían tenido, no la habían aprovechado para hablar precisamente) y Ennio había ido dejándolo hasta acabar decidiendo que no era necesario sacar el tema. Pero la situación empezaba a incomodarlo y Linda, por muy poco amigable que fuera, no se merecía aquello.

—Y, en cuanto se va a trabajar o ha quedado con sus amigas —añadió—, vienes a por mí como si fuera tu esclavo sexual, esperándote en esta habitación, listo para comértela cuando te apetezca.

Philippe, lejos de dejarse intimidar por el discurso de Ennio, había empezado a mirarlo con una risa burbujeante tras los ojos, mordiéndose el labio inferior para no ofenderlo con la mueca burlona que en realidad su rostro le pedía esbozar.

—Pero ¿ide qué te ríes!? ¡Que no es gracioso! —protestó Ennio, que a pesar de todo se había percatado de que su intento de mantener una conversación seria con Philippe no estaba funcionando.

—Que haces una montaña de un grano de arroz —le dijo Philippe en un español tan espantoso que Ennio tuvo que sonreír a su pesar —. ¿No es así el dicho? —añadió, cambiando de nuevo al inglés.

—De arena, *mon chéri* —lo corrigió Ennio, algo más relajado, y se sentó en la cama al lado de Philippe—. En serio, no podemos seguir así. ¿Es que no te sientes mal por Linda?

—¿Mal por qué? Vivimos juntos, pero ella hace su vida y yo hago la mía. Además, que ella tiene que tener sus líos por ahí —dijo con un barrido de la mano para quitarle importancia al asunto.

Ennio se sintió varios kilos más ligero nada más oír aquellas palabras.

—Ah, ¿sí? ¿Te lo ha dicho?

—No —contestó Philippe, y al instante Ennio volvió a sentir la carga de la culpa en los hombros y le dio un manotazo en el antebrazo—. ¡Ay! —protestó Philippe, que se abalanzó sobre él y lo aprisionó contra la cama—. Bah, venga ya, que no es para tanto. ¡Somos jóvenes! ¡Somos libres! ¡Somos jóvenes y libres!

Ennio apartó la boca justo a tiempo para evitar el beso que Philippe pretendía darle.

—¡Oye! —se quejó Philippe—. ¿Es que no me has echado de menos? Porque yo sí.

Sus palabras resonaron como las delicadas notas de la canción de amor más dulce en los oídos de Ennio, unos oídos que llevaban años sin escuchar nada remotamente romántico y que, por tanto, eran vulnerables de más a comentarios despreocupados como aquel.

—Bueno, puede —admitió—, pero yo paso de joderle la vida a alguien solo porque… —comenzó a decir Ennio, pero perdió la voz cuando notó la erección de Philippe contra su pierna.

—¿Qué decías? —le preguntó Philippe conforme se bajaba los calzoncillos con la mano derecha, apoyado en la cama con la otra mano, aún encima de Ennio.

Ennio sintió el calor alargado y pesado que se posaba sobre su muslo y tragó saliva.

—Que no pienso…

—¿Mmm? —murmuró Philippe, recorriéndole el cuello con la lengua.

Ennio lo apartó colocando ambas manos en el pecho del chico y, sin saber cómo, consiguió reunir la fuerza de voluntad necesaria para rechazar su provocación.

—¡Que no pienso joderle la vida a Linda solo porque estés buenísimo y folles de puta madre! Tú puedes engañarte si quieres y decirte a ti mismo que a Linda no le importa, pero, viendo cómo me mira, estoy convencido de que se huele algo, y de que no le hace mucha gracia, precisamente.

Philippe pareció ponerse serio durante un instante.

—Ennio, eres demasiado inocente —le dijo, acariciándole el rostro con una mirada paternalista—. Como sigas así, en esta ciudad se te van a comer. Aquí, todos se joden la vida unos a otros si es

necesario para conseguir lo que quieren. Y tarde o temprano tú acabarás haciendo lo mismo si quieres llegar a lo más alto.

Ennio le apartó la mano.

—Me niego a creer que tiene que ser así. Yo voy a conseguir lo que quiero porque soy bueno. Porque se me da bien lo que hago. No por pisar a los demás.

Philippe esbozó una sonrisa tierna, como si tuviera delante un pollito recién salido del cascarón, delicado, suave y tambaleante.

—En realidad, me gusta que seas así —le confesó—. Hacía tiempo que no conocía a alguien como tú.

Ennio no sabía si había un motivo oculto en el cambio de actitud del chico o tan solo había conseguido ablandarlo de verdad, pero, ante su dulzura, se encontró de pronto deseando que Philippe intentara besarlo otra vez. Dibujando en la cabeza fantasías empalagosas en las que, desde que había conocido a Linda, no se había permitido pensar.

—Por cierto —añadió Philippe—, no venía solo a comerte. Aunque aún podemos, si quieres, claro. —Ennio lo miró y Philippe le lanzó un guiño—. En realidad, venía a decirte que se ha quedado libre un puesto de camarero a tiempo parcial en el Golden Beaver y necesitan alguien urgente. Urgente, en plan, para esta misma noche, vamos. Y creo que a Yanos… Yanos es mi jefe; ya te hablé de él, ¿no? Bueno, a lo que iba, que creo que le gustarías.

Ennio no supo cómo reaccionar. El plan inicial había sido adentrarse de cualquier manera posible en la industria editorial, conseguir contactos cuyo aliento acarreara su nombre hasta los oídos de los mandamases, ya que sabía que nadie le haría ningún caso si tan solo mandaba su manuscrito desde España siendo un don nadie. Alguna vez había pensado en solicitar trabajos no cualificados si era necesario, claro, pero creía que eso tan solo alargaría su plan; lo alejaría del mundo literario. Aunque, por otro lado, se le acababan las opciones —y el dinero— una vez más, y una vez más Philippe estaba ahí para rescatarlo con un regalo que podía o no estar envenenado.

Además, trabajar en un bar no requería un gran esfuerzo mental ni lo obligaría a llevarse trabajo a casa, con lo que podría dedicar el

resto de las horas del día a escribir, que era lo que en realidad debía estar haciendo, de todos modos. La idea de trabajar en una editorial no era más que un puente hacia la publicación de sus propios textos, un atajo, no su auténtico sueño.

—¿Qué me dices? ¿Le digo a Yanos que deje de buscar y te vienes esta tarde conmigo para la entrevista? —insistió Philippe.

Ennio miró el techo. El moho le devolvió la mirada.

Quizá trabajar en un bar no estuviera tan mal, quizá fuera un primer paso.

—Venga, vale. Por qué no.

—¡Así me gusta! —exclamó Philippe—. Solo hay una condición.

Y, cuando volvió a ponerse encima, Ennio supo que esa vez no tenía escapatoria .

# Julia

Tras cerrar la puerta, jadeante y acalorada, Julia se desplomó en el sofá y tiró de mala gana el manuscrito de *Un martini en Brighton* sobre la mesita de café. Había bajado a recogerlo de la papelera después de haberse pasado los seis tramos de escaleras que conducían a su apartamento desarrollando mentalmente la bronca con la que se toparía el lunes al llegar a la oficina si no se lo había leído. Eso si no la despedían, claro.

Ni siquiera ella sabía por qué sentía esa necesidad imperiosa de rebelarse. Con lo que le había costado llegar hasta allí, ¿qué hacía imponiendo su visión y sus preferencias, en lugar de acatar las de Sean? Sí, siempre había pecado de soñadora y, sí, creía en la superioridad de una literatura que no tuviera que verse adulterada por las redes y la inmediatez del mercado, pero tampoco era tonta. Conocía bien el valor del dinero, probablemente incluso mejor que Sean, quien nunca se había tenido que enfrentar a su escasez. Sabía que tenía que pasar por el aro, «marcarse un Rihanna», como le había dicho Clive una tarde, cuando Julia llevaba solo una semana trabajando en la agencia y ya se había topado con la perspectiva cuadriculada y poco innovadora de su jefe. «Mírala a ella —recordaba que le había dicho su amigo—, empezó sacando música cien por cien comercial, temas que los de su discográfica sabían que iban a funcionar, y poco a poco ha ido h aciendo lo que le ha dado la gana. Aunque también te digo que la tía lleva ya cuatro años sin sacar disco. Tú más vale que te pongas las pilas, que yo te quiero

mucho, pero Rihanna no eres».

*Clive, Clive, Clive* , pensaba Julia, recostada en el sofá con los ojos cerrados.

Se levantó y fue a la cómoda que había junto a la puerta principal, donde solo había fotos de su madre, de Clive y de ella. Tomó una en la que aparecían los dos juntos, cuando ella tenía catorce años y él quince, ambos subidos a un árbol del jardín de su amigo, los dos demasiado infantiles para su edad.

*Clive* .

Clive era de la familia. Era a él a quien quería llamar en ese momento. Oía a su madre en la cocina, probablemente preparando la cena; sabía que podía sentarse con ella y desahogarse, que la escucharía y trataría de ayudar, pero no era lo mismo, nunca sería lo mismo. Necesitaba a Clive.

*Clive* .

Era él quien conseguía hacerla reír incluso cuando ella no quería, cuando solo quería gritar. El único hombre de su vida que nunca la había juzgado; un hombre que no la aterraba, como su padre, ni hacía que se sintiera insuficiente, como Sean. Con Clive no sentía ningún tipo de presión; con él podía ser ella misma, con sus peculiaridades, incluso con sus defectos.

Se habían conocido hacía más de quince años (¿hacía ya diecisiete, dieciocho?), en uno de los parques de Belgravia al que su madre había empezado a llevarla, a pesar de que estaba a una media hora en metro de su barrio, cuando Charlotte necesitaba alejarse de su marido y fingir durante un rato que encajaba entre unas madres con prendas atléticas a la moda que vigilaban a sus hijos desde los bancos mientras charlaban despreocupadas sobre el viaje a Brighton que estaban planeando para el fin de semana. Cuando necesitaba creer que podía dejar atrás el aerosol multiusos, los reproches de su marido y las bolsas repletas de las botellas de cerveza que acumulaba junto al sofá, y preocuparse solo sobre qué marca de carritos de bebé era la mejor o en qué cafetería deberían tener la próxima reunión del club de lectura. Tampoco es que fueran pobres como tal; siempre habían tenido comida (aunque a veces salieran de una lata) en la mesa y un techo (peligrosamente desconchado)

sobre la cabeza gracias al trabajo de taxista de su marido. Era solo que ella nunca se había podido permitir el lujo de pararse a pensar en cuál sería la mejor marca de carritos mientras estaba embarazada de Julia ni en si el capuchino de la cafetería que Becca había elegido para la reunión anterior del club tenía o no la espuma suficiente. Aquellos le parecían problemas tan maravillosos que deseaba poder perderse en ellos y olvidarse de su vida real, en la que los carritos se heredaban de alguna prima lejana y los cafés eran los solubles del Tesco, así que se presentaba allí al menos una vez por semana, aunque no se atreviera a hablar jamás con las demás madres, aunque solo se sentara en uno de los bancos más alejados y las observara mientras Julia jugaba.

Una tarde, cuando Julia tenía ocho años, un chico larguirucho con unos rizos oscuros descontrolados que desentonaban con su uniforme de colegio privado se acercó a ella para preguntarle si quería jugar al fútbol. Les había fallado un chico y al equipo le faltaba un miembro. Julia, a quien nunca le había importado hablar con claridad, le dijo que no le gustaba el fútbol, que ni siquiera sabía jugar y que prefería seguir allí, debajo del tobogán, con sus muñecas. El chico, que más tarde se presentaría como Clive, le dijo que, en realidad, a él tampoco le gustaba el fútbol, que tampoco sabía jugar y que, si a ella no le importaba, también prefería quedarse allí, con sus muñecas.

Semana tras semana, Julia y Clive jugaron a la sombra del tobogán para el espanto de ambas madres: de Charlotte, porque sabía que tarde o temprano, cuando Clive entendiera que pertenecían a dos mundos distintos, abandonaría a su hija como quien tira un objeto obsoleto; y de Virginia, la madre de Clive, que moriría solo cinco años después, porque no tenía ni idea de dónde había salido aquella chiquilla pelirroja con parches en los vaqueros que no le sonaba a ninguna de sus amigas del barrio. Con el tiempo, sin embargo, quedó claro que a Clive no parecía importarle lo más mínimo la diferencia de estatus que los separaba; Julia había acabado yendo a casa de los padres de Clive cientos de veces, y siempre la habían acogido todos sin problema, incluso Virgina, que había terminado cogiéndole cierto cariño al ver cómo se le iluminaba la mirada a su

hijo cuando Julia andaba cerca. Por supuesto, en ocasiones Julia se había sentido fuera de lugar, consciente de que no encajaba entre los lujos y la extravagancia de los Barton, pero Clive siempre había disipado sus dudas con su ternura, su cercanía y con algo más, algo que Julia no sabía nombrar pero que le revelaba que ni siquiera él sentía que encajara del todo allí. Ni allí ni en ningún lugar, en realidad. Una sensación de falta de pertenencia con la que podía empatizar. Era como si a veces lo envolviese un aire melancólico, nostálgico, como si echara de menos algo que ni siquiera había llegado a conocer. Aunque Clive nunca le hablaba del tema y respondía con evasivas cuando Julia trataba de presionarlo, de algún modo, a ella le parecía algo que lo humanizaba y, sin saber muy bien cómo, los unía.

Habían jugado juntos, dormido juntos, se habían contado sus respectivos primeros besos, sus primeros amores y las primeras grietas que otras personas habían abierto en sus corazones adolescentes. Y habían sufrido también la incertidumbre que había traído consigo la graduación de Clive, un año mayor que ella, y la consiguiente separación de sus caminos. Clive se había mudado a Nueva York para estudiar Economía en Columbia a su pesar (Clive era la única persona que conocía Julia que siempre había tenido clara su vocación: la escritura; pero, por más que hubiera intentado evitarlo, se había visto obligado a seguir los pasos de su padre y su abuelo), y Julia había pasado su último año de instituto con un vacío en el estómago que sentía como físico, doloroso, y que había intentado llenar refugiándose también en la escritura y trabajando como paseadora de perros solo para darse a sí misma una excusa para caminar por el parque en el que había conocido a Clive.

Sin embargo, para sorpresa de Julia, quien en un principio había temido que la distancia dañara de manera irreparable su relación, Clive había demostrado ser un espécimen inusual de hombre y la había mantenido informada durante aquellos cuatro años sobre su nueva vida. Julia se sentaba frente a la *webcam* todos los fines de semana y lo escuchaba fascinada mientras Clive le hablaba de la facultad y de su piso en Manhattan, atónita cuando le contaba que se había cruzado con *celebrities* como Justin Timberlake o Lucy Liu

por la calle, e inmovilizada por un pinchazo desconocido y confuso que se le clavaba en el pecho cuando le relataba sus citas con chicas, chicas de las que siempre parecía acabar cansándose y que dejaba a las pocas semanas, justo cuando por alguna razón el aire regresaba a los pulmones de Julia y la luz volvía a colarse por la ventana de su cuarto.

Un año después de la marcha de Clive, a Julia le habían concedido una beca en la Universidad de Sheffield y se había instalado en Mappin Court, la residencia de estudiantes más barata de la ciudad. Consciente de que comenzar una nueva vida a solo dos horas y media del lugar en el que se habían criado no era tan emocionante como las aventuras de Clive al otro lado del Atlántico, en sus llamadas solía omitir las partes más aburridas de sus días y rezar por que Clive no le pidiera demasiados detalles. Aun así, gracias a esas llamadas, y a las visitas de Clive en verano, ambos habían logrado mantener intacto su vínculo hasta el regreso de Clive, cuando los dos, tras graduarse a la vez (la carrera de Economía en Estados Unidos duraba cuatro años; la de Literatura en Inglaterra, tres), volvieron a fusionar sus vidas como si nunca se hubieran separado.

Junto con su madre, Clive había demostrado ser la constante más fiable de su vida.

Y, por eso, su día mejoró considerablemente en cuanto se sacó el móvil del bolsillo y vio que, antes de que pudiera escribirle, ya había recibido un mensaje suyo: Golden Beaver a las nueve, porfi? La única solución que le veo a esta semana es que nos olvidemos de ella con unas copas .

# Ennio

—Irina es una hija de puta. A ella ni la mires —le aconsejó Philippe mientras salían de la parada de metro y se abrochaban las chaquetas.

Aún no había llegado del todo el otoño, pero el aire de Londres al atardecer empezaba a morder las pieles, y Ennio deseó haberse comprado una forrada como la de su compañero, en lugar de la vaquera que se había traído de España y que no abrigaba lo suficiente.

—Tú céntrate en Yanos —añadió Philippe—, que es el jefe y es el único que manda de verdad. Irina se cree mejor que los demás porque la hicieron encargada el año pasado, pero aquí todos sabemos la verdad, o sea, que Yanos la ascendió porque se la quiere tirar. Que ya es turbio de cojones de por sí, porque encima tiene mujer e hijos, pero…

Ennio carraspeó, se detuvo en seco y miró a Philippe de reojo, con las cejas alzadas.

—Tío, que lo mío no es lo mismo —protestó Philippe—. ¡Yo no tengo hijos!

Ennio rio sacudiendo la cabeza. A esas alturas ya se había rendido; sabía que nunca lograría que Philippe compartiera su opinión respecto a lo que le estaban haciendo a Linda y, a decir verdad, le convenía no ahondar demasiado en el asunto para evitar así su propio sentimiento de culpa.

—En fin, ¿quieres el curro o no? Porque no se te ve muy agradecido.

Philippe se encendió un cigarrillo mientras caminaba. A Ennio le daba la sensación de que algo cambiaba en él cuando fumaba; le parecía que por alguna razón todos los rasgos negativos del chico se intensificaban, no solo en el plano físico; también lo conectaba, de

algún modo que ni siquiera él llegaba a entender del todo, con su falta de ambición y de escrúpulos, su desidia y su egocentrismo. En esos instantes se preguntaba qué hacía con alguien como él. Luego recordaba su polla. Y, sobre todo, el alquiler.

En unas horas, si todo salía bien, el trabajo se uniría a la lista de cosas por las que debía estarle agradecido.

*Quizá* , pensó mientras apartaba la cara para evitar el humo del cigarro, *no seamos tan distintos* .

—Que sí, que sí —le aseguró Ennio—. Lo que pasa es que estoy un poco nervioso porque nunca he trabajado de camarero.

—Bueno, pero eso no lo tiene por qué saber Yanos. De hecho, no debe saberlo, porque digamos que… modifiqué un poquito el currículum que me diste.

Ennio volvió a pararse en mitad de la acera.

—¿Que qué? —le preguntó, agarrándolo del brazo.

—Nada, nada, tonterías —contestó Philippe—. Puse que habías trabajado en una cafetería en España. Según Google Maps, en tu pueblo hay una que se llama Los Girasoles, ¿no? Puse el número de teléfono y todo para darle más credibilidad. Pero, vamos, ¿qué va a hacer Yanos? ¿Llamar para comprobarlo? ¡Si ni siquiera sabe español! —le dijo Philippe con los brazos abiertos y una sonrisa traviesa—. Y venga ya, que como te pares más no vamos a llegar nunca.

Pero Ennio no podía moverse. Sentía que le flaqueaban las piernas. Philippe solo estaba consiguiendo empeorar las cosas, avivar sus ganas de salir corriendo y cancelar la entrevista. Ennio nunca había sido un chico demasiado tímido, pero la posibilidad de ser malo en algo lo aterraba. Era la razón por la que había dejado las clases de teatro de niño a tan solo una semana de la primera representación. Era, también, la razón por la que había dejado de escribir a los diez años, tras una única crítica negativa por parte de una profesora en un concurso de relatos del colegio, y no lo había retomado hasta los dieciséis, cuando había decidido probar suerte en inglés, motivado por un reportaje que habían puesto sus padres en la tele sobre un autor japonés que había logrado alcanzar la fama internacional publicando en el mercado anglosajón. Ahora ya no recordaba el

nombre de dicho autor, pero la idea no había conseguido sacársela de la cabeza ni un solo día desde entonces.

Había empezado a leer y a ver películas y series exclusivamente en inglés, había tomado clases particulares durante el instituto y la universidad y había presentado sus relatos a varios concursos y antologías internacionales, para ir desarrollando una voz propia en un idioma ajeno.

Un hombre trajeado se chocó contra él y murmuró algo entre dientes mientras lo rodeaba a toda velocidad. A Ennio no le molestó; le recordó dónde estaba. En las calles de una ciudad en constante movimiento, boyante, prometedora. Lo más parecido a Nueva York que podía permitirse. Ahora, tenía que lograr que el esfuerzo de todos esos años valiese la pena. Tenía que conseguir ese trabajo, aunque no fuera ideal, para poder seguir allí, terminar su manuscrito y acosar a todos los agentes y editores de la ciudad.

—¿Y si llama? —le preguntó Ennio, retomando la marcha—. ¿Y si de verdad llama a la cafetería?

—Pues espero que no —le dijo Philippe, girándose hacia él y echándole el humo en la cara una vez más—, porque el número me lo he inventado también.



Veintisiete minutos después, Ennio se sentó en la sala del personal del Golden Beaver, que en realidad no era más que un cuadrado (de hecho, al parecer así la llamaban: el Cuadrado) sin ventanas atestado de abrigos y mochilas, con una mesita diminuta y dos sillas plegables.

Bajó la vista al regazo, donde descansaba la camisa negra, probablemente usada, que le había dejado Yanos para que empezara el turno esa misma noche.

—¡Te han cogido! —exclamó Philippe, con la cabeza asomada al cuartito y el resto del cuerpo aún en el pasillo.

Ennio levantó la cabeza despacio, miró a su amigo con los ojos muy abiertos y las comisuras de la boca hundidas y asintió.

—Si ya te lo decía yo —le dijo Philippe, bajando la voz y entrando

del todo en la sala—. Hay que mentir, tronco. En esta ciudad tienes que comerte a la gente si no quieres que te coman ellos.

A Ennio, ese rollo manido que le soltaba Philippe casi todos los días comenzaba a cansarlo. Pero, por otra parte, no podía evitar empezar a creerlo. ¿Acaso no estaba harto de recibir alertas de LinkedIn que le informaban de que habían contratado en algún medio importante a gente de su promoción que ni siquiera solía ir a clase y que copiaba en todos los exámenes? ¿Acaso no estaba harto de ver cómo conseguían contratos editoriales *influencers* que ni siquiera leían? ¿Acaso no sabía a esas alturas que la cara, literal y figurada, mueve más que el talento? ¿Acaso era tonto?

—Dice Yanos que no tardes mucho, que a las ocho menos diez tiene que estar ya todo listo. Vente, que te enseño todo lo que tienes que saber.

Ennio siguió a Philippe por un pasillo que lo llevó al almacén, donde el chico volvió la cabeza con un giro que le meció la melena color miel y le dedicó una mirada traviesa. Ennio no había pensado en lo extraño que le resultaría trabajar allí después de haber follado con el que iba a ser su compañero sobre varias de esas cajas.

—Creo que aquí no hace falta que nos paremos demasiado, que ya lo conoces bien —bromeó Philippe, cerrando la puerta, y Ennio se sonrojó mientras miraba a su alrededor, pero por suerte no había nadie en el pasillo que pudiera haberlos oído.

Siguieron hasta la cocina, donde una mujer y dos hombres lo saludaron al pasar con distintos niveles de entusiasmo y continuaron sacando recipientes, encendiendo fuegos y yendo a por cajas que los repartidores habían dejado junto a la puerta de atrás.

—Elena y Alessandro —le dijo Philippe en un susurro, señalando a los dos más bajitos—. Ayudantes de cocina. Italianos. Son nuevos, muy majos, la verdad. Alessandro está para llevárselo al almacén un rato, ¿eh? Pero creemos que están casados, así que olvídate. Digo «creemos» porque no hablan mucho. Ah, y el que casi ni te ha saludado es Ray. Americano tenía que ser. Por desgracia, es el chef. —Y, en español, añadió—: El que corta el bacalao, nunca mejor dicho.

Ennio soltó una carcajada disimulada mientras seguían caminando.

—Pero ¿tú de qué sabes tanto español? —le preguntó—. Y, sobre todo, ¿por qué coño conoces tantos dichos populares?

Philippe se encogió de hombros con cara de suficiencia y se dio la vuelta para seguir caminando. Había tanto que no sabía de él. Pero, dada la situación, ¿quería saberlo siquiera? ¿Quería conocer más a una persona de la que no le convenía lo más mínimo encapricharse y de la que, por tanto, con total seguridad se acabaría encaprichando, como le había pasado tantas otras veces?

Dejaron atrás la cocina y cruzaron una puerta que los llevó a la zona de la barra, desde donde se veía la totalidad del local. La decoración no era nada del otro mundo; parecía combinar el estilo de un típico *pub* inglés con los asientos mullidos color salmón y las lámparas de araña de un bar sofisticado, y el resultado era una mezcolanza que Ennio no estaba seguro de que funcionara del todo.

Había alguien limpiando la máquina de café, un chico moreno, bajito y atractivo que levantó la vista hacia Philippe, quien le preguntó:

—¿Terminando el turno ya, cari?

El chico apagó la máquina asintiendo con la cabeza y suspiró.

—Sí, y me voy pitando que no quiero cruzarme con Irina y que me diga a gritos que tengo que limpiarlo todo otra vez. —Pero entonces se detuvo al ver a Ennio, lo estudió de arriba abajo y añadió—: Ey, tú eres el nuevo, ¿no?

A Ennio le pareció detectar un acento familiar.

—Sí, Ennio. Encantado.

—Si supierais lo ridículos que estáis hablando en inglés cuando los dos sois españoles —se mofó Philippe, y los dos se rieron, ruborizados.

—Uli, de Tenerife —se presentó en español—. Encantado de tener a un compatriota por aquí —añadió, posándole la mano en el hombro durante unos segundos antes de marcharse.

En cuanto desapareció por la puerta por la que habían entrado ellos, Philippe fulminó a Ennio con la mirada.

—Ni se te ocurra —le advirtió—. Ya tuvimos algo nosotros y por algún milagro la cosa acabó bien. Y así quiero que siga. Lo último que le hace falta a esta plantilla es más guarreo.

Ennio sonrió.

Podría acostumbrarse a ese ambiente.



A las ocho y doce llegó el momento que más temía: el de preparar el primer cóctel. ¿Cómo coño lo había contratado Yanos sin preguntarle siquiera si sabía qué llevaba cada mejunje? ¿En qué se fijaba la gente allí a la hora de darte trabajo?

—En que seas joven y guapo. Y, sobre todo, que aceptes la mierda de sueldo que ofrecen sin rechistar —contestó Philippe en una voz inexpresiva, trasladando botellas de licores de un lado a otro, y fue entonces cuando Ennio se dio cuenta de que había pensado en alto; sí, casi podía sentir las palabras aún flotando, meciéndose en el aire tras sus movimientos, como el humo de los cigarrillos de Philippe.

Philippe, el tabaco; él, las palabras. Vicios, al fin y al cabo.

—¿Joven y guapo por qué? —le preguntó—. Si esto parece un bar de machotes que vienen a tomarse una pinta mientras ven el fútbol.

—Sí, bueno, y para ellos Yanos ya tiene a Katie.

Philippe señaló a la chica que entró brincando por la puerta de la cocina, como si hubiera estado esperando su señal. La única palabra que le vino a la mente a Ennio para describirla era… «inglesa». Tal vez fuera por sus facciones o tal vez por el maquillaje (esas cejas demasiado definidas y gruesas, esa base tres tonos más oscuros que su color de piel auténtico, ese pintalabios *nude* ), pero no cabía duda de que Katie era *muy* inglesa.

—¡Perdón, perdón, ya estoy! —chilló con una voz tan aguda que Ennio temió que rompiera las copas de la barra.

Con cada saltito, las tetas de Katie parecían amenazar con liberarse del top de tirantes negro y ajustado que llevaba. A pesar del evidente sexismo que demostraban las diferencias en sus uniformes, hacía tanto calor allí dentro que a Ennio le habría encantado que le permitieran llevar una camiseta igual que la de su compañera, en lugar de una camisa de mangas largas.

Katie salió de la barra y recorrió el bar con paso desenfadado, recogiéndose el pelo oxigenado con las manos para hacerse una

coleta alta, hasta llegar a una mesa en la que se acababan de sentar dos hombres de mediana edad que la devoraban con la mirada. Philippe aprovechó el momento a solas para seguir con su explicación:

—La cuestión es que Irina no deja de tocarle los cojones a Yanos diciéndole que hay que darle un toque más fino al local. Y, a ver, tiene parte de razón. La tía es una cabrona, pero de tonta no tiene un pelo. Si conseguimos que vengan mujeres, además de los paletos estos, pues… más dinerito. Y ahí es donde entran todos estos muebles raros y en teoría elegantes que no pegan ni con cola aquí, y los yogurines como tú. Bueno, y como yo, qué coño.

Ennio resopló.

—¿Y todo esto es solo una teoría tuya o…?

—No, qué va, si no paran de hablar del tema en el despacho de Yanos. Y desde la cocina se oye todo. Tanto las discusiones como los gemidos de Irina. —Philippe hizo una pausa, como si esperase a que Ennio se riera de su broma, pero Ennio seguía mirando a Katie, fascinado por su desparpajo mientras lidiaba con los dos babosos. Philippe le dio un codazo—. Ey, venga, tronco, que el cosmopolitan no se va a hacer solo.

Ennio bajó la vista a la pequeña chuleta que le había dado su amigo, la que el propio Philippe había usado durante sus primeras semanas allí. «Cosmopolitan: 45 ml vodka, 15 ml Cointreau, 45 ml zumo de arándanos, 15 ml zumo de lima. Recomiéndaselo a las cuarentonas y a los gais que tienen pinta de creerse que viven en *Sexo en Nueva York* ». Con la ayuda de Philippe para averiguar dónde estaba cada botella, preparó el cóctel, sacó de la nevera el botellín de sidra que debía llevar a la misma mesa, donde lo esperaba una pareja, y lo colocó todo en una bandeja negra redonda. Vio como el líquido de la copa se balanceaba peligrosamente mientras alzaba la bandeja y daba un paso vacilante, dos, tres, hasta que decidió levantar la vista, clavarla en un punto fijo de la pared de enfrente y confiar en que, al no prestarle demasiada atención, el cóctel no se desbordaría.

Hasta que no llegó a la mesa nueve (Philippe le había enseñado el pequeño plano con la disposición de las mesas que tenían en la

barra y le había aconsejado que se aprendiera los números pronto si no quería vérselas con la ira de Irina, sobre la que había oído hablar tanto a esas alturas, sin haberla visto siquiera, que empezaba a considerarla un personaje mitológico), no se permitió desviar la vista hacia la bandeja. Agarró el cóctel y lo dejó frente a la chica, dando por hecho que la sidra sería para su acompañante.

—Es para mí —le informó un hilo de voz suave, como si al hombre del que brotaba le resultara vergonzoso corregir la suposición errónea del camarero.

—Ay, perdo… —empezó a decir Ennio, pero al levantar la mirada y toparse con el rostro pálido que lo observaba no pudo terminar de pronunciar la palabra.

Podría haber sido una de las esculturas de su padre, podría haber sido el protagonista de uno de los cortos de su hermano mayor o de una de las canciones de su madre, o tal vez uno de los sujetos de los cuadros de su hermana pequeña. No, esto último no era cierto; las figuras que dibujaba Greta siempre tenían cierto aire terrorífico, y aquel muchacho era la criatura más seráfica que Ennio había visto jamás.

El chico agachó la cabeza, tal vez intentando escapar del examen visual de Ennio, y se apartó un rizo oscuro de los ojos con una sonrisa cohibida. Cuando volvió a levantarla, Ennio seguía contemplándolo a su pesar; sabía que debía volver a comportarse como una persona normal, pero la prudencia lo había abandonado, junto con la fuerza de voluntad, la sensatez y toda lógica, y tan solo podía seguir recorriendo de un lado a otro aquella cara con la mirada: de sus ojos grises iluminados por la luz débil de las lámparas de araña a su nariz romana, a su mandíbula afilada y a sus labios rosas, finos pero carnosos. Su mente viajó de pronto varios años atrás: el chico era idéntico al que le gustaba al protagonista sordo de un corto gay brasileño que Ennio había reproducido tantas veces en YouTube durante su adolescencia que había llegado a preguntarse si había sido él el principal motivo de que lo hubieran acabado convirtiendo en película. No, idéntico no, más guapo, en realidad, o quizá solo más llamativo, con unas facciones más exageradas, la nariz más grande y la mandíbula más marcada, con

lo que inevitablemente dividiría opiniones: o te resultaba más atractivo o anguloso de más. En el caso de Ennio era, sin duda, lo primero.

A pesar de su belleza mirífica, había algo en él que le impedía deslumbrar, cierta oscuridad que lo envolvía. No, se corrigió Ennio de nuevo al fijarse mejor, no era oscuridad en realidad, era luz lo que desprendía, pero una luz tan tenue, tan fría, que resultaba en cierto modo mortecina. Tal vez esa luz fuera el motivo por el que había pensado en los cuadros de Greta. Era tétrica. Lúgubre, concluyó Ennio, preguntándose si era eso posible siquiera, si una luz podía ser lúgubre. Pero no podía, no sabía, describirla de otra manera.

Aunque Ennio también era consciente de que, para su propio detrimento, tendía a caricaturizar a las personas. Le había pasado con sus exnovios (¿podía llamarlos así siquiera?), a quienes primero había endiosado para acabar lanzándolos del pedestal de una patada en cuanto habían demostrado el más mínimo fallo propio de un humano; le había pasado con Philippe, a quien empezaba a ver únicamente como un cuerpo capaz de cumplir fantasías sin más personalidad que la que le proporcionaba su egoísmo desatado; y le había pasado, hacía tan solo minutos, con Katie, a quien había pintado, aun siendo consciente de su propia misoginia interiorizada, como una pobre chica simple, feliz de someterse a una tradición que la sexualizaba sin piedad. Sabía que tenía que empezar a ver el gris de las personas, que incluso se haría un favor a sí mismo si dejaba de simplificar su visión, ya que se ahorraría decepciones inevitables, pero por otro lado la parte de él que se movía por la ficción (casi todo él, en realidad), por el romance y el drama, necesitaba que su vida fuera interesante, que todo fuera una hipérbole, para poder plasmarlo luego con más facilidad en el papel.

También existía la posibilidad, no obstante, de que fuera una simple cuestión de ego: si todo lo que lo rodeaba era apasionante, él, por mera proximidad, debía serlo también.

En cualquier caso, en aquel momento lo último que le importaba era el origen de aquel rasgo tóxico. En aquel momento, lo único que existía era el chico que tenía delante, un chico que, mientras rozaba los dedos de Ennio al coger el cosmopolitan y le transmitía una

descarga de esa misma luz inquietante que desprendía, le pareció digno de protagonizar el resto de sus historias. Aquel momento, entendería Ennio más adelante, sería el más perfecto de su vida. No porque fuera en sí algo extraordinario, sino porque, al igual que el beso de Clarissa Vaughan y Richard en el libro que ese mismo chico le prestaría unos meses después, encerraba en su pureza la promesa de algo más.

De todo .

# Julia

Julia sabía que Clive lo tenía todo. Que podía tenerlo todo, al menos.

No, eso no era ni cierto ni justo; estaba siendo demasiado dura con él. Que tuviera mucho más dinero de lo que tendría ella jamás no quería decir que sus padres lo tratasen siempre como debían. No quería decir que supiera qué le apasionaba, qué le llenaba aparte de la escritura. No quería decir que hubiera experimentado jamás el amor. Que fuera feliz. Era algo que tenía que recordarse a sí misma de tanto en tanto, porque todo ese brillo, todo ese fulgor que desprendía la familia Barton, podía llegar a engañarla a veces.

Pero, en el fondo, lo sabía. Sabía que Clive nunca había sido del todo feliz.

Y por eso decidió no contestar a lo que le acababa de decir; tan solo asintió y bajó la mirada, compasiva. Le dio un sorbo a la sidra y, en un intento de distraerse, se fijó en el chico que les había servido las bebidas unos minutos antes. No era nada del otro mundo; tenía una cara un poco demasiado achatada como para resultar verdaderamente guapo, aunque ese flequillo rubio oscuro, ondulado y despeinado que le daba un aspecto aniñado y esos ojos almendrados que desprendían energía le conferían cierto atractivo. Pero parecía perdido. Resultaba evidente que era su primer día. Casi tan evidente como lo fascinado que se había quedado con Clive. *Pobre* , pensó Julia. *Si supiera lo fuera de su alcance que está…*

Pero no consiguió mantener la atención centrada en el camarero durante demasiado tiempo, porque menuda palabra, ¿no? «Feliz». ¿Quién coño era del todo feliz?

Allí, sentada delante de Clive, no podía parar de darle vueltas a lo que le había dicho. Que ella al menos podía dedicarse a lo que le

gustaba, eso era lo que le había dicho. Eso era lo que le había dicho, ¿no? Ya no lo sabía; ahora le resultaba difícil de creer. ¿De verdad había tenido la desfachatez de decirle algo así? Él, que había podido estudiar en una prestigiosa universidad de Nueva York. Que podría no trabajar el resto de su vida si quisiera (no estaba segura de ello, pero era lo que intuía, lo que había intuido siempre, a juzgar por el estilo de vida de los Barton, por su casa en Belgravia, por las fiestas en yates que partían de islas españolas cuyos nombres no sabían pronunciar).

Cómo le gustaba mentirse a sí misma, pensar que eran iguales, a pesar de sus orígenes. Era imposible que fueran iguales. No ocurría a menudo, pero en las contadas ocasiones en las que se volvían patentes las diferencias que los dividían, Julia solía retraerse, protegerse en el interior de un capullo que la aislaba de la realidad hasta que el momento pasaba y todo volvía a ser como siempre. Hasta que Clive notaba que Julia se iba alejando, apagándose, y le decía, como le dijo en ese instante, que lo perdonara, que era un desconsiderado, joder, que le encantaba quejarse sin motivo. Y entonces, con tan solo unas palabras sencillas como aquellas, una disculpa ni siquiera demasiado elaborada, la ira de Julia se aplacaba. Porque Julia se convencía de que eran palabras que le demostraban su conciencia, su capacidad de ver el mundo real, los problemas que hostigaban a los que no tenían su suerte; en definitiva, lo poco que se parecía a Michael y a Virginia, quienes la habían tratado siempre bien, sí, pero siempre de un modo paternalista, desde arriba, desde lo alto de un montículo invisible, un pedestal de mármol blanco, como a una sirvienta que hacía un trabajo excepcionalmente bueno y creían digna de tomar el té con ellos de vez en cuando, aunque solo fuera para aliviar parte de esa culpa de ricos, una culpa de la que probablemente ni siquiera fueran del todo conscientes pero que estaba ahí.

Otras veces, no hacían falta palabras; Julia tan solo lo miraba a los ojos grises en los que veía a alguien ahogándose, alguien luchando por mantenerse a flote en aguas turbulentas, y recordaba que se trataba de Clive.

Que no era perfecto, que no eran iguales, que nunca lo serían,

pero que era Clive. Su Clive. Complejo, extraordinario, de algún modo inaccesible pero a la vez cercano, alguien con quien solía poder desahogarse y quien recurría a ella para lo mismo. Su mejor amigo.

—Sigue contándome lo del capullo de Sean, por favor —añadió entonces, y fue lo único que Julia necesitó para dejar de lado la reticencia y retomar las típicas conversaciones de los viernes en el Golden Beaver.

—En realidad, no hay mucho más que contar. Es que me odia y ya está —contestó Julia, apoyando el codo sobre la mesa y la mejilla en la mano—. Estoy convencida.

—No te odia, Julia. Es culpa de mi padre, que ya podría habernos avisado de que Sean en realidad no buscaba a más gente. Es normal que ahora siempre sientas que sobras. —Tras una pausa, agregó—: Lo siento.

Julia le dio un manotazo en el hombro.

—No lo sientas, imbécil. Tengo trabajo gracias a ti. Solo tengo que…, en fin, que demostrarle que valgo para algo, supongo. Bah, es igual. Llevo demasiado tiempo rayada con esto. Cuéntame tú —le pidió Julia en un intento de compensar la malicia de sus pensamientos previos—. ¿Por qué me has dicho en el mensaje que tu semana estaba siendo una mierda?

Entonces fue Clive quien pareció huir de pronto, robarle la capa protectora a Julia y cubrirse con ella. Se quedó callado durante unos segundos, y en el silencio que descendió sobre ellos a Julia le pareció que Clive miraba también a los camareros, que hablaban con urgencia tras la barra, durante un instante fugaz. No pudo interpretar su expresión, pero se preguntó si por dentro estaría sacando su vena de niño rico, despreciando al chico rubio por haberse equivocado al servir las bebidas y haberse atascado al intentar ofrecer una disculpa. No, qué va, no le pegaba nada. ¿Por qué estaba pensando tan mal hoy de su amigo? ¿Sería el estrés del trabajo lo que parecía estar separándolos más y más esos días?

—Por todo. —Clive suspiró—. Por mi padre.

—¿Sigue empeñado en que trabajes con él?

—¿Tú te crees que a mí me interesan los putos fondos de

cobertura? —exclamó Clive de repente.

Julia se quedó sorprendida durante un momento ante el pronto de su amigo, pero decidió quitarle importancia probando un tono jocoso:

—A ver, habiendo estudiado la carrera de Economía…

Clive la miró como si fuera a abalanzarse sobre la mesa y hacerle un placaje.

—Sabes perfectamente que me obligó a estudiarla, cabrona. —Le dio un sorbo al cosmopolitan para tranquilizarse—. De todos modos, el problema ni siquiera es ese. O sea, sí lo es, pero ahora además se le ha ocurrido otra forma más de torturarme. Como sabe que lo único que me llena es escribir, en vez de ser un padre normal y meterme presión solamente con que trabaje de algo «estable y decente», ha decidido probar otra vía al ver que eso no funcionaba. Ahora le ha dado por presionarme con el éxito, por decirme que vale, que no se opone a que escriba mientras hago las prácticas en su empresa, pero que, si eso es lo que quiero de verdad, tengo que demostrar que valgo. Tengo que publicar un libro que venda millones de ejemplares y que haga que valga la pena mi «vena artística». Lo dice tal cual, haciendo el gesto de las comillas con los dedos y todo, ¿eh?

Julia abrió mucho los ojos, mordiéndose el labio inferior, pero en realidad no se sorprendía lo más mínimo. Así era Michael. Un hombre generoso (al fin y al cabo, le había conseguido el trabajo a ella y le había pagado la carrera y la estancia a su hijo en Nueva York) y sociable (en todo Londres, nadie tenía nada que no fueran halagos para describirlo), un hombre que quería a su hijo, sí, pero siempre que se ciñera a lo que tenía planeado para él, siempre que acatara el estilo de vida de los Barton. Y tampoco se contentaba con decirle a Clive lo que debía hacer con su vida para satisfacerlo; era más efectivo manipular a su hijo, hacerle creer que nunca sería suficiente, para que terminase aceptando sus deseos por una voluntad propia que de propia, en realidad, no tenía nada. Clive llevaba años bloqueado; no era capaz de escribir nada que no fuera una escaleta o un capítulo suelto sin que el sentimiento de culpa que le había instalado su padre en los hombros a lo largo de los años a

base de comentarios como el de aquel día se apoderara de él y cortara por lo sano su «vena creativa», como diría Michael.

—Vamos, que tienes a tu propio Sean metido en casa —bromeó Julia.

—Básicamente.

Sin saber qué más decir, cómo abordar un problema que había perseguido a Clive casi desde que Julia tenía memoria, un problema que ella nunca tendría porque ella había dejado de escribir sin pensárselo dos veces (sin opción, en realidad) en cuanto su madre había necesitado su ayuda, un problema que solo tendría un niño rico privilegiado que al menos podía permitirse pensar en la posibilidad de dedicarse por completo a la escritura, optó por cambiar de tema para salvar la velada. Para apartar una vez más sus diferencias. ¿Qué le pasaba esa noche? ¿Por qué no paraba de debatirse entre el afecto, el amor, que sentía por Clive y sus reservas? Era como si algo en su interior, algo que no recordaba haber sentido antes, o al menos no con esa intensidad, la instara a actuar con cautela, a no dejarse engañar.

*¿Engañar por qué?* , pensó, casi oyendo sus propios gritos en la cabeza. *¡Si es mi mejor amigo!*

—Oye, ¿y el manuscrito del que me hablaste la semana pasada? —le preguntó, más calmada, orgullosa de haber cambiado de dirección a tiempo y haber arribado a un puerto en mayor o menor medida pacífico—. ¿Cómo lo llevas?

Clive inspiró hondo.

—No lo llevo.

—Va —le insistió Julia—. Algo habrás avanzado.

—No. Nada. Ni una pizca. Te lo juro. Es que me resulta absolutamente imposible. —Clive apuró el cosmopolitan, como si necesitara el valor que le concedía el líquido para soltar todo lo que quería soltar, y luego empezó—: Mira, me levanto inspirado un día, me flipo y pienso que tengo la idea de mi vida, la trama que va a revolucionar el mundo editorial, una pasada, y entonces me siento con el portátil, escribo un capítulo y antes de acabar ese único capítulo ya tengo mil dudas que no me dejan seguir. ¿Primera persona? ¿Tercera? ¿Presente o pasado? ¿Estaré empleando un

estilo demasiado comercial y no me tomarán en serio? ¿Me pasaré de pedante si intento tirar más hacia lo literario? ¿Debería pegarme un tiro y ya está? ¿Descansaría así de una vez por todas?

Julia lo miró con una expresión que decía que ya estaba bien de tanto dramatismo, pero no quiso interrumpirlo.

—En serio. Llevo ya tantos años así que siento que me estoy volviendo un poco loco —continuó Clive—. Y soy consciente de que es cosa de mi padre, que me trastoca la cabeza con sus ideas, ¿eh? Sé que son sus palabras, que se aferran a mí por dentro, se abren paso por mi cerebro con esas garras suyas afiladas y no me dejan hacer nada. Pero no puedo librarme de su vocecita patética ni aún siendo consciente de eso.

—Clive… —empezó a decirle Julia.

—¿Qué? —preguntó él con sequedad.

—Te lo digo por tu bien, eh, pero tienes que encontrar la manera de poner tus ideas por escrito, pero ya, porque como sigas hablando en alto con ese tonito melodramático y recargado no te va a soportar ni Dios.

Clive le devolvió el manotazo en el hombro a su amiga mientras componía una expresión de ofensa fingida, y luego, en lugar de retirar la mano al momento, la posó sobre la de Julia durante unos segundos de más y la miró con una sonrisa de agradecimiento por haber aliviado, aunque solo fuera en parte, la tensión. Y en ese periodo fugaz Julia vio en los ojos de Clive al muchacho que años atrás se había quedado hasta las tantas oyendo sus primeros escritos desde el otro lado del Atlántico e intercambiando ideas de tramas, al chico que la había abrazado y levantado por los aires como si llevaran décadas sin verse tras bajarse del avión en Gatwick, al hombre que tantas noches les había llevado a su madre y a ella comida de su restaurante tailandés favorito tras la marcha de su padre porque Clive sabía, cuando aún ni siquiera lo sabían ni Julia ni su madre, que lo que necesitaba Charlotte en realidad era distracción, que su casa se llenara de nuevo de vida cuanto antes, crear recuerdos nuevos y felices en el lugar plagado de terrores del que no iba a poder escapar.

Justo entonces llegó el camarero para preguntarles si querían algo

más de beber y Julia apartó la mano, como si sintiera que los había sorprendido haciendo algo indebido. Clive le pidió otra ronda y el chico se alejó, y entonces, sin saber muy bien por qué, quizá porque seguía nerviosa y desconcertada y necesitaba desviar la atención, quizá para que Clive supiera que se fijaba en otros hombres, quizá para provocar alguna clase de reacción en él, dijo:

—Qué mono.

Vio a Clive observar al chico durante un instante casi imperceptible y Julia notó algo en su mirada que no supo identificar. Tampoco le dio tiempo, porque al momento Clive bajó la vista y pareció contraerse físicamente, como si el aire fuera palpable, pesado, e hiciera presión contra su cuerpo.

Luego se encogió de hombros, como si no tuviera ninguna opinión al respecto.

«Qué mono».

Cómo iba a haber sabido Julia entonces que se arrepentiría de aquellas palabras toda su vida .

# Ennio

Cuando se sentó a escribir el domingo por la noche, a Ennio le pasó algo a lo que no estaba acostumbrado: no tenía ni la más remota idea de cómo avanzar con *Chaos* , el manuscrito en el que estaba trabajando. No recordaba dónde había dejado la historia, qué había contado ya sobre los orígenes del protagonista ni cómo iba a conocer al que acabaría siendo su novio.

Lo que lo había motivado a escribir dicha novela había sido la historia de Edu Vaez, otro escritor al que conocía de redes y con el que solía intercambiar cotilleos del panorama editorial. Elena Santos, editora de literatura romántica, había querido publicar el primer manuscrito de Edu, un *coming of age* de un chico bisexual, en un intento de modernizar el sello del gran grupo editorial que lideraba, y lo había publicado justo el mes del orgullo, junto a una novela sáfica y una gay y explícitamente erótica. Edu, emocionado, había estado convencido de que iba a entrar por la puerta grande en el panorama literario comercial, de la mano de un grupo importante. Al acercarse el día de publicación, sin embargo, se había topado con una campaña de *marketing* inexistente, dos *posts* en redes sociales con imágenes claramente creadas por un becario aficionado al diseño gráfico y… la nada. Silencio. Vacío. Era como si su libro no hubiera salido, al igual que la novela lesbiana de Vicky, su compañera de editorial. Para el lanzamiento del libro erótico, sin embargo, habían publicado un tráiler para el que habían contratado a actores y habían colgado carteles en las cadenas de librerías de las grandes ciudades. Edu había intentado confiar en que el boca a boca

acabara surtiendo efecto; las pocas reseñas que dejaban de su libro eran todas positivas, de modo que tarde o temprano la gente tendría que ir descubriéndolo, ¿no? Al cabo de varios meses, no obstante, harto de ver las reseñas de Goodreads estancadas, se armó de valor y decidió preguntarle a su editora por las ventas, aunque aún no hubiera pasado un año. Elena le dijo que lo sentía, que el libro no había funcionado todo lo bien que esperaban, pero que en el fondo era normal, que las historias gais (al parecer, en la literatura comercial la bisexualidad no existía y, si el personaje se besaba con un chico, era gay) que triunfaban eran las que acababan en una muerte o en las que el protagonista se hartaba de follar (Ennio imaginaba que no se lo habría dicho con esas palabras, pero así se lo había contado Edu), no las que hablaban sobre crecimiento personal, sobre intentar sobrevivir a la opresión de la sociedad, las que mostraban a las personas *queer* con matices y personalidades complejas. Y que, dado que su editorial era romántica, y la muerte no tenía cabida, Edu tenía dos opciones si quería seguir publicando con ellos: escribir literatura erótica o, mejor aún, centrarse en algo más «normal», más «vendible», es decir, una pareja protagonista heterosexual. Que le escribiera un correo si se le ocurría una historia así.

Edu llevaba desde entonces bloqueado, y no había vuelto a publicar, pero Ennio había decidido aprovechar esa información y se había propuesto escribir el romance gay más comercial del mundo, combinándolo todo: una buena dosis de drama, tal vez alguna muerte, y el toque perfecto de erotismo. Llevaba desde entonces fantaseando con la idea de venderle el manuscrito no a Elena, sino a una gran editorial inglesa o estadounidense, que, según había leído en internet, podían llegar a ofrecer anticipos de más de seis cifras.

Y, aunque había seguido su plan a rajatabla hasta entonces, construyendo una trama romántica simple pero cargada de pasión, sexo, tragedia y toxicidad, ese domingo no podía avanzar.

Estaba exhausto y, por primera vez, se sentía perdido. Tendría que releerse varios capítulos, tarea que no podía parecerle más tediosa, y echarles un vistazo a las notas del móvil antes de empezar a escribir. ¿Era eso hacerse mayor? ¿Era así como escribiría a partir de

ahora, al tener un trabajo a tiempo completo que lo agotaba, aunque fuera sobre todo físicamente? Tampoco es que hubiera disfrutado de una vida de lujos y privilegios extremos antes de mudarse a Inglaterra; provenía de una familia de clase media, y solo su madre tenía un trabajo «de verdad», traduciendo libros (por vocación) y manuales de electrodomésticos (por necesidad de pagar la hipoteca). Las ventas de las exposiciones de su padre les daban para algún que otro capricho de tanto en tanto (un coche de segunda mano, unas vacaciones en la playa en temporada baja), pero no era suficiente como para considerarlo un sueldo. No obstante, había tenido la suerte de poder vivir en casa de sus padres mientras estudiaba la carrera, por lo que nunca le había hecho falta trabajar hasta ahora.

Aunque debía admitir que había algo más que lo distraía, algo que había ocupado casi la totalidad de sus pensamientos durante todo el fin de semana y en lo que estaría pensando en ese momento también si no hubieran llamado a la puerta de su dormitorio.

Philippe no estaba en casa; lo había oído salir hacía unas horas, de modo que solo podía ser una persona. Contuvo la respiración. A lo mejor podía fingir que estaba dormido o hacer como si hubiera salido él también. Aunque, por otra parte, la puerta no tenía pestillo y, como a Linda le diera por entrar de repente, estaría perdido. Intentó levantarse para tumbarse en la cama sin hacer ruido, pero las patas de la silla chirriaron contra el suelo viejo de madera, que a su vez crujió bajo su peso.

—Sé que estás ahí —le dijo Linda con sus ladridos característicos.

Sin contestar, Ennio suspiró y abrió la puerta de su dormitorio. Miró a Linda a los ojos, sin saber muy bien qué esperar de la interacción que estaba por llegar. Aún no habían mantenido ninguna conversación real desde que Ennio se había mudado al piso y, aunque sabía que tarde o temprano llegaría ese momento, esperaba que fuera más bien tarde.

Cuando Ennio alzó las cejas con expresión inquisitiva, incapaz de formular una frase coherente, Linda le preguntó:

—¿Interrumpo algo?

Y, antes de que pudiera responder, la chica se puso de puntillas y,

por encima del hombro de Ennio, barrió toda la habitación con la mirada.

—Eh…, no, no te preocupes. —Ennio se giró para tratar de averiguar qué podía estar buscando Linda—. Solo estaba escribiendo.

Linda volvió a centrar la vista en él y abrió los ojos de un modo que Ennio no supo interpretar. Por primera vez, Ennio se fijó en que tenía unos ojos bonitos dentro de la angustia que proyectaban, dentro del ligero toque de desequilibrio que transmitía el movimiento rápido y trémulo de sus iris marrones, enfatizado aún más por una raya negra alargada pintada sin demasiada habilidad o esmero.

—¿Escribes? —le preguntó antes de encenderse un cigarrillo.

—Pues… sí. ¿No te lo ha dicho Philippe?

La chica dejó escapar algo a medio camino entre una carcajada y un suspiro mientras agachaba la cabeza y la sacudía. El humo que exhaló le rodeó el rostro y se alzó en volutas hacia el techo.

—Como si Philippe me dijera algo alguna vez.

Ennio no supo qué contestar, más allá de un «oh» que no llegó a escapar de sus labios y una tos por culpa del humo.

—En fin —añadió ella en un tono carente de emoción—, precisamente estaba buscándolo. Íbamos a salir a comer antes de que empezara su turno, pero no sé dónde se ha metido y no me contesta a los mensajes.

El pinchazo de culpa que se le clavó a Ennio en el pecho al entender al fin el motivo de la inspección de su habitación le hizo tragar saliva con fuerza.

—Ah, pues ni idea. A mí no me ha dicho nada.

—Mmm —contestó Linda, alzando una ceja, antes de darle otra calada al cigarrillo y adoptar una actitud de indiferencia que resultaba triste por su incredibilidad—. Bueno, da igual. Habrá ido a comprar algo. —Y, mientras se daba la vuelta y desaparecía por la oscuridad del piso envuelta en el humo del tabaco y la irritación que intentaba contener, agregó en un tono que pretendía sonar despectivo pero que a Ennio, de nuevo, tan solo lo apenó—: Te dejo con tus… libritos.

Horas después, sentado en el metro con la camisa y los pitillos

negros del trabajo ya puestos porque llegaba tarde y no iba a tener tiempo de cambiarse al llegar, seguía sin haber conseguido quitarse la imagen de Linda de la cabeza. Sus caladas desesperadas, su coleta decolorada medio deshecha, la desesperación en esa mirada de mapache que intentaba ocultar sin éxito. Ennio no sentía nada por Philippe. Tal vez al principio, entre orgasmo y orgasmo, se hubiera convencido a sí mismo de que sí, y tal vez incluso en ocasiones aún se dejara llevar por la vena fantasiosa y romántica de la que solía pecar, pero en el fondo empezaba a conocerlo bien y, aunque no podía negar que su desenfado, su seguridad y esa película que parecía cubrir la totalidad de su ser y protegerlo de todo contratiempo le resultaran atractivos, por no hablar de esa polla venosa con la que había llegado incluso a soñar, en realidad era perfectamente consciente de que jamás podría tener nada serio con él. Ahora que ambos habían sacado algún beneficio de su «relación» (Philippe, el culo de Ennio; Ennio, trabajo y alojamiento), ¿por qué seguir jodiéndole la vida a una pobre chica que no le había hecho nada?

Mientras se bajaba del metro, subía las escaleras y se ponía la chaqueta vaquera sobre el uniforme de trabajo, tomó la decisión: Philippe y él no volverían a acostarse.



Puede que Linda hubiera interrumpido uno de sus pensamientos más apremiantes del día y hubiera logrado acaparar su foco mental durante unas horas, pero la chica quedó de inmediato relegada al fondo de su cerebro en cuanto el protagonista de dichos pensamientos apareció por la puerta del bar justo cuando Ennio cruzaba la de la cocina y salía a la barra.

El chico del cosmopolitan, la versión ligeramente más afilada del actor portugués, parecía aún más apagado sin la compañía de su pareja o quienquiera que fuera la chica pelirroja de la otra vez. Sin levantar siquiera la mirada, se dirigió a la misma mesa en la que se habían sentado el viernes, dejó el abrigo negro en el taburete de enfrente y se acomodó, concentrado en la carta.

—Un poquito de sutileza, chico.

Ennio se giró, sobresaltado, y se encontró con Philippe mirándolo con un paño en el hombro, la mano en la cadera y esa sonrisa pilla de siempre, aunque bastante más burlona que lobuna esta vez.

—Es que… —empezó a contestar Ennio, indeciso. ¿Se le haría raro a alguno de los dos hablar sobre otros chicos? Quizá debiera probar suerte de todos modos; al fin y al cabo, puede que fuera un buen paso para establecer límites entre ellos, para dejar claro, tal vez a sí mismo más que a Philippe, que jamás serían más que amigos—. Es que está buenísimo, ¿no?

Philippe contempló al muchacho durante un momento, analizándolo con los ojos entornados mientras secaba unos vasos con el paño.

—A ver, buenísimo, no. Mono, puede. Si te van los delgaduchos con expresión de torturado y pinta de aparecer en las noticias cualquier día porque se ha cortado las venas, claro.

—Tío…

—¿Qué? Si es verdad. Viene aquí cada dos por tres y el pobre me lleva siempre una cara de amargado que…

Cuando Ennio se disponía a reprocharle su insensibilidad, ambos vieron a Yanos pasar al otro lado de la ventana del local junto a una mujer alta con gafas y una melena ondulada y morada, camino de la puerta de atrás. Philippe le advirtió que se trataba de Irina, y Ennio no supo si sorprenderse ante el hecho de que fuera real después de todo o si asustarse por el modo en que, según sus compañeros, trataba a los novatos. A todos, en general, según había puntualizado Elena, pero sobre todo a los novatos.

Era hora de ponerse a trabajar, o al menos de fingir. Aún era temprano; todavía no había llegado ningún otro cliente que no fuera el chico del cosmopolitan y, para su decepción, vio que Katie, que había estado reponiendo los botes de salsas de las mesas, ya estaba acercándose a él para preguntarle qué quería tomar, de modo que iba a tener que mantenerse ocupado con otra tarea, por si aparecía Irina de repente. Mientras recolocaba las tartas en el expositor en busca de alguna que tuviera ya demasiado mal aspecto como para servírsela a los clientes (lo cual Philippe le había dicho que era

siempre una buena noticia para los camareros, ya que Yanos les permitía llevársela a la cocina y comérsela rápidamente), aprovechó que Philippe seguía cerca para continuar interrogándole sobre el chico del cosmopolitan.

—¿Viene mucho, entonces?

—¿Mmm? —le preguntó Philippe, aún frotando.

—Que si viene mucho por aquí el… el chico del pelo rizado del otro día.

—Joder, sí que te ha dado fuerte. —Philippe soltó una pequeña carcajada que a Ennio le pareció, aunque no pudiera explicarlo, francesa—. Sí, viene un montón. Creo que trabaja cerca, como la chica que lo acompaña a veces. Pero ella viene solo los viernes, creo. Ella sí que está buena, con ese pelo rojo fuego, esos ojos verdes y esos labios que tienen que hacer unas cosas… Está para hacerle un favor, ¿eh?

Ennio apartó la vista de las tartas y giró deprisa la cabeza hacia Philippe, como un gato que mira a un humano que acaba de estornudar. El comentario lo había sorprendido más de lo debido. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que Philippe fuera también bisexual; al descubrir que engañaba a Linda con chicos había dado por hecho que su novia no era más que una tapadera. Pero, claro, Philippe no era la clase de persona que necesitaba tapaderas para nada. ¿Estaría enamorado de Linda de verdad y sencillamente necesitaba otras distracciones, como le había dejado caer aquel primer día de convivencia?

Ahí estaba otra vez. Linda. Tomó nota mental de la necesidad de hablarle a Philippe del asunto antes de que acabara la jornada. Pero primero…

—Supongo, sí, bueno, no está mal, pero el chico…

Philippe rio de nuevo.

—La virgen, qué obsesión. No sé si es maricón, si eso era lo que me ibas a preguntar. Si lo es, desde luego tiene un gusto de mierda, porque ha pasado de mí cada vez que he intentado algo con él.

Ennio no pudo evitar soltar una risita de satisfacción.

—O sea que por eso *dices* que no te parece guapo, ¿eh? Porque pasa de tu culo.

—No es eso, imbécil —protestó Philippe—. Es que…, yo qué sé, míralo, si ni siquiera ha saludado al entrar y casi ni ha levantado la cabeza del móvil. Parece un vampiro energético.

Ennio lo miró y deseó con todas sus fuerzas que el chico alzara la vista, aunque solo fuese para demostrarle a Philippe que se equivocaba con él, pero al cabo de unos segundos, cuando se sintió tan ridículo como alguien que cree que puede controlar un tenedor con la mente si se concentra lo suficiente, se dio por vencido y desvió la atención de nuevo hacia las tartas. Sacó una de queso cuya mermelada de frambuesa había empezado a adoptar un tono más parecido al de la de cereza. Probablemente pudiera aguantar un día más; ningún cliente se quejaría si se la servían, pero no había cenado, estaba hambriento y, a juzgar por lo mucho que lo había visto comer en casa, sabía que Philippe la querría compartir con él. En teoría, debían llevársela a la cocina para que los clientes no los vieran comiendo, pero, como solo estaba el dios pseudoportugués en la sala, la partió allí mismo, medio oculto tras el expositor.

—Creo que son editores, ¿sabes? —le susurró Philippe mientras se acercaba, atraído por la comida y sin intención de ocultarlo.

Ennio se irguió de pronto mientras un cosquilleo le recorría todo el cuerpo. Ni siquiera la tarta de queso le resultaba tan jugosa como las palabras de su compañero. Editores. Editores londinenses. Editores londinenses que iban todas las semanas a su bar.

Todo un mundo de posibilidades abierto de repente ante él.

—¿De libros? ¿De ficción? —quiso asegurarse, temiendo estar dejándose llevar por su inventiva.

—Sí. Bueno, eso creo. —Philippe se encogió de hombros y se llevó un trozo de tarta a los labios. Con la boca aún llena, continuó—: Es que siempre hablan de novelas, de manuscritos que tienen que leerse, de escritura… Y, por lo que he oído alguna vez, parece que tienen un jefe cabrón. No sé a ti, pero a mí me suena un poco agobiante el mundo editorial, si te soy sincero. No entiendo por qué te llama tanto.

Ennio pensó en explicarle una vez más que lo que quería él era escribir, no necesariamente dedicarse a la edición, pero sabía que era inútil; Philippe solo le prestaba la atención suficiente para

mantenerlo ahí, a su alcance, listo para cuando su pene caprichoso lo necesitara, pero no parecía interesarse de verdad por los planes y las inquietudes de Ennio.

—¿Y por qué coño no me habías dicho nada hasta ahora?

—Ay, Ennio, y yo qué sé. ¿Qué ibas a hacer? ¿Sentarte con ellos así, de repente? Además, te he conseguido el curro y te lo he contado ahora, ¿no? —Philippe dejó el tenedor en el plato y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Que parece que solo sabes echarme cosas en cara, tío.

Se alejó, desapareció por la puerta de la cocina, que se quedó balanceándose en las bisagras durante varios segundos por la fuerza con la que la había abierto, y dejó a Ennio preguntándose si tendría razón, si sería siempre demasiado duro con él. Si estaría demasiado centrado en sus ambiciones y sus problemas como para forjar cualquier tipo de lazo auténtico o apreciar los gestos de amabilidad de los demás.

Cuando bajó la vista a la encimera, no quedaba ni una sola migaja de tarta .

# Julia

El lunes por la mañana, mientras subía en ascensor a la séptima planta, la que albergaba las oficinas de McAllen & Pratt, Julia se sentía como una niña pequeña que se había portado mal, una que no había hecho los deberes y estaba a punto de enfrentarse al profesor más estricto de todo el colegio. No se había terminado *Un martini en Brighton* durante el fin de semana. Lo había intentado, de verdad que sí, pero, cuando había llegado a la escena del capítulo veintisiete en la que la pareja protagonista se enfadaba y se dejaba de hablar por cuarta vez por una falta de comunicación exasperante e inverosímil, se había dado por vencida. En la carpeta que había adjuntado el autor con las distintas propuestas para la cubierta, todas las imágenes mostraban a la pareja besándose. ¿Por qué perder el tiempo con tantas peleas innecesarias si sabías que iban a acabar haciendo las paces al cabo de un par de capítulos? ¿Por qué era todo tan predecible últimamente? ¿Se había cansado la gente de leer historias imprevisibles, sorprendentes y originales y solo pedía la misma fórmula una y otra

vez? Tal vez Savannah supiera apreciar esa historia vacía y manida, tal vez ella pudiera entender su valor comercial y sacarle algo de jugo, pero ella desde luego no. Casi deseaba que se fuese la luz, que se produjese un fallo técnico y el ascensor se quedase atascado entre planta y planta, lo que fuera con tal de no tener q ue hacerle frente a Sean y verse obligada a repetir la escena del viernes en su despacho.

Lo que la salvó de ese destino, o al menos lo pospuso, fue la presencia de otra persona a la que, a decir verdad, tampoco se moría de ganas de ver. Michael estaba de pie al fondo del pasillo, junto a Sean, quien le había posado una mano en el hombro en un gesto que gritaba: «Somos intocables, los dueños del mundo, y no hay nada mejor para comenzar la semana en la oficina infundiendo respeto y admiración en los subordinados que dos mandamases trajeados reunidos». O al menos esa era la interpretación que extraía Julia de aquella estampa mientras recorría el pasillo enmoquetado con andares vacilantes.

Agachó la cabeza, miró el móvil para fingir que no los había visto e intentó girar hacia la derecha, hacia la amplia sala abierta en la que estaban dispuestas las estaciones de trabajo de los agentes que aún no tenían despacho propio, pero Sean la llamó antes de que pudiera escabullirse.

—¡Julia! No te escapes, que Michael quiere hablar contigo.

Julia se hizo la sorprendida, levantó el maletín en el aire, lo señaló con la otra mano y luego ladeó la cabeza hacia la sala de trabajo con la esperanza de que Michael y Sean entendieran que iba a dejarlo en su escritorio y que ahora volvía, pero sintiéndose como una especie de mimo circense ridículo incapaz de expresarse como una persona normal. Cuando atravesó las puertas de cristal (porque por supuesto que eran de cristal; ¿cómo iba a poder vigilarlos Sean si no?), dio las gracias por que Clark estuviera de espaldas a ella, sentado sobre el

escritorio de Savannah, intentando ligar con ella como de costumbre, y que por tanto ninguno se hubiera percatado de su llegada. Aprovechó el instante de paz, tras dejar el maletín en su silla, para alisarse la camisa y los pantalones, respirar y concienciarse para un encuentro con la persona a la que sabía que debía estar agradecida pero que, a la vez, últimamente sentía que le había hecho un favor de doble filo.

Sacudió la cabeza repitiéndose a sí misma que tenía que dejarse de gilipolleces. El padre de Clive le había conseguido un puesto en una agencia a la que jamás habría tenido acceso sin los contactos adecuados, un puesto de trabajo mejor que los que habían conseguido la mayoría de sus compañeros de promoción, según había averiguado en sus incursiones nocturnas en LinkedIn. ¿Cuándo se había convertido en una niñata mimada? ¿Acaso no se daba cuenta de que gracias a Michael su madre había podido conservar su piso? ¿Tanto la afectaban unos compañeros maleducados que provenían de familias adineradas y un jefe que no valoraba su visión?

*Bienvenida al mundo laboral, Julia* , se reprendió.

Por una especie de psicología inversa que no llegaba a comprender del todo, al flagelarse conseguía relajarse ligeramente. Por un lado, saberse parte de un grupo más grande de veinteañeros, unidos por la experiencia compartida de ser explotados de manera sistemática en sus puestos de trabajo, le brindaba cierto alivio, pero además darse cuenta de que ella era en realidad de los pocos privilegiados dentro de ese escalafón le arrebataba la posibilidad de quejarse sin sentirse culpable. Aquello la dejaba en una suerte de limbo en el que no le quedaba más opción que aceptar su posición y desear en silencio, sin protestar, un futuro mejor.

Menos alterada, o tal vez solo resignada, salió al pasillo convenciéndose de que el padre de Clive tan solo había pasado por allí a saludar a su mejor amigo y a la mejor amiga de su hijo, un gesto sencillo, amable y cercano.

—¿No pensabas saludarme o qué? —le dijo Michael con su sonrisa perfecta mientras la distancia entre ellos se acortaba.

Con la barba recortada y los rizos algo más largos de lo que solía

llevarlos, el parecido con su hijo resultaba inquietante. Tenía unos rasgos más voluminosos, menos perfilados que los del rostro fino de Clive a pesar de los veintitrés años que los separaban, que llevaba a la gente a preguntarse a menudo si eran hermanos; aunque, si poseías la perspicacia de Julia, no resultaba difícil notar que el exceso de carne se debía en realidad a algún que otro retoquito estético de esos a los que se sometían los hombres de mediana edad que no sabían en qué gastar su dinero, sumidos en una búsqueda constante, y en demasiadas ocasiones contraproducente, de la juventud permanente.

Julia extendió la mano mientras balbuceaba alguna respuesta políticamente correcta, pero entonces Michael la envolvió en un abrazo cálido.

—Ven aquí, anda —le dijo, y sintió su aliento en el pelo cuando añadió—: ¿Qué pasa, que por estar en el trabajo ya no eres parte de la familia o qué? Mírala, lo formalita que se pone.

—Oh, qué bonito —intervino Sean—, pero, bueno, ya está bien, que vais a ser la comidilla de los cotillas esos —agregó, señalando con la barbilla hacia la sala de trabajo.

Julia se separó de Michael y le preguntó a qué había venido. ¿Habría sonado demasiado entrometida? Era igual, ya no había vuelta atrás; las palabras ya habían salido de sus labios y Michael estaba contestando.

—Pues a saludar a dos de mis personas favoritas —le dijo con otra de sus sonrisas deslumbrantes. Demasiado deslumbrante, de hecho. Más que la última vez que lo había visto, en una cena en casa de Clive. ¿Se había puesto carillas, como los *celebrities* estadounidenses a los que Hollywood masticaba como un chicle y escupía cuando les había extraído todo el sabor y se veían obligados a recurrir a *realities* para mantenerse relevantes?—. Pero, sobre todo, a charlar contigo.

Ahí estaban. Las palabras que tanto había temido oír. Ya, ya había llegado el momento, había hecho algo mal y Sean había decidido despedirla, pero Michael había pedido ser él quien le diera la noticia para suavizar el impacto.

—¿Conmigo? —fue lo único que consiguió responder, señalándose el pecho.

Michael asintió con la cabeza mientras seguía sonriendo, esa vez con los labios apretados, una expresión que no encajaba en absoluto con el escenario que Julia se estaba montando en la cabeza.

—Venga, anda, a la calle —sentenció Sean. Julia estaba cada vez más desconcertada. ¿Así era como se lo iban a comunicar? ¿Con un simple «a la calle»? ¿Y para eso necesitaba la presencia de Michael? —. Os dejaría mi despacho para charlar, pero tengo una reunión en cinco minutos. Tomaos un café a mi salud, ¿de acuerdo? Además, así te llevas a este vejestorio a que le dé un poco de aire y de sol. —¿Y ese tono amistoso de repente? ¡¿Qué está pasando?!, quería gritar Julia, pero Sean pasó la vista a Michael y siguió hablando—: Que, para haberte pasado dos semanas en Ibiza rascándote el ombligo, estás bastante paliducho, eh.

Michael le dio un puñetazo juguetón en el hombro a su amigo y se llevó a Julia hacia el ascensor rodeándola con el brazo. Julia caminó muy rígida, sin mirar atrás, mientras se acercaban poco a poco a las fauces del ascensor que la engullirían y la obligarían a pasar varios minutos a solas con una de las personas responsables tanto de su sustento como de su inquietud. A juzgar por la actitud de los hombres, entendía que no, que no pretendían echarla, pero seguía sin entender el motivo de aquel imprevisto y solo podía pensar en el café, con la esperanza de que la despertara lo suficiente como para empezar a comprender qué estaba ocurriendo.

El ascensor aún seguía allí de cuando había subido ella; Michael hizo un gesto para que pasara Julia primero y, por suerte, el silencio incómodo que temía que descendiera sobre ellos en aquel espacio asfixiante no llegó.

—¿Qué tal está Clive? —le preguntó, despojado al fin de esa sonrisa artificial, con el rostro atravesado por las sombras y las luces tenues del techo.

—¿Clive? ¿Clive, tu hijo? —le preguntó Julia con una sonrisita ladeada de confusión y una ceja arqueada.

—Sí, Clive, Clive, mi hijo, que, por más hijo mío que sea… —Michael suspiró y se le hundieron los hombros—, no hay manera de verle el pelo últimamente. Por eso te pregunto, porque seguro que lo has visto tú más que yo estas últimas semanas.

Julia se sentía en una encerrona. Clive no le había dado demasiados detalles sobre la situación con su padre; tan solo le había comentado de pasada que seguía obsesionado con controlar su trayectoria profesional, pero no había mencionado nada de que hubiera empezado a evitar su casa. ¿Qué se suponía que debía decirle a Michael? Ella tampoco lo había visto tanto. Hacía tiempo que no desayunaban juntos ni pasaban la mañana del sábado de librería en librería, como solían hacer. De hecho, ese último mes, solo habían mantenido su cita obligatoria de los viernes en el Golden Beaver, y había dado por hecho que el resto del tiempo lo habría pasado en casa o en las oficinas de su padre, haciendo las prácticas que había ido alargando y alargando (ventajas de ser el hijo del jefe), abandonándolas y retomándolas durante meses (¿puede que hiciera ya incluso un año?), para no tener que tomar ninguna decisión definitiva sobre su futuro. Ahora que lo pensaba, Clive rara vez le hablaba del resto de sus amistades. Desde que había vuelto de Nueva York, solo lo había oído hablar de un tal Nathan, un becario de su padre con el que había empezado a quedar de vez en cuando y con el que, según recordaba, las cosas habían acabado regular. ¿Había llegado a preguntarle alguna vez el motivo?

—¿A ti también te está ignorando? —añadió Michael, al ver a Julia enfrascada en sus pensamientos.

—No…, bueno, no sé. Puede, ahora que lo mencionas. —Se arrepintió de haber dejado escapar sus temores recién adquiridos sin pensar; imaginaba que Clive no querría que su padre se preocupara aún más y comenzara a indagar más y más en sus asuntos personales, de modo que reculó—: Bueno, en realidad, no. Lo vi el otro día, solo que es verdad que está un poco más… perdido últimamente. Aunque yo también estoy bastante ocupada, así que…

—Eso me ha dicho Sean —contestó Michael con una sonrisa que parecía sincera esa vez—. ¿Te tiene hasta arriba el cabroncete ese?

Julia bajó la mirada y se colocó un mechón de pelo por detrás de la oreja. Se lo había alisado esa mañana para estar lo más presentable posible en la inevitable y temida reunión con Sean y ahora no dejaba de resbalársele y cubrirle los ojos.

El ascensor llegó a la planta baja y los dos salieron al vestíbulo,

donde eran los únicos que caminaban hacia la salida, a contracorriente, mientras el torrente de oficinistas trajeados que estaban a punto de comenzar su turno en alguna de las dieciséis plantas del edificio se dirigía en tropel a los ascensores.

—No, no. Bueno, un poco, pero, vamos, que ya le voy cogiendo el tranquillo al ritmo de trabajo de la agencia —mintió, porque qué otra cosa iba a hacer.

—Bien, eso está bien, me alegro, porque de eso te quería hablar. De eso, y de Clive.

Una vez en la acera, Julia le indicó a Michael con la mano la fachada de Liz Café, la cafetería que había al lado del edificio de la agencia, a donde la mandaba a menudo Sean y a donde iba ella misma a por un *latte* cuando se sentía derrochadora (es decir, como mucho una vez a la semana).

—¿Cómo? —le preguntó Julia, sin entender cómo podían estar vinculados esos dos asuntos tan dispares—. ¿Quieres meterlo a trabajar en la agencia a él también?

No tenía ningún sentido, a no ser que… ¿Pretendería Michael que Clive llevara las cuentas de la agencia? ¿Cómo iba a ser ese un puesto lo bastante bueno para su hijo el economista de Columbia?

Michael dejó escapar una risa pesada.

—No, por Dios, no —contestó, y durante unos instantes Julia no supo cómo tomar sus palabras.

Tras darles vueltas en la cabeza como si las amasara con unos dedos mentales, inspeccionándolas de cerca, lo único que cabía deducir de ellas era que constituían un ataque. No había otro significado posible, ¿no? «No, por dios, no, cómo voy a querer yo que mi hijo trabaje en algo tan poco prestigioso, cómo voy a meterlo en el mundo de las letras, cómo vas a compararte a ti, para quien todo esto es un privilegio, con él, a quien le esperan millones gestionando fondos de cobertura con nosotros».

—Se le daría de pena —añadió Michael, y Julia estuvo a punto de darse una bofetada en plena cafetería para castigarse por seguir pensando siempre lo peor de todos. Michael no estaba desprestigiando su trabajo; solo estaba siendo el Michael de siempre, el que subestimaba a su hijo por no molestarse en

conocerlo de verdad. Estaba mal, sí, pero al menos no era un ataque directo a su persona. Michael tenía demasiada clase como para hacer algo así—. No, verás, de lo que te quería hablar era de…

—Buenas, Julia, ¿qué tal? ¿Qué os pongo? —les preguntó Magda, la barista y lo más parecido a una amiga que tenía Julia en esa zona de la ciudad.

La chica absorbió a la extraña pareja con esos grandes ojos marrones y luego miró a Julia a la cara con una expresión inquisitiva. Era la primera vez que Julia aparecía por allí con alguien y, a su pesar, sintió cierto orgullo, como si la presencia de un hombre mayor y elegante elevara su estatus, y al instante se odió por ello.

—Ey, Magda, buenas —contestó, asegurándose de llamarla por su nombre y de hablar en un tono lo más informal posible—. Para mí lo de siempre, *latte* con soja, porfa, y para mi amigo… —dijo, girándose hacia Michael.

—Un americano. Con estevia, por favor.

Magda asintió y Michael sostuvo en alto la tarjeta antes incluso de que la chica pudiera decirles cuánto era. Mientras se dirigían a la mesa, adonde Magda les había dicho que les llevaría las bebidas en unos minutos, Julia no pudo aguantar más.

—Bueno, cuéntame, qué pasa con Clive y con Sean.

Michael retiró la silla para que se sentara Julia, que no tuvo más remedio que pasar por el aro de las costumbres conservadoras a regañadientes, y se sentó al otro lado de la mesa.

—Con Sean en concreto, no. Con la agencia. Contigo. A ver, Julia, no me voy a andar con más rodeos…, quiero que representes a Clive .

# Ennio

—¿Y tus compañeros de piso qué tal?

—Hoy no los he visto en todo el día. Y los lunes Philippe no trabaja, así que estarán por ahí, haciendo cosas de novios —le contestó Ennio a su madre sin saber por qué se le había escapado cierto deje de rencor en la voz, si en realidad era una noticia maravillosa que Philippe y Linda volvieran a hacer más planes juntos; que actuasen como tortolitos, que se olvidasen de él y lo dejasen tranquilo.

—Pero seguro que son majos, ¿no? A ver si te has metido a vivir con dos psicópatas y no quieres preocuparnos… Que yo sigo diciendo que encontraste la habitación demasiado pronto; algo raro tiene que haber ahí —le respondió su madre desde el otro lado de la línea con la voz entrecortada por el manos libres.

Solo sabía que su padre estaba detrás de ella, prestándole atención a la conversación, por el breve saludo que le había dedicado al comienzo de la llamada, pero no había vuelto a pronunciar palabra desde entonces. En ese aspecto, Félix encajaba a la perfección en el molde de un padre prototípico: reservado, grave, a veces algo distante. A Ennio en ocasiones lo frustraba, pero tampoco podía culparlo; ni siquiera él sabía bien cómo llegar a los recovecos de la mente de su padre cuando estaban a solas, sin la habilidad de su madre de llenar cualquier silencio. Se había preguntado cientos de veces a qué podía deberse esa distancia, pero tan solo había alcanzado a relacionarla con alguna clase de sentimiento de inferioridad propio, y con la idea (infundada, ya que en el fondo su padre siempre había demostrado ser más comprensivo y alentador que el resto de los padres que conocía) de que Félix debía de verlo con los mismos ojos con los que Ennio se juzgaba a sí mismo. Lo que no había llegado aún a descifrar era el

origen de esa inferioridad; tal vez fuera el hecho de haber acabado como un joven perdido más, como tantos otros, sin destacar en nada después de haber sacado unas notas extraordinarias en clase que habían prometido un futuro deslumbrante; o tal vez fuera solo haber sido el maricón de su clase (el pueblo era un poco como Elena Santos, la editora de Edu: daba igual que fueras bisexual; si tus compañeros de quince años te veían besándote con un chico en el parque, eras automáticamente maricón) durante toda la adolescencia. Incluso a veces la sentía durante las conversaciones que se mantenían en su hogar sobre arte, aunque en esas ocasiones no solo se sentía inferior con su padre, sino que también le ocurría con su madre y sus hermanos: en su casa todos alardeaban siempre de tener un gusto exquisito y refinado en este medio artístico o aquel. Su hermano mayor, Gio, que había estudiado Cine y trabajaba en una productora, se había burlado siempre de las películas de terror que Ennio veía con sus compañeros de clase: «¿Ya estáis otra vez viendo cine *de arte y ensayo* ?», solía decir con retintín para la vergüenza absoluta de Ennio, que había acabado evitando celebrar los maratones de cine de los fines de semana en su casa. Su madre, que había tenido una banda de joven y seguía grabando temas por su cuenta en el estudio de casa, siempre había menospreciado las *girlbands* a las que Ennio escuchaba incansablemente por ser «demasiado comerciales» o por ir «vestidas con poco gusto en los videoclips», y su padre, escultor, y su hermana Greta, estudiante de Bellas Artes, suspiraban decepcionados cada vez que le preguntaban si conocía a tal o cual artista, y Ennio, que nunca había cursado Historia del Arte siquiera, negaba con la cabeza, avergonzado por su incultura. En alguna que otra ocasión había tratado de evitar ese bochorno fingiendo conocerlos, pero la mera idea de que lo atraparan mintiendo lo avergonzaba aún más.

Ese era otro de los motivos por los que se había propuesto con tanta firmeza conseguir un contrato editorial sustancioso a toda costa, aunque fuera con un libro formulista creado en específico para las masas. Ya que su familia hacía alarde siempre de ser tan culta y de exudar arte y creatividad, él, al menos, quería poder demostrar que era capaz de brillar en algo. Tal vez no fuera el artista más

talentoso de su casa, pero, si acababa logrando amasar el éxito comercial, sentiría que habría compensado su ineptitud de alguna manera, que habría llenado, aunque fuese solo en parte, el vacío de su interior, que habría sanado esas entrañas carcomidas por las inseguridades.

Se sentó en un banco de Shepherd's Bush Green desde el que se veía la fachada del Golden Beaver. El sol ya había desaparecido del cielo y el parque, desierto y a oscuras, no resultaba un lugar precisamente acogedor, pero aún quedaban cinco minutos para que empezase su turno y había decidido llamar a sus padres para ponerlos al día y que dejaran de acribillarlo con mensajes con miles de preguntas sobre el piso y el nuevo trabajo.

—Son majos, sí. Bueno, él más que ella, pero no están mal.

—O sea que te gusta el francesito —le dijo su madre con la voz de burla que siempre conseguía poner a Ennio de los nervios.

—¡Mamá! No me gusta, no. Aunque hay otro chico que…

Ennio se detuvo. Aún le costaba hablar de chicos con su padre delante. Félix jamás había mostrado la más mínima homofobia con él; de hecho, a veces le hablaba de artistas homosexuales con la esperanza, intuía Ennio, conmovido, de conectar de algún modo con él, pero sencillamente no le salía. Temía incomodarlo.

Volvió a darle vueltas a esa inferioridad constante que lo atormentaba y decidió que se tomaría un chupito de vodka a escondidas al llegar al bar si todavía no estaba allí Katie.

—¿Que qué? No nos dejes así, capullín —le dijo entonces su padre.

Ennio sonrió para sus adentros, se enjugó el rastro húmedo de sal de la mejilla derecha y, mientras se levantaba y se dirigía hacia el bar, por alguna razón que aún no sabía descifrar, ya que ni siquiera había interactuado con él, sintió el impulso de hablarles a sus padres del chico del cosmopolitan.



*Hostia puta, hostia puta, hostia puta* , se repetía Ennio mientras se separaba el móvil de la oreja con una mano temblorosa, colgaba a toda prisa tras balbucear una excusa rápida y levantaba la vista del

suelo para disculparse.

—Hostia puta —soltó Ennio en alto sin querer y se llevó la mano a la boca, como si así pudiera introducir de nuevo sus palabras, las que acababa de pronunciar y las que les había dicho a sus padres, de nuevo en la boca.

Justo había estado haciéndoles una descripción física detallada del chico a sus padres y ahora, de pronto, ahí estaba, a punto de chocarse con él en la esquina del callejón que daba a la puerta trasera del bar.

¿Lo habría oído todo? En cualquier caso, aunque lo hubiera oído, era imposible que supiera que estaba hablando de él, ¿no? Salvo por el hecho de que les había descrito incluso el abrigo que solía llevar y que, por supuesto, tenía puesto en ese instante.

El chico sonrió con el ceño fruncido, como si no supiera si debía sentirse insultado o tomar las palabras de Ennio como una disculpa.

—¿Estás bien? —le preguntó, y le posó una mano en el hombro en un intento de estabilizarlo que consiguió el efecto diametralmente opuesto.

—Sí, sí, perdona. Es que estoy en mi mundo. Ya no sé ni a dónde voy —dijo Ennio, llevándose una mano a la cabeza, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Pues ahí, ¿no? —contestó el chico, señalando la puerta del bar—. ¿O tienes la noche libre?

El chico se había fijado en él. Sabía que trabajaba en el Golden Beaver. ¿Lo recordaría por el fallo con las bebidas de la primera noche o por algún otro motivo? ¿Le acababa de preguntar si tenía la noche libre? ¿Debería interpretarlo de alguna manera en concreto? ¿Le estaría dando una importancia exagerada a una mera pregunta banal?

Habían pasado demasiados segundos desde que le había hecho la pregunta y Ennio se sentía estúpido ante la idea de contestar ahora, tan tarde, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—No, no. Ojalá. Empiezo el turno ahora. —Miró el reloj del móvil y encontró la excusa perfecta para alejarse corriendo de allí—. De hecho, llego tarde. Lo siento de nuevo. Hasta luego.

Ennio salió trotando, dobló la esquina y entró por la puerta de

atrás aliviado de haber huido a tiempo de aquel encontronazo tan incómodo, repitiéndose la conversación que acababan de mantener una y otra vez, pensando en diferentes respuestas mucho más elocuentes y con la esperanza de que el chico no hubiera notado sus nervios, de que solo estuviera de paso y no fuera al bar esa noche. Dejó la mochila en el Cuadrado, se arregló el flequillo en el baño del personal, atravesó la cocina saludando a Elena, a Alessandro y a Ray, quien ni siquiera le devolvió el saludo, y al salir por la puerta que daba a la barra se dio cuenta de lo estúpido que había sido al pensar que había escapado del chico del cosmopolitan, porque ahora ahí estaba de nuevo, mirándolo con atención.

Era la primera vez que se cambiaba de asiento; los tres días anteriores, se había sentado en la misma mesa que había compartido con la fantasía pelirroja de Philippe aquella primera noche, y por alguna razón esa noche había decidido pasarse a un taburete de la barra.

—Hola de nuevo —lo saludó el chico con una sonrisa divertida, probablemente debida a la expresión de sorpresa bobalicona de Ennio—. ¿Seguro que estás bien? Parecías un poco… inquieto ahí fuera.

¿Había adoptado una voz más aterciopelada que antes o era tan solo que Ennio no se había percatado de ella hasta ese instante por culpa de los nervios?

—Sí, sí, no te preocupes —le aseguró Ennio con la sonrisa más firme que pudo esbozar—. Es que, como iba tarde, estaba un poco estresado. Lo siento de nuevo, que antes casi te como.

El chico murmuró algo que Ennio no logró entender, algo que se debía de haber fundido con la música de fondo (un *jazz* de los años veinte que, según le habían contado, había sido otro de los numerosos intentos de Irina de conferirle un toque más exquisito al local) y que debía de haberse distorsionado en sus oídos, porque le parecía que había sonado como «tampoco habría estado tan mal», pero no tenía ningún sentido, porque el chico era claramente heterosexual, porque la mujer con la que había estado el otro día parecía su novia, porque se acababan de conocer y porque no parecía el tipo de chico que diría algo así.

En cualquier caso, Ennio se recordó a sí mismo que tenía una misión. No había hecho el esfuerzo de mudarse a otro país tan solo para ligar con un chaval tras otro. ¿No había tenido suficiente con Philippe? Lo importante era hacer contactos, conocer a editores y adentrarse en la industria fuera como fuese, y con ese chico al fin había llegado su oportunidad. No podía dejarse llevar por esos ojos líquidos, esa tez pálida pero rosada justo en las mejillas, esos rizos voluminosos y perfectos…

—Oye, por cierto —empezó a decirle, ignorando el comentario casi inaudible y decidido a abandonar los rodeos—, el otro día me pareció oírte hablar del mundo editorial con tu… novia. ¿Sois editores?

El chico del cosmopolitan dejó escapar una risita casi imperceptible mientras agachaba y sacudía la cabeza, y al levantarla de nuevo le dijo:

—Clive.

Ennio entornó los ojos. ¿Había vuelto a oír mal por culpa de las putas trompetas?

—¿Qué?

—Que me llamo Clive. Encantado. ¿Y tú? Ya sabes, presentaciones y esas cosas que se hacen antes de preguntarle a uno por su trabajo y por sus parejas.

Ennio le devolvió la sonrisa y ladeó la cabeza. Quién coño era ese chico que lo desarmaba con tanta facilidad y dónde había estado desde que había llegado a Londres.

*No* .

*La misión* , se recordó.

—Ennio.

Le tendió la mano y Clive se la envolvió con la suya y Ennio tuvo que tragar saliva y apartar la vista para que sus ojos no lo delataran, no revelaran todo lo que había sentido en la piel sensible de la palma de la mano con un roce de tan solo unos pocos segundos. Si la voz ya le había parecido aterciopelada…

*La misión* .

—Soy escritor —añadió, aunque aún le resultaba incómodo pronunciar esas palabras, aún se encogía al anunciarlo, casi como si

sintiera la necesidad de añadir: «Bueno, o eso intento, quiero decir, que me gusta escribir, vamos, no que me paguen ni nada, en fin, que es a lo que aspiro, pero que aún no ha pasado, que, uf, es que suena superpedante»—. Aparte de trabajar en este antro, digo. Por eso te lo preguntaba, por si tú también eras del mundillo.

Clive inspiró antes de contestar. Una sombra que Ennio no supo interpretar le cruzó el rostro.

—Ah, mira tú. Pues no soy editor, no —dijo con una voz grave, en un tono muy distinto al que había empleado hasta entonces y que dejó a Ennio frío, desconcertado. Se le hundieron los hombros al darse cuenta de que su misión empezaba a desmoronarse—. Julia, que por cierto no es mi novia, estaba hablándome sobre su trabajo el otro día. Es agente literaria.

Ennio volvió a aguzar el oído con un interés renovado nada más escuchar esas últimas palabras. Ahí estaba. Su oportunidad. Solo que había apuntado mal: su objetivo tenía que haber sido, desde el principio, la pelirroja.

—Anda, qué interesante. ¿Y tú a qué te dedicas? —le preguntó en un intento de ocultar su entusiasmo por esa tal Julia para que Clive no sospechara nada, aunque en realidad lo único en lo que podía pensar era en que aún tenía tiempo, aún podía asaltarla cuando volviera a finales de semana, ya que, según Philippe, siempre volvía.

De hecho, era mejor así; ahora podría tener a Julia, que no le había resultado demasiado atractiva, como la víctima de su plan, y además no había nada que le impidiera seguir conociendo más a fondo a ese *twink* tan lindo y oscuro y críptico sin intereses de por medio que lo enturbiaran todo. Quizá pudiera incluso tener una cita con él, montarse sus películas cursis de siempre. Olvidarse de Philippe y de los dramas con Linda, centrarse en escribir y conseguir una agente literaria y un novio a la vez.

O, al menos, eso pensaba hasta que Clive respondió:

—Yo también soy escritor.



*Un escritor no. Un escritor sí que no,* se repetía Ennio mientras

volvía a recorrer el pasillo hacia el Cuadrado a las doce y dieciséis minutos, bastante más agotado de lo que se había encontrado la primera vez que lo había atravesado ese día, cuatro horas y pico antes, pero con la misma persona en la cabeza.

Por suerte, no le había hecho falta idear ninguna excusa para interrumpir la conversación con Clive después de que pronunciara aquella frase que Ennio seguía repitiéndose; habían empezado a llegar más clientes y Katie lo había mirado con unos ojos que combinaban una petición de ayuda urgente con una reprimenda por estar distraído parloteando cuando debería haber estado limpiando las mesas de los restos de la tarde y preparándolo todo para el turno de noche, como había hecho ella. Ennio le había preguntado a Clive en un tono apremiante qué quería tomar (un *whisky* doble esa vez, para su sorpresa) y se había excusado.

Mientras atendía al resto de los clientes se había fijado en que Clive no dejaba de abrir y cerrar una libretita negra discreta con expresión de exasperación, y al final había acabado trasladándose a una mesa de un rincón, bajo una lámpara de cristal de luz cálida, y se había pasado el resto de la noche con un libro cuya cubierta Ennio no había llegado a distinguir, hasta que había desaparecido alrededor de las once.

Ennio había cumplido diligentemente con sus tareas, intentando no mirar demasiado hacia el rincón de Clive, pero durante las cuatro horas de su turno no había podido evitar ahogarse en sus palabras. Era escritor. No podía liarse con un escritor. Era impensable. Se conocía demasiado bien; acabaría consumido por el fatídico cóctel que componían su pasión incontrolable, su ambición y su envidia. Llevaba años evitando tener amigos íntimos escritores (lejanos, sí; amigos lejanos, conocidos y colegas escritores era necesario tener, ya que al fin y al cabo tu nombre tenía que sonarle a la gente del mundillo), e incluso había llegado a borrarse la cuenta de Twitter en un intento desesperado de escapar de la comparación constante a la que te someten las redes sociales (la de Instagram no se había visto capaz de borrarla aún; demasiados chicos guapos que quedarían fuera de su alcance, perdidos para siempre en un limbo de algoritmos). ¡Nuevo contrato editorial! ¡Nueva cubierta! ¡Nuevo

agente! ¡Nueva adaptación cinematográfica de esta pésima novela que por alguna razón que nadie entiende lo está petando! ¡Contratos editoriales de seis y siete cifras (que probablemente un escritor español jamás vería)! Por no hablar de los cientos de comentarios fervientes que los autores noveles o poco conocidos dejaban en los *posts* de novedades de otros más influyentes con el único propósito de recibir el mismo entusiasmo por parte del destinatario cuando les llegara el ansiado turno a ellos (aunque esa hipocresía ambiciosa él, justo él, podía llegar a entenderla e incluso a respetarla, pero verla en redes le resultaba aburrida). En definitiva, lo único que lo ayudaba a mantenerse cuerdo y centrado en su propia trayectoria había sido aislarse de los escritores. Salir ahora con uno solo conseguiría descarrilarlo más aún, entorpecer sus planes sin necesidad. No, lo mejor era olvidarse de cualquier posibilidad de un futuro romántico o sexual con Clive y mantener una de esas amistades sencillas, distantes a poder ser, libres de vínculos intensos y engorrosos. Adquirir el grado de amistad justo y necesario para poder acercarse a Julia, de quien sí podía sacar un provecho auténtico.

Ese era su nuevo plan, su nueva misión infalible, se decía a sí mismo mientras se ponía la chaqueta vaquera, se colgaba la mochila y salía por la puerta del callejón, y, como empezaba a ser costumbre, Clive parecía haberse propuesto impedir que lo cumpliera porque, una vez más, ahí estaba: unos ojos clavados en él que reflejaban la luz trepidante de la única farola que iluminaba el callejón y que le confería un aspecto casi desquiciado, asalvajado; un cuerpo esbelto que, a pesar de permanecer inmóvil, rezumaba electricidad, cargado con una energía que parecía instarlo a abalanzarse sobre él, y Ennio supo nada más verlo que en cuestión de segundos ocurriría justo eso.

Antes de que pudiera pensar con claridad, antes de ser consciente siquiera de lo que hacían sus extremidades, esa misma energía pareció invadir su propio cuerpo y ambos salvaron a la vez la distancia que los separaba.

No hablaron, no era necesario; tan solo se estudiaron mediante el sabor y el olor, como dos animales en un intento de reconocerse, de

familiarizarse el uno con el otro, impulsivos, ansiosos, con movimientos casi involuntarios pero decididos, en ningún momento torpes, guiados a la perfección por una pulsión primigenia. La boca en la boca, la boca en el cuello, la boca en una oreja mientras la otra boca exhalaba de placer, de delirio. Las manos en las mejillas, las manos en el saliente afilado de las caderas, las manos en las nalgas frías y suaves, las manos desabrochando un cinturón, aunque no sabrían decir de quién eran las manos, de quién el cinturón, ni por qué había un pantalón hecho un ovillo en los tobillos de uno de ellos si estaban en plena calle, si podía salir alguien más por la puerta trasera del bar en cualquier momento. Se movieron con torpeza, esa vez sí, hacia el fondo del callejón, donde quedaron ocultos por los cubos de basura, pero lo bastante alejados como para no permitir que el olor a putrefacción los arrastrara de vuelta a la realidad. Ennio se tropezó; al parecer era él quien tenía los pantalones bajados. ¿Cuándo se los había desabrochado Clive? No tuvo tiempo de pensarlo al sentir las manos de Clive de nuevo en su cintura, agarrándole la erección con una fuerza casi dolorosa, quitándole los calzoncillos, subiéndole la camiseta y mordiéndole con una delicadeza impropia del momento un pezón, bajando hacia el ombligo, bajando hacia el comienzo del vello, bajando hasta que Ennio sintió que una calidez deliciosa lo envolvía. Empezó a mover las caderas hacia delante y hacia atrás, primero despacio, con cautela, y con más ímpetu al cabo de solo segundos. No podía evitarlo; sabía que debía parar, que los podían pillar, pero no podía evitarlo. ¿Cuándo había sido la última vez que había sentido algo así? Con Philippe, no, y menos aún con los chicos sin nombre de Grindr que lo habían precedido. No lo recordaba, pero ¿qué más daba? ¿Qué hacía pensando en eso ahora, cuando lo único que importaba era Clive? Clive, que lo engullía cada vez más hondo mientras le clavaba las uñas en las nalgas y lo obligaba a moverse en cuanto Ennio aminoraba el ritmo. Clive, que le llevó una mano al tronco para acompasar el movimiento de sus dedos al de su boca. Clive, que había comenzado a acariciar su punto más sensible con la lengua hacia un lado, hacia otro, mientras lo hacía temblar y poner los ojos en blanco.

*Clive, Clive, Clive* , pensaba Ennio, hasta que de tanto pensarlo comenzó a pronunciarlo mientras derramaba todo su ser dentro de él.

Ya estaba, había acabado, toda su energía y su locura irracional habían abandonado su cuerpo mediante la boca de Clive, y ahora que tenía la mente más despejada el terror lo embargaba. Terror de que los viera alguien, de que lo echaran del trabajo, de que tuvieran que pasar una noche en el calabozo. ¿Podrían deportarlo incluso por algo así? Pero daba igual; en realidad tampoco importaban tanto las consecuencias, porque ahora le tocaba a Clive, y sabía que tenía que hacerlo, que no podía dejarlo así cuando Clive se lo había dado todo, cuando había sentido tanto con un acto tan elemental. Decidido, volvió a subirse los pantalones y agarró a Clive de un hombro para ponerlo contra la pared y arrodillarse ante él, pero Clive encogió el hombro para liberarse y se abrochó a toda prisa el cinturón, y antes de que Ennio entendiera qué estaba ocurriendo, murmuró una disculpa y desapareció, fundiéndose con la luz cegadora de las farolas de Goldhawk Road .

# Julia

Los clásicos que había leído en el instituto y los libros de texto de la universidad acumulaban polvo en la estantería que había al otro extremo de su habitación. Las divas que la habían acompañado desde que tenía memoria, The Saturdays, Sugababes, The Spice Girls, Girls Aloud, habitaban la balda superior en versiones *deluxe* de sus álbumes que traían pósteres que Julia aún no había quitado de las paredes por una nostalgia alimentada por las redes sociales, donde la cultura de los noventa y los dos mil era casi una religión. Sobre la cómoda, para completar la suerte de altar a su infancia y su adolescencia, un pato de peluche descansaba sobre la cabeza de un erizo peludo.

Julia no se podía creer que siguiera despertándose día tras día ahí, en su dormitorio de siempre. A sus veintiséis años, después de haber saboreado la dulzura de la independencia durante la etapa universitaria, ahí estaba de nuevo, con un nudo amargo en la garganta, envuelta entre las sábanas blancas con dibujos amarillos de lunas y soles que aún recordaba que su madre había accedido a comprarle más de diez años atrás en la tienda de la esquina de su calle solo porque estaban de liquidación y solo porque no podía seguir oyendo las quejas de su hija sobre la necesidad de tener un cuarto más adulto (las anteriores eran de tortugas) ahora que ya estaba en el instituto y podía celebrar fiestas de pijama.

La mayoría de los días se sentía extrañamente agradecida por el hecho de que el trabajo la abrumase lo bastante como para no tener ni tiempo ni energía para pensar en su realidad, una en la que no podía independizarse, no podía permitirse pagar la entrada de un piso, puesto que sin pareja era algo impensable, y no podía siquiera soñar con tener hijos si quería ofrecerles una vida decente. No podía vivir una vida real, tan solo una especie de parodia, como si Dios, o quien estuviera ahí arriba —porque Julia en realidad no creía en Dios y solo se dirigía a él cuando necesitaba algún poder cósmico al que dirigir sus quejas, desahogos o peticiones—, tuviera un sentido del humor de lo más retorcido y hubiera decidido gastarle una broma pesada: «Vas a estar atrapada en tu vida de adolescente, solo que, además, vas a tener que trabajar. Ja. ¿Por qué no te ríes?».

Pero en ese momento no podía evitar darle vueltas a su situación, porque era de noche y no podía dormir, y las noches eran el peor momento porque, cuando se quedaba tumbada en la cama con los ojos como platos durante el tiempo suficiente como para agotar los tormentos relacionados con los correos que tenía que mandar, los manuscritos que tenía que leer y las reuniones que tenía que concertar, llegaban otros, los de la vida más allá de McAllen & Pratt, y no paraban y no paraban y no paraban hasta que se veía sumergida en un vacío oscuro y se veía obligada a levantarse y tomarse una tila que en realidad no le hacía nada pero que, al menos, la mantenía ocupada.

Esa noche había conseguido dormitar, pero, mientras se adentraba en un sendero que atravesaba un bosque umbrío en el que solo veía ojos enormes que la observaban desde los árboles y que parecían pertenecer a unas criaturas similares a los búhos pero que en vez de ulular gritaban: «¡Alquiler!», «¡Hipoteca!», «¡Familia!», «¡Hijos!», «¡Jubilación!», se despertó sobresaltada y con la necesidad repentina de adoptar un gato, tal vez, supuso, para satisfacer de algún modo ese instinto maternal que, en realidad, ni siquiera sabía con seguridad si tenía. Julia respiró hondo y, diciéndose que ya estaba bien de martirizarse por esa noche, apartó las sábanas, se levantó y fue a la cocina, donde se dio cuenta de que en realidad ya, más que de noche, era de madrugada, porque ahí estaba su madre,

en el sofá, con la tele puesta sin sonido y el café en la mano. A Charlotte, el insomnio solía asaltarla varias horas más tarde que a Julia, de modo que su enfoque para combatirlo era el opuesto: armarse de cafeína y dar por comenzado el día aunque fueran las cinco de la mañana.

—¿Tú también? —le preguntó su madre, desviando la vista de la tele, al oír el chirrido de las bisagras viejas de la puerta del salón.

Julia suspiró y se encogió de hombros.

—¿Hay más café?

Charlotte señaló hacia los fogones con la cabeza, donde la esperaba la cafetera italiana que había vivido en su casa desde antes incluso que las divas de Julia. Había intentado convencer a su madre para comprar una de esas máquinas de cápsulas y así ahorrar tiempo al prepararse el desayuno antes de trabajar, pero Charlotte se había negado en redondo. «Siempre puedo contar con ella cuando la necesito y nos alegra todas y cada una de las mañanas, Julie —le había dicho—. Ya ha hecho más por esta familia que tu padre». Julia no había podido replicar.

—¿Te he despertado yo?

—No, no, estaba… —Julia se llevó la mano a la altura de la sien y la giró para imitar el torbellino de pensamientos que la torturaba—. Como siempre, vamos.

Se sirvió el café en la taza de las *Totally Spies* .

—Pero llevabas un tiempo durmiendo mejor, ¿no? ¿Es que pasó algo ayer en el trabajo?

La noche anterior, para cuando Julia había llegado a casa, su madre se había ido ya a *aquagym,* la única actividad de la lista que Julia le había redactado en un intento desesperado de sacarla de casa a la que no se había opuesto categóricamente, y solo porque su médica había insistido en que le vendría bien para la lesión de los hombros y la columna. Julia había cenado algo rápido y se había encerrado en su cuarto, por lo que no le había contado aún nada de la conversación con Michael.

Charlotte se giró con dificultad y con un leve gemido para observar a su hija mientras atravesaba el salón y se sentaba en el sofá con ella.

—Sí, bueno…, no sé. Fue un día raro. Ahora te cuento, pero ¿y esa cara de sufrimiento? ¿Tienes la espalda peor hoy? —le preguntó para organizar sus ideas y ganar algo de tiempo para que el café fuera haciendo su trabajo.

Charlotte le respondió que más o menos como siempre y Julia no quiso insistir porque sabía que su madre se negaba a hablar de cualquier asunto negativo, de modo que cambió de estrategia y le preguntó por la clase de *aquagym* de la tarde anterior.

—Pues te vas a reír —contestó Charlotte, mucho más entregada a ese nuevo tema—, pero resulta que el hijo de Francine, Paul… Te he hablado ya de Paul, ¿no? El que es un yogurín y al que podrías conocer si te vinieras algún día.

Julia miró a su madre con la cabeza ladeada y las cejas alzadas y Charlotte, que sabía tan bien como su hija qué vías de conversación resultaban inútiles con la otra, accedió a dejar de hacer de celestina y continuó con el resto de la historia.

—En fin, pues resulta que Paul algunos días aprovecha que tiene que llevar a su madre a la piscina para hacer unos largos. Cuando termina, a veces, si la clase se retrasa un poco, la espera sentado en un banco que está cerca de la piscina pequeña donde estamos nosotras. ¿Pues te puedes creer que Carol y Lydia, las dos viejas más viejas del grupo, unas uvas pasas, vamos, se han quejado, pensando que era un mirón? ¡Un mirón! Pero ¿quién va a querer mirar a dos uvas pasas que cuando se ponen el gorro parece que se han hecho un *lifting* en un local de esos donde te hacen un dos por uno y les ha salido mal?

A Julia se le atragantó el café con la risa. Por más años que pasaran, por más contratiempos a los que se tuviera que enfrentar su madre, su sentido del humor lograba seguir sorprendiéndola. Era como si lo llevara a modo de escudo, como si pudiera defenderse con él de cualquier cosa que le lanzara la vida. Un sentido del humor que la protegía de la vejez, de la soltería, de los dolores, del paro e incluso de un embarazo no planeado que pretendió convertir en una anécdota graciosa al llamar al bebé Julia cuando el apellido del padre era Roberts.

A veces su positividad, la ligereza con la que se lo tomaba todo,

resultaba exasperante, pero en realidad Julia lo agradecía porque no quería ni pensar en cómo serían sus vidas de no ser así.

—Pero que no te escaquees —insistió Charlotte cuando las dos dejaron de reírse y el silencio envolvió el salón, todo a oscuras salvo por el resplandor titilante del televisor—. Cuéntame. ¿Qué pasó ayer?

Julia le dio otro sorbo al café y contestó:

—Vino… vino a verme Michael.

Una sombra que Julia no supo interpretar cruzó el rostro de Charlotte.

—¿Michael, Michael el de Clive?

Julia asintió.

—Quiere que represente a Clive.

—Pero… ¿Michael? ¿Estamos hablando del mismo Michael? Pero ¿no estaba obsesionado con que Clive siguiera sus pasos, que se convirtiera en un tiburón de las finanzas, bla, bla, bla?

—Sí, pero por lo visto no es que se oponga a la idea de que se dedique al arte en sí. Lo que le parece indigno es que no se haga rico con él. Que, bueno, en realidad le pega muchísimo, ¿no?

Charlotte permaneció en silencio mientras dejaba la taza sobre la mesita, inclinándose despacio.

—¿No opinas nada? ¿Qué he dicho?

—Bueno…, es que entiendo que a Clive le frustre la presión de su padre, pero… tiene algo de razón, ¿no? Quiero decir, hasta tú, que lo has tenido bastante más jodido que él, estás trayendo dinero a casa, te estás labrando un futuro. ¿Qué hace Clive? —Julia intentó intervenir, pero Charlotte la interrumpió—: Que ya sabes que yo lo adoro, ojo. Y ya sé que su padre ha sido siempre demasiado estricto, y desde luego no siempre he estado de acuerdo con cómo lo ha criado, ni con eso de tener toda su vida planeada desde que era niño y tal, pero… Tendrá que trabajar algún día, digo yo.

A veces, a Julia se le olvidaba con quién estaba hablando. Se le olvidaba que Charlotte, aparte de ser su mejor amiga, era también, por encima de todo, madre.

—Mmm. Supongo. No sé. No le suele gustar que le saque el tema, así que solo puedo hacer suposiciones, pero…, teniendo en cuenta

que están forrados, ¿no podrían haberle dejado un poco más de libertad y haberle permitido estudiar escritura creativa o literatura o lo que tenga que estudiar uno para ser, por ejemplo, guionista? Yo qué sé, algo que se acercara más a… a sus pasiones.

—Pues supongo que también es verdad.

—Pero no. Michael tenía que ser Michael y mandarlo a tomar por culo a otro continente a estudiar una carrera que odia y ahora Clive está más perdido que nunca y encima bloqueado desde hace ya años. Y ese es el principal problema.

—¿Mmm?

—Bueno, *mi* principal problema. Porque, si Michael quiere que lo represente, y tengo que obedecerlo porque básicamente estoy en la agencia gracias a él, Clive tendrá que escribir algo algún día, digo yo. No puedo representar a un escritor que no escribe.

Charlotte compuso una sonrisa extraña y Julia la miró con los ojos entornados, pero no dijo nada.

—Siempre podrías… ayudarlo, apoyarlo mucho, estar encima de él para que se esfuerce…, ya sabes —contestó Charlotte en un tono ligeramente burlón que Julia decidió pasar por alto porque se estaba empezando a agitar.

—No, porque, si estoy encima de él, lo agobiaré y escribirá menos aún y yo me quedaré más atascada todavía en la agencia, y Sean no me tomará en serio nunca. ¿Y qué te pasa en la cara, por Dios, que me estás poniendo de los nervios con esa sonrisita?

—Pues que… —Charlotte alzó las cejas dos, tres veces— al menos pasarías mucho tiempo con él.

—¿Y me puedes decir cómo le iba a ayudar a mi carrera pasar mucho tiempo con Clive?

—A tu carrera, no, pero a ti quizá sí.

Y Charlotte le guiñó. Le guiñó de verdad. Julia no recordaba haber visto a nadie guiñar un ojo en toda su vida fuera de la pantalla del televisor. Dejó la taza de café en la mesita, exasperada, y exclamó:

—¡La virgen, mamá, dime que te está dando un aire en la cara o algo porque no entiendo nada!

—Venga ya, Julie, no te hagas la tonta.

—¿Que no me haga la tonta? Pero ¿qué te pasa? Dime ya lo que

me estés queriendo decir.

—Ay, Julie…, que es evidente que estás enamorada de él .

# Ennio

«En esta ciudad se te van a comer».

La frase reverberaba por las cavernas de la mente de Ennio mientras paseaba en su primer día libre por Marylebone, un barrio pijo entre Hyde Park y Regent's Park que aún no conocía, en un intento de airearse, de olvidarse del bar, del piso, de la persona que había pronunciado esas mismas palabras, de Linda y de todos los franceses del mundo.

Y, sobre todo, de Clive.

¿Cómo había podido ser tan estúpido? Estaba decidido a no caer en la trampa, a evitar los encantos de Clive y a mantenerse firme. Pero solo había hecho falta un encuentro fortuito con él en un callejón oscuro para que toda su determinación se desmoronase. Ahora había ocurrido lo que tanto había temido: no dejaba de pensar en Clive.

En su mirada animal.

En su respiración agitada contra su cuello.

En el hecho de que pareciera haber hecho algo así mil veces y, a la vez, ninguna.

No se lo había comido la ciudad; se lo había comido un chico. Lo había devorado, se lo había tragado y había escupido una versión débil y pusilánime de él.

Había intentado buscarlo en redes sociales, aunque fuera solo para espiarlo desde las sombras, para satisfacer esa necesidad imperiosa y peligrosa de saber más de él, pero ni siquiera Philippe sabía su apellido, ni el de Julia, lo cual le complicaba las cosas. Tan solo había encontrado una cuenta con una foto de perfil en la que le había parecido distinguir sus rizos, pero era un perfil privado, y la foto, demasiado pequeña como para que Ennio pudiera estar seguro de que era él, así que había decidido no enviarle una solicitud de

seguimiento. Aunque ¿habría querido enviársela siquiera, de haber sabido que era él?

No, joder, claro que no, no le convenía.

Le había vuelto a ocurrir: se había obsesionado con alguien en cuanto ese alguien le había ofrecido algo especial. Porque, aunque desde fuera hubiera parecido solo una mamada en plena calle, había sido especial. Lo sabía, era innegable, aunque aún no entendía del todo por qué.

*Me cago en todo, si tengo claro que no puedo hacerme caso, joder. Me niego a que me pase otra vez,* pensó mientras repasaba las situaciones similares que había vivido en el instituto, con Jorge, el supuesto hetero que quería probar cosas nuevas porque era San Juan y llevaba siete chupitos de ginebra a palo seco y al día siguiente no había querido ni compartir el libro de Literatura Universal con él; con Jon, el deportista que quería mantener lo suyo en secreto porque no sabía lo que quería pero que desde luego había querido el culo de Ennio hasta que los habían pillado en los vestuarios después de Educación Física; y con Álex, el que había resultado tener un novio en el pueblo de su madre. Y en la universidad, con Biel, el chico de Barcelona que lo había llevado a cenar con sus padres y por quien Ennio se había apuntado a clases de catalán *online* antes de que acabara desapareciendo durante las vacaciones de verano. Y con Camilo, sobre todo con Camilo, el chico que estaba empezando la universidad cuando Ennio la estaba acabando y con quien incluso había vivido durante un breve y confuso periodo de tiempo en el que (al mirar ahora atrás, lo veía) no había sido más que su criado y cuidador. Por entonces, estaba convencido de que envejecerían juntos, aunque fuera en ese cuarto minúsculo lleno de unos funkos que lo aterraban, compartiendo piso con sus amigos, que nunca se acordaban de su nombre porque, según ellos mismos alegaban, la maría los había dejado sin neuronas. Ennio jamás lo admitiría, pero Félix y Mariella, quienes habían tenido que presenciar la triste y humillante imagen de su hijo llorando en una acera, suplicándole a Camilo que volviera con él, sabían que en realidad su ruptura había sido otro de los motivos por los que había huido a Inglaterra.

Todavía no sabía cómo había conseguido evitar caer preso de uno de sus típicos encaprichamientos con Philippe (quizá por Linda, quizá por el tabaco, quizá por el tono ligeramente amarillento de sus dientes; es decir, el tabaco), y se negaba a que ocurriera con alguien a quien ni siquiera podía entender. ¿Qué coño le pasaba a ese chico para haber salido huyendo justo después de haber conseguido lo que quería? *¿Así es la vida sexual gay ahora?,* pensó como si llevara años sin participar de ella. *¿Una representación en carne y hueso de una conversación de Grindr en la que tu interlocutor te bloquea en cuanto logra que le pases una foto de tu polla?* Él mismo había sido tanto víctima como culpable de encuentros similares, fríos, impersonales, aunque no por ello menos disfrutables, pero nunca habían sido tan abruptos, nunca se había acostado con alguien sin un mínimo de respeto, sin un mísero «hasta luego» al acabar.

Aun así, llevaba desde la noche anterior sin poder pensar en otra cosa, y, lo que era peor, sin poder escribir. Las palabras se le escapaban; lograba escribir algunas, torpes y atropelladas, y luego huían de él por la página como si se burlaran: «Ja, ¿te crees que nos puedes tener a nosotras y a él? Pringado». Borrar, borrar, borrar. Tras media hora cegado por el blanco crudo de la página, había decidido salir a por aire. Todavía no le había dado tiempo a enamorarse y el chico ya estaba interponiéndose en su misión. Era inconcebible. A su pesar, tenía que hacerle caso a Philippe: no podía dejar que se lo comieran. No podía permitir que su pasión irracional lo perjudicara, que su adicción al amor lo desviara de su objetivo.

Tenía que cortar de raíz.

No quería verlo más. No podía verlo más.

Mientras recorría una calle repleta de *boutiques* y tiendas de ropa *vintage* , lo decidió: le pediría a Yanos un cambio de turno. Tendría que trabajar por las mañanas, y quizá tuviera menos energía para escribir por las tardes, pero era eso o dejarse consumir noche tras noche (¿por qué coño iba al bar todos los días? ¿No tenía vida social?) por esa persona que parecía poseer un extraño poder sobre él.

Se detuvo frente a una tienda de ropa, una de esas en las que venden prendas de segunda mano a precios de coleccionista, y

contempló las chaquetas del escaparate. El otoño empezaba a mostrarse inclemente e iba siendo hora de comprarse una más gruesa, pero no podía permitirse ninguna de las que tenía delante. Quizás era mala idea exigirle un cambio de turno a su jefe cuando llevaba tan poco tiempo en el bar, cuando no podía siquiera comprarse una chaqueta nueva.

No, no. Estaba decidido. Le hablaría en un tono encantador, se inventaría algo, se lo pediría por favor. Aunque los miércoles tampoco trabajaba, iría al día siguiente al bar y le contaría a Yanos algo sobre un máster en el que lo habían aceptado y al que tenía que asistir por las tardes o cualquier otra excusa cutre, y no tendría por qué ver a Clive nunca más, nunca jamás.

Excepto porque era justo él quien le estaba devolviendo la mirada en el reflejo del escaparate.

Ahí estaba su cuerpo enjuto, ahí estaban sus rizos, ahí estaban sus manos grandes y delgadas con anillos plateados, como si Ennio lo hubiera vuelto de carne y hueso con solo pensarlo. Tragó saliva, se planteó la posibilidad de darse la vuelta y echar a correr, pero hasta en una *sitcom* habría resultado incómodo ver una escena así. Sabía que Clive lo había reconocido porque no apartaba la vista. No estaba mirando las chaquetas de cuero cuarteadas ni las botas de *cowboy* ni los jerséis con bolitas de ciento cincuenta libras; tenía los ojos clavados justo en los suyos, tras el reflejo azul de unas gafas redondas con una montura plateada muy fina que Ennio no le había visto antes y que le daban un aspecto de chico estudioso que Ennio, desgraciadamente, encontraba irresistible.

Giró un poco la cara y lo miró de reojo; Clive lo imitó, le sonrió, le preguntó si quería ir a tomar algo y Ennio se encogió de hombros y dijo, sin más:

—Vale.



—No, con la familia de mi madre casi nunca hablamos. Solo he ido a visitarlos a Pisa dos veces, que yo recuerde, y era muy pequeño. Con quien tenemos más relación es con su hermano, mi tío, que de

vez en cuando nos llama y alguna vez ha venido a visitarnos a nosotros, pero poco más. Mi madre nunca se ha llevado demasiado bien con su familia.

Ennio bebió un sorbo del té frío que se había pedido tras haber luchado contra el impulso de pedir algo bien cargado de alcohol para aplacar los nervios. Eran las once de la mañana.

—Anda, eso me suena —susurró Clive.

—¿Mmm? —le preguntó Ennio, aún con la pajita en la boca.

—Nada, que es una pena que no vayáis más a Italia. Mi padre va mucho a Milán y, cuando me ha llevado, me ha encantado. Bueno, la ciudad es un poco fea, si te soy sincero, pero la moda, la gente, la comida… —Ennio lo miró y al instante supo que su expresión había delatado lo que estaba pensando porque Clive añadió—: Vale, sí, suena a lo típico que se dice de Italia, pero es que es verdad. —Los dos rieron y Ennio relajó los hombros por primera vez desde que se habían sentado en la cafetería, junto al parque. Al cabo de un momento, Clive volvió a hablar—: Pero… no lo entiendo. Si es tu madre la italiana, ¿de dónde viene tu apellido? ¿De dónde es tu padre?

A Ennio nunca le había gustado demasiado hablar sobre sí mismo. Su egocentrismo no era tan burdo y manifiesto. Su *modus operandi* era más sutil; siempre había preferido primero investigar, sondear, sonsacarle a la gente sus opiniones y sus preocupaciones, para luego poder usarlas a su favor, ya fuera de manera consciente o inconsciente. Nadie habría dicho, de primeras, que el narcisismo estuviera entre los principales rasgos de su personalidad, pero, claro, si hubiera sido tan evidente, si todo el mundo lo hubiera podido saber nada más charlar con él, ¿cómo iba a poder manipularlos después?

Con Clive, sin embargo, algo fallaba. No se sentía él mismo; era como si no tuviera acceso a sus armas habituales. Clive derribaba sus defensas, aunque, conforme pensaba en lo que le ocurría, describiéndolo para sus adentros con esa misma frase, le sonaba a algo que diría el protagonista de su novela. Cutre, dramático. Pero, a su pesar, real.

Cuando había ido de camino al parque, con Clive al lado, había

seguido repitiéndose que tan solo iba a permitirse acercarse al chico para aprovechar el hecho de que Clive pareciera interesado en él y así poder llegar hasta Julia, pero, de nuevo, se había visto atrapado en su telaraña, una red sin escapatoria compuesta de rizos perfectos, extremidades esbeltas y labios finos pero brillantes.

—No es… —No le había contado a nadie el motivo del cambio de apellido y ahora, al decirlo en alto, le sonaba ridículo, pero Clive le había pillado desprevenido y la verdad salió sola de su boca—. Parisi no es mi apellido real. Te lo he dicho porque estoy intentando acostumbrarme a él…, porque es el que quiero usar como autor. Pensaba que encajaría bien por eso de ser medio italiano y tal. Pero mi padre es español, y su apellido es uno de los más comunes del país. Vamos, que no es nada glamuroso —concluyó con una sonrisa cohibida.

Clive asintió despacio.

—Es verdad, me habías dicho que eras escritor. ¿Y…? —empezó a preguntarle Clive, pero Ennio intentó volver a tomar las riendas y lo interrumpió.

—Bueno, suficiente sobre mi familia. Cuéntame tú. ¿Por qué has dicho que te suena lo de que mi madre se lleve mal con su familia?

El cambio de rumbo en la conversación era deliberado; si quería ganarse su confianza y la de Julia, no podía dejarles ver todas sus cartas desde el principio. El tema de la escritura tendría que esperar. Era mejor conocerlo a nivel personal, que se desnudara (esta vez, de manera figurada) ante Ennio, antes de hablarle de sus aspiraciones literarias.

Clive le dio un sorbo al expreso antes de responder:

—Bueno, digamos que mi relación con mi familia es complicada. No es que nos odiemos, tampoco, ¿eh? Pero supongo que la mejor manera de resumirlo es que, aunque mi padre no lo diga, porque qué familia que valore su fachada y su posición en la sociedad querría admitirlo, soy un poco la oveja negra de la familia. Me ve como a un fracasado.

Clive no lo miraba mientras hablaba. De pronto, había vuelto a convertirse en el chico que había salido huyendo, aterrado, tras haber consumido lo que necesitaba de Ennio.

—Oye, ¿y llevas mucho tiempo aquí? —le preguntó antes de que Ennio pudiera formar una respuesta coherente, tratando de desviar de nuevo la conversación con torpeza.

—No. Llegué a principios de septiembre. Pero estábamos hablando de ti.

Clive levantó la vista del vaso de papel, visiblemente sorprendido por el cambio de tono, y se miraron en silencio durante unos segundos.

—¿Es por ser gay? —insistió Ennio, y Clive suspiró y se encogió de hombros—. Que en 2016, en un puto país desarrollado como Inglaterra, aún haya padres que no aceptan la orientación sexual de sus hijos…

—Te sorprenderías. Imagino que tu familia no es religiosa.

Ennio negó con la cabeza, agradecido por no estar bautizado siquiera, y le preguntó:

—¿Por eso saliste corriendo el otro día?

Clive agachó la cabeza y, al apoyar la mano libre en la frente, los rizos le cayeron sobre el rostro hasta ocultárselo.

—No sé por qué me puse así. En serio. No tengo ni idea de qué me pasó, pero de pronto me quería morir. Solo sentía…

—¿Culpa? —le preguntó Ennio, recordando lo que él mismo había sentido once años antes, cuando había probado su primera fruta prohibida, cuando había descubierto a lo que saben los chicos, en una casa abandonada de las afueras con alguien mayor a quien había conocido por Instagram y de cuyo nombre ni siquiera se acordaba ya, y una sensación agridulce lo había envuelto, una mezcla de culpa y placer que, al principio, al igual que la sustancia que aquel hombre había liberado en su boca, no supo digerir.

Clive asintió.

—No tengo ni puta idea de ligar con chicos, ¿vale? Lo siento.

—No, si eso está claro —contestó Ennio y, al ver que Clive no reaccionaba ante su intento de aligerar la situación, le apoyó la mano en el hombro—. Ey, no pasa nada. Puede que no se te dé bien *ligar* con chicos, pero desde luego se te da de maravilla hacerles otras cosas…

Supo que Clive estaba riéndose por el ascenso y el descenso de su

espalda y sus hombros. Al cabo de unos segundos, levantó la cabeza, la sacudió para apartarse el pelo de los ojos y, más calmado, volvió a mirar a Ennio.

—¿Sabes los típicos sueños recurrentes que se tienen de niño? —dijo de pronto—. Como que te persiguen perros, que te caes de un precipicio… —Sin saber a dónde quería llegar, Ennio asintió y Clive añadió—: Pues el mío era, y en realidad lo sigue siendo, porque aún lo tengo a veces, que se abre un agujero oscuro, negro como el carbón, en la pared de mi cuarto mientras estoy mirando una foto de Alan, un amigo de mi clase de esa época, y un demonio sale de ese vacío aterrador, me agarra, me levanta del suelo y me lleva con él mientras berreo, muerto de miedo y temblando. Al entrar en el agujero, me despierto. Aunque a veces creo que sigo en él.

Cuando Ennio se quedó mirándolo, recreando el sueño en la mente y sin saber qué contestar, Clive agregó:

—Ya, ya sé que suena un poco dramático, pero es que encima es todo hiperrealista. Mi habitación es exactamente como la que tenía de niño, con la misma cruz encima de la cama, el mismo papel de pared, y el demonio tiene cuerpo de hombre, pero un hombre gigante, musculoso, rojo, desnudo, y al caminar se van alzando llamas a su alrededor.

Ennio siguió en silencio unos segundos y luego respondió:

—Guau. Un poco de cague sí que da, pero a la vez como que tiene su punto, ¿no? En plan, por cómo lo describes, más que una pesadilla, casi se podría considerar un sueño erótico con un demonio homosexual.

Otra mirada en silencio. Un segundo de tensión en el que Ennio pensó que la había cagado, otro segundo más, y entonces el rostro de Clive se desfiguró en una risa que no pudo contener.

—Eres imbécil. Pero sí, la verdad es que, pensándolo ahora, estaba bastante bueno el tío.

Una bandada de pájaros los sobrevoló y pareció llevarse consigo la pesadez de la conversación. Ennio los miró mientras surcaban el cielo con libertad y pensó en cómo debía de haber sido la infancia de Clive, tan distinta de la suya, tan sofocante.

—No es solo por la religión —soltó Clive de pronto, recostándose

en el banco—. Mi padre está forrado.

Clive trató de explicarle de qué trabajaba, pero Ennio, alguien sin formación financiera ni interés particular en ese ámbito más allá de su sed de éxito, alguien para quien la acepción principal de la palabra «activo» era la que había que especificar en Grindr, solo entendió que tenía un puesto importante en el mundo de las finanzas.

—Tiene tantas casas que hasta yo mismo he perdido la cuenta, y no es que se lo haya currado todo él solito, no; los dos, mi madre y él, venían ya de familias bien posicionadas, o sea que nos conoce todo el mundo en ciertos círculos de Londres. En la *alta sociedad* —dijo, pronunciando las dos últimas palabras con retintín— son todo apariencias. Sé que sueno como el típico niño privilegiado que desearía no serlo. No estoy tan desconectado de la realidad. Tengo mucho por lo que estar agradecido. Pero ser gay es simplemente… algo que no encaja en esa vida. Ni en la de mi padre ni, muchísimo menos, en la de mis abuelos. De modo que yo, el verdadero yo, no encajo en la vida de mi familia.

—¿Nadie lo sabe? —le preguntó Ennio, y Clive volvió a negar con la cabeza.

—Tal vez se lo podría haber contado a mi madre, pero ya nunca voy a poder saber cómo se lo habría tomado. Murió cuando tenía quince años. —Cuando Ennio fue a darle el pésame, Clive añadió—: ¿Y tu familia?

Ennio dudó, sin saber cómo comportarse ante esa información inesperada.

—Sí —contestó al fin, a riesgo de sonar jactancioso. ¿Qué sentido tenía mentirle?—. Mi hermano es bi, y la hermana de mi padre está casada con una mujer, así que digamos que el terreno familiar ya me lo encontré bastante allanado, por suerte.

—Joder. Qué envidia. O sea, que me alegro, eh; tampoco quiero que todo el mundo lo pase de puta pena como yo, pero… qué envidia. No soy capaz ni de imaginarme cómo habrá sido crecer en una casa así.

—Ya —dijo por toda respuesta Ennio, que se había quedado sin comentarios cómicos a los que recurrir.

—Oye, ¿y tú?

—¿Yo qué?

—Que qué eres.

Ennio dejó escapar una risita. Llevaba años sin tener que responder a esa pregunta.

—Supongo que no me ha hecho falta ponerle una etiqueta nunca a mi sexualidad. Antes solía decir que bi también. Porque algunas chicas me llegaban a atraer, sí, pero sobre todo porque era lo fácil. Porque tenía el modelo de mi hermano, porque sentía que para la gente del insti la palabra «gay» era sinónimo de «femenino»…, no sé. —Ennio hablaba despacio, enfrascado, dándose cuenta de que le había quitado siempre tanta importancia al tema que no se había permitido explorarlo del todo, ni siquiera para sí mismo—. Últimamente me atraen más los chicos, y la verdad es que se me hace raro decir que soy bisexual si solo me gusta una chica por cada diez chicos, así que a veces me siento más cómodo diciéndole a la gente que soy gay. Pero Gio, mi hermano, suele salir sobre todo con chicas y siempre dice que eso son tonterías, que, si eres bi, eres bi sin importar los porcentajes. —Ennio se escondió el labio superior en el inferior y se encogió de hombros antes de concluir—: Yo qué sé.

—Qué envidia —repitió Clive.

Ennio rio por la nariz y le preguntó qué era lo que le daba envidia esa vez.

—Ser bi. Si me gustaran las chicas, aunque solo fuera una de cada mil, podría intentar fingir de cara a mi familia. Buscar y buscar hasta encontrar a esa chica ideal, esa con la que me podría casar, olvidarme de los chicos para siempre y tener a todo el mundo contento.

Ennio se volvió hacia Clive y en sus ojos acuosos vio la desesperación de toda una vida fingiendo y, tras ella, la necesidad de encontrar la manera de seguir haciéndolo .

# Julia

«Si vuelve a casa hambriento, con más energía que de costumbre y una sonrisa estúpida en la cara, una sonrisa que llevas sin verle desde vuestras primeras citas, sospecha». Julia aún recordaba las palabras que había pronunciado su madre cinco años atrás, cuando le había hablado por primera vez de las *otras* marcas que le había dejado su padre; no las del cuello, las que ella misma había visto con sus propios ojos de pequeña, sino las más profundas, las que Julia no había presenciado cuando su padre aún estaba con ellas.

Según su madre, esas (el hambre voraz, la energía inusual, la sonrisa inquietante) habían sido las señales que la habían llevado a descubrir la existencia de Rose, y de todas las demás amantes de su padre a lo largo de los años. Nunca fallaba; en todas las ocasiones se había repetido el mismo patrón. No le había llegado a contar a Julia, o tal vez Julia sencillamente no lo recordara, cómo había llegado su madre a confirmar sus sospechas, pero al menos Charlotte se había asegurado de que su hija supiera cuándo preguntarse si debía preocuparse. Si había alguien más.

Julia nunca había pensado que esa advertencia le fuera a resultar útil. Ni siquiera había tenido jamás una relación seria y sabía que, cuando la tuviera, si es que llegaba ese momento, no sería como la de su madre. Podría fiarse de la persona; la comunicación sería la base de su vínculo. Tal vez incluso pudieran tener una relación abierta. Los tiempos habían cambiado; Julia jamás se vería en la misma situación que su madre. Al final, había sumergido aquel consejo en un rincón profundo y aislado de la cabeza y se había olvidado por completo de él.

Lo que no sabía era que esa tarde de viernes, cinco años después, volvería a alzarse hacia la superficie como un cadáver al que no le

había metido suficientes piedras en los bolsillos.



A Julia nunca le había gustado caminar sola por la calle. Durante los años de la universidad, cada vez que tenía que ir de un punto a otro de Sheffield, de las clases a la biblioteca Information Commons, de la discoteca con noches temáticas que albergaba el sótano de la Students' Union a la residencia, del gimnasio a la cafetería en la que le gustaba escribir, tenía siempre el móvil en la mano y enviaba audios a sus compañeras, a Clive o a su madre, o escuchaba los que le habían mandado ellos. No solo le hacía el trayecto más ameno, sino que también le aliviaba esa ligera sensación de ansiedad que se apoderaba de ella al pisar la calle a solas; si se mantenía ocupada, nadie repararía demasiado en ella; si estaba en contacto con alguien, tal vez a los hombres que la miraban raro, hombres que le recordaban a su padre, no se les ocurriría acercarse e interrumpirla.

Ahora no solo odiaba caminar por la calle sola por los peligros evidentes o por la incomodidad que le provocaban las miradas de los extraños; lo odiaba porque le recordaba la escasez de contactos a los que podía recurrir. Viviendo con su madre, poco sentido tenía enviarle un audio cuando acababa de salir de su casa hacía tan solo quince minutos, y, teniendo en cuenta que iba a estar sentada con Clive en el Golden Beaver en un abrir y cerrar de ojos, tampoco se le ocurría nada que decirle que fuera lo bastante urgente como para justificar un audio. Sus compañeras de la carrera, Lena, Kara y Cynthia, a las que en otra época había llamado amigas (Julia recordaba a menudo un *post* de Instagram en particular, solo dos semanas después de conocerse durante la Freshers' Week, en cuyo pie de foto Cynthia había escrito: «Mi nueva familia <3»), tampoco eran ya una opción. El chat grupal llevaba meses inactivo, y así permanecería de no ser por que alguna de ellas tuviera una noticia importante que dar: una boda, un embarazo, un viaje a la ciudad de alguna otra con la posibilidad de un reencuentro. En una ocasión, Julia había escrito un relato sobre ellas con intención de enviarlo a una revista literaria en el que rememoraba aquellos años

universitarios y los describía como el periodo de floración de las chicas, bellas, vivas, enérgicas, unidas por un arbusto de raíces sólidas; después, con el fin de la carrera en aquella ciudad esencialmente universitaria y aterradoramente temporal, con la vuelta a sus respectivos pueblos y ciudades natales, se habían ido cerrando hasta marchitarse. A veces se preguntaba si podría haber hecho algo para evitarlo. ¿Debería haberse asegurado de que el arbusto se regara más? Otras, se decía que era algo inevitable e irreversible, que sus familias de sangre, el trabajo y la vida adulta en general las habían podado de aquella planta para siempre.

Tan solo había un tramo de unos cuatro o cinco minutos desde la parada de metro hasta la puerta del bar, pero al ver el cartel luminoso en letras de neón verde del Golden Beaver suspiró con gratitud. Estaba sudando; no se había dado cuenta de que había aligerado el paso para compensar la imposibilidad de interactuar con algún conocido por el camino, y cuando Clive se acercó a ella y la abrazó se sentía asquerosa, con varios mechones pelirrojos pegados a la sien y el *eyeliner* emborronado.

¿Por qué la espantaba tanto estar así delante de Clive? ¿Por qué le importaba tanto su aspecto físico de repente, cuando Clive la había visto en todas las situaciones posibles? No podía estar peor que aquella vez, en la casa del lago de los padres de Clive, cuando probaron por primera vez la marihuana para celebrar la graduación de Julia y se cayó a la piscina con el vestido puesto. La enorme falda violeta vaporosa que su madre le había comprado a su pesar se le había levantado hasta cubrirle la cabeza y había estado a punto de ahogarla, y Clive se había tirado a por ella en un arrebato de heroísmo que había concluido con un ataque de risa tras ayudarla a alcanzar el bordillo y verla sana y salva, convertida en un montículo de tela mojada y maquillaje corrido.

Pero algo había cambiado. Desde que su madre le había preguntado por lo que sentía por Clive, o más bien lo había dado por hecho, Julia no podía evitar verlo de un modo distinto. Tal vez fuera la mera vergüenza de la posibilidad de que Clive percibiera lo que ni siquiera ella sabía con seguridad. Tal vez fuera el hecho de que alguien hubiera expresado con palabras algo que ella nunca se había

atrevido a explorar. Ni siquiera había sabido cómo ponerse en contacto con él para algo tan formal, tan poco personal, como proponerle ser su representante. Le había escrito varios mensajes, pero había acabado borrándolos todos y, al final, había decidido esperar a su cita habitual de los viernes, de la que sabía que no podía escabullirse, y ver cómo se sentía al verlo en persona, con la esperanza de que todo volviera a la normalidad y pudieran hablar con tranquilidad sobre su futura relación profesional.

Durante esos tres días, las palabras de su madre no habían dejado de atosigarla, apareciendo en su cabeza sin previo aviso como los mosquitos que zumban alrededor de las orejas por las noches. ¿Tendría razón? ¿Le gustaba Clive? ¿Estaba *enamorada* de Clive? Mientras se lo preguntaba, una parte de ella se sentía estúpida, como si estuviera representando el papel de una niña ingenua sin que hubiera nadie delante siquiera. ¿Por qué no era capaz de aceptarlo y ya está? Era evidente que le gustaba; siempre le había gustado. Lo había sabido, por más que se lo hubiera negado, cada vez que Clive, mientras estudiaba en Nueva York, le decía que tenía una cita; lo había sabido al mirarse los dedos de madrugada y vérselos llenos de padrastros, la piel roja, sangre bajo las uñas; lo había sabido cuando dejaba escapar el aire que sentía que había estado conteniendo toda la noche nada más despertarse y leer el mensaje que Clive le había mandado para contarle sin demasiados detalles que la cita había sido un desastre. Lo había sabido mucho antes de eso, cuando veía a Clive en el parque y se le olvidaba que había sacado mala nota en un examen, y lo había sabido mucho después, cuando bebían juntos y Julia se esforzaba, sin éxito, por no imaginar que la noche acababa en la cama de Clive, los dos desnudos, desinhibidos, lo bastante ebrios como para olvidar la pureza de su vínculo.

Pero, durante todos esos años, en todas esas ocasiones, una voz severa, grave y firme le había dicho que fuera realista, que lo suyo era imposible, y esa voz se alzaba por encima de la otra, una más similar al susurro iluso de una niña pequeña que se atrevía por primera vez a soñar con lo imposible, una voz de esperanza, de promesa. Tal vez por eso la habían impactado tanto las palabras de

su madre, aunque en realidad hubieran vivido en algún lugar de su interior todos esos años. Porque era la primera vez que alguien las pronunciaba sin que hubiera ninguna otra voz que se impusiera, que las acallara.

Además, las cosas habían cambiado. Sí, su relación de amistad podría peligrar si la llevaban un paso más allá, pero ya eran adultos, eran conscientes de sus decisiones, y los dos sabrían cómo volver atrás si al final no funcionaba. Y, sí, Clive seguía perteneciendo a otro mundo y, aunque su familia la había aceptado siempre como su amiga, no tenía tan claro que la fueran a acoger tan fácilmente en el papel de pareja de su hijo. Pero, de nuevo, eran adultos. Ahora Julia sabía que Clive no siempre necesitaba la aprobación de sus padres para todo. Al tenerlo ahí delante, en la puerta del bar, después de haberse comido la cabeza durante días seguidos, lo vio todo de pronto con una claridad absoluta. ¿No podía ser ella como la escritura, algo que, a pesar de no ser lo más conveniente para Clive desde una perspectiva práctica, era inevitable, algo que nadie más podía controlar, algo que trascendía las clases sociales, las barreras económicas, lo pragmático, algo arraigado en la misma esencia de Clive?

Sí, se dijo mientras lo abrazaba y todas las complicaciones se esfumaban con la sencillez de aquel gesto tan familiar. A lo mejor había llegado el momento de permitirse soñar. A lo mejor podía ser fácil. A lo mejor incluso Clive veía la idea de salir con Julia como una oportunidad más para rebelarse, para hacerle ver a su padre que ya no era el niñito bueno que siempre obedecía. ¡Qué más daba que la pudiera estar utilizando! Tarde o temprano acabaría dándose cuenta de verdad de que con ella estaba mejor que nunca. A la mierda las finanzas, a la mierda las niñas pijas y consentidas que tal vez le conviniesen más a ojos de los demás. Hola, escritura, hola, Julia, hola, pasión, hola, amor desenfrenado, vivir por una vez, hacer caso a los sentimientos en lugar de a la razón. Estaba convencida. Ya no había vuelta atrás. Ya no había nada ni nadie que la pudiera parar. De hecho, mientras entraban en el bar, incluso se había olvidado de que el tema de conversación principal de esa noche debía ser su futuro profesional juntos. Ya habría tiempo de hablar de eso. Lo

primero era lo primero. En cuanto se sentaran, Julia se lo contaría todo sin rodeos. Que siempre había sentido algo por él, aunque nunca hubiera tenido claro el qué; que podían probar sin compromiso, que sabía que podía hacerse raro, pero que todo partía de una base sólida, irrompible, de amistad verdadera; que incluso intuía que él también sentía lo mismo y tampoco se había permitido dejarse llevar por miedo, y que estaba segura de que por eso nunca había tenido novia, por eso todas sus citas habían fracasado. Todo iba a salir bien. Solo tenía que esperar a que se marchase la camarera, que se había acercado a ellos en cuanto se habían sentado en la mesa de siempre para tomarles nota, y el momento que tanto había estado esperando sin ser del todo consciente de ello llegaría al fin.

—¿Qué os pongo hoy, chicos? —preguntó la mujer, o eso supuso Julia, porque en realidad no la estaba oyendo, tan solo estaba mirando a Clive, que tenía un brillo especial en la mirada esa noche y sonreía a la camarera como si les hubiera contado un chiste.

¿Habría pensado él lo mismo? ¿Se lo vería tan entusiasmado porque tenía planeado confesárselo todo? ¿Se había estado preocupando por nada?

Aunque, por otra parte, si ese fuera el caso, ¿por qué iba a estar tan feliz? ¿Acaso no sería más normal que estuviera nervioso, incluso algo asustado, como ella?

Clive la miró, pero Julia permaneció en silencio, escudriñándolo.

Algo iba mal.

—Yo quiero un cosmopolitan, porfa —contestó Clive al ver que Julia no respondía, pero tuvo que repetirlo porque había soltado una pequeña carcajada inesperada en mitad de la frase y ni siquiera la camarera se había enterado bien de lo que había dicho.

¿Qué le hacía tanta gracia? ¿Por qué no dejaba de moverse en el asiento? Casi parecía estar bailando sentado.

*No* , pensó Julia. *No puede ser. No, no* .

—Y una ración grande de patatas fritas, que estoy hoy que me *muero* de hambre —añadió Clive con la sonrisa más aterradora que Julia había visto jamás .

# Ennio

Con cada mordisco el aroma a mandarina se esparcía por la habitación; bajo la luz matinal de aquel día despejado que entraba por los grandes ventanales, Ennio podía vislumbrar las fragantes gotas minúsculas de la fruta volando mientras miraba el techo, el más alto que había visto en su vida en una vivienda familiar, con molduras, una claraboya y arcos de a saber qué estilo.

—¿No comes? —le preguntó Clive—. Te he dejado la bandeja con tostadas y fruta en la mesita. El café no está listo todavía. Ah, y es descafeinado, que la cafeína no me sienta muy bien.

Ennio irguió la cabeza y lo vio sentado en un sofá verde de tres plazas. ¿Había un sofá en el dormitorio? ¿Y de verdad hacía falta que fuera de tres plazas? No podría invitar jamás a Clive a su piso de Ladbroke Grove.

La noche anterior no había apreciado bien la majestuosidad de la casa; había estado demasiado ocupado besando a Clive en el jardín de atrás, eléctrico por la adrenalina, imaginándose cómo se desarrollaría la velada, pensando en posturas, en qué lista de reproducción debía poner mientras follaban, en si llegaría su padre de repente y los pillaría. Según Clive, estaba en Mánchester por nosequé reunión de nosequé negocio (puede que no lo hubiera entendido por su falta de conocimiento e interés por las finanzas o que sencillamente las cervezas que habían tomado antes no le permitieran recordarlo ahora), pero después de cómo le había hablado a Ennio de su padre lo último que quería era que llegara y se topara con su hijo dentro de él.

Al final, después de toda esa expectación, habían entrado en la casa a oscuras, Clive había guiado a Ennio por las escaleras hasta el tercer piso y se habían besado en el centro de una habitación tan inmensa que parecía no tener límites. Pero, cuando Ennio fue palpando el vientre de Clive, subiéndole poco a poco la camiseta, Clive lo detuvo con una sonrisa cohibida y le preguntó si quería pedir algo de comer y ver una película. Habían pasado casi tres semanas desde el encuentro en el callejón, pero al parecer la sombra de su comportamiento de aquel día seguía proyectada sobre Clive, que aún se sentía culpable por cómo había salido todo. Le dijo a Ennio que quería demostrarle que no lo veía como un trozo de carne, que no solo le interesaba el sexo con él. A una parte de Ennio no le habría importado lo contrario, pero, aunque no quisiera aceptarlo, incluso había acabado prefiriendo pasar la noche sencillamente durmiendo a su lado. Eso sí que había sido algo nuevo para él.

—Voy —contestó, tratando de obligarse a cooperar con Clive para representar esa escena de película romántica que el chico parecía tan decidido a vivir, aunque la realidad era que no creía que pudiera comer nada, ya que seguía con el estómago lleno de la comida italiana que habían pedido la noche anterior.

Había otra razón por la que Ennio no quería levantarse de la cama: no quería que Clive advirtiera su erección matinal, que por alguna razón que ni él entendía estaba aumentando al ver a Clive devorar esa mandarina. ¿Era el olor? ¿El jugo que le caía de la comisura de la boca y que se estaba limpiando con el dorso de la mano? Había conseguido pasar toda la noche a su lado sin abalanzarse sobre él (de hecho, nada más tumbarse habían descartado la idea de ver una película y se habían quedado dormidos tan solo mirándose, arrullados por la respiración del otro, parpadeando cada vez con más pesadez, compartiendo esa clase de intimidad que se crea entre dos personas que aún no se conocen del todo pero que se encuentran en una situación que los vuelve más vulnerables de lo normal), y no sabía si ya tenía permiso para volver a comportarse como un ser sexual o el juego de las casitas, al que empezaba a cogerle el gusto, seguía en marcha. Volvió a hundir la cabeza en la almohada y se cubrió con el edredón.

—Ayer no te conté una cosa.

La voz de Clive sonaba apagada al otro lado.

—¿Mmm?

—Es sobre Julia.

Ennio asomó la cabeza solo lo suficiente para poder mirarlo.

—Se ha ofrecido a representarme.

De repente hacía mucho calor debajo del edredón. Demasiado. ¿Qué era lo que le estaba recorriendo las extremidades, la sensación de picor, de incomodidad en las zonas de la piel que rozaban la tela? No podía ser envidia. Sabía que estaba empezando a sentir algo por Clive; amor no, claro; era demasiado pronto para eso. Pero *algo* . Algo que le parecía bonito, tierno, dulce, algo lo bastante fuerte como para dejarlo entrar en su vida y abandonar esa «misión» estúpida suya, esas gilipolleces de escritor antisocial. De modo que no podía ser envidia. Porque, si de verdad sentía algo por Clive, únicamente se alegraría por él, ¿no?

¿Había hecho mal? ¿Tendría que haberse hecho caso y haberse alejado al enterarse de que Clive también era escritor? ¿Sería aquello un mensaje del universo advirtiéndole que debía escuchar siempre a su intuición, aunque sonara a algo que diría uno de esos gurús de las redes sociales a los que tanto odiaba?

En cualquier caso, fuera lo que fuera, lo que estaba claro era que debía ocultarlo. Fingir, eso se le daba bien. Al menos hasta que llegara a su casa y pudiera procesar lo que estaba ocurriendo a solas. Además, en parte sí que se alegraba por Clive. Habían hablado fervientemente de escritura casi todas las veces que habían quedado; era uno de los motivos por los que habían conectado tan rápido, de modo que era inevitable que una parte de él estuviera contento por una noticia así. Solo debía concentrarse en esa parte lo suficiente como para ignorar la otra.

Apartó el edredón, ya que la mezcla de emociones aún inexploradas y contradictorias habían acabado de inmediato con la erección, se sentó junto a él en el sofá y lo abrazó en silencio. Era otra de sus tácticas: cuando no sabía qué decir, el contacto físico siempre funcionaba. Hablar podía delatarlo; un abrazo era un mensaje alto y claro, inequívoco.

Le dio un beso en la mejilla y le preguntó:

—¿Estás contento?

Otro recurso más: preguntar. Hacer hablar a la otra persona. Además, la duda no estaba fuera de lugar; Clive estaba sonriendo, pero parecía vacilante, algo asustado, incluso.

—Bueno. Es una oportunidad de la hostia, pero… no escribo, Ennio. Ya lo sabes. Siento que debería estar más feliz sabiendo que tengo representante; es algo que tanta gente sueña con conseguir… Y, aun así, no logro deshacerme del puto síndrome del impostor. Solo pienso que otra persona se lo merecería más, lo valoraría más. No tengo ni idea de qué voy a hacer, de cómo voy a conseguir librarme de este bloqueo que me persigue desde hace años. De hecho, nunca le había sacado el tema yo a ella porque me daba miedo decepcionarla.

Ennio le preguntó que, entonces, por qué se lo había ofrecido ella misma, y Clive le habló de los relatos que escribía cuando vivía en Nueva York, las historias que Julia siempre le pedía y devoraba en cuestión de minutos.

—Pero de eso hace ya mucho tiempo —añadió con la mirada perdida, y masticó el último gajo de la fruta mientras una gota de jugo brillante le resbalaba por el labio hacia la barbilla—. Y a veces pienso que allí podía escribir con más facilidad por la libertad que tenía. Fue la única época de mi vida en la que me sentí…, no sé, algo parecido a mí mismo, ¿sabes? Y no he vuelto a sentirme así. No sé si la presión de tener que entregarle algo bueno me ayudará o…

Ennio lo interrumpió agarrándole la cara con las dos manos. Aún no lo conocía lo suficiente como para saber con seguridad si la tendencia de Clive a enfocarse sobre todo en el lado negativo de las cosas era un rasgo más de su personalidad o tan solo estaba pasando por una época en la que la oscuridad prevalecía, pero ni le gustaba verlo así ni, siendo egoísta, le gustaba cómo lo hacía sentir a él, tal vez por su propia debilidad, por el esfuerzo consciente que debía hacer él mismo por mantenerse optimista estando lejos de su familia, lejos de conseguir su sueño. Por el miedo a que acabara por arrastrarlo con él hacia ese pozo turbio. Todo tenía dos partes cuando se trataba de s us sentimientos hacia Clive, todo era

ligeramente contradictorio, una maraña compleja que había que desenredar con un esmero al que no estaba acostumbrado. Pero quizás así fueran las relaciones de verdad; no podía saberlo.

—Es una buena noticia, Clive —le dijo, apartándole el rizo que le caía por delante del ojo derecho—. Ya veremos a dónde te lleva todo esto, pero ahora mismo solo hay que celebrarlo, ¿no te parece?

Clive lo miró con unos ojos centelleantes durante unos segundos y luego le dio un beso rápido en los labios, como si a través de la boca de Ennio pudiera volver a aferrarse al presente, un beso como quien sacude la cabeza para apartar las ideas intrusivas.

Asintió tragando saliva, y Ennio, con el sabor cítrico de los labios de Clive en los suyos, se levantó y le tendió la mano.

—Pues no hay nada que nos impida celebrarlo ahora mismo —le dijo antes de lamerle el hilo de jugo de mandarina de la comisura de la boca y tirar de él hacia la cama.



Esa vez fue muy distinta a la noche del callejón. Esa vez, Clive se movía despacio, vacilante, con una torpeza que casi resultaba entrañable, un adjetivo que no a todo el mundo le agradaría oír asociado a su rendimiento sexual, pero eso era justo lo que Ennio había estado anhelando desde que había llegado a Londres. Desde mucho antes, en realidad. Llevaba meses, tal vez años, si se paraba a pensarlo (lo cual solía evitar), recurriendo a los encuentros urgentes y despersonalizados de aplicaciones, playas y parques, con nocturnidad, a escondidas, siempre en alerta; tanto que ahora el amor, algo inherente al sexo en su mente inevitablemente romántica, había empezado a resultarle por instinto, y de manera inconsciente, algo casi ilícito. Había temido no ser capaz de volver a disfrutar de él como en el pasado, antes de descubrir el *cruising* , no poder dejarse llevar y vivirlo en toda su intensidad y candidez sin conectarlo con algo clandestino. En cierto modo, eso lo unía a Clive, para quien el amor había sido siempre algo clandestino.

Esa vez no hubo tirones, empujones, tropiezos y miradas inquietas a su alrededor; tan solo un aliento pausado contra su cuello que le

lanzaba hormigueos y descargas desde la nuca hasta las nalgas a esas alturas casi desconocidos para su piel. Besos suaves como la primera brisa cálida del verano en el sur de su península y unas manos que no parecían saber a dónde ir, que parecían evitar de manera consciente los lugares más recónditos y privados de la anatomía de Ennio para mantener de manera deliberada la expectación y la inocencia de su relación. Con su prudencia le mandaba un mensaje explícito: «No eres solo un polvo, no eres como todos los cuerpos que he probado y de los que he huido al instante, aterrado, casi repugnado por el modo en que me han criado, por la imagen omnipresente de mi padre, por las ideas que ahora no me puedo sacar de la cabeza por más que lo intente».

Ennio sabía que Clive estaba haciendo un esfuerzo titánico por no lanzarse sobre él y devorarlo como aquel día en el callejón, sabía que no estaba acostumbrado a esa lentitud y ese cariño y que debía guiarlo él como pudiera, desde su propia inexperiencia en el amor, si quería que su vínculo no se quedara atascado en una mera atracción superficial. Y, después de todos esos días en los que había vivido sumido en un aturdimiento provocado por la idea imperante de Clive, que nublaba todo lo demás hasta el punto de casi desvanecerse, eso era lo último que quería. Quería despojar al amor de su velo ilícito de una vez por todas. Y quería hacerlo con Clive.

Vulnerable. Así era como se sentía Ennio mientras esperaba a que regresara Clive en el jardín trasero, envuelto en una manta en un balancín, embriagado, tal vez por el ligero vaivén que provocaban sus piernas inquietas de manera involuntaria, tal vez por lo que acababa de ocurrir.

Ya no había vuelta atrás. No había sido sexo desprovisto de emociones; había significado algo para ambos. Nunca le había gustado sentirse vulnerable; la vulnerabilidad demostraba debilidad, y ¿a quién le había ayudado jamás la debilidad? Sin embargo, en esa ocasión el sabor de la vulnerabilidad no era amargo; no se parecía en nada al desamparo, la desnudez, que había sentido en el pasado,

en clase, en el pueblo. El regusto era dulce, con toques cítricos, explosiones en la lengua, destellos de posibilidades que le ponían los vellos de punta. Tal vez se debiera al hecho de compartirla, saber que la persona de la que dependía su bienestar, quien tenía toda su ilusión en las manos como una escultura frágil de cristal, se había mostrado aún más vulnerable que él.

Además, se decía a sí mismo para tratar de convencerse de que estaba haciendo lo correcto, darle permiso a aquel sentimiento que apenas se atrevía a llamar «amor» para apoderarse de todo su ser solo podía ayudarlo a imprimir esas mismas sensaciones en su novela. ¿Cómo iba a escribir sobre dos chicos enamorados cuando no estaba seguro de haberlo estado él de verdad alguna vez? Era consciente de que había tenido varios (demasiados) flechazos intensos, obsesiones, incluso, pero ¿alguna vez había visto a alguien, tal y como estaba viendo ahora a Clive, arrancar a escondidas una flor de un arbusto mientras sostenía una bandeja con dos cafés en equilibrio con la otra mano, alzar la vista para comprobar si Ennio lo estaba viendo y tropezarse con una manguera al acercarse a él? ¿Alguna vez le había parecido la torpeza tan tierna?

Apenas se reconocía.

Pero ¿era eso algo malo?

Clive dejó la bandeja con cuidado y, sin decirle nada a Ennio, le colocó la flor en el pelo, sujeta en una onda color trigo que le tapaba la oreja. Ennio se estremeció. Tan solo unas semanas antes, se habría burlado del gesto. Tan solo unas semanas antes, habría puesto los ojos en blanco y habría deseado salir de allí cuanto antes. En ese momento, sin embargo, tan solo relajó los hombros e inspiró el perfume de la flor. Jazmín.

Se dieron un beso rápido tras el cual Clive se recolocó las gafas, y Ennio le preguntó:

—¿Por qué casi nunca las llevas?

—No me gustan. Prefiero llevar lentillas. Parezco un empollón con ellas, no sé, me quedan raras.

Ennio rio, sorprendido ante la visión tan distorsionada que puede tener uno de sí mismo.

—Eres idiota. A mí me encantan. ¿Sabes por qué?

Clive lo miró con una ceja arqueada.

—Porque es lo único que me recuerda que eres humano. Sin ellas, tienes una cara de dios griego que no se soporta.

Clive se sonrojó y soltó una pequeña carcajada.

—Lo que estoy oyendo —le contestó— es que en realidad me quedan como el culo y te gustan porque así mi *despampanante* belleza no te hace sentir inseguro.

Ennio compuso una sonrisa resignada y le dio un codazo.

—Lo único cierto de esa frase es la parte de tu despampanante belleza.

El vapor aromático que se alzaba de las tazas en volutas empañó las gafas de Clive y, cuando se las quitó para limpiárselas con la camisa, sintió el impulso de darle besos por toda la cara. Ennio se apresuró a beber, aún algo incómodo ante tanto empalago.

—Ayer tuvimos un día rarísimo en el bar —balbuceó de pronto en un intento desesperado por huir de la limerencia, por mantener una conversación que no tuviera nada que ver con sus nuevos sentimientos.

—¿Y eso? —contestó Clive mientras se volvía a poner las gafas con una expresión indescifrable.

¿Tenía los hombros caídos? ¿La mandíbula tensa? ¿Estaba decepcionado por la respuesta, o la ausencia de respuesta, de Ennio ante el gesto romántico de la flor? ¿Preferiría seguir hablando sobre sus sentimientos?

—Unos clientes, unos vejestorios con la cara toda colorada por las cervezas, se empezaron a meter con Philippe y conmigo por nuestros acentos. —Clive se giró con brusquedad para mirarlo y toda esa posible decepción se esfumó de su rostro—. Intentamos no darle demasiada importancia porque, total, al fin y al cabo estamos acostumbrados a tratar con borrachos. Pero, no sé, algo parecía distinto esta vez. Nos miraban como si les diéramos… asco, como si nos odiaran de verdad. Cuando llegó Yanos para pedirles que se marcharan, se pusieron a gritar que nos fuéramos todos a nuestros países, que qué mierda de bar era ese, en el que no había ni un solo trabajador inglés. Marianne no estaba esa noche.

—Joder.

¿Eso era todo? ¿Solo iba a obtener un «joder» por parte de Clive cuando sus compatriotas querían echarlo del país?

—Sabes por qué es, ¿no? —le preguntó Ennio, y Clive ladeó la cabeza—. El Brexit, idiota. Y la cosa va a ir a peor. Philippe me ha dicho que el ambiente durante la época del referéndum estaba… bastante caldeado. Tenía compañeros en el bar, dos ingleses que lo dejaron cuando empezaron la uni, que incluso votaron a favor. Tienen engañados hasta a los jóvenes. —Clive hizo una mueca que le dijo a Ennio todo lo que necesitaba saber. Agradeció no tener que preguntarle por su postura al respecto—. Yo no vivía aún aquí, pero he estado leyendo por foros y, en fin, parece que la xenofobia no hace más que ir a peor.

—¿Y por qué no… por qué no dejas el bar?

Ennio pensó ponerle fin a la conversación en ese mismo instante. No tenía sentido hablar de ese tema con alguien cuyos privilegios no le permitían ver la realidad de la situación, y tampoco sabía si estaba preparado para descubrir tan pronto el lado que no le atraía de Clive, todo lo que los separaba y que, siendo realistas, haría muy difícil, si no imposible, que mantuvieran una relación seria y duradera.

Se le pasó fugazmente por la cabeza la idea de vivir con Clive, aprovecharse de él y de su dinero, pero era demasiado mezquino hasta para él; sentía algo auténtico por Clive y, aunque no se oponía a beneficiarse de su posición económica si llegaban a ese punto de manera orgánica, no pretendía forzarlo.

Sí, dejar el tema era lo mejor, pero, por otro lado, le resultaba imposible ocultar su frustración; entre el incidente de los borrachos en el trabajo y el hecho de que siguiera sin conseguir contactos del mundo editorial británico, empezaba a no tener claro lo que estaba haciendo allí.

—Tienes que tener paciencia, Ennio —le contestó Clive, ya que al parecer había dicho en alto eso último.

—Ya, pero entiéndeme. Al principio, cuando me ofreció Philippe el trabajo, pensé que no estaría mal para empezar, mientras encontraba algo mejor o, al menos, terminaba el manuscrito. Además, tampoco tenía otra opción. Pero ahora apenas estoy

escribiendo, no me puedo permitir dejarlo y para colmo…

—¿Qué? —le preguntó Clive.

—Nada —contestó, tratando de restarle importancia—, que el otro día recibí mi primer rechazo.

Clive emitió un sonido compasivo mientras curvaba las cejas hacia abajo.

—Joder, lo siento mucho… Aunque —añadió al momento— ¿rechazo de qué? ¿Qué enviaste, si me has dicho que no tienes el manuscrito terminado?

Ennio le explicó que uno de los agentes que había encontrado por internet tan solo pedía una muestra de diez mil palabras, y que el rechazo había llegado acompañado de un informe detallado («El protagonista parece ligeramente trastornado, y la trama, o lo poco que podemos ver de ella, es bastante predecible», «¿No podría ser la pareja principal de chico y chica? Vendería mucho más») que había terminado de desanimarlo.

—Podría estar enviando el manuscrito desde casa de mis padres y tendría el doble de tiempo para terminarlo, pero no; tuve que empeñarme en venir aquí, ganar contactos, estar más cerca del mundo editorial y… Bueno, da igual; hoy es un día de celebrar. No quiero amargarte con mis problemas.

—No —respondió Clive mientras se recolocaba en el columpio—, si yo estoy igual. Ya te he hablado del tiempo que llevo sin poder escribir. Y a veces, por lo que veo yo mismo y por lo que me cuenta Julia, ni siquiera sé si me gusta la industria, el juego de la industria. Veo el mundo editorial tan competitivo, tan movido por el dinero y por los seguidores en redes, tan… falso. Y con tan pocas oportunidades para autores como nosotros. Pero, bueno, tienes razón; tampoco es plan de amargarnos pensando en eso ahora. Además, ahora mismo tengo otro problema más acuciante…

—¿Cuál?

Clive alzó la vista hacia Ennio con un barrido de pestañas.

—Pues que, desde que te he conocido, no hago otra cosa que pensar en ti.

Ennio se sonrojó, luego pensó que no sabía cómo tomarse aquello. ¿Le estaba diciendo que preferiría no haberlo conocido?

—Y me encanta, ¿eh? —le aclaró, como si le hubiera leído la mente —, pero también me preocupa no poder incluirte en mi mundo, y no paro de darle vueltas. Ahora que te conozco, me estoy dando cuenta más que nunca de lo harto que estoy de mi doble vida. Antes no había supuesto un problema tan grave, cuando los chicos con los que me liaba no significaban nada. Quiero decir, tampoco iba a hablarle a mi padre de las tías a las que me follaría si fuera hetero, ¿no? —Rio antes de continuar, con un rostro más sombrío—. Pero ahora…, no sé, sé que es pronto, y que a lo mejor me ilusiono demasiado deprisa, pero me gustaría poder al menos plantearme la posibilidad de salir contigo como todo el mundo, ¿sabes? De ser… libres.

Ennio no supo qué hacer más que asentir en silencio. Todas sus preocupaciones pasaron a un segundo plano ante las palabras de Clive. Su libro, su trabajo, su lugar de residencia… Nada de eso parecía tan importante cuando alguien como Clive, alguien que había empezado a protagonizar todos sus pensamientos y sus sueños, expresaba su deseo de mantener una relación seria algún día. ¿Era eso lo que le había faltado siempre? ¿Era ese el motivo de que antes solo pensara en sí mismo, en sus ambiciones desmedidas, en sus ridículos planes y misiones? ¿Que nunca había estado enamorado?

Clive le impidió terminar de procesar sus emociones, sin embargo, cuando volvió a hablar:

—Oye —fue lo único que le dijo, girándose con brusquedad hacia él.

—¿Mmm? —murmuró Ennio mientras bebía café.

—No tienes por qué responderme ahora, pero… ¿sientes lo mismo?

—¿Lo mismo? ¿Por ti, dices?

Clive asintió rápido, visiblemente nervioso.

—Por mí, por la situación. ¿Querrías… estar conmigo sin preocupaciones? ¿Que pudiéramos escribir sin presiones? ¿Ser libres?

Ennio arqueó una ceja. No entendía nada de lo que estaba pasando, por qué Clive hablaba con tanto dramatismo.

—S-sí. Sí a todo, claro. Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué me lo

preguntas así?

—Porque se me ha ocurrido una idea un poco descabellada .

# Julia

La vida sexual de Julia no era casi inexistente solo por su ineptitud para el flirteo. Uno de los motivos principales por los que nunca quedaba con chicos, en especial aquellos que Julia sabía que solo buscaban sexo (una idea a la que no necesariamente se oponía, siempre que el chico le pareciese lo bastante atractivo y sintiese una mínima conexión con él), era su madre. Vivir con ella no solo afectaba a los aspectos de su vida que solía mencionar cuando comentaba el tema por encima con algún conocido (¡qué incómodo sentirse como una niña pequeña en el cuerpo de una adulta!, ¡qué ganas de poder decorar un hogar propio algún día!, ¡qué injusto no poder pensar siquiera en formar una familia!); en realidad, casi lo que más resentía era no poder follar siempre que quisiera, como el resto de las mujeres de su edad.

Por eso, cuando Clive la había llamado para preguntarle si podían quedar en casa de Julia esa vez, en lugar de en el bar, Julia había estado a punto de romper a llorar de rabia.

En su último encuentro había decidido no indagar sobre el origen de esa emoción repentina de Clive; no estaba segura de si iba a poder soportarlo si le contaba que había empezado a verse con alguien justo ahora que había aceptado sus sentimientos hacia él, de

modo que había preferido centrarse solo en lo profesional y, al menos, se había alegrado al ver que Clive aceptaba su proposición. Aunque, al pensarlo más tarde, tampoco recordaba que le hubiera hecho demasiada ilusión; de hecho, había parecido distraído durante toda la velada. Y ahora, más de dos semanas después, seguía sin haber recibido nada de su parte, ni siquiera una propuesta, una escaleta, nada. Apenas habían chateado y no se habían visto en el Golden Beaver durante dos viernes («Movidas familiares», era la única excusa que le había puesto Clive por mensajes. ¿Desde cuándo había sido algo relacionado con su familia tan importante como para dejar de verse?), y lo había notado raro en las breves conversaciones que ella misma había tenido que empezar. Había acabado llamándolo el jueves, harta de las tinieblas en las que Clive la había dejado. ¿La estaba ignorando a propósito? ¿Lo había absorbido su nueva novia? ¿Tendría algo que ver ese tal Ennio del que le había hablado por encima y que era, claramente, una mala influencia?

Pero esa vez Clive la había saludado como si nada al contestar al teléfono y le había dicho que se alegraba de que lo llamara porque tenía que contarle una cosa, que si le parecía bien quedar en su casa, la de Julia, que él se encargaría de llevar la comida tailandesa del sitio de siempre y le compraría a su madre los fideos con salsa de cacahuete que tanto le gustaban. ¿Era posible que fuera la mujer más estúpida del universo y no se diera nunca cuenta de nada? ¿Y si Clive sí que sentía algo por ella, y ese último viernes se había echado atrás al ver que Julia solo quería hablarle de su relación profesional, y no había sabido cómo actuar hasta ahora? ¿Le pediría salir? ¿Debía depilarse, debía estar preparada para lo que pudiera pasar esa noche? De hecho, fuera cual fuera la situación, sí que debía estar preparada, porque, aunque Clive le contase que sí había conocido a alguien, no pensaba rendirse sin luchar. Pensaba usar su último recurso. Al fin y al cabo, los hombres eran simples, ¿no?

Esa noche, se acostaría con Clive.

O al menos esa había sido su intención hasta recordar que seguía teniendo el mismo problema de siempre: su madre.

—Mamá —le dijo la mañana del viernes, nada más levantarse y

salir al salón, donde su madre ya estaba pegada a la tele.

Le había salido la palabra sola, antes de darse tiempo a sí misma de pensar en qué estrategia iba a usar.

—Dime —contestó Charlotte, girándose despacio antes de poner una mueca y llevarse la mano al hombro.

—Esta noche viene Clive —fue lo único que se le ocurrió decir.

El rostro de su madre se transformó al instante; todo indicio de dolor por su lesión se esfumó y una luz que Julia llevaba tiempo sin ver se apoderó de sus mejillas.

Tras un segundo de silencio, con la mirada perdida, pensativa, Charlotte habló al fin:

—Ay, pásame el teléfono, Julie, que tengo que llamar a Francine —le pidió.

—¿Cómo? Pero ¿me has oído?

—Sí, por eso te digo que me pases el teléfono. Tengo que llamar a Francine para ver en qué casa cenan hoy las viejas estas. Creo que era en la de Lydia, pero no me acuerdo bien.

—Pero… —empezó a decir Julia mientras cogía el móvil de su madre de la encimera de la cocina y se lo acercaba— si te ponen de los nervios las cenas de los viernes. Te inventas excusas cada vez que Francine te pide que la acompañes.

—Yo nunca he hecho tal cosa —le aseguró Charlotte, muy seria, toqueteando el teléfono.

—Mamá, odias a todas las de *aquagym* menos a Francine.

—¡¿Qué dices?! —exclamó su madre sin levantar la vista del móvil —. Yo no odio a nadie; si son majísimas.

—La última vez que me hablaste de ellas llamaste a Lydia una «uva pasa».

—Julie, cariño, ¿tú no me dices siempre que tengo que salir más? Pues eso. Tú pásatelo bien con Clive y no te preocupes por mí.

¿De verdad era así de fácil? ¿De verdad podía haber sido siempre así de fácil?

*No* , pensó entonces, y sonrió al entenderlo. *Es porque es Clive* .

—Eso sí… —añadió su madre, y todo el cuerpo de Julia se tensó.

—¿Qué?

—Si trae fideos de esos de los que me gustan, guárdamelos, ¿eh?

Que te conozco.



—Yo también tengo algo que contarte —le dijo Julia a Clive, que estaba sentado al otro lado de la mesita redonda que tenían siempre retirada en una esquina del salón porque acostumbraban a comer en el sofá, delante de la tele.

Julia la había preparado con el mantel más bonito que tenía su madre, amarillo con flores bordadas, servilletas de tela, una botella de vino tinto y una vela en el centro; era una aromática del súper cuyo perfume químico a arándanos se mezclaba con el de la mantequilla de cacahuete, el aceite de sésamo, la lima y la albahaca de la comida tailandesa y creaba una combinación de olores extrañísima mientras comían, pero estaba tan orgullosa del ambiente que había logrado crear en su salón que se negaba a apagarla.

—¿Quieres empezar tú? —le preguntó Clive, llevándose un cuadradito de tofu crujiente a la boca.

Julia le dio vueltas mientras contemplaba las sombras cambiantes que la luz color vainilla de la vela creaba en el rostro de Clive. ¿Tenía los rizos más arreglados que de costumbre o era cosa suya? ¿Era nueva esa camisa granate?

La situación prometía, pero, aun así, lo mejor era dejar que hablara él primero. Estaba decidida a intentar acostarse con él esa noche le dijera lo que le dijera, pero prefería saber de antemano a qué iba a tener que enfrentarse, qué enfoque emplear. ¿Iba a ser necesario entrar en un terreno que en realidad prefería evitar, es decir, conseguir que le pusiera los cuernos a su nueva novia, o tan solo podría dejarse llevar porque lo que quería contarle era que él también se había dado cuenta al fin de que estaba enamorado de ella?

Negó con la cabeza y señaló a Clive con la copa de vino.

—Empieza tú —le dijo, bajándose un poco el escote del vestido blanco que se había puesto por primera vez desde que Cynthia y Lena la habían convencido para que se lo comprara (¿por qué todas las mujeres de su vida se empeñaban en que llevara vestido?) para

la cena de despedida de los alumnos de la Universidad de Sheffield; aquella noche no había estado nada convencida, pero un rato atrás, antes de que llegara Clive, les había mandado un mensaje telepático de agradecimiento a las chicas al encontrarlo en el fondo de su armario.

Clive sonrió y bajó la mirada. Julia había notado los nervios de Clive desde que había entrado por la puerta: le había clavado las gafas en la sien al darle un beso en la mejilla, se había tropezado con la alfombra del salón y, de no ser por sus reflejos, habría volcado la primera copa de vino al servirle a Julia el arroz, cuando le había dado con el codo. Julia no había podido evitar sonreír para sus adentros después de cada incidente, emocionada ante la posible causa de la torpeza de su amigo.

—Estos días, desde que me propusiste ser mi representante, me he dado cuenta de una cosa —comenzó a decir Clive.

*Oh* .

No esperaba que la conversación fuera por esos derroteros, pero aún había esperanza. Tal vez la charla de aquel viernes le había hecho reflexionar sobre sus sentimientos hacia ella. Quizá le dijese que se había dado cuenta de que era mejor no trabajar juntos (*vale, podría soportarlo* ) porque era mucho mejor explorar la idea de llevar su relación al siguiente nivel (*por favor* ) y mezclar negocios con placer no era recomendable (*totalmente de acuerdo; mucho mejor solo placer* ).

—¿Mmm?

—Pues verás, me he puesto a pensar en cuándo fue la última vez que pude escribir bien, con libertad, sin nada que me lo impidiera. Y fue en Nueva York, ¿te acuerdas?

Julia asintió despacio, ladeando la cabeza hacia la izquierda. ¿Iba a pedirle que viajaran a Nueva York? Pero ¿en plan amigos? Espera, ¿iba a pedirle que se *fugaran* a Nueva York? ¡No tenía ropa para un viaje así!

—Bueno, pues resulta que Ennio… ¿Te acuerdas de Ennio?

*¿Por qué me menciona al camarero ese ahora?*

—Últimamente nos estamos llevando bastante… bien —añadió antes de que Julia pudiera contestar, hablando a toda prisa—. Nos

hemos hecho muy amigos. Y resulta que necesita salir un poco de la ciudad, por motivos…, bueno, por muchos motivos. Así que, nada, bueno, eso, que hemos pensado que nos vamos a ir a Nueva York un tiempo, como retiro de escritura.

Julia se quedó mirando a Clive sin saber qué decir. Sin moverse, sin parpadear. ¿Estaba respirando siquiera?

—¿Julia? —le dijo Clive—. ¿No te alegras? A ti también te va a beneficiar esto. ¡Voy a poder enviarte algún texto al fin!

Julia apoyó los codos sobre la mesa, la cabeza sobre las manos, y el gesto fue tan violento que al final fue ella quien tiró su propia copa de vino, que le cayó sobre el vestido blanco.

Cuando bajó la vista, tenía una mancha carmesí húmeda que le bajaba desde el lado izquierdo del pecho hacia la cintura .

# INTERLUDIO
# España, 2018

Desde el mirador, Ennio contempla el vaivén furioso de las olas, el brillo maníaco de las hojas de las palmeras mecidas por el viento, cuyos extremos finos y alargados se agitan como dedos tratando de aferrarse a algo.

Cuando baja las escaleras y hunde los pies descalzos en la arena, mira a su alrededor casi esperando ver a Marzio, a Paolo y a Alice, el resort, pero, mientras saca de la mochila las nueces, las pasas y los pistachos que le ha dado su padre antes de salir y come cada fruto seco despacio, con serenidad, tan solo ve el chiringuito abandonado que siempre ha estado ahí, en ruinas, a un hombre mayor paseando a su perro y una cabeza flotando entre la espuma de las olas.

Son las ocho de la mañana.

Le vibra el bolsillo del bañador.

Espero que hayas llegado bien, le escribe Paolo, y Ennio sonríe, conmovido por su preocupación, antes de guardarse el móvil sin responder.

Otra vibración.

Vuelve a sacar el teléfono.

Y que vuelvas con un manuscrito bajo el brazo.

Ennio le responde con un *emoji* con la lengua fuera y otro de un beso mientras, en la vida real, se le descompone el rostro.

Hoy no tiene ganas de bromear, hoy no tiene ganas de entrar en el juego de la industria, como lo llamaba Clive.

Extiende su toalla a rayas azul y blanca junto a otra idéntica y se quita la camiseta sin mirarse el vientre, sin bajarse la cinta elástica del bañador; le da igual. Guarda el móvil debajo de la camiseta, sobre la toalla, y corre hacia el agua, hacia la cabeza flotante, hacia la única persona que esperaría ver entre las olas a esa hora.

¿Te ha dicho papá que estaba aquí?, le grita su madre por encima del rugido del mar.

Ennio sigue nadando hacia ella mientras asiente.

¿Está buena, eh?, le pregunta mientras Ennio tirita y pone cara de que está loca.

Su madre se ríe y el pelo cobrizo, mojado y echado hacia atrás, le resplandece con el sol oblicuo.

Te va a sentar bien, le asegura.

Y Ennio sabe que tiene razón.

Porque ya lo siente.



Llegó la tarde anterior, de modo que no lleva ni veinticuatro horas en casa de sus padres, pero en ese momento está convencido de que ha hecho lo correcto, de que necesita estar allí. Igual que está convencido de que, en dos semanas, esa sensación puede cambiar. Tal vez vuelva a sentirse limitado por los confines del pueblo, aislado por la falta de oportunidades, de gente de su edad, de planes, de maricones. Pero ahora mismo lo único que necesita es estar allí, poner la mesa con Greta mientras su padre sirve la comida mexicana que han pedido y su madre pone el capítulo que les toca de *Frasier* .

Anoche, al llegar a casa del aeropuerto, le hicieron miles de preguntas, claro, pero Ennio les dijo que se lo contaría todo en cuanto pudiera, que primero necesita, sencillamente, desconectar. Reconectar, mejor dicho. Con quien era, con el lugar de donde viene, con su normalidad.

No me creo que aún estéis viendo esta serie prehistórica, se queja Greta mientras se sienta en el sofá, a su lado, y comienza a sonar el

tema musical de la serie, pero lo único que oye Ennio es: «Casa».



Cae la noche entre las ramas del pino y Ennio, desde el otro lado de la ventana, sentado delante del escritorio, recuerda las veces en que las ardillas que lo habitan les tiraban piñas a Gio y a él mientras jugaban al *Monopoly* en la mesa del jardín. Le habría gustado que su hermano hubiera hecho el esfuerzo de ir al pueblo a pasar al menos el fin de semana con él, como Greta, pero el mensaje que le ha mandado con una foto de su novela en una librería de su barrio tendrá que bastarle. Tal vez pueda ir a la ciudad con Greta un día de estos y pasarse juntos por la productora en la que trabaja para saludarlo.

Sin embargo, ahora tiene algo más urgente de lo que encargarse. Habría preferido acometer la tarea habiendo descansado más, habiéndose empapado de la vida familiar, en mitad de la nada, alejado de las fiestas, las fachadas y las farsas, apartando de su mente el dinero, las presiones de la industria, pero solo le quedan doce días.

Doce días para explicarle a Julia lo que sucedió de la única manera que sabe: por escrito. No sabe lo fiel a la realidad que va a poder ser, si su tendencia a ficcionalizar lo dominará en algunos pasajes, pero, aun así, está convencido de que es la mejor manera de liberarse de todo aquello. Quién sabe, quizá lo que escriba acabe convirtiéndose en la semilla de algo más.

Tras reprenderse a sí mismo por permitir que su mente navegue una vez más por esos derroteros fatídicos, enciende el portátil rememorando la carta de Julia, abre un documento en blanco y comienza a teclear.

Hola, Julia:

Supongo que, para que comprendas todo lo que ocurrió, debería empezar por el momento en que Clive salió de tu vida y se convirtió en la mía .

# PARTE I I

# I

Cuando el avión aterrizó en JFK, seguía sin asimilar todo lo que me estaba ocurriendo.

Unas semanas antes era camarero, compartía un piso ruinoso en Londres, lo más parecido a un novio que tenía era un francés adicto al tabaco y a la cerveza con el pelo grasiento y unos dientes que dudaba que permaneciesen intactos hasta la vejez (ah, y novia), y sentía que mi manuscrito no iba a ninguna parte.

Ahora, de repente, el chico con el que había empezado a mantener una relación me estaba llevando a Nueva York. Y no era un chico cualquiera, sino uno tan rico que me costaba comprender el alcance del poder de su familia, uno que también escribía (nunca antes había salido con otro escritor y, aunque al principio había sido precisamente ese factor el que me había provocado rechazo, las ventajas habían empezado a manifestarse en forma de apoyo y horas de charlas en cafeterías sobre la industria, el proceso de escritura o libros que nos habían inspirado) y uno que me hacía sentir el mismo cosquilleo electrizante y estúpido que los *crushes* del instituto, solo que mejor aún, puesto que en este caso el sentimiento era recíproco. Por si todos esos cambios no fueran suficientes, de repente tampoco tenía trabajo, y no porque me hubieran despedido y el desempleo me atormentase por las noches, sino por elección propia, porque gracias a Clive había podido llamar a Yanos para decirle que me marchaba sin poder ocultar la alegría en la voz, e iba a poder centrarme en acabar mi manuscrito de una vez por todas.

Desde que Clive me había propuesto dejar el bar, marcharnos de Londres y quedarnos en el piso de Manhattan en el que había vivido él durante su época de estudiante, había ido alternando dos

sensaciones totalmente opuestas: en ocasiones me sentía un niño ingenuo ante el cual el mundo se le abría al fin, expectante, ansioso, con todas las posibilidades al alcance de la mano; y en otras, me sentía demasiado adulto, como si hubiera hecho trampa, me hubiera saltado toda la etapa de sufrimiento que acababa de comenzar y que había previsto que durase años (ahorrar a base de servir copas; soportar el moho de la pared de mi cuarto; seguir follando con unos y otros, cada uno con su fetiche particular, con sus olores y sus «¿el puño me has dicho que sí o que no?», hasta encontrar a alguien con quien al menos me apeteciese repetir; escribir solo de madrugada; enviar mi manuscrito a decenas de agentes y editoriales más y recibir noes y más noes) y hubiera pasado directamente al otro lado. A uno en el que tenía compañía asegurada tanto en el día a día como en la escritura, en el que no era necesario mantener conversaciones sobre *aftercare* después del sexo porque ¿qué falta hacía, si ya nos abrazábamos y hablábamos y comíamos comida basura juntos, siempre hambrientos, nada más terminar? A uno en el que no tenía que pagar alquiler (tal vez esto fuera lo que aún me resultaba más extraño de todo). A uno en el que tenía contacto con una agente que, una vez escrito, se leería mi manuscrito, lo adoraría y querría enviarlo a los mejores sellos de la industria. Sí, lo sé, quizá esto fuera más bien un delirio que una realidad, ya que quien tenía contacto contigo era Clive, y vuestra relación no parecía estar pasando por su mejor momento, pero, aun así, al menos creía que era una posibilidad.

A pesar de esa ligera sensación de estar llevando unos zapatos demasiado grandes, sabía que tarde o temprano encontraría el equilibrio. Sabía que, pasara lo que pasara durante los meses siguientes, serían los más decisivos de mi vida.

Cuando el avión se detuvo por completo, recuerdo que Clive acercó la cabeza a la mía para asegurarse de que no estuviera dormido, ya que, para soportar las últimas horas de vuelo, Clive había insistido en que nos pidiéramos un *whisky* con hielo, algo que solía hacer su padre en los viajes largos, según me había contado. Y, tal vez por la emoción de lo que estaba por llegar, tal vez porque el vuelo me había dejado el cerebro reblandecido, en cuanto noté su respiración

en el cuello abrí los ojos de par en par y saqué la lengua con un sonido monstruoso. Clive dio un brinco y me asestó una palmada en el hombro, pero no pudo evitar sonreír, demostrándome que estaba igual de emocionado que yo.

Nueva York se desplegaba ante nosotros como nuestro parque de atracciones privado, donde exploraríamos cada rincón, de la ciudad y de nuestros cuerpos, escribiríamos obras maestras y nos amarían como solo pensábamos que se podía amar en los libros.



Parte de mi efervescencia no tardó en disiparse, sin embargo, cuando descubrí que el amor, el amor auténtico, al menos cuando florecía en mí, crecía entrelazado desde la raíz con un cardo, una emoción invasora y amarga que por entonces creía erradicada del ADN de las personas *queer* de mi generación. Siempre me había enorgullecido de ser moderno, abierto en lo que respectaba a las relaciones románticas, permisivo y despreocupado; la posesividad era algo de las generaciones posteriores, de mis padres y abuelos, algo reprobable que, por suerte, y tras lo que me parecía un gran ejercicio de deconstrucción, habíamos conseguido dejar atrás. Y tal vez esa teoría aún pudiera ser cierta en otras circunstancias, pero en ese momento había comenzado a ver a Clive como mi mundo, o al menos el eje principal en torno al que todo mi mundo giraba. De modo que, cuando la primera noche (¿era necesario que fuera la primera noche?) Clive sonrió al llegar al portal, en Mercer Street, y le pregunté que qué le hacía gracia y me respondió que nada y le volví a preguntar al subir las escaleras con la maleta a rastras y me contestó que era una tontería y le insistí y al fin me dijo que, bueno, que no era nada importante, pero que se había acordado de que allí, en ese mismo portal, había sido donde se había dado por primera vez un beso con otro chico en público, algo que no supe reconocer porque aún no lo había sentido cayó sobre mí, un frío más implacable que el que había tenido momentos antes, en plena calle de Manhattan en diciembre, un agarrotamiento de las extremidades que me hizo envejecer cuarenta años en segundos, un sabor extraño

en la lengua, metálico, que después descubrí que no era más que la sangre de mi propia lengua entre los dientes apretados.

¿Qué era esa sensación? ¿Así eran los celos? ¿Eran *solo* celos? ¿Era parte de un instinto primigenio que hasta entonces había asociado solo con los machos heteros, esa necesidad de ser «el primero», ese orgullo de descubrirle al otro un nuevo mundo, de arrebatarle la virginidad como quien hinca una bandera en un nuevo territorio y sabe que, en parte, aunque lleguen otros con sus nuevas y relucientes banderas, su huella permanecerá allí para siempre? Fuera lo que fuera, lo que tenía claro era que me repugnaba a mí mismo.

Clive, por suerte, no pareció notar el cambio en mi actitud y le quitó importancia al asunto con un barrido de la mano, y antes de que me diera cuenta habíamos llegado a la puerta del loft, de modo que tan solo pude enterrar esa nueva emoción que tanto detestaba ya y repetirme a mí mismo que qué importaba el pasado, si ahora estaba ahí conmigo. ¿Acaso no había estado yo con decenas, tal vez cientos, de chicos antes? ¿Debía enfadarme con Clive por eso? ¿Sería justo? La majestuosidad del loft hizo que me resultara fácil olvidar momentáneamente el asco, el terror, y que volviera a poner los pies en la tierra, en una tierra que era, ni más ni menos, Nueva York.

Aún no había podido apreciar bien las calles de la ciudad; a excepción de un tramo de la calle Setenta y Nueve —o eso creía que era lo que me había dicho Clive— por el que habíamos podido vislumbrar la espesura verde casi negra de Central Park, el taxi nos había llevado por unas avenidas (entre ellas, la Quinta, la única que me sonaba de las películas) cuyas luces resplandecientes me habían dañado los ojos, entornados por el sueño y las horas de vuelo, en su lucha contra la oscuridad de la noche. Pero habría sido imposible, a pesar del agotamiento, no asombrarse ante el que había sido el piso de estudiante de Clive. Un loft en un antiguo edificio industrial en el Soho, en el bajo Manhattan, que, según me contó mientras hacíamos pasar la s maletas y entrábamos tras ellas, le había comprado su abuelo a su padre en los ochenta, cuando vivir allí era «lo más» (para los ricos heterosexuales privilegiados que no fueran

víctimas de una pandemia, imagino). Clive estiró los brazos con un «tará» y me quedé plantado ante una única estancia que podría haberse considerado un estudio de no ser porque habrían cabido seis o siete estudios de tamaño estándar en él. Los techos altos, los ventanales, las escaleras que llevaban a una entreplanta abierta donde supuse que estaría la cama y de la que se derramaban los tallos desnudos de las plantas colgantes, ya por supuesto secas, que se enroscaban como los tirabuzones de Clive, los cuadros enormes que cubrían las escasas zonas de las paredes en las que no había ventanas y que hasta yo, que no tenía ni idea de pintura, era capaz de apreciar; las amplias alfombras, la librería que recorría la pared del fondo… Todo era gigantesco, porque ¿por qué no? Había que llenar el espacio de alguna manera.

Aun así, cuando Clive se me quedó mirando con una sonrisa bobalicona, esperando una reacción por mi parte, intenté reír, saltar, celebrar, pero no pude. La idea de Clive allí, unos años antes, enseñándole esa misma estancia a aquel chico, me asfixiaba, me tiraba de la piel de la cara hacia abajo, como unas uñas afiladas clavadas en mis mejillas, para impedirme curvar los labios y devolverle la sonrisa.

Clive debió de reparar al fin en que lo que me había contado en el portal me había afectado más de lo que había pensado, porque suspiró y me agarró de la mano para llevarme hacia el sofá bajo color pistacho que había en el centro de la alfombra más grande de todas.

—¿Tanto te ha molestado? —me preguntó.

Por entonces ya me había dado cuenta de que con él no solía ser necesario perder el tiempo con preámbulos, lo cual normalmente valoraba, pero en ese momento no tanto; habría preferido ganar algo de tiempo para pensar en una excusa y no parecer un psicópata posesivo.

—Entiendes que de eso hace ya años, y que a estas alturas ni siquiera sigo en contacto con ese chico, ¿no? De hecho —añadió entre risas—, ni siquiera me acuerdo de cómo se llamaba. Qué horror.

Le dije que lo sabía, porque lo sabía, claro que lo sabía, pero qué

más da saber las cosas cuando algo químico en tu cuerpo decide ignorar la teoría y tomar el control.

—Creo que lo que me pasa —improvisé— es que nunca hemos hablado de nuestro pasado. De otros chicos, digo.

No era mentira. No del todo. Era cierto que todo había pasado muy deprisa; hacía poco más de un mes de la noche en que se había abalanzado sobre mí en el callejón y, aunque habíamos quedado varias veces cada semana y estaba bastante seguro de que lo que sentía por Clive era auténtico, también era consciente de que me quedaba mucho por conocer de él, de que podía considerarse una locura irse a otro país con alguien con quien solo llevaba unas semanas saliendo (¿estábamos *saliendo* siquiera? No habíamos tenido aún esa conversación. De hecho, me había dado vergüenza contarles la verdad a mis padres; solo les había dicho que me habían aceptado en una residencia de escritura que duraría unas pocas semanas), e incluso de que tal vez hubiera aceptado por motivos egoístas. Pero siendo sinceros, ¿qué imbécil no se iría a Nueva York con el chico que le gusta, que además le promete alojamiento gratis y tiempo para dedicarse a lo que le apasiona? Al menos eso me decía a mí mismo cada vez que la culpa se atrevía a asomar la cabeza.

—En mi caso, tampoco hay muchos. ¿Quieres hablarlo? —me preguntó, y asentí antes de pararme a sopesarlo—. Vale, pues… No sé si te acuerdas del sueño que te conté. —Volví a asentir y Clive continuó—: Bueno, pues te dije que en ese sueño siempre estoy mirando una foto de Alan, un compañero de clase, pero lo que no te dije es que Alan es el chico con quien me di mi primer beso. Pero, vamos, que no cuenta porque la noche acabó con una nariz sangrienta. —Clive rio por la nariz antes de añadir—: La mía, claro.

Lo miré con los ojos como platos, estudiando su expresión, esperando a que me contara más; no podía ni imaginarme la marca que debía de haber dejado una experiencia así en un niño. Pero Clive agitó la mano y, decidido a completar su resumen detallado de su historial de chicos, prosiguió, con la vista perdida en la ventana:

—No volví a ver a Alan, como te podrás imaginar. Después vino la época en la que intenté convencerme de que era hetero. Típico,

¿eh? Además, entre el ambiente en la casa y esa primera experiencia con un chico, más me valía intentarlo al menos. Pero…, bueno, ya has visto que claramente no lo soy, ni siquiera bi, y yo mismo llegué también a esa conclusión en cuanto pisé Nueva York. Mi padre siempre me dice que me envió aquí para que siguiera sus pasos, estudiara en su universidad y me convirtiera en un mini-Michael. Pero, en realidad, cuando me paro a pensarlo creo que también quería quitarse de en medio a su hijo el afeminado, a su hijo el que había besado a su amigo. —Carraspeó y me miró mientras yo le devolvía la mirada con gesto de confusión—. Ah, sí, es que los padres de Alan se lo contaron al mío y…, en fin, no vale la pena entrar en detalles. La cuestión es que le salió el tiro por la culata a mi querido padre, aunque debería habérselo esperado, porque ¿qué coño se cree que va a hacer un maricón de dieciocho años en Nueva York?

—Ya, la verdad es que no estuvo muy acertado —respondí, relajando la expresión, mientras dejaba que mi cuerpo se hundiera en el sofá.

La voz sedosa, algo ronca y amable de Clive mientras desenterraba su pasado y lo dejaba expuesto para que yo lo absorbiera era casi como un arrullo para mis oídos, y estaba logrando aplacar mis temores. Mis celos, por más que me opusiera a llamarlos así.

—Y en Nueva York… —No quería presionarlo, pero ya ni siquiera eran los celos los que motivaban mis preguntas; era pura curiosidad. Curiosidad por el hombre con quien iba a compartir los días y las noches. Por el hombre que, a veces, cuando lo veía dormido a mi lado y le recorría los rasgos con la mirada, seguía pareciéndome un misterio—, ¿pudiste explorar al fin tu sexualidad? ¿Tuviste rollos, algo más serio…?

—Rollos, sobre todo. Cuando llegué, en realidad mi obsesión era conocer a algún chico, enamorarme perdidamente y tener un motivo por el que quedarme aquí, pudiendo vivir al fin una vida plena, digamos. Pero creo que vine aún con la mentalidad heterosexual predefinida. Quería encontrar a alguien con quien mantener una relación seria, casarme, tener hijos, bla, bla, bla. Y luego me topé con la realidad.

—¿Que era…?

—Para empezar, que en mi clase no había ni un solo maricón más —me contestó, y bufé.

—Joder, qué suerte la tuya.

—¿Verdad? Pero, a ver, Economía… —Me miró con las cejas alzadas y cara de «¿qué te vas a esperar?»—. Puede que los hubiera, claro, pero eran todos de familias pijas y vestían todos como clones republicanos, así que tampoco tenía manera de saberlo.

—Imagino que tuviste que recurrir al Facebook amarillo, entonces.

—¿Mmm? —me preguntó Clive con cara de extrañeza.

Entonces recordé que, en muchos aspectos, Clive seguía siendo un novato en el mundo gay. Para empezar, no tenía amigos con quien hablar de esa clase de cosas, de las aplicaciones, de lo ridículos que son los hombres en ellas, de los perfiles que parecen falsos, de los polvos que habían salido sorprendentemente bien o predeciblemente fatal…

—Grindr —le aclaré, y Clive soltó una risita.

—Sí. En Londres me lo había descargado alguna vez, por curiosidad, pero siempre lo había borrado, aterrado de que me lo vieran mis padres o me reconociera alguien en la aplicación. Y la verdad es que nunca me ha gustado demasiado, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Conmigo no tienes por qué justificarte, Clive. Tengo el Grindr más que visto. A ningún marica le gusta y, aun así, todos caemos. Pero es normal. Tampoco es que podamos acercarnos a un chico en una cafetería y decirle que nos ha parecido mono y pedirle el teléfono sin temer acabar en las noticias, con los huesos rotos —dije, encogiéndome de hombros, y Clive tan solo asintió despacio y permaneció en silencio unos segundos—. Bueno, ¿y entonces qué? Flipaste con la cantidad de perfiles de buenorros que había aquí, en esta ciudad inmensa, supongo, ¿no?

—Mmm… Sí y no. Flipé, claro que flipé, porque había miles y de repente no tenía ninguna restricción y podía hacer lo que quisiera e invitarlos a casa o ir yo a la suya, pero… No sé. Siento que no sé relacionarme por esa vía, ¿sabes? Creo que es una aplicación perfecta para quien solo busca sexo, pero yo soy un poco, no sé,

complicado en ese sentido. Incluso para el sexo necesito sentir alguna clase de conexión. —Hice amago de contestar, pero Clive me cortó—: Lo sé, lo sé, suena a cliché. Y, teniendo en cuenta cómo me lancé a por ti aquella noche en el callejón, no te culparía si creyeras que me lo estoy marcando, pero es que algo de ti me decía que entre nosotros sí podía existir esa conexión. —Me tomó de la mano y volví a intentar responder, pero Clive estaba decidido a seguir abriéndose y no quise interrumpirlo—. Es como que no me dice nada el sexo por el sexo. Y lo he intentado, ¿eh? Pero no es lo mío. Incluso aunque tuviera claro que no iba a encontrar novio, incluso aunque me hubiera hecho a la idea y solo quisiera encontrar gente con la que divertirme, siempre acababa decepcionado. Siempre intentaba entablar una conversación, aunque fuera mínima. Quedar primero en una cafetería. Buscar algo en común, encontrar algo en la otra persona que me hiciera querer acariciarlo, besarle todo el cuerpo, no solo… meterla y *ciao.*

Entendía a la perfección esa sensación; había sido la mía años atrás, antes de resignarme ante un panorama decepcionante, o tal vez antes de descubrir que, en ocasiones, también era capaz de disfrutar solo del sexo como un mero intercambio de placer entre dos cuerpos, sin necesidad de sentir nada que no fuera puramente físico. Aun así, tras la mayoría de encuentros siempre me había quedado con ganas de algo más, con la sensación de que faltaba algo, tal vez un abrazo en la cama, tal vez una conversación sobre libros, tal vez un «¿qué puedo hacer la próxima vez para que te guste más?». Y saber que Clive compartía eso conmigo hacía que mis preocupaciones de haberme precipitado se atenuaran.

—Una vez —añadió Clive, con lo que me arrastró de vuelta al loft —, recuerdo que le regalé un libro a uno. Cameron. Vino a casa y, antes de follar, vio la estantería y se interesó por ella. Tampoco me dijo nada especial, ¿sabes? Solo me pidió alguna recomendación, me dijo que no leía demasiado, pero quería empezar, que le gustaban los romances *queer* porque no había leído muchos de adolescente… No fue una conversación muy larga, cinco minutos, quizá, pero fue algo que lo hizo más humano, no sé. Sentí que era esa mínima conexión que buscaba, ¿sabes? —Asentí sonriendo para mis

adentros; me parecía adorable que Clive sintiera la necesidad de preguntar «¿sabes?» al final de cada frase, de confirmar que lo seguía, que estaba interesado en lo que tuviera que decir—. Así que, cuando nos vestimos, después de un polvo que además estuvo bastante bien, la verdad, fui a la estantería y le dejé un ejemplar de *El danzarín y la danza* , que no es romance gay como tal, pero trata la vida gay de Nueva York, así que pensé que le podría interesar.

Volví a asentir y tomé nota mental de sacar ese libro de la biblioteca. Algo me decía que no iba a poder pedírselo a Clive.

—Pues no me lo devolvió jamás —concluyó Clive.

*Confirmamos* , pensé, y resoplé con una sonrisa.

—Siento decirte que se veía venir —le dije con delicadeza.

—No, si ya —contestó Clive entre risas—. Pero yo qué sé… Es que ni siquiera lo volví a ver.

—¿El libro o al chico?

—El libro, memo. Al chico sí que lo vi, y tanto que lo vi, a la semana siguiente, de hecho. Entrando en un edificio del final de esta misma calle con un tío que reconocí del Grindr. Un tal «Dom Top 24 cm», muy majo él.

No pude evitar soltar una pequeña carcajada.

—En fin, que eso resume un poco mi experiencia con los chicos, ¿sabes? Conozco a alguno, me emociono porque creo que puede llevar a algo más, le doy algo de mí, ya sea sentimental o, en este caso, físico, y, hala, me lo arrebatan.

Me quedé muy serio de repente. No había visto venir este giro en la conversación. Ya incluso me había olvidado del asunto de los celos, pero de pronto otra preocupación se adueñó de mí.

—¿Es eso por lo que me has propuesto venir a Nueva York tan pronto? ¿Porque te daba miedo que desapareciera?

Clive tomó aire, pensativo.

—No creo. Al menos, no conscientemente. Puede que haya tenido algo que ver, quién sabe, pero lo nuestro no… No lo siento así, ¿sabes? No sé tú, pero en un principio yo no tenía intención de que fuera a ningún lado. De que pasara nada más, nada serio. Me había fijado en ti en el bar y, cuando supe que tenía una oportunidad, me lancé y pensaba que ahí se quedaría la cosa. Pero de pronto volví a

verte ese día por la calle y al menos quise explicarme. Y luego… Me resultó todo natural. Como que era evidente que teníamos que seguir viéndonos, que conectábamos, que no tenía que esforzarme ni intentar ser alguien que no era.

Noté que el calor se extendía por mis mejillas. Era justo lo que había sentido desde la tarde que me lo había encontrado en la calle, después de la escena del callejón, y habíamos ido a charlar al parque.

—Creo que… —no sabía por qué estaba diciendo eso, por qué me salían solas las palabras de la boca, pero no podía detenerlas, porque era cierto y necesitaba decírselo, necesitaba que lo supiera, necesitaba hacerle ver a Clive que quienes lo habían usado eran unos desalmados que no merecían seguir ocupando espacio en su mente— la primera noche que pasamos en tu casa fue una de las mejores noches de mi vida, si no la mejor.

¿Eran lágrimas esa película brillante que había recubierto los ojos de Clive?

Pero no podía saberlo, porque Clive se abalanzó sobre mí con un abrazo que en un principio me pareció algo exagerado, algo torpe, pero esos movimientos impulsivos y desgarbados eran otra de las cosas que había empezado a encontrar encantadoras, de modo que lo envolví con los brazos y dejé que todos mis miedos se evaporasen. En parte, me alegraba de que nos hubiéramos quitado ese peso de encima al principio, la primera noche en nuestra nueva ciudad; ahora que sabía lo que había hecho Clive con todos esos chicos, ahora que conocía todo el alcance de su vida sexual y cuasirromántica, no quedaba nada que pudiera abatirme; los celos no tenían nada más a lo que aferrarse ya.

Estábamos solos, Clive y yo. Sin ti, sin los padres de Clive, sin presiones, sin temores.

Juntos.

Intocables .

# II

A la mañana siguiente, tras caminar unos diez minutos bajo la lluvia, entramos en Drip, una pequeña cafetería que me transportó a otra época, con *jazz* sonando de fondo, paredes de ladrillo rojo salpicadas por grandes espejos de distintos tamaños, una lámpara de araña encendida con lo que parecían velas reales y una barra con listones de madera verdes. Drip era donde Clive solía escribir durante su época de estudiante por lo cerca que estaba de su casa, y Sol y Catherine, el matrimonio que regentaba el negocio y con el que mantenía el contacto, se acordaban de él y salieron de la barra para abrazarlo entre risas y gritos y ponerse al día.

Yo permanecí a un lado, sin querer intervenir en su reencuentro, y tan solo las saludé con la mano y una sonrisa cuando Clive me presentó. Me seguía costando asimilar que el mundo de Clive no se redujese solo al Golden Beaver y a las paredes (por enorme que fuera el espacio que delimitaban) de la casa de sus padres. Que puede que en Londres Clive solo te tuviera a ti y a su familia, pero allí, en Nueva York, era donde había vivido de verdad. Donde había podido ser él mismo durante varios años. Pero esta vez la sensación no era asfixiante y opresora, como cuando había pensado en los chicos que habían formado parte de su vida el día anterior; esta vez, la idea de que Clive pudiera enseñarme su mundo me inundó de expectación.

Oí a Sol preguntarle a Clive cómo se nos había ocurrido ir a Estados Unidos en una época como esa, cuando Trump acababa de ganar las elecciones, y a Clive explicarle que había sido demasiado ingenuo, que, al igual que había dado por hecho que el Brexit no cuajaría, había estado convencido de que Clinton triunfaría, que ya tenía los billetes comprados cuando se había anunciado la victoria del partido republicano y que ni siquiera sabía si nos quedaríamos tanto tiempo como para ser testigos de los cambios tangibles en la sociedad.

Yo, por mi parte, había tomado la decisión consciente de no dejarme amedrentar por el cambio de gobierno, embriagado por la promesa de nuestra nueva vida, ajeno, por entonces, al alcance de aquel acontecimiento aciago para mi propia comunidad.

Sol y Catherine acabaron invitándonos a ambos al desayuno y, cuando acabamos de comer, intercambiamos una mirada expectante y supimos que había llegado el momento de la verdad. ¿Conseguiría Clive escribir algo en el primer día de nuestra nueva vida?

—¿Preparado? —le pregunté con una sonrisa.

—Pero no me presiones, cabrón —me contestó Clive mientras dejaba su libreta negra y un bolígrafo sobre la mesa.

Le revolví los rizos, le di un beso en la mejilla y saqué el portátil de la mochila. Estaba decidido a seguir con *Chaos* , el romance gay toxicoerótico del que llevaba un sesenta por ciento escrito, cuando, de pronto, miré la tormenta que caía al otro lado de la ventana y una nueva idea brotó en mi mente, como una flor regada por las gotas mágicas de lluvia de la ciudad. En realidad, la semilla se había plantado la noche anterior, mientras hacía *scroll* por Twitter tras ver que Clive se había quedado dormido a mi lado, agotado tras el viaje. Yo ya sabía que el panorama literario juvenil LGTB estaba cambiando; llegados a ese punto, el fenómeno que llevaba un tiempo presenciando era innegable: cada vez había más mujeres (la mayoría cisheterosexuales, que era lo que más me perturbaba) que habían desarrollado una fijación por los romances gais que me costaba entender, y habían empezado a publicar libros sobre chicos adorables que representaban un modelo idealizado, irreal y aséptico de las adolescencias maricas. El fenómeno parecía haber comenzado

en países anglosajones, y ya eran incluso libros superventas que se adaptaban a la pantalla.

Lo que no sabía aún, hasta esa noche, era que Renata Guerrero, autora española de varios libros de fantasía que se habían publicado con editoriales independientes y que no habían hecho apenas ruido, había sacado con uno de los mayores grupos editoriales del país su novela *Todos nuestros tropos* (sí, has leído bien; si en el título hay una palabra mal empleada, te puedes imaginar cómo será el contenido), que seguía la estela de los libros en inglés que relataban experiencias ajenas y, por tanto, de lo más distorsionadas. Me lo había contado Edu Vaez, un autor con el que hablaba de vez en cuando por redes y que había publicado unos años atrás una novela sincera sobre un adolescente *queer* y había fracasado, y ahora, al ver que quienes triunfaban eran quienes se apropiaban de nuestras historias, había decidido tirar por completo la toalla.

En un intento de analizar esta obsesión, llevaba ya un tiempo leyendo novelas sobre chicos gais escritas por ellas y, aunque al principio sus fetiches, sus visiones reduccionistas de las personalidades de los hombres *queer* y su manera de crear unas relaciones que no reflejaban ni de lejos la realidad me habían frustrado y me habían parecido un insulto, en ese momento, en la cafetería, me di cuenta de pronto de lo que tenía que hacer. Edu Vaez había perdido la esperanza en los libros auténticos, pero ¿y si ahí estaba la respuesta? ¿Y si ahora lo que se llevaba eran las historias de chicos perfectos, el típico mejor amigo gay de cualquier chica de instituto, con patrones relacionales calcados de los heterosexuales? ¿Y si las niñas que llenaban sus carpetas de ilustraciones de los protagonistas de esos libros eran mi público?

Sí, era evidente, debía crear una trama adaptada a sus gustos, por mucho que me costara comprender su obsesión con ellos. Debía intentar publicar una historia construida específicamente para ellas; era la mejor vía para alcanzar el éxito *mainstream* . Tenía que narrarla con un estilo sencillo y accesible para todo el mundo, en primera persona presente, y crear un vínculo entre los protagonistas que fuera lo bastante especial, lo bastante icónico y entrañable, como para que los lectores se quedasen cautivados y, sobre todo,

para que las adolescentes babearan, recordaran sus nombres años más tarde y reemplazaran las ilustraciones de sus carpetas con las de ellos.

*Chaos* podía esperar. Tal vez pudiera retomarlo una vez que alguna editorial importante sacara mi nuevo libro y me convirtiera en la versión masculina de todas esas mujeres heterosexuales que con nuestras historias estaban llevándose todo el dinero y los elogios que nos pertenecían a nosotros.

Abrí Word, entusiasmado por esa nueva idea, y antes de escribir miré a Clive de reojo, muriéndome de ganas de contárselo todo y conocer su opinión. Pero lo vi concentrado, garabateando algo en su libreta, con su viejo ejemplar de *La habitación de Giovanni* al lado. Había intentado leer la novela de Baldwin unos días antes, en la casa de los padres de Clive, cuando lo había visto meterlo en la mochila (tras sacarlo de un cajón que cerraba con llave por motivos evidentes) al hacer las maletas, pero me había parecido denso, con un estilo pesado y tedioso, y esa opinión era la que había provocado la primera discusión (entre risas, claro, con la típica precaución que mantienen los amantes durante sus primeros desencuentros, pero también con la incomodidad que genera descubrir nuevas incompatibilidades) entre Clive y yo. No era algo nuevo; ya estaba acostumbrado a sentirme inculto a menudo, sobre todo entre los miembros de mi familia de artistas, quienes, por más que los adore, suelen pecar de menospreciar lo que no se ajuste a sus estándares. Quería ser escritor, sí, pero tenía muy claro el tipo de escritor que quería ser: pretendía producir historias comerciales, fácilmente legibles y asequibles para todo el mundo. Quería crear entretenimiento. Aun así, no podía evitar dudar a veces, en mis momentos más humildes, de si esa determinación, esa seguridad sobre la vía que pretendía seguir, era realmente algo escogido o se debía más bien a mi incapacidad para ir más allá, para crear algo más sustancioso y relevante, crear *arte* , como dirían algunos.

En cualquier caso, a esas alturas estaba cómodo con mi decisión. Además, era más fácil alcanzar el éxito con la literatura comercial y, si lo lograba, entonces, ¿quién sería el listo?

En silencio, escribí .

# III

Nevaba, y Clive estaba sentado al calor de una estufa de pie, como las de los restaurantes, en el sofá blanco que había en la terraza y que a mí me parecía milagroso que se hubiera conservado impoluto todo ese tiempo. Al llegar había estado protegido por una funda de plástico, por supuesto, pero, aun así, ¿quién tenía un sofá blanco al aire libre?

Nunca había visto a nadie sentarse como se sentaba Clive siempre que estábamos en casa (dios, ¿cuándo había empezado a pensar en el loft como «casa»?): con la postura opuesta a la que adoptaría cualquier persona normal, con las piernas colgando del reposacabezas, el cuello apoyado en el cojín inferior y la cabeza colgando de modo que los rizos casi barrían el suelo.

La primera vez que lo había visto así en el sofá del salón, cuando me había despertado en plena noche con la vejiga llena y no lo había encontrado en la cama a mi lado, se me habían llenado los ojos del espectáculo de su cuerpo casi desnudo, esbelto y terso, suave y neumático, mientras leía *Cuando cae la noche* , de Cunningham, pero la extrañeza de la pose me había llevado a preguntarle si le pasaba algo, pensando que tal vez fuera una postura estratégica para curarse alguna aflicción, una contractura, tal vez, y Clive se había reído, con la cara colorada por la sangre acumulada, y tan solo me había respondido que así se concentraba mejor.

A esas alturas tan solo me parecía otra de las cosas raras pero curiosamente entrañables que estaba descubriendo sobre él, las que

imagino que tú ya conocerás bien, como que se pusiera siempre a propósito calcetines distintos, que siempre tuviera la piel ardiendo, fuera siempre desabrigado y aun así se quejase del frío que hacía o que odiase la cafeína porque le parecía una droga pero se tomase un trago de *whisky* con una pastilla a escondidas (o eso creía él) de vez en cuando para dormir.

—Estoy un poco preocupado —me dijo mientras movía la cabeza distraído y los rizos giraban hacia un lado y hacia otro con un movimiento hipnótico.

Le pregunté por qué desde la *chaise longue* en la que estaba recostado, jugueteando con una de las pieles de la mandarina que se acababa de comer Clive, y contestó que por ti, y al oír tu nombre sentí de repente todas las extremidades más pesadas de lo normal. Me había librado de ti; te había dejado en Londres, donde no podías molestarnos, y ¿resultaba que seguías ocupando un lugar central en la mente de Clive?

No era que me cayeras mal; de hecho, no te conocía lo bastante aún como para que me cayeras de ninguna manera, y por otro lado más me valía llevarme de maravilla contigo si quería seguir adelante con mi plan de mandarte algún manuscrito con la esperanza de que me representaras a mí también (quizá estoy siendo demasiado sincero, revelando demasiado, pero me temo que nada de esto tendría sentido si ocultara partes, pensamientos, intenciones). Sin embargo, por lo que me había contado Clive estas últimas semanas, había empezado a verte como un estorbo, algo que podía poner en peligro mi relación con él. Alguien que, por ahora, estaba mejor a miles de kilómetros de distancia. Clive no me había contado todos los detalles, pero yo sabía, por cómo me había descrito la última noche en que te había visto, que no te habías tomado bien la idea de Clive de marcharse a Nueva York conmigo. Estaba seguro de que me veías como el chico que te había arrebatado a tu mejor amigo. Tal vez incluso estuvieras enamorada de él, pensé de pronto, y eso fue justo lo que le pregunté a Clive:

—¿Está enamorada de ti?

—¿Julia? —contestó Clive con una voz que, al estar bocabajo, sonó casi como un croar—. Qué va. No creo. Si nos conocemos desde…

desde siempre.

—Ya, pero… Bueno, nada, no sé por qué he dicho eso, perdona. Estabas diciéndome que estás preocupado por ella. ¿Por qué?

—Porque no me contesta a los mensajes desde que le dije que habíamos aterrizado y me puso un «OK» y un *emoji* de un beso. Si me mandó un beso, no puede estar enfadada, ¿no?

Estabas enfadada. Estabas furiosa. Y, sobre todo, estabas enamorada y celosa. Estaba convencido.

(Y en lo cierto, ¿verdad?).

—No sé —contesté, encogiéndome de hombros, porque ¿de qué serviría preocuparlo?

Clive se dio la vuelta deprisa y se sentó como los seres humanos.

—Crees que está enfadada —me acusó.

—¡No lo sé! —repetí, alzando ambas manos a la altura de la cabeza—. No puedo saberlo, Clive. Eres tú quien pasó el último día con ella. ¿Te parecía enfadada?

Clive se hundió en el sofá y suspiró.

—Puede. Desde luego, estaba rarísima. Se había puesto un vestido que nunca le había visto.

*Enamorada* , pensé.

—Y se había maquillado más de lo normal.

*Coladísima* .

—Y la noté como nerviosa.

*Se muere por sus huesos.*

—Pero supongo que era por toda esta nueva dinámica de trabajar juntos. Lo de ser agente y cliente, y tal.

*Ay, Clive.*

—Me estás poniendo nervioso con todas esas muecas raras que estás haciendo. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Qué sabe…? —empecé a decir, pero me detuve, vacilé y comencé de nuevo—: O sea, sé que me has dicho que ni siquiera has salido del armario con ella. Pero ¿por qué? Si es tu amiga de toda la vida, no puede ser una persona espantosa, supongo. ¿De verdad piensas que se lo tomaría mal?

Clive despegó la espalda del sofá y apoyó los codos sobre las rodillas.

—No es que crea que se lo vaya a tomar de ninguna manera. Es que… supongo que nunca me he permitido plantearme siquiera la posibilidad de decírselo a alguien. A alguien de mi vida de Inglaterra, quiero decir. Antes de venir, no tenía clara del todo mi sexualidad, de modo que ¿para qué arriesgar una amistad por unas dudas? —Asentí y Clive continuó—: Y luego, cuando llegué aquí, fue como si viviera dentro de un sueño intenso y fugaz, como un… espejismo, supongo, solo que, en lugar de tratarse de una visión falsa, era esa la vida real. Mi auténtico yo. Pero sabía en todo momento que Londres, mi familia, me estaba esperando; el desierto, donde todo volvería a ser como antes. Así que tampoco me atreví a decirle nada a Julia mientras estábamos separados.

—¿Y a la vuelta? ¿En todos estos años no ha salido el tema?

—No me atrevía. Cada vez que he dado algún paso en Londres me ha explotado en la cara: con Alan, cuando lo del puñetazo; con Nathan, que, bueno, creo que no te lo he contado nunca, pero era un becario de mi padre que no dejaba de hacerme ojitos en la oficina y una noche, cuando nos quedamos los dos solos hasta tarde, me dejé engañar y… En fin, solo quería chantajearme para que mi padre lo contratase cuando terminara las prácticas. Por suerte era igual de indeciso que cabrón y acabó dejando la carrera y las prácticas en la empresa poco después, así que me libré, pero… Pues eso, que no he tenido ni una sola experiencia buena allí. Me da pavor que acabe llegándole la información a mi padre. Y Julia tiene trabajo gracias a él, así que… Así que me dije a mí mismo que no se lo contaría hasta que no tuviera un novio serio. Algo por lo que valiera la pena correr el riesgo. Y ya sabes cómo me ha ido eso —añadió con una risita hueca, absolutamente carente de alegría.

—Y… —dije, pero no supe si debía continuar.

—¿Y qué?

—¿Y ahora?

Clive se rio, pero esa vez el sonido era el opuesto al de su última risa: un tintineo pleno, cargado de emoción, de promesa.

—¿Cómo que «¿y ahora?»? ¿Quieres decir que ha cambiado algo? ¿Que ahora ya sí tengo… —Clive se levantó y se sentó en la *chaise longue* , rozándome las piernas— un novio serio?

Me estremecí. No entendía cómo podía haberme abalanzado sobre desconocidos sin ningún reparo y aún sentir unos nervios paralizantes cada vez que Clive me tocaba.

—Bueno —contesté mientras sentía el cosquilleo de las yemas de los dedos de Clive por debajo de la camiseta, recorriéndome la cinta del pantalón de pijama—, nos hemos fugado juntos, ¿no?

Clive se acercó y me dio un beso en la punta de la nariz.

—A menos que le propongas este tipo de cosas a cualquiera, claro —lo provoqué.

Clive entornó los ojos, fingiendo sin éxito estar furioso, y me metió la mano por dentro del pantalón hasta acunarme lo que estaba empezando a despertarse.

—¿Y esto crees que también se lo hago a cualquiera?

Me retorcí de sorpresa y de placer.

—Bueno, según lo que me has contado de tu época de estudiante…

Clive apretó con fuerza y se mordió el labio inferior, y curvé la espalda, dolorido pero deseando que Clive no retirase la mano jamás.

Clive acercó tanto el rostro al mío que pude oler el aroma de la mandarina. Tuve que aferrarme con ambas manos a la estructura metálica fría de la tumbona para no agarrarlo y pegarlo contra mí con brusquedad.

Pero entonces sacó la mano, adoptó una expresión seria, volvió a mencionarte y sentí cómo iba perdiendo la erección por momentos.

—No sé si debería decirle nada mientras mantenga una relación profesional tan cercana con mi padre, la verdad. Y menos aún si no sé si está enfadada.

Suspiré.

*A la mierda el polvo.*

—Pero… —continuó Clive—. Tal vez pueda contárselo pronto porque… me gusta cómo piensas —me dijo, volvió a acercarme el rostro y me dio un mordisco suave y rápido en el cuello—, *novio* .

Solté el metal gélido, pegué las palmas de las manos en la espalda hirviendo de Clive y lo apreté contra mí hasta que nos fundimos en un solo cuerpo mientras la nieve caía al otro lado de la barandilla .

# IV

Esa noche, mientras buscaba en el móvil libros y películas de romances gais adorables que me pudieran servir de inspiración para mi nuevo manuscrito, Clive asomó de pronto la cabeza desde las escaleras y supe al instante, viéndole solo los ojos, que había logrado escribir. Se acercó a la cama con pasos tan ligeros como los de un bailarín de ballet y se subió junto a mí de un brinco.

—Es la tercera noche que te quedas hasta tan tarde después de cenar. No sé si preguntar por si lo gafo, pero…

—Tengo una escaleta —me confirmó—. Es un poco caótico todo aún, pero me parece que la idea que tuve el otro día en Drip es la definitiva. Creo que voy a poder escribir un libro entero, Ennio. Que voy a poder terminar algo por una vez —añadió con unos ojos húmedos que resplandecían bajo la luz tenue y cálida de la única lámpara que quedaba encendida en todo el loft, junto a la cama.

Tiré de él y cayó encima de mí, pero me dio igual el peso, porque era el peso del cuerpo de Clive, era el olor del champú de Clive mezclado con el del sudor derramado tras haberse peleado con las páginas, era la mejilla suave de Clive contra la mía, eran los labios de Clive en mi cuello una vez más. Sentir su peso sobre mí era una suerte; quería decir que todo aquello no era un sueño. Que nuestra relación era real, que el loft era real, que Nueva York era real, que Clive había vuelto a tener un día provechoso y por tanto estaba animado y por tanto esa nueva vida que nunca me había atrevido a imaginarme siquiera era cada vez más estable, menos tambaleante.

—No hace falta que me des la enhorabuena ni que te alegres por

mí ni nada, ¿eh? —protestó Clive, y lo aparté de un empujón juguetón.

—Idiota, pues claro que me alegro por ti —le dije mientras le acariciaba el lóbulo y le echaba a un lado el rizo que siempre le caía sobre el ojo izquierdo—. Perdona. Es que estaba… pensando.

—¿En qué? —me preguntó Clive mientras apoyaba la cabeza en mi pecho.

Tomé aire, cerré los ojos y lo envolví con el brazo que me quedaba libre porque aún me avergonzaba mostrarme tan vulnerable mientras lo miraba a la cara.

—En la suerte que tengo.

Dos horas más tarde, seguía mirando el techo, oyendo la respiración de Clive, que había rodado hacia la izquierda poco después de haberse quedado dormido y ahora me estaba dando la espalda. Me había dicho varias veces esos días que aún no quería contarme nada sobre su proyecto, que prefería no mostrármelo ni hablarlo conmigo hasta que estuviera seguro al cien por cien de que era algo factible. Asegurarse primero de que no hubiera sido solo una buena racha, de que iba a poder seguir escribiendo y no me iba a decepcionar.

Lo había probado todo: le había asegurado que a mí no tenía que demostrarme nada, que jamás podría decepcionarme, que solo quería ayudarlo. Pero había sido en vano.

Ahora, sin embargo, Clive había admitido que tenía una escaleta, y estaba bastante seguro de que iba a seguir adelante con la historia. ¿Qué había de malo en echar un vistazo rápido?

Me levanté de la cama sin hacer ruido y bajé las escaleras, encogiéndome cada vez que los escalones crujían bajo mis pies. *Así que la madera de los ricos también cruje, ¿eh?,* me dije, y el pensamiento me pareció reconfortante.

Cuando llegué a la enorme mesa del comedor en la que Clive solía trabajar y dejar la libreta y el portátil, iluminada tan solo por la tenue luz fría de las farolas que se colaba por los ventanales, no vi ningún vaso, ninguna botella ni petaca, ningún rastro de que hubiera necesitado el *whisky* para dormir esa noche, y tampoco recordaba habérselo olido en el aliento al acostarse. Tuve que obligarme a

tensar los labios para no ser el tipo de persona que sonríe a solas, a oscuras, pero casi podía haberme echado a reír de la alegría. Todo iba bien. *Todo* . Y no era solo yo quien se estaba beneficiando de esa nueva vida juntos; ahora era evidente que mi presencia también estaba ayudando a Clive. Podía estar orgulloso, y esas no eran palabras que me dijera a mí mismo a menudo.

Abrí la tapa del portátil y la luz azul me cegó. Sabía que no tenía derecho a leerlo, que no debía, pero al fin y al cabo mi motivación era la opuesta a los celos, a la toxicidad, a cualquiera de las razones por las que la gente espiaba los dispositivos de sus parejas. Tan solo quería conocer el origen de la alegría de Clive. Y, sí, de acuerdo, también satisfacer mi curiosidad, pero ¿acaso era eso algo reprochable si la intención era buena?

Clive siempre pasaba todo lo que escribía en la libreta al ordenador y nunca lo apagaba; tan solo cerraba la tapa, de modo que la carpeta del proyecto seguía abierta, y me incliné sobre la pantalla y vi varios documentos: «Sinopsis y Escaleta», «Borrador», «Personajes». Impaciente, abrí directamente el borrador y comencé a leer sin sentarme siquiera. Me costó orientarme; Clive tenía razón en lo de que era aún un caos. Había páginas con tan solo títulos de capítulos, otras con frases sueltas y citas (recuerdo en especial una de Forster: «Para los de la sala, charla elevada, experiencia sutil; para mí, esa chispa, esa oscuridad, en el camino») y, al fin, varias páginas con lo que parecían escenas completas.

Algo pareció saltar de la página y abalanzarse directo sobre mis ojos. Un nombre: Elio.

¿Casualidad?

Seguí leyendo.

Jules.

Mitch.

Clay…

Era evidente: se trataba de un proyecto de autoficción. Clive estaba escribiendo su propia historia, y yo no podía parar de leer. Ya había terminado varias escenas en las que hablaba de su padre y en los que la rabia y la sensación de injusticia era palpable; otras de la muerte de su madre, a quien aún echaba de menos cada día porque

sentía que era la única que lo habría comprendido si lo hubiera conocido ahora, de adulto; de su adolescencia, envuelta en un velo de represión y homofobia; de Julia y lo mucho que había significado su compañía para él a lo largo de los años, cuando sentía que no tenía nada ni a nadie más…

Y de mí. De la salvación que había supuesto.

Al acabar de leer mi escena, me di cuenta de que había derramado una lágrima, pero no porque me hubiera enternecido su visión de mí, sino porque yo quería eso: quería poseer ese control del lenguaje, esa economía y esa precisión con las que lograba transmitir unas emociones tan complejas y auténticas, esa seguridad en lo que quería contar con sus escritos, esa prosa lírica pero nunca recargada…

Apagué la pantalla del portátil y me senté en el sofá en la penumbra, dejando que la envidia me consumiera.

Envidia porque sabía que jamás escribiría como Clive.

Envidia porque esa fue la noche en que supe, con total convicción, que Clive tendría más éxito que yo .

# V

Sol también era española, y también había ido «a Nueva York por amor», según me había contado una de esas mañanas en las que iba con Clive a Drip a escribir.

—Me ofende que no te haya hablado nunca de nosotras. O de mí, al menos, sabiendo que somos compatriotas —me dijo Sol tras dejarnos los cafés en la mesa, mirando a Clive para comprobar si reaccionaba ante su provocación, pero él tan solo seguía escribiendo a mil por hora, con la lengua entre los dientes, como siempre que se concentraba—. Nada, ni caso. Cuando se enfrasca el tío este…

—No se lo tengas en cuenta. Llevaba mucho tiempo sin estar tan inspirado —lo excusé con una sonrisa.

—No, si ya estoy acostumbrada. Solo que se me había olvidado. Cuando venía aquí antes con una libretita negra igual que esa, podía pasarse horas ahí sentado y yo le decía: «Clive, que te he puesto el café con cafeína, y doble, como me has pedido, ¿eh?» —dijo, elevando la voz para ver si esa vez sí mostraba algún indicio de haberla oído. Nada—. Y la reacción era justo esa. Ni puto caso, vamos.

Me reí mientras se acercaba la taza a la boca, asimilando la idea de que Sol lo conociera tanto como para saber que le sentaba fatal la cafeína o que, cuando empezaba a escribir, el mundo que lo rodeaba se apagaba.

—Bueno, cielo —me dijo Sol en español, con un acento del sur que me acarició los oídos después de tanto tiempo sin oírlo fuera de mi cabeza, e incluso ahí dentro el inglés parecía estar ganando terreno —, llámame si necesitas algo. Te dejo con el sieso este —añadió sin sonreír.

Sol debía de tener unos cuarenta y cinco años; era bajita, con un bob ondulado entrecano, flequillo recto y unos brazos muy cortos cubiertos de tatuajes de figuras que yo desconocía y que, en mi opinión, no pegaban en absoluto con los vestidos de flores coloridos que solía llevar, pero sí con el cigarro que solía tener escondido entre el pelo y la oreja; y para entonces ya me había dado cuenta de que lo decía todo con ese tono inexpresivo que me había resultado chocante los primeros días, cuando había necesitado varios segundos para entender que lo que salía de su boca eran bromas, e incluso bromas cariñosas.

Clive levantó de pronto la cabeza. Tragó saliva y parpadeó varias veces. Parecía haberse despertado tras varios milenios sumido en un sueño profundo.

—Ay, ¿qué quería Sol? No me he enterado, perdón —dijo mientras le miraba la espalda a la mujer, que estaba ya casi en la barra.

Barrí el aire con la mano para hacerle ver que no era importante.

—¿Cómo ha ido?

Clive posó la vista sobre mí muy despacio.

—Buf. Estaba como en trance. He avanzado bastante —me dijo con una sonrisa somnolienta—. Al final he dejado de intentar hacer la escaleta y lo he pasado todo a un mismo documento. Un «esqueleto», digamos. Tengo la columna vertebral, los títulos de los capítulos y lo que sé que quiero que pase, y de ahí voy desarrollando algunas escenas hasta completar todo el cadáver. Y luego ya tendré que añadirle los detalles y tal. La carne, por llamarlo de alguna manera.

—Espero que escribiendo se te den mejor las metáforas que hablando —me burlé, porque era más fácil bromear que admitir que había leído parte de lo que llevaba escrito, y que sabía que escribía de maravilla.

Clive me tiró el saquito de azúcar que acompañaba la taza de café y fingí que recibía un disparo.

—No, en serio —le dije cuando recogí el azúcar del suelo—. Me alegro mucho de que sigas avanzando tanto.

Clive bajó la vista al cuaderno y, cuando me miró de nuevo a los ojos, en los suyos refulgía la esperanza.

—Creo que estoy preparado —me dijo, muy serio.

—¿Preparado? —le pregunté.

Y Clive me tendió la libreta.

—Aquí está aún más caótico que en el portátil, que es donde estoy haciendo el «esqueleto», y lo he pulido un poco al pasarlo todo, pero me gustaría que te pudieras leer algunas escenas ya. Y, si quieres, me encantaría empezar a leerme lo que estás escribiendo tú, y así podemos ayudarnos —añadió Clive, pero yo había dejado de oírlo después de sentir la tapa rugosa de la libreta en las yemas de los dedos.

¿Cómo iba a fingir ahora que no había leído nada? ¿Por qué había sido tan impaciente? Si hubiera esperado un solo día más…

—Bueno, perdona, que no me callo —se excusó Clive—. Lee y luego hablamos.

Por suerte, en realidad no tuve que fingir, ya que la escena que me estaba enseñando Clive, sobre nuestro primer día en Nueva York, era nueva. Debía de haberla escrito ahí mismo, en los diez minutos que llevábamos en Drip. ¿Cómo era posible que algo que acababa de vomitar sobre la página fuera así de emotivo, que su estilo fuera tan cuidado, adornado a la perfección, sin excederse ni quedarse corto? Ni en la tercera revisión de mis propios textos conseguía que fluyeran así. ¿Y de verdad escribía sin necesidad de diccionarios? Tendría que pedirle *La habitación de Giovanni* e intentar leerlo de nuevo, pensé. ¿Se habría comprado otro ejemplar de *El danzarín y la danza* o le recordaría demasiado al chico que se lo robó? Supe que tenía que leer mucho más, pedirle recomendaciones, hojear los libros que había sacado de la estantería gigantesca del loft nada más llegar y había apilado en la mesa, títulos de Alan Hollinghurst, Michael Cunningham, David Leavitt, Edmund White, E. M. Forster, Evelyn Waugh, Felice Picano, Tom Spanbauer, Robert Ferro, Christopher Coe, Christopher Bram y Christopher Isherwood («Solo hombres», protestarás, y tendrás razón, pero siendo su mejor amiga sabrás que Clive leía de todo y a estas alturas ya sabrás también que lo que necesitaba estudiar Clive ese año era la literatura de sus predecesores), absorberlo todo, elevar mi estilo. ¿Cómo iba a publicar jamás nada si había gente que escribía así?

Y de pronto asimilé las palabras que había pronunciado Clive unos minutos antes. «Me encantaría empezar a leerme lo que estás escribiendo tú».

*No.*

*Ni de coña.*

No podía dejar que Clive leyera nada mío si quería que siguiera admirándome. Respetándome. Viéndome como un digno compañero de escritura.

—Es… —Levanté la vista hacia Clive, persiguiendo unas palabras que llevaba tratando de atrapar desde el día anterior, cuando me había imaginado por primera vez esta misma conversación, consciente de que llegaría tarde o temprano. Una parte oscura de mí quería sacarle fallos, rebajar su trabajo, erigirme en un crítico perspicaz que era capaz de identificar las grietas en su obra. Pero ni después de todas las ocasiones en las que había reproducido mentalmente este momento la noche anterior fui capaz de decir algo que no fuera—: Es increíble.

—Bah —contestó Clive con un barrido de la mano, sin mirarme a los ojos—, anda ya, tampoco hace falta que me adules. Es la primera vez que escribo desde hace años. Bueno, la primera vez que escribo algo sin tirar a la basura los papeles inmediatamente después, claro.

*Aún peor* , pensé. *Imagínate lo que será capaz de hacer cuando lleve meses practicando, escribiendo a ese ritmo* .

—No te lo digo por decir. De hecho, una parte de mí de la que no estoy en absoluto orgulloso está destrozada ahora mismo —solté en un arrebato de sinceridad inesperado.

—¿Destrozada? —me preguntó Clive titubeando, con una sonrisa cautelosa, rozando la decepción.

—¡No! O sea, quiero decir… —balbuceé—. Que me alegro un montón por ti, pero yo nunca he sido capaz de escribir nada así de… bueno. ¿Ves? Ni siquiera me salen las palabras para calificarlo. A lo mejor el lenguaje no es lo mío, y me he estado engañando todos estos años.

Genial, lo que faltaba: ahora a Clive se le habían encendido las mejillas y parecía no saber qué responder y estaba irresistible y yo era oficialmente una persona horrible. Por la envidia incontrolable.

Por haberle dicho lo que le había dicho. Por pensar justo en ese momento en lo atractivo que estaba.

—Punto uno: estoy seguro de que eso no es cierto —contestó Clive al fin, acariciándome el pómulo—. Y lo comprobaré cuando me enseñes algo.

*O sea, jamás.*

—Y punto dos: te agradezco que pienses que es muy bueno, pero tengo un problema bastante gordo con este manuscrito, Ennio.

—¿Cuál?

—Pues que, por si no te has dado cuenta, ¡va sobre mí! —exclamó, apoyando las dos palmas de la mano sobre la mesa—. Esa escena es nuestra llegada a Nueva York. Clay soy yo —añadió apuntando la libreta.

—*Duh* . Puede que no sepa escribir, pero leer aún sí.

—Bueno, no sé yo, viendo los libros que te lees…

Se me desorbitaron los ojos y, cuando Clive vio que esa vez iba a tirarle yo un sobre de azúcar, añadió entre risas:

—Es broma, tonto. Yo no soy tan elitista. Esa es Julia.

Volví a dejar el sobre encima de la mesa fingiendo estar ofendido y decidí ignorar el tono melancólico con el que había pronunciado tu nombre, como si se tratara de un amante que había fallecido en el campo de batalla décadas atrás.

—Bueno, ¿y entonces cuál es el problema?

—Pues precisamente ella. Ahí hablo de todo, Ennio. De mi infancia. De Alan. De mi vida sexual durante la universidad en Nueva York. De Nathan. De ti. De la homofobia de mi padre. De la propia Julia. Evidentemente no se lo puedo enseñar.

¿Cómo era posible que no me hubiera parado a pensar en eso?

—Si mi agente fuera alguna otra persona —prosiguió Clive— que no me conociera personalmente a mí y a mi padre, tal vez podría intentar publicarlo con un pseudónimo, pero…

—Clive, este manuscrito te podría cambiar la vida. Tienes que publicarlo sí o sí. No solo por ti, sino porque además me parece una historia necesaria para muchas personas como tú y como yo. Para el adolescente que fuiste, y para tantos otros que incluso hoy en día tienen que cortar lazos con su familia porque no los aceptan tal y

como son. Y, francamente, estoy convencido de que, más allá del impacto social, es tan brillante que sería un éxito. ¿De verdad no la publicarías solo por lo que pueda pensar Julia?

—No es solo eso, Ennio. No lo entiendes. Hay mucho sobre mi familia en esas páginas. Y mi padre es un hombre conocido. Se codea con mucha gente importante. Podría acabar saliendo todo en las noticias y quién sabe el alboroto que se podría montar. Si se enterase sería un escándalo mediático.

—Estamos casi en 2017, Clive. Vale que tu padre sea un carca, y en eso no entro porque justo acabo de decir que sé que sigue habiendo personas intolerantes que hacen de la vida de sus hijos un infierno. Pero quiero creer que en general la sociedad…

—Me da igual la sociedad —me interrumpió Clive—. Bueno, no me da igual. Ojalá. Llevo toda mi vida convenciéndome de que lo que siento, lo que soy, es un defecto. Algo repugnante. Así que evidentemente es algo con lo que aún no estoy cómodo. Pero soy consciente de la época en la que estamos, y de que la mayoría de los medios, o al menos muchos de ellos, estarían de mi lado. No es eso lo que más me importa. Es mi padre. Sé que siempre te lo pinto como un horror de persona, pero… es la única persona que he tenido siempre en mi vida, Ennio. ¿Entiendes? La única persona que me ha cuidado desde hace veintisiete años es alguien a quien le daría asco si me conociera de verdad. No estoy preparado para enfrentarme a eso.

—Ya —fue lo único que pude contestar. Sabía que Clive prefería evitar el tema, y lo agradecía, porque nunca sabía exactamente qué responder, cómo ponerme en su papel, cuando su experiencia había sido tan distinta. Tan solo podía pensar en que tanto no lo habría «cuidado» alguien que había logrado que lo aterrase ser abiertamente quien era, pero mencionarlo no ayudaría—. Lo entiendo.

—Pues eso.

—¿Y si la publico yo? —solté de pronto, sin pensar, porque al parecer estaba completamente trastornado y era algo que se me había pasado por la cabeza en ese momento como una posibilidad real, como una solución perfecta y nada descabellada. Al momento,

nada más ver la expresión de desconcierto de Clive, agregué—: Que estoy de coña, hombre. Para aligerar un poco el ambiente y tal.

Clive rio con la boca cerrada y bajó la vista al descafeinado, intacto.

—Prométeme que le darás vueltas a la posibilidad de hablarlo con Julia al menos —le dije, porque por lo visto también había aún algo noble en mi interior, aunque me sorprendiera.

Algo que superaba a la envidia. Una necesidad de ver a Clive liberarse y triunfar. ¿Sería eso el amor?

—Bueno. Ayer estuvimos hablando un poco al fin. Y no la noté tan seca como antes. Incluso me contó que va a tener una cita con Clark —me dijo.

—¿Clark?

—Un compañero de trabajo. No entiendo cómo ha accedido a salir con ese cabeza hueca —añadió, y las dudas empezaron a borbotear en mi mente. ¿Por qué le estabas contando aquello ahora que Clive se había marchado conmigo? ¿Por qué parecía Clive oponerse? Pero entonces se rio—. Julia y yo siempre decimos que es un *litbro* . Sube a redes vídeos de libros que le mandan, pero estoy seguro de que ni siquiera se los lee. Y para colmo suelen ser libros con cierto tufillo misógino y conservador.

—¿Y cómo es que Julia quiere salir con él entonces?

—Pues, según me ha dicho, porque a lo mejor así se vuelven la *power couple* de la agencia —contestó, divertido—. Creo que se lo está tomando un poco a broma. Dice que sabe que está «traicionando todos sus valores feministas», pero que así quizá se abra paso al fin en la empresa.

—¿Y tú qué le has dicho? —no pude evitar preguntar, rascándome la carne de alrededor de la uña del pulgar y formándome un padrastro.

—Que adelante —soltó, encogiéndose de hombros, sonriente—. Por probar… Además, me gusta que me esté hablando de temas íntimos con la naturalidad de siempre, y quiero que sigamos así. A ver si las cosas vuelven a la normalidad pronto y me pienso lo que me has dicho.

Asentí con una sonrisa de satisfacción. Una que podía deberse al

hecho de saber que había una posibilidad de que Clive obtuviera lo que tanto había anhelado. Pero también a saber que Clive te estaba lanzando a los brazos de otro, y que así tú seguirías en su vida como su amiga. Todavía tenía acceso a una agente a la que mandarle mi nuevo manuscrito cuando avanzara con él.

¿Significaba eso que era una persona despreciable?

¿Acaso no podía alegrarme por los dos ?

# VI

Todos los años llega inevitablemente una festividad que habría pagado (si hubiera tenido dinero, claro) para abolir. Y ese año, aunque estuviera a miles de kilómetros, aunque hubiera conocido el amor, aunque mi vida se hubiera transformado en algo que jamás me había atrevido a imaginar, no era la excepción. Árboles y balcones iluminados por destellos taquicárdicos, días demasiado cortos y demasiado fríos y demasiado oscuros, nieve, más tráfico que nunca, anuncios de perfumes, carteles de fiestas ostentosas, carteles de fiestas de mala muerte, botellas vacías de alcohol rodando por la calle. La Navidad había llegado a Nueva York. Lo único que me consolaba era saber que Clive la aborrecía tanto o incluso más que yo.

—Sigo sin entender por qué la odias tú —me dijo Clive mientras llegábamos al apartamento de Catherine y Sol, en un pequeño edificio sin ascensor junto al río, en el West Village, no demasiado lejos del loft—. Yo normalmente tengo que pasarla con mis abuelos, interpretando el papel del nieto ideal, y a veces con amigos de la familia o compañeros de trabajo de mi padre a los que no soporto y que solo hablan de que se desgravan hasta los cafés y de que deberían pagar menos impuestos aún. —Resopló mirándome de reojo—. Pero tú te llevas genial con tu familia.

En un principio, Clive se había opuesto a ir a la fiesta que las

chicas habían organizado por Nochebuena, pero yo lo había convencido al saber que todos los invitados eran *queer* . Ni Sol ni Catherine eran de Nueva York ni tenían familia cerca, y tenían que abrir Drip del veintiséis al treinta de diciembre, de modo que siempre se quedaban en la ciudad durante esas fechas y habían adoptado la tradición de celebrarlo con sus amigos cuatro años atrás. Era la única versión de la Navidad que me podía resultar atractiva.

—Que me lleve genial con mis padres y mis hermanos no quiere decir que me sea agradable juntarme con todos los demás. ¿A qué maricón le ha gustado alguna vez una comida familiar? Los que no me preguntan si me he dejado ya de tonterías y me he buscado un trabajo serio me dicen que cuándo voy a comprarme un piso. Por no hablar de los que siempre quieren saber si me he echado ya un novio formal. Y esos son los «tolerantes», ojo; todavía hay algunos que me preguntan específicamente si tengo novia, rezando por que les diga que sí para poder respirar tranquilos al confirmarles que se me ha pasado la bisexualidad, como si fuera una mera fiebre que me ha durado demasiados años.

Una nube de vaho iluminada por la luz tenue de la farola bajo la que estábamos pasando se recortó contra la oscuridad del resto de la calle cuando Clive se rio mientras se tapaba los rizos con la capucha del abrigo.

—Además —continué—, ¿no te parece que los hombres *queer* tenemos una doble maldición a la hora de asistir a ese tipo de reuniones mayoritariamente heterosexuales? No solo somos hombres, es decir, nulos para participar de manera activa en las conversaciones familiares, sino que además nos movemos en un contexto cultural y social tan diferente que es casi como si fuéramos de planetas distintos. Por no hablar de nuestro propio sentimiento de incomprensión, que nos anula, suframos o no ese ostracismo.

Clive volvió a reírse sin decir nada.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—Nada, nada —me dijo—. Es solo que nunca te había escuchado hablar así. El otro día me decías que se te daba fatal el lenguaje… Pero me da a mí que lo que pasa en realidad es que no soy el único

que se desprecia demasiado y se quita siempre todo el mérito.

—¿Acaso no es eso también algo típico de los maricas?

Clive asintió sonriendo.

—Pues también.

—Además —agregué, elevando las cejas para adoptar una expresión de orgullo—, ya te dije que sé leer, y no solo los libros que piensas. Siempre me han interesado esos temas, y leo mucho al respecto.

—¿En Twitter, dices?

Le di un codazo.

—¡Internet puede ser muy pedagógico, ¿vale?!

Cuando dejamos de reírnos, Clive dijo tras unos segundos de silencio en los que solo se oían los coches que pasaban a nuestro lado:

—A mí antes sí que me gustaba.

—¿Twitter?

—No, hombre. La Navidad.

Me giré hacia él, aunque apenas podía mover la cabeza con la bufanda que me tapaba la boca y todas las capas que llevaba. Al ver que el abrigo más gordo que había llevado a Nueva York era la chaqueta vaquera que siempre usaba en Londres, Clive me había dado ropa suya que había dejado en la ciudad. No sabía si me sorprendía más que pudiera tener dos armarios llenos, uno en Londres y otro en Nueva York, o lo suaves que podían ser las prendas caras.

—¿Antes? ¿De pequeño, dices?

Clive asintió.

—Una vez, cuando tenía unos cuatro o cinco años, mi madre me regaló una muñeca de Esmeralda, la de *El jorobado de Notre Dame* . En realidad era un *pack* , junto con el Jorobado, pero la que me hizo ilusión de verdad fue Esmeralda, claro. Jugué con ella durante años, siempre que mi padre no estaba en casa. Le hacía peinados y ropa con camisetas antiguas de mi madre. Ahora estoy bastante seguro de que me compró ese *pack* porque lo sabía. Porque era una manera de que pudiera jugar con una muñeca sin que mi padre se volviera loco. Porque quería darme un regalo auténtico, algo que valorase de

verdad; quizá incluso fuera un código, para decirme que me entendía, que sabía cómo era. Y que lo aceptaba.

Lo agarré del brazo mientras lo escuchaba en silencio y le apoyé la cabeza en el hombro.

—O quizá le he dado demasiadas vueltas y solo me lo compró porque sabía que me encantaba la película —añadió Clive con una sonrisa, pero, cuando le di un beso en la mejilla, vi que la curva de sus ojos no se alineaba con la de la boca—. En fin. Te agradezco que me hayas convencido para venir. La verdad es que me apetece. Ya va siendo hora de crearme una nueva idea de la Navidad.



Me costaba mantener la vista enfocada. Catherine y Sol tenían una colección de licores que solo podría haber en la casa de alguien que regenta un bar, y Sol, con esa voz firme y áspera, no había dejado de ofrecerme chupitos y cócteles que no me había atrevido a rechazar.

La comida había sido agradable. Catherine se había empeñado en preparar varios platos sin carne ni pescado para Clive a pesar de que él le había asegurado que podía llevar él mismo su comida, y al final el grupo había sido más reducido de lo esperado; dos de las parejas que solían celebrar Nochebuena con ellas habían tenido que cancelar en el último momento, y Josh, Alex, Micah y Sonya habían resultado ser encantadores.

O al menos eso había tratado de repetirme cada vez que pillaba a Micah devorando a Clive con la mirada y las burbujas ardientes que se habían adueñado de mi estómago aquel primer día en la ciudad volvían a bullir.

*¿Qué coño se cree el niñato ese?*

*Si no debe de tener ni veinte años.*

*Ha asistido a una cena de Nochebuena con la camiseta de NYU, por amor de dios. Para enseñar esos brazos a punto de explotar, seguro.*

Sonya, que conocía a Sol y a Catherine desde hacía casi una década, cuando había estado trabajando en Drip durante un verano

para costearse el máster en Historia del Arte, había estado hablándonos durante la cena de lo afortunada que se sentía de que Micah la hubiera apoyado durante su transición, y de poder contar con su respaldo en un momento tan turbio y peligroso para las personas trans como lo era el mandato de Trump.

Pero ahora, observando desde la barra de la cocina a Micah, que se había sentado junto a Clive en el sofá, yo no podía evitar pensar en lo ciega que debía estar Sonya para no darse cuenta de lo evidente que era que su maravilloso y comprensivo novio estaba, en realidad, deseando follarse a un pedazo de *twink* como Clive.

—¿Todo bien?

Las palabras en español me desconcertaron.

—Mmm —fue el único sonido que logré emitir; el ardor de los celos se estaba combinando con el del alcohol y no me apetecía demasiado hablar.

No tenía claro que pudiera, siquiera.

—Sabes… —me dijo Sol—, no sé qué te dirá él si le preguntas, pero cuando Clive vivía aquí en la ciudad Catherine y yo lo considerábamos un buen amigo.

La miré y alcé las cejas para hacerle ver que estaba interesado en lo que tuviera que contarme, aunque no pudiera comunicárselo verbalmente.

—Venía tanto a escribir a Drip —prosiguió Sol, que se apoyó en la barra junto a mí. Se había recogido el pelo con un pañuelo rojo a juego con el vestido y me di cuenta por primera vez de que tenía los ojos verdes, una mirada tierna rodeada de unas arrugas incipientes — que empezamos a sentarnos con él a veces, cuando había pocos clientes, y nos contábamos la vida. O al menos Cat y yo le contábamos la nuestra, porque, aunque Clive nos hablara bastante sobre sus estudios y sus relatos, el tío era de lo más hermético. Sí, nos decía que estaba amargado porque no le gustaba su carrera, o que estaba un poco más animado porque al menos había sacado buenas notas, o que tenía un mal día porque lo había llamado su padre y no se llevaban muy bien. Pero ¿sabes algo que nunca nos dijo durante esos cuatro años?

Ladeé la cabeza y me pareció que el rostro de Sol se desenfocaba

durante unos instantes. Mala idea.

—Que era de los nuestros. Familia, como lo llamamos nosotras. Maricón, vamos. Durante los cuatro años que Clive estuvo viviendo en la ciudad, no nos habló jamás de su orientación, ni siquiera cuando hablaba de la mala relación que tenía con su familia. Y eso que le preguntamos, porque otra cosa no, pero cotillas somos un rato. Pero siempre lograba esquivar el tema. Debía de tener unos traumas de la hostia. Tampoco mencionó jamás a ningún novio. Ni novia, ni novie, ni nada, vamos. Solo a una amiga. Julia, creo, ¿no?

Asentí. Peor idea aún. Me llevé una mano a la cabeza para estabilizarla.

—¿Estás entendiendo a dónde quiero llegar? —me preguntó Sol.

Negué despacio con la cabeza, aún apoyándome en la mano. No iba a caer en el mismo error por tercera vez.

Sol se rio y me posó un brazo por el hombro.

—Mírate. Estás aquí. Clive ha querido traerte a nuestra casa. Hace unos años habría sido impensable, y ahora ha querido fardar de novio delante de la gente. No sé qué habrás hecho, pero has llegado bien hondo. Así que deja de mirar así al idiota de Micah, que ni siquiera creo que siga aquí para la próxima Nochebuena, y ve a pasarlo bien con tu chico.

Las palabras de Sol viajaron por todo mi cuerpo como el efecto milagroso de una aspirina. De pronto me sentía más liviano, más despierto, que nunca. Clive no solo me había acogido en su vida, sino que juntos estábamos forjando una nueva. Me había llevado a su apartamento. Lo había dejado todo atrás para estar conmigo. ¿Qué sentido tenía dejarse llevar por la inseguridad?

Apoyé la cabeza en el hombro de Sol para agradecérselo, y Sol me estrujó el brazo antes de añadir:

—Y se acabaron los chupitos para ti, mi niño .

# VII

Cuando el taxi se detuvo en Mercer Street esa madrugada, insistí en pagar el trayecto. No había dejado de darles vueltas a las palabras de Sol; en parte, la conversación que habíamos mantenido me había insuflado una esperanza que necesitaba, había desdibujado mis dudas y me había hecho reparar, con una nueva perspectiva, en lo importante que debía ser para Clive. Pero también habían vuelto más tangible la situación en la que nos encontrábamos. Podía decirme a mí mismo todas las veces que quisiera que esa nueva vida era algo que estábamos creando juntos, pero, en realidad, todo pertenecía a Clive: el loft, el dinero para el transporte, la comida, el agua con que me duchaba. No podía negar que la culpa había estado adueñándose poco a poco de mí cada vez que Clive insistía en pagar el desayuno en Drip, en almorzar fuera, en tomar taxis en lugar de ir en metro… Había tratado de impedirlo alguna vez, pero mis esfuerzos no habían sido demasiado creíbles (¿qué dinero pretendía emplear, exactamente?) y Clive siempre se había impuesto.

Si era sincero conmigo mismo, ¿qué aportaba yo? ¿Acaso era

suficiente con mi presencia, como había intentado hacerme ver Sol? ¿Cómo iba a serlo? No podía serlo. ¿Qué tenía yo de especial? Las palabras de Sol no habían conseguido ganar la guerra contra mis inseguridades, tan solo una mísera batalla.

Clive me apartó la mano con brusquedad, se inclinó hacia delante e interpuso su espalda entre el conductor y yo mientras pagaba. Al salir al frío hiriente de la calle, Clive me preguntó a qué había venido eso mientras andábamos hacia el portal.

—Soy un mantenido, Clive —le solté sin medir mis palabras, porque así era como me sentía cuando el delirio me abandonaba y asimilaba la realidad.

—Ennio, no empieces…

—No, en serio. ¿Hasta cuándo vamos a seguir así? Es imposible que no pienses de vez en cuando, al menos, que me estoy aprovechando de ti. —Clive hizo el amago de hablar, pero lo corté—: No quiero volver a mi vida anterior, no es eso. Estar aquí contigo es lo mejor que me ha pasado nunca. Quiero que esto sea nuestra vida, que tú seas mi vida, pero…

—Ennio, antes de conocerte, ni siquiera sentía que tuviera una vida. He esperado veintisiete años para conseguirla. ¿No puedes esperar tú un año más?

—¿Un año más? —le pregunté, aminorando el paso.

—Hasta que contraten tu manuscrito.

Le sonreí con los ojos en blanco.

—No sabes si…

—¿Con tu ambición? Claro que vas a conseguir publicar. No tengo ninguna duda. —Antes de que pudiera pensar en una respuesta, Clive añadió—: Pero, si no ocurre tan pronto, hay otras opciones. Editoriales, revistas… Ya lo pensaremos. Pero por ahora no tienes que preocuparte por nada, ¿vale?

Tomé aire. Agradecía la intención y quería creerle, pero seguía sin estar satisfecho. Cuando llegamos al portal, la luz sobre nuestras cabezas se activó automáticamente, e insistí:

—Es que no entiendo cómo te estás costeando todo esto. ¿Acaso no vigila tu padre los gastos? ¿No es suyo todo tu dinero?

—Ennio, ya te dije que mi padre cree que me he venido unos

meses de viaje y que estoy valorando la opción de estudiar un máster aquí que cuesta alrededor de cincuenta mil dólares.

Lo miré en silencio.

¿Me lo había dicho de verdad? ¿Cómo era posible que no lo recordara? ¿Tan absorto estaba en mi propia vida, en mis planes, en mi escritura, que ni siquiera me había parado a pensar en la excusa que le había puesto Clive a su padre para fugarse de repente? Peor aún: que me lo había contado y lo había olvidado.

—Creo que aún no entiendes el alcance del dinero de mi padre —dijo Clive—. Podría pasarme cinco años viviendo aquí contigo sin ingresos y ni siquiera se enteraría de que ese dinero está desapareciendo de su cuenta.

No pude evitar observarlo con los ojos desorbitados y Clive se rio con incomodidad.

—No me gusta fardar de estas cosas —agregó—, pero si es lo que tengo que hacer para que te calmes…

—Bueno —contesté al cabo de unos segundos, mientras tomaba a Clive de la mano—, aun así, algún día me gustaría que pudiéramos tener algo en común. Formar una vida real juntos. Un hogar.

—¿Me estás diciendo que quieres tener hijos conmigo cuando no llevamos ni cuatro meses juntos? Un poco rápido vas tú, ¿no? —me preguntó Clive con una sonrisa pícara mientras se apartaba con el dedo corazón el rizo de siempre del ojo izquierdo.

—No, idiota. Pero, ya que nos hemos visto obligados a vivir juntos desde tan pronto, al menos me gustaría saber que el sitio en el que vivimos es de ambos.

Clive me acarició la coronilla y me posó la mano en la nuca mientras se acercaba a mí.

—Lo entiendo. A mí también me gustaría, y seguro que es posible algún día. Pero, mientras tanto, esta también es tu casa. Siempre que me quieras en tu vida, tendrás un hogar.

Bajé la vista al darme cuenta de que, una vez más, no podía encontrar las palabras con las que expresar lo que sentía. ¿Cómo me hacía llamar escritor?

Era más que gratitud. Era, entre otras miles de emociones preciosas y enmarañadas, incredulidad.

—Y, de hecho, me encanta que hayas querido hablar del tema hoy porque… —Clive sacó una cajita de terciopelo verde del bolsillo del abrigo y me la tendió—. Tengo esto para ti. Feliz Navidad.

Tragué saliva desconcertado, abrumado, sobrepasado. Yo solo le había comprado una puta libreta que pensaba darle por la mañana para que Clive pudiera jubilar la suya de una vez. ¿Y Clive me estaba dando su regalo antes de tiempo, y en una caja tan delicada y sofisticada como aquella? Solo esperaba que no fuese una joya que costara más de lo que me había costado a mí la carrera entera.

Cuando reparé en que llevaba demasiado tiempo mirando la caja, inmóvil, la abrí al fin. En el interior había una figura decorativa para colgarla en un árbol, un Papá Noel de madera con un grabado en el dorso: «Contigo, me vuelve a gustar la Navidad».

Alcé la vista sintiendo el peso de una lágrima gruesa en el párpado, a punto de derramarse, y envolví la figura con los dedos. Aunque hubiera odiado la Navidad hasta ese año, era el mejor regalo que podía haber imaginado. Sencillo, adorable, con los bordes rugosos, como nuestra relación, pero igual de perfecto.

—Me encanta —le dije, y me sorprendí al ver que Clive se reía sacudiendo la cabeza.

—La caja tiene doble fondo, memo.

Volví a bajar la vista hacia la otra mano, en la que sostenía aún la caja, y me guardé la figura de madera en el bolsillo para abrir el compartimento con la otra.

La luz automática del portal se apagó justo en ese momento y, cegado por la oscuridad repentina, noté el aire agitarse a mi lado mientras Clive subía el brazo para activarla de nuevo con el movimiento.

El haz de luz se derramó sobre la caja y se reflejó en el pequeño llavero de metal con dos llaves que contenía.

—Bueno, ¿abres ya *nuestro* portal o qué? —me dijo Clive con la voz cargada de la emoción de un niño .

# VIII

¿Por qué era tan difícil acompasar los estados de ánimo de los integrantes de una pareja?

Eran casi las dos de la tarde y Clive y yo, después de pasar gran parte de la mañana durmiendo, habíamos planeado preparar nuestra primera comida de Navidad juntos (nada demasiado elaborado, nada que perteneciera a ninguna tradición navideña: pesto, vino, cualquier aperitivo más o menos sofisticado que encontrásemos en el súper asiático de nuestra calle que no cerraba jamás), pero yo estaba sentado en el sofá, observando a través de las puertas de cristal del balcón a Clive, que recorría el perímetro una y otra vez con frenesí. Tenía el móvil pegado a la oreja y la cabeza gacha, de modo que no era capaz de distinguir su expresión desde allí, pero por sus movimientos inquietos y entrecortados resultaba evidente que su padre no lo había llamado solo para felicitarle la Navidad. Llevaba ahí fuera más de veinte minutos.

El día anterior, por la mañana, me había hecho una foto en ese mismo balcón mientras la nieve caía y la había mandado por el grupo de WhatsApp de mi familia para felicitarles las fiestas. Greta me había contestado que estaba muy guapo con el flequillo tan largo; Gio, que ya era hora de que me lo cortara; mi madre me había regañado por verme poco abrigado para el frío que parecía que hacía y mi padre se había limitado a enviar varios emojis: un pingüino, un árbol de Navidad y una estrella fugaz. Mis padres sabían desde hacía semanas que no pasaría las fiestas en casa porque, según les había dicho en una de nuestras llamadas, seguía en la residencia literaria y los billetes desde Estados Unidos eran demasiado caros. Solo una de esas afirmaciones era cierta, claro, y tampoco habría tenido importancia si me hubiera empeñado en ir a verlos, ya que Clive probablemente me habría pagado el billete sin

pensarlo. Pero ni siquiera se me había pasado por la cabeza la posibilidad de dejar a Clive solo en esas fechas. Y, por suerte, mis padres no habían puesto pegas. Sabía que los apenaba que hubiéramos pasado tantos meses sin vernos, pero mis padres hacían todo lo posible por ocultarlo; me habían asegurado que estaban orgullosos de mí y que mi esfuerzo valdría la pena tarde o temprano. Tras la llamada, me había prometido a mí mismo que cuando pasaran las fiestas les contaría la verdad. Estaba seguro de que lo entenderían.

Siempre me había sentido afortunado con mi familia, pero nunca tanto como esos últimos meses, desde que había conocido a Clive, que ahora había apoyado los codos contra la barandilla y había dejado caer la cabeza sobre una mano mientras seguía sujetando el teléfono con la otra.

*Qué ridiculez hacer planes para hoy* , pensó mi parte pesimista. Pues claro que el padre de Clive lo iba a llamar el día de Navidad; pues claro que, ahora que Clive me había ayudado a salir de mis arenas movedizas, me había tendido la mano y me había hecho un hueco allí arriba, en aquel lugar mullido y cálido en el que flotaban los amantes apasionados, era él quién iba a caer desde las alturas. Pues claro que el padre de Clive iba a hacer explotar la burbuja q ue habíamos creado. Era todo demasiado bonito para ser cierto.

Clive volvió a entrar en casa unos pocos minutos después, cerró la puerta corredera del balcón en silencio, pasó por delante de mí y fue directo al baño. Oí el clic del pestillo. Cómo podía un sonido tan débil resonar con semejante pesadez.

Me acerqué y llamé a la puerta.

Silencio.

—Clive, ¿necesitas…?

—Ahora salgo —me interrumpió con un tono cortante que no había oído salir de su boca hasta entonces.

Y sí que acabó saliendo, un buen rato después, pero ni siquiera entonces quiso contarme los detalles sobre la conversación que había mantenido con su padre. Aunque ¿acaso hacía falta, cuando todo el color había abandonado sus mejillas y fue directo al sofá, donde se pasó lo que debieron ser varias horas viendo vídeos de

YouTube con la esperanza, suponía yo, de que le anularan el juicio? Las posibilidades eran infinitas: su padre podía haberlo llamado para decirle que sabía lo que estaba haciendo y que lo repugnaba, podía haberle dicho que la arena del reloj se estaba acabando y llegaba la hora de tomar una decisión sobre su futuro laboral, que había tirado de contactos y había descubierto que su hijo no estaba haciendo ningún máster, podía haberle hablado de su madre y evocado recuerdos agridulces, o podía simplemente haberle recordado, tan solo con su llamada, tan solo con su voz, que Clive se había visto forzado a pasar las Navidades lejos de su familia, de una parte clave del tejido de cualquier persona, para sentirse pleno.

No sabía cómo sacarlo de ahí, del sofá y de lo que representaba, cómo tenderle la mano yo a él esa vez. Cuando le insistí, Clive se replegó más aún; su voz volvió a adquirir ese tono hiriente, y, aunque al instante se arrepintió y me pidió perdón, me sirvió de advertencia.

El día que habíamos planeado, claramente, había quedado anulado.

Dándome por advertido, decidí dejarlo a su aire, comer algo rápido, más merienda que almuerzo, y centrarme en la escritura durante varias horas en las que me peleé con el nuevo manuscrito, cambiando de narrador una y otra vez sin conseguir que me encajara ninguna persona ni tiempo verbal. Clive siguió viendo vídeos con el volumen bajo, y al cabo de un rato las voces de su móvil se convirtieron en una letanía ahogada para mis oídos y pude escribir alguna escena suelta hasta que una notificación, más alta y punzante que el sonido de los vídeos, me sacó de mi trance literario y me devolvió al loft. Clive me leyó en alto el mensaje que había recibido, una felicitación tuya por las fiestas, y esbozó una sonrisa efímera, casi imperceptible, mientras lo releía para sus adentros, o eso intuí yo. Siento decirte, sin embargo, que ese fue el alcance del impacto de tu mensaje. No volvió a sonreír, no quiso cenar, no volvió a hablar hasta que me ofreció una respuesta negativa cuando le pregunté si quería subir a la cama conmigo.

Y esa madrugada, después de que se acostara a mi lado al fin, después de que yo me despertara unas horas más tarde con la

vejiga llena, después de que las escaleras crujieran bajo mi peso, después de que encendiera la linterna del móvil para comprobar qué había en la mesa de madera del comedor, no encontré allí la libreta ni el portátil. Lo único que hallé fue un vaso, una petaca que apestaba a *whisky* y un frasco abierto con las pastillas que llevaba tiempo sin verlo tomar .

# IX

Nada más abrir los ojos esa mañana, tomé una decisión firme: si habíamos podido redefinir la Navidad, podíamos elegir también el día que quisiéramos celebrarla cada año a partir de ese momento, y ese día sería el 26. Sabía que era festivo en Inglaterra, Boxing Day, además de en varios países que habían pertenecido al Imperio británico y en algunos de Europa, pero Clive no solía hacer nada especial porque ya pasaba el día anterior con su familia (y ni siquiera su padre se llevaba tan bien con los suyos propios como para reunirse dos días seguidos), en mi zona no se celebraba, y en nuestro loft, nuestra burbuja, nuestra nación, tampoco, de modo que estaba decidido: lo convertiríamos en *nuestro* día.

Mientras Clive aún dormía a mi lado, noqueado tal vez por las pastillas, me vestí en silencio, bajé y, junto a la puerta, antes de salir, busqué en Google Maps una librería. Cuando llegamos a Nueva York, había dado por hecho que gran parte de nuestros días la dedicaríamos a callejear, a conocer la ciudad que había sido el hogar de Clive, pero lo cierto era que donde habíamos pasado más tiempo era en Drip, escribiendo, y en la cama y el resto de las superficies del loft, aprendiéndonos las perfectas rarezas del cuerpo del otro, de modo que esa mañana no sabía ni siquiera dónde podía comprarle a Clive un nuevo ejemplar de *El danzarín y la danza* para reponer el

que le había arrebatado aquel chico ingrato que no lo merecía. Pero tras una búsqueda rápida en el móvil encontré una librería que pertenecía a The Centre, un centro comunitario LGBT en el 208 West 13th Street, a unos veinticinco minutos allí. Sabía que la posibilidad de que tuvieran el libro que buscaba era remota, pero supuse que, si no lo encontraba, al menos habría hecho un poco de turismo *queer* por la ciudad.

Cuando llegué, me topé con un edificio de ladrillo rojo que podría pasar por cualquier bloque de pisos pintoresco de Nueva York, pero nada más entrar supe que me encontraba en un lugar, de alguna manera, especial, cargado de una historia que me tocaba de cerca. Sus altos techos intimidantes, claramente de otra época, contrastaban con las pinturas de las paredes de Keith Haring, con los pósteres de colores chillones y los carteles de fiestas, cursos y grupos de apoyo en los tablones de anuncios, con la chica con trenzas y un septum que me ofreció una mirada amable al entrar y con el chico del pelo azul que estaba tras el mostrador. La mujer mayor que había a su lado, una tal Carla Peterson (según su chapa identificativa, la terapeuta del centro), se acercó a mí y me preguntó si podía ayudarme. Le pregunté por la librería y, mientras me conducía hacia ella, me contó que el centro era una antigua escuela abandonada que lleva alojando diversas organizaciones de la comunidad desde 1983, en plena crisis del sida.

Durante los dos minutos que tardamos en llegar a la sala de la librería, casi me olvidé de por qué había venido. Escuchando a Carla hablar, me di cuenta de lo ignorante que era, de lo poco que me había interesado por el pasado de mi comunidad. Quería seguir haciéndole preguntas, pero un hombre de pelo cano, un tal Ben Slover, según su chapa, nos saludó y se disculpó por tener que llevarse a Carla por alguna emergencia. Aún no sé por qué recuerdo sus nombres, pero están clavados en mi memoria. ¿Cuánto tiempo llevarían allí? ¿Cuánto habrían hecho por las personas como yo?

En la librería, un chico asiático me sacó de mi ensimismamiento al preguntarme qué buscaba y, para mi propio asombro, tras decirle el título asintió y me trajo un ejemplar del libro en tapa dura.

Salí de allí con la determinación de ver mi libro entre esas

estanterías algún día.

Mientras iba de vuelta a casa, un rastro de olor a cacahuete, ajo, lima, coco y albahaca me condujo hasta un restaurante diminuto de comida tailandesa en Sullivan Street, y me pareció la manera perfecta de complementar la sorpresa.

El aroma fue lo que debió despertar a Clive.

—¿Comida tailandesa? —me preguntó, incorporándose con una sonrisa somnolienta, aún en la cama a pesar de que eran casi las dos, y asentí mientras me sentaba a su lado, satisfecho de haber acertado—. ¿Te lo había contado? —me preguntó mientras sacaba los recipientes de comida de las bolsas.

Lo miré confundido.

—¿El qué?

—Que solía llevarle comida tailandesa a Julia cuando cenábamos en su casa. Bueno, a ella y a su madre. Cuando alguna se ponía mala, cuando Julia estaba de bajón, cuando queríamos celebrar algo…

Sentí otra punzada de esa sensación repugnante a la que seguía sin acostumbrarme.

—Pues perdón por entrometerme en vuestra tradición, supongo —no pude evitar replicar, consumido por los celos.

Clive pareció sobresaltarse ante el tono de mi voz y me miró con una ceja arqueada. Un segundo después dejó las bolsas a un lado y me acunó el rostro con ambas manos mientras me miraba fijamente con unos ojos aún cargados de sueño pero divertidos, al parecer, por mi reacción.

—No lo decía a malas, imbécil —me dijo con una sonrisa compasiva—. Al contrario. ¿No lo entiendes? Siempre era yo el que le llevaba la comida. Con Julia nunca me he sentido cómodo para mostrarme… tan vulnerable. Siempre se lo intento ocultar cuando tengo un mal día, porque sé que ella tiene una vida más difícil que yo, y me da vergüenza quejarme de mis dramas cuando a veces a ella le cuesta incluso pagar el alquiler.

Espero que no tomes estas palabras como un ataque por mi parte; tan solo pretendo transmitirte lo que pronunció él, o lo que creo recordar que pronunció.

Bajé la mirada recordando las palabras de Sol.

«No sé qué habrás hecho, pero has llegado bien hondo».

—Perdón.

—No me pidas perdón —me dijo Clive, apartándome el flequillo de los ojos—. Soy yo el que lo siente. Por lo de ayer. Siento haber dejado que mi padre arruinara el día. Siento no haber podido guardarme lo malo para mí mientras estabas tú delante. Supongo que has conseguido que baje algunas barreras, eh —añadió sonriente mientras me levantaba la barbilla para volver a mirarme a los ojos—. Lo que intento decirte es que nunca me había traído nadie la comida a mí. Nunca nadie me había cuidado así. Gracias.

La aversión que sentí hacia mí mismo por seguir dejándome llevar por los celos, por seguir temiendo tener que competir contigo por el espacio en el corazón de Clive, comenzó a atenuarse con sus palabras, se diluyó cuando Clive me besó en la mejilla y quedó olvidada por completo cuando, tras entregarle el libro junto con la libreta que ya le había comprado, me abrazó y apoyó la cabeza en mi hombro y sentí la humedad en la curva de mi cuello y oí las palabras susurradas que en la ficción siempre me habían resultado demasiado dramáticas, como si supusieran un hito en las relaciones al que se le daba una importancia desmedida, pero que, al estar dirigidas a mí, reptaron por mi oído con un hormigueo cálido y sedoso que se extendió por todo mi cuerpo:

—Te quiero .

# x

Durante los días que sucedieron a aquella frase, nada importaba, nada existía, no fuimos a Drip, ni siquiera pisamos la calle; tan solo escribíamos y nos amábamos y bailábamos lento y luego alocados y luego lento por todos los rincones de la casa con los vinilos de Clive de fondo y su móvil apagado y bebíamos botellas de vino polvorientas que llevaban años allí y compartíamos lo que escribíamos: Clive, absolutamente todo; yo, solo las escenas que

menos me avergonzaban, y lo leíamos en voz alta bajo la luz titilante y cálida de las velas como adolescentes que se cuentan secretos y las palabras brotaban de la página y danzaban con nosotros por el piso y se mezclaban con los ruidos de la calle, el único recordatorio de que el mundo seguía existiendo ahí fuera .

# XI

Lo siento si me estoy dejando llevar por la vena teatral de la que suelo pecar. Nunca he conseguido contenerla, pero creo, Julia, que en este caso es beneficioso para ambos. Para ti, porque podrás comprender, con más detalle que si tan solo redactara un simple resumen plano y aburrido, lo que ocurrió aquellos meses, y para mí porque así puedo seguir entrenando el músculo de la escritura con algo cercano a mi corazón, con algo que sigue entretejido en mi piel y enturbia mi respiración cada día, no con un mero encargo editorial que pueda tener más significado económico que sentimental. Por lo que sé de ti, justo eso estoy seguro de que lo entenderás, ¿verdad?

Ya he aprendido lo que sucede cuando escribes algo que no es tuyo, tuyo de verdad. Así que, si no te importa, Julia, voy a seguir relatándote lo que ocurrió con la misma precisión y pasión. Y, si te importa, me temo que también, porque tengo la sensación de que no puedo impedirles a mis dedos que continúen tecleando, vertiendo de mi mente todo lo ocurrido, descargándome de algo que, si no es culpa (porque tal vez nunca pueda librarme de la culpa y, desde luego, no solo poniendo por escrito aquellos meses), al menos me pesa sobre los hombros de un modo similar.

De modo que sí, así pasamos aquellos días, y así pasamos también Nochevieja, encerrados, aislados, alimentándonos el uno del otro

física y mentalmente, y así seguimos, saliendo lo mínimo posible de nuestro refugio de escritura y cariño, hibernando sin necesidad del mundo exterior, hasta que llegó la primavera y con ella las inseguridades volvieron a aflorar en mí, porque por supuesto que iban a regresar. ¿Qué me había hecho pensar que iba a poder deshacerme por completo de ellas?

Esa vez, sin embargo, mis complejos no brotaban de la tierra oscura y revuelta del jardín de los celos, sino de otro terreno, más profundo aún, más negro aún, más agitado aún, donde se gestaban las crisis de identidad. Clive había seguido adelante con su manuscrito, me había ido contando sus ideas y me había ido leyendo las nuevas escenas, y durante todo ese tiempo mi confianza en mi propio talento había ido mermando inevitablemente ante la brillantez de Clive. Aquella debía ser la mejor época de mi vida y, sin embargo, la sombra de las dudas conseguía en ocasiones atenuar el resplandor de todo lo demás.

No le hablaba a Clive de ello; no me atrevía a sacar el tema ahora que parecía estar escribiendo más que nunca y que no había vuelto a oler el alcohol en su aliento ni había visto más esas pastillas que había necesitado para dormir, pero por las mañanas me sentaba ante mi propio manuscrito y no era capaz de apartar una pregunta insistente que había ido formándose esos últimos días en un recoveco escabroso de mi cerebro, fermentando, pudriéndose y extendiendo sus raíces nocivas hasta envolverlo y asfixiarlo: ¿por qué había elegido los libros? ¿Por qué había decidido entregar todo mi tiempo, toda mi confianza, al mundo editorial, a una industria en la que solo unos pocos tienen mucho, y muchos tienen tan poco, un negocio que deshumaniza, que fomenta la competición, que ignora el arte de las voces propias y sobrepone las visiones de las ajenas, explotando los traumas de quienes no los viven en sus carnes por dinero? ¿Cómo iba a tener éxito yo, un hombre gay que escribía en un idioma extranjero cuando ni siquiera poseía un manejo admirable de mi lengua materna? ¿Qué me había hecho pensar que tendría algo que ofrecer?

En realidad, el desencanto con el mundo editorial había sido una constante subyacente en todos esos meses de relación, solo que

tratábamos de ignorarlo de manera consciente, creo, para mantenernos a flote, para sostener y prolongar el sueño, la ambición. Clive ya había hecho alusión al asunto meses atrás, cuando nos conocimos, y en ocasiones, cuando se desanimaba o perdía la fe en su proyecto, el tema volvía a salir a la luz, y protestaba por la dificultad de difundir el arte genuino en una industria que solo miraba por el beneficio económico (en aquellas conversaciones siempre te mencionaba, siempre recordaba las quejas sobre tu trabajo y las secundaba), una industria que lo orquestaba todo y decidía los libros que se convertirían en un éxito y los que no desde antes de publicarlos siquiera. Y, si él, Clive, se desencantaba cuando bajaba la guardia y los delirios de grandeza se disipaban, ¿cómo no iba a hacerlo yo, que no contaba con su estatus, con sus contactos, con su talento?

Ahora, además, también estaba la cuestión del dinero. Mi obsesión con el éxito literario (supongo que yo no me desencantaba tan a menudo precisamente por este detalle, porque lo que yo perseguía era el éxito tangible, más que hacer llegar mi arte, mi verdad encapsulada en palabras, a la gente) no se había gestado tanto por una necesidad de ascender de clase social como por un deseo de demostrarle a mi familia, a mi pueblo y al mundo que, aunque no fuera el más brillante, el más artístico o el más especial, podía llegar lejos. Un anhelo de decir: «Ahora no vais a poder negar mi valía», lo cual suponía, y supongo, que se trataba de algo intrínseco de las personas *queer* . El dinero me había importado, claro, porque así era como se medía el éxito a ojos de los demás, pero el lujo tampoco había sido mi principal estímulo. Y ahora, sin embargo, sin ningún otro plan a la vista, sin ningún trabajo propio, se estaba volviendo cada vez más patente conforme transcurrían los meses que tarde o temprano iba a necesitar ganar *algo* . Tanto para dejar de depender de Clive como para sentirme realizado y mantener ese nivel de vida al que me estaba empezando a acostumbrar. Y ya era demasiado tarde, yo demasiado mayor, como para vivir de sueños ingenuos. ¿Podría de verdad publicar? Y, si lo lograba, ¿quién me aseguraba que mi contrato fuera lo bastante cuantioso como para mantenerme en una de las ciudades más caras del mundo mientras escribía mi

próximo libro?

Sin embargo, a pesar de todos aquellos motivos de peso por los que la idea de abandonar mis sueños parecía la más lógica, cuando exploraba en silencio otras posibilidades, cuando me agobiaba tanto que me costaba respirar y sentía que mi cuerpo no iba a poder seguir soportando esos ataques de dudas, salía al balcón, me obligaba a inspirar el aire fresco de finales de marzo y me preguntaba: ¿acaso tengo otra opción? ¿Qué otra cosa puedo hacer que no sea escribir? ¿Quién soy yo sin la escritura?

Era lo único a lo que había dedicado mi vida, aunque no me hubiera llevado aún a ninguna parte. Era lo primero en lo que pensaba al levantarme, lo que batallaba durante el resto del día en mi mente con los pensamientos sobre Clive por ocupar el primer puesto en mi lista de p rioridades. Escribir lo había sido todo durante años, y ahora que estaba con Clive seguía siéndolo *casi* todo.

Aunque hubiera llegado a la escritura a raíz de un propósito superficial, vanidoso, egocéntrico, llevaba absorto en ella desde hacía años, y se había acabado convirtiendo en una necesidad, en algo entrelazado en el tejido de mis días, algo tan natural para mí, tan necesario, como comer. Cuando dormía, soñaba con tramas; cuando despertaba, organizaba las ideas de esa noche en escenas; cuando oía conversaciones, cuando leía otros libros, cuando veía películas, cuando observaba el mundo, estaba, todo el tiempo, absorbiendo información para procesarla y regurgitarla con mis propias palabras. Philippe Besson, el único Philippe que sigue hoy en mi vida, uno de los autores favoritos de Clive y una de las muchas herencias que me ha dejado, escribe en *En la ausencia de los hombres* : «Escribir es el significado que le confiero a mi existencia. Mi existencia se desvanece tras lo que escribo. O, mejor dicho: si no escribiese, creo, sinceramente, que estaría muerto».

No estoy orgulloso de comulgar con su concepción de la escritura. No me ha traído nada bueno.

Mentira: claro que me ha traído algo bueno, pero el precio que he tenido que pagar a cambio ha sido demasiado alto. Y me arrepiento, por supuesto que me arrepiento.

Pero esa era mi realidad (y debe de ser mi realidad ahora también,

ya que al parecer no consigo dejarlo), y no escribir me habría resultado físicamente imposible. Me habría dolido; la vida, aunque ahora me resulte vergonzoso admitirlo, habiéndolo tenido a él a mi lado, habría perdido gran parte de su sentido.

Así que no me quedaba otra: tenía que seguir, tenía que satisfacer mi necesidad y, a la vez, asegurarme un futuro de éxito de alguna manera.

Y fue entonces, uno de esos días, allí en el balcón, cuando tuve una idea. Cuando, sin saberlo aún, empecé a perderme.

De pronto supe que tenía que escribir un libro aún más fácil de vender que *Chaos* y que el nuevo manuscrito que había estado desarrollando esas semanas; una novela formularia con la que cautivar a todos los públicos, un *thriller* , tal vez, un libro en el que los personajes disidentes quedasen relegados a un segundo plano. La representación de la diversidad en la literatura era importante para mí, por supuesto, y aún recordaba mis deseos de ver mi futuro libro en la librería del centro LGBT de West 13th Street, pero había empezado a entender que, con mis limitaciones artísticas, tenía básicamente dos opciones: escribir novelas que podían acabar relegadas únicamente a las estanterías marcadas como «LGTB» de las librerías, a las que solo se acercaba un sector muy concreto del público lector, o ser más astuto, introducir esa diversidad de un modo más disimulado en cualquier género, sorprender a los lectores *mainstream* una vez hubieran comprado ya el libro.

¿Y si había estado equivocado todo ese tiempo? ¿Y si era una mejor estrategia ceder ante la realidad del mercado, hacerme un nombre en la literatura con novelas aún más convencionales, y luego, una vez conocido, hacer lo que me diera la gana? Clive ya me lo había dejado caer alguna vez, porque lo había comparado con tu situación, cuando querías contratar manuscritos literarios y Sean se empeñaba en que fueran comerciales. Quizá no seamos tan diferentes, Julia, quizá los dos tengamos algo de rebeldía en nuestras entrañas.

Estaba convencido, mis otras historias podían esperar. Mi *thriller* sería el que acabaría propulsándome al estrellato. Además, tenía muy presente que tu agencia representaba a varios autores de

literatura policíaca y de suspense que habían conseguido contratos de seis cifras.

¿Por qué no iba a poder ser yo uno de ellos ?

# XII

Estaba en la cama, arriba, haciendo como que leía, pero aguzando el oído.

—Me arrepiento tanto —dijo tu voz metálica a través de los altavoces de Clive.

Por entonces ya habíais empezado a hablar por videollamada de tanto en tanto, y, sí, Julia, lo siento, pero yo casi siempre estaba ahí, casi siempre os oía.

—Pero si estaba yendo bien, ¿no? —te preguntó Clive.

—Bueno, solo hemos ido a cenar por ahí un par de veces, y no ha estado mal, aunque ya estaba empezando a confirmar que no tenemos nada en común.

—Qué sorpresa —soltó Clive con una risita.

—Imbécil —contestaste, fingiendo estar ofendida, pero no pudiste evitar acompañarlo en la risa—. Si ya lo sé, he sido tonta. No sé ni por qué accedí a tener una primera cita. Pero lo peor no es eso, lo peor es que no deja de soltar comentarios que él se cree que son graciosos pero que solo son despectivos delante de Sean por el hecho de que Savannah y yo trabajemos con autoras de romántica. Le gusta hacernos sentir que valemos menos que él, pero es que ¡para colmo sigue tonteando con Savannah también! ¡Y delante de mí!

Clive soltó una carcajada, y yo estuve a punto, pero logré contenerme y la reduje a una sonrisa.

—Tienes que dejarlo, Julie.

Y mi sonrisa se desvaneció.

Me convenía que siguieras con Clark, que todos los vínculos se mantuvieran igual de bien definidos que hasta entonces.

—Ya lo sé.

Tiré el libro al suelo con un ruido sordo.



—¿Por qué no me llevas algún día a las galerías de arte de Chelsea? —le pregunté esa misma tarde a Clive.

Para mi propia sorpresa, había empezado a sentir la necesidad de vivir más allá de las cuatro paredes del loft, más allá de las páginas, y no solo para enriquecer mis textos con experiencias vitales reales, sino también por la salud mental de ambos, la de Clive y la mía. Hasta hacía poco, nunca había sentido que fuera una persona especialmente proclive a caer en pozos de oscuridad mental, pero sabía que Clive sí, y yo mismo había empezado a ver mi proceso artístico como una montaña rusa sobre la que no tenía demasiado control (¿*Thriller* ? ¿Romance? ¿Primera persona? ¿Tercera? ¿Presente? ¿Pasado?), de modo que me parecía que lo mejor era ponerle solución antes de que fuera demasiado tarde. Respirar para poder empezar mi nuevo proyecto con la cabeza despejada.

Clive levantó la vista de la libreta y me miró con una ceja arqueada.

—¿Desde cuándo te interesan a ti las galerías de arte?

—Oye, guapo, desde siempre —respondí, haciéndome el ofendido, pero ni siquiera traté de mantener la farsa durante demasiado tiempo—. No sé, tampoco es que me muera por ir, pero, como en Nochebuena Sonya nos dijo que estaban preparando algunas exhibiciones interesantes en la galería en la que trabaja, he pensado que podría estar bien. Llevamos tanto tiempo sin hacer ningún plan con nadie…

Al derretirse la nieve invernal, se había llevado con ella la sensación de estar viviendo un sueño. Algo estaba cambiando. No solo habíamos empezado a salir más a menudo de casa e incluso habíamos retomado la costumbre de escribir en Drip varias veces a la semana, tras recibir algún que otro mensaje de Sol, preocupada por no habernos visto desde la cena en su apartamento, sino que también habíamos comenzado a pasar algo de tiempo por separado: a veces, Clive iba a comprar a solas en lugar de pedir comida a

domicilio o me pedía que subiera para poder llamarte; otras, yo daba paseos mientras hablaba con mis padres o mis hermanos por teléfono, a quienes, harto de mentir, había decidido contarles de una vez por todas la verdad (bueno, toda la verdad no; tan solo que había conocido a un chico en Nueva York y que me había ofrecido quedarme en su piso de manera indefinida, pero al menos no iba a tener que seguir manteniendo toda una vida falsa cada vez que hablase con ellos).

No había visto necesario hablar de los cambios con Clive; al fin y al cabo, era de esperar, ¿no? ¿Cuánto tiempo pueden dos personas depender únicamente la una de la otra, bloqueando casi por completo el resto del mundo? Estábamos pasando por el proceso natural de las relaciones. O al menos eso era lo que me decía a mí mismo para no ahondar demasiado en el asunto. Porque, si lo hacía, tal vez descubriera que parte de ese sutil distanciamiento se debía también a mi sentimiento de inferioridad cuando leía los textos de Clive. No podía evitarlo. Lo había intentado, pero no podía evitar que me afectara, que me lanzara de cabeza hacia una espiral de autoflagelación que no lograba entender, cuando llevaba años trabajando para solidificar mi confianza como escritor. Ahora tenía dos manuscritos empezados y abandonados y una nueva idea que aún no me veía capaz de empezar, mientras que Clive había planeado toda su novela y había escrito alrededor de un cuarenta por ciento. ¿Cómo habían podido cambiar las tornas de ese modo?

Justo después de sentarme a planificar la novela de suspense, había llegado incluso a plantearme durante unos minutos dejarla también de lado, dejar de lado todas las ideas que había estado desarrollando, y comenzar otra trama nueva, más adulta, más literaria, imitando el estilo de Clive. Olvidarme de mi misión de alcanzar el éxito comercial y tratar de sentirme sencillamente un «buen» escritor, disfrutar del arte, como Clive, y esperar recibir los frutos de la creación de manera orgánica. Y había sido en ese momento, al advertir que todos mis cimientos se tambaleaban, cuando había entendido que era hora de parar, de tomarme un descanso. Cuando al fin había visto que me estaba perdiendo a mí mismo.

—Vale. Podemos decírselo a Sol y a Catherine —contestó Clive, y asentí ilusionado.

Podríamos sobrevivir a esa transición. Que comenzásemos a vivir como personas normales, saliendo, teniendo independencia, viendo a gente, yendo a sitios, no quería decir que nos quisiéramos menos. Tal vez incluso significase que nuestra relación estaba pasando al siguiente nivel, que se estaba consolidando aún más.

Eso era lo que me estaba diciendo a mí mismo hasta que Clive añadió:

—Y a Micah .

# XIII

Acabo de escribir un suceso, Julia, que tal vez consideres innecesario. De mal gusto, incluso, soez. Por eso he vuelto al principio de la escena para añadir, antes, estas palabras a modo de advertencia. Pero lo cierto es que el sexo es importante para mí, era importante para Clive también y es importante para entender nuestra relación. La manera de afrontarlo, los niveles de pasión y ternura y el equilibrio entre ambas cosas y todo lo que hay entre ellas, los sentimientos y las emociones involuntarias que pueda despertar el acto… Todo, creo, es relevante para cualquier historia sobre amantes. De modo que, si lo prefieres (sigo sin tener clara tu postura respecto a las relaciones entre dos chicos, aunque tengo fe en que tu posible oposición habitara solo en la mente de Clive), o si crees que te va a doler (aunque de ninguna manera escribo esto para hacerte daño, para restregarte mi relación con Clive; de hecho, como verás, el momento no es nada envidiable), puedes saltarte este pasaje, pero, si quieres entender mejor todo lo que ocurrió, si quieres entenderme mejor a mí, tal vez te convenga

leerlo. Lo dejo a tu elección.



Mientras Clive se ponía el pijama, yo, aún en toalla, me acerqué a él por detrás y le agarré las manos para impedirle que siguiera subiéndose el pantalón. El sobresalto de Clive se transformó en una carcajada en cuanto entendió lo que significaba ese movimiento. Le di besos en el cuello, tiernos primero, más salvajes conforme iba acariciándole el torso, envolviéndolo desde atrás, bajando más y más las yemas de los dedos hasta posarlas sobre el bulto de su bóxer.

—Ya decía yo que tardabas en la ducha —me susurró, estirando el cuello para que siguiera mordisqueándolo.

Tiré de la banda elástica del calzoncillo con una mano e introduje la otra poco a poco en el calor de su interior, acunando lo más íntimo del cuerpo de Clive mientras se despertaba por completo; luego acaricié toda su longitud en aumento, la rodeé con los cinco dedos y apreté, y Clive se estremeció.

Llevaba pensando en ese momento desde aquella tarde, en Drip.

Desde que Clive había mencionado a Micah.

Si no sabía contener mis celos, si no era capaz de evitar que mis propios pensamientos se descarriaran, al menos podía intentar acaparar los de Clive, protagonizarlos. Asegurarme de que no hubiera espacio para papeles secundarios, y por tanto de que Micah no cupiera en su mente.

Le di la vuelta para quedar cara a cara con él y, cuando vi que iba a quitarse las gafas, lo detuve.

—Déjatelas hoy.

Quería que me mirase todo el tiempo, que me viera bien, que no me perdiera de vista, que estuviera presente, que no pudiera conjurar la imagen de nadie más.

Clive volvió a reírse. Yo suponía que no entendía esa intensidad, esos gestos más bruscos y firmes que de costumbre, pero, en lugar de asustarlo, mi nueva actitud parecía divertirlo, así que decidí seguir.

Me quité yo mismo la toalla, que cayó al suelo, y nada más liberarla mi polla se alzó hasta besar la de Clive, como si la hubiera estado echando de menos tras su jaula de tela. Me agaché, ayudé a Clive a sacar los pies del pantalón del pijama, que aún estaba amontonado en sus tobillos, y luego subí las manos por sus muslos mientras levantaba la cabeza hasta la altura adecuada. Le di besos en las ingles, en los testículos; mi lengua los recorrió en círculos y fue por sí sola hacia el perineo, pero Clive cerró las piernas y sacudió la cabeza.

No me importó; siempre he preferido recibir de todos modos, aunque seguía sorprendiéndome que Clive no me permitiera siquiera juguetear ahí atrás. En otras ocasiones, cuando le había preguntado si era solo falta de costumbre, miedo a experimentar, Clive me había asegurado que sencillamente no le gustaba, pero yo no lo había creído. ¿A quién podía no gustarle recibir un placer incomparable como aquel, algo a lo que ninguna otra experiencia se acerca siquiera?

Pero, si así lo había decidido, no iba a quejarme; más goce para mí.

Tras redirigir la lengua hacia ese prepucio que tanto me gustaba saborear, y tras deleitarme con su textura, tiré de la piel hacia atrás hasta descubrir por completo el glande reluciente y húmedo y dejé que su calor me inundara la boca mientras escuchaba los gemidos suaves de Clive. Primero moví la mano hacia delante y hacia atrás al ritmo del cuello; después lo envolví solo con la boca, sin manos; y por fin únicamente con la mano, más y más y más rápido, manteniendo la punta en la lengua y haciendo movimientos circulares con ella. Cuando estaba tan erecta que parecía haber duplicado su tamaño, volví a levantarme y empujé a Clive para que cayera de espaldas sobre la cama.

Me monté sobre él, listo para cabalgarlo, y Clive recostó la cabeza y cerró los ojos, esperando a sentir mis dedos agarrándolo de nuevo, guiándolo para adentrarse en mí. Durante un instante pensé en detenerme, acariciarle el rostro y obligarlo a abrir de nuevo los ojos, pero fue entonces cuando, al bajar la vista, me vi el vientre, los pequeños montículos que se acumulaban uno sobre otro al asumir

esa posición, y me enderecé de inmediato.

Nunca había tenido el mejor físico, nunca había ido al gimnasio ni sido el más deportista, pero tampoco me había preocupado demasiado porque el metabolismo había estado de mi lado. No, no tenía músculos, pero tampoco grasa. Y, con el tipo de cuerpo que representaba a toda una tribu, y no una cualquiera, sino la más deseada entre la comunidad gay, ¿qué podía preocuparme? Pero ahora llevaba meses en Estados Unidos, comiendo sobre todo platos de restaurantes que Clive pedía a domicilio, y, aunque salíamos más que en enero, ni de lejos lo suficiente como para compensar todas las horas que pasábamos sentados, escribiendo. Pero sabía que no era solo eso, que los cambios en el estilo de vida no eran los únicos culpables, sino algo que me inquietaba aún más: ya no era ningún adolescente. Tenía casi veintiséis años. ¿Estaría cambiando al fin mi metabolismo, como me habían asegurado a quienes había tomado por envidiosos durante toda mi vida? Seguro que el niñato de Micah no tenía ni un solo gramo de grasa, seguro que incluso se le marcaban los abdominales, seguro que todo el tiempo que yo pasaba empezando y descartando manuscritos lo aprovechaba él para cincelar sus…

Noté unos dedos contra la mejilla y, cuando levanté la vista, vi que Clive se había incorporado y me estaba mirando con el rostro descompuesto.

—¿Estás bien?

Inspiré y sacudí casi imperceptiblemente la cabeza. No a modo de negación, sino más bien para deshacerme de la imagen de Micah. ¿Por qué Micah, además? Si ni siquiera había vuelto a verlo desde aquella cena, y Clive ni siquiera lo había mencionado hasta el día anterior.

—¿Dónde estabas ahora mismo? —insistió.

—Perdona. En ninguna parte. —Le sonreí, soplé con el labio inferior extendido hacia fuera para que el aire me apartara el flequillo de los ojos y añadí—: Túmbate.

Pero el mechón de pelo volvió a caerme sobre uno de los ojos y Clive me lo echó a un lado con delicadeza.

Me encogí y me eché a un lado con brusquedad para que Clive me

soltara el pelo. Mi madre me había enviado una foto de toda la familia unos días atrás y desde entonces no había parado de pensar en el poco pelo que le quedaba a mi padre, en las entradas que lucía ya mi hermano. ¿Tendría yo esas entradas algún día? ¿Me estarían empezando a retroceder ya sin que me diera cuenta? Preguntas que se me clavaban como agujas tetánicas en el tejido tierno del cerebro. Siempre había tenido el pelo fino, lo cual significaba que se notaría antes cuando empezara a caérseme, ¿no? Micah tenía tanto pelo, tanto volumen…, una masa castaña y ondulada que parecía crecerle en todas las direcciones…

—Estás rarísimo, Ennio. ¿Seguro que no te pasa nada?

*No, no, no, no.*

No podía dejar que ese universitario insignificante me arruinara también esa noche. Que mis complejos me impidieran mostrarle a Clive todo lo que podía ofrecerle.

Le di un beso rápido por toda respuesta y lo empujé hasta que apoyó de nuevo la espalda en la cama.

Llevé una mano atrás, tanteé el vientre de Clive, más abajo, un poco más, hasta que al final volví a encontrar lo que buscaba. Tuve que acariciarla durante unos segundos para despertarla de nuevo y asegurarme de que recuperaba la firmeza necesaria, y entonces llegó el momento. Bajé todo mi cuerpo hacia ella, pero noté la carne húmeda y redondeada demasiado arriba, de modo que la descendí y me recoloqué yo también hasta encontrar el punto ideal, y entonces me dejé caer poco a poco, poco a poco, decidido a abrirme para Clive, cerrando los ojos, aguantando la respiración, y…

—Ah.

Clive me miró con una sonrisa traviesa, sin entender aún que el sonido que había emitido no había sido un gemido de placer, sino una queja.

No tenía sentido que me doliese; llevaba años perfeccionando el arte de recibir, y con Clive siempre me había sentido en sintonía, jamás habíamos tenido ningún problema al respecto. Pero era innegable: me dolía.

Me elevé unos centímetros hasta que la punta de Clive me abandonó por completo y lo intenté de nuevo. Clive me miró y, a

pesar de que su rostro quedaba oscurecido por mi propia sombra, ya que la única lámpara encendida quedaba a mi espalda, me percaté de su expresión de confusión.

—Podemos parar si quie…

Pero volví a flexionar las rodillas y a caer sobre Clive, decidido a cumplir mi propósito.

—¡Ah!

Esa vez fue Clive quien protestó; el movimiento repentino lo había tomado por sorpresa y temí haberle hecho daño. Tenía que concentrarme. Primero había sido incapaz de acoger a Clive en mi interior y ahora había estado a punto de partírsela en dos.

¿Qué me pasaba?

Y entonces Clive se rio, como si mi ineptitud fuera una broma.

¿De qué se reía?

¿Qué le parecía tan gracioso?

—Anda, vamos a parar —insistió, agarrándome de las caderas—. No pasa nada.

Me sacudí y le bajé las manos hasta dejarlas posadas sobre mis muslos.

—No, ¿por qué? Solo necesito un poco de tiempo.

—Ennio, te pasa algo, es evidente. No quiero que te hagas daño, y no hace ninguna falta que…

—¡Que no! —grité, y cuando me di cuenta del tono que había empleado ya era demasiado tarde para contenerlo.

Las palabras se quedaron flotando entre nosotros, pesadas y discordantes. Las sentía aún en la lengua, las notaba por toda mi piel, pegajosas, hirviendo. Seguía sin entender por qué estaba reaccionando de ese modo, pero lo que sí sabía era que ya no tenía ningún sentido intentar seguir, después de aquello.

—Perdón —fue lo único que logré añadir con la voz trémula, quebrándoseme en la última sílaba.

Me bajé de Clive, recogí la toalla del suelo y fui a trompicones al piso de abajo para encerrarme en el baño, donde mi reflejo me asedió durante un segundo, antes de liberarme de él golpeando el interruptor .

# XIV

¿Dejaría las pastillas y la petaca en la mesa para que las viera yo? No podía encontrar ninguna otra explicación.

Era automático: en cuanto Clive se sumía en esa tristeza que en ocasiones habitaba por diversos motivos (tal vez no podía escribir, o habíamos discutido, o había recibido un mensaje de su padre, o veía la industria ese día con más realismo que esplendor), esa tristeza que imagino que conocerás, esa tristeza cuyo diagnóstico me parecía evidente en caso de que alguna vez se sometiera a escrutinio clínico, esa tristeza con la que he de admitir que a veces me resultaba complicado simpatizar por su volubilidad y otras temía estar adoptando yo mismo por proximidad, a la mañana siguiente aparecían el frasco y el alcohol sobre la mesa como carteles de advertencia: «Frágil. Por favor, trátame con delicadeza».

*No, qué tontería* , recuerdo haber pensado al instante. *Por qué iba a hacer Clive algo así* .

Esa mañana, decidí fingir que no los había visto y me convencí a mí mismo de que sencillamente se le habrían olvidado allí, de que el efecto de la combinación de las sustancias lo habría dejado demasiado KO como para preocuparse por recoger la mesa antes de irse a la cama y caer rendido. Desde luego, parecía funcionarle de maravilla, porque Clive no se había enterado cuando me había despertado, me había vestido y había bajado las escaleras chirriantes, y ahora ahí estaba, en la inmensidad de la planta baja del loft, paseando de un lado a otro, torturándome por la noche anterior. Era yo quien no iba a poder escribir ese día, quien había dormido fatal esa noche, tras haber salido del baño y no haber visto a Clive en la casa. Había conseguido conciliar el sueño durante unas horas después de haber oído a Clive volver, pero ahora la posibilidad de haber arruinado una parte de nuestra relación, nuestra conexión

hasta ahora infalible en el sexo, me parecía algo demasiado grave como para seguir adelante con mi día como si nada. ¿Habría roto el hechizo?

Nunca antes me había sentido tan vulnerable, nunca me había afectado todo tanto, ni le había dado tantas vueltas, como esos últimos meses, desde que mis sentimientos habían dejado de ser los únicos por los que me preocupaba. Me asustaba la posibilidad de dejarme arrastrar hacia otra de esas nuevas espirales incontrolables y me asustaba que Clive cayera conmigo, teniendo en cuenta su fragilidad, a pesar de que no dejaba de mencionar lo mucho que había cambiado su ánimo desde que se había alejado de la opresión de Londres, lo feliz que lo hacía yo. Entre las grietas de la fantasía que sentía que había comenzado a resquebrajarse, por pequeñas que fueran, había empezado a visualizar pequeños atisbos de lo que debía haber sido el estado emocional de Clive antes de conocernos, cuando se había sentido solo e incomprendido, cuando no había tenido a nadie más que un padre que repudiaba su verdadero yo y una mejor amiga que no lo conocía (una vez más, lo siento, Julia, pero así era como lo veía con la información que poseía, y tampoco te culpo de su estado en Londres, que conste, ya que no sé lo que podrías haber hecho si él no te había permitido conocerlo de verdad). ¿Era nuestra relación una tirita tras la que ocultábamos los problemas de ambos? ¿Cuánto tiempo más aguantaría? ¿Había empezado ya a desprenderse por los bordes?

¿Cómo estaría ese día Clive cuando bajase? ¿Habría diluido el sueño el ambiente hostil de la noche anterior? ¿Debería hacerle el desayuno?

Pero no me dio tiempo a decidirme, porque justo en ese momento oí los escalones superiores y, al levantar la mirada, vi a Clive en bóxer frotándose los ojos con una mano y agarrándose a la barandilla con la otra.

—Buenos días —me dijo mientras bajaba los últimos escalones.

Quise devolverle el saludo, pero en su lugar me oí decir:

—¿Qué son esas pastillas?

Había resuelto no preguntar, pero por alguna razón las palabras habían decidido huir solas de mis labios. En cualquier caso, mejor

abordar el tema de una vez por todas, ¿no? Las dejara a la vista a propósito o no, me era imposible no preocuparme. El frasco no tenía etiqueta.

—Ah, uy —respondió Clive, azorado, siguiendo con la vista la dirección en la que señalaba mi dedo índice—. Perdona, se me olvidaron ayer ahí. —Me miró y al ver mi rostro insatisfecho añadió entre risas—: Pero que no es nada fuerte, ¿eh? Son solo unas pastillitas para dormir que me recomendó un compañero de la empresa de mi padre cuando estuve haciendo allí las prácticas. Me las consigue él y, como he necesitado muy pocas desde que estamos aquí —agregó con un codazo cómplice—, aún me quedan. Son muy suaves.

No sabía si creerlo, si debía insistir o preguntarle por el nombre del medicamento, pero me consolé con el hecho de percibir la ligereza de su voz, la ausencia de rencor por mi actitud. Con eso debía bastar.

—¿Quieres tostadas? ¿Descafeinado? —le pregunté y, cuando Clive se acercó a mí con una sonrisa y me dio un beso en la mejilla, me alegró ver que parecía entender que mi ofrenda era mi modo de disculparme.

—Porfa —respondió Clive antes de ir a sentarse a la mesa.

Al parecer, la fortuna había querido que viviéramos un buen día más, de modo que había que afrontarlo con cautela. A partir de esa misma mañana iría con más cuidado, me prometí mientras servía el café en dos tazas. A esas alturas ya sabía que era imposible luchar contra el poder que ejercían sobre mí mis inseguridades, pero iba a tener que ocultarlas mejor; no podía dejar que unas preocupaciones que sabía que yo mismo estaba conjurando se interpusieran en nuestra relación. Clive no se lo merecía. Clive me lo había dado todo.

Le dejé la taza de café en la mesa y lo abracé por detrás mientras esperaba a que sonara el pitido del tostador. Le di un beso en la coronilla.

—Perdón —le dije, y Clive giró la cabeza y alzó la vista para mirarme desde la silla—. No sé qué me dio ayer. Últimamente me estoy agobiando un poco con los distintos manuscritos y…

Clive levantó los brazos para rodearme la nuca y tiró de mí hacia

abajo hasta posar los labios contra los míos.

—Si alguien puede entender lo mucho que desquicia la escritura, soy yo, ¿no crees? —me dijo mientras rozábamos las narices.

Sonreí con los ojos cerrados. Suspiré.

—Además —añadió Clive, girándose en la silla, revelándome lo que la mesa había ocultado hasta ese momento y bajando la mirada hacia su regazo—, parece que por mi parte estoy listo para retomar lo de…

Un pitido.

Me giré hacia la cocina. ¿Desde cuándo sonaba así el tostador? ¿Se habría estropeado?

Pero, cuando vi a Clive levantarse, moverse agitado hacia el sofá, agarrar un cojín y taparse la erección mientras se acercaba de espaldas a la puerta, lo entendí.

—Ennio, escóndete —me pidió, caminando marcha atrás.

—¿Cómo? —le pregunté, aún plantado en el centro del loft, con los brazos flácidos en los costados.

—¡Por favor! ¡Métete en el baño! —insistió Clive, gritando en susurros.

—No entiendo nada. ¿Por qué me tengo que…?

—No le he dado a nadie esta dirección, Ennio, ni siquiera a Sol. Y es el timbre de aquí arriba, no del telefonillo, así que debe de ser algún vecino —me explicó, hablando a toda prisa—. A lo mejor lo manda mi padre, yo qué sé. Escóndete, por favor.

Antes de procesar del todo la situación, antes de que la humillación de verme obligado a esconderme en el baño de la que había empezado a sentir como mi propia casa se asentara por completo en mi mente, vi que mi cuerpo obedecía a Clive.

Cuando cerré la puerta tras de mí, pegué la oreja a la madera y agucé el oído.

Y no pude creérmelo cuando reconocí la voz de la persona a quien Clive estaba dejando entrar.

¿Qué coño hacías tú allí ?

# XV

Sí, te lo confieso ahora, en ese momento, en el momento en que volviste a adentrarte en nuestras vidas, yo estaba en el loft. Tal vez lo supieras desde el principio, tal vez te hicieras la tonta. ¿Te hiciste la tonta, Julia? No lo creo, porque fui cuidadoso y permanecí allí a oscuras, sin atreverme siquiera a encender la luz por si se derramaba por la rendija de la puerta, mientras me encogía de la vergüenza ajena que sentí al oír la insinceridad en el tono jovial del saludo de Clive.

Oía las preguntas de Clive gracias a la exaltación impostada de su voz, pero me costaba más distinguir tus respuestas. ¿Habías dicho que estabas en Nueva York por algo de los dientes?

—¿Y no podías reunirte por videollamada con esos clientes? —oí que te preguntaba Clive.

«Clientes», claro, eso tenía más sentido.

Oí el zumbido de las ruedas de las maletas, crujidos de ropa.

—Sean quería que me reuniera personalmente con ellos —me pareció oírte decir, ahora que habíais pasado al interior y estabais más cerca de la puerta del baño—, para aparentar más profesionalidad y tal, y…, bueno, no te voy a mentir, acepté encantada porque quería verte.

Una risita demasiado aguda de Clive.

Pasos.

Supuse que os estaríais abrazando.

Clive:

—Pues me alegro muchísimo, Julie. Menuda sorpresa.

Tú:

—Aunque… hay un problemilla.

Clive:

—Uy, cuéntame. Bueno, espera, vamos a sentarnos.

Tú, con voz risueña:

—¿Me explicas qué haces en calzoncillos?

Una carcajada tensa.

El sonido de vuestros dos cuerpos dejándose caer en el sofá.

Clive:

—Perdón, es que me acabo de levantar, ¡y evidentemente no esperaba visita! Estaba desayu…

Tú, cortándolo:

—¿Dónde está Ennio, por cierto? ¿Ha encontrado ya piso?

*¿Piso?* , pensé. *¿Le ha dicho Clive que estoy quedándome con él hasta que encuentre mi propio piso?*

Sentí el impulso de abrir la puerta y decirte que ahí estaba, encerrado en el baño, gracias por preguntar, que Clive estaba en calzoncillos porque estaba a punto de montarlo ahí mismo cuando nos habías interrumpido.

Pero, por supuesto, no me convenía; no solo me habría asesinado Clive, sino que me habría quedado sin la posibilidad de ganarme tu favor (ya sabes que sigo tratando de hablar con toda la sinceridad posible, tal y como lo sentía todo en ese momento) y poder enseñarte alguno de mis manuscritos algún día.

Cerré los puños y seguí escuchando.

Clive:

—No, no, ha salido a comprar, pero seguimos viviendo juntos. Encajamos bastante bien como compañeros de piso.

*¡¿Compañeros de piso?!*

—Y estamos escribiendo un montón, y al fin y al cabo para eso estamos aquí, así que por ahora vamos a seguir así.

*Estarás escribiendo tú, pedazo de cabrón.*

*Compañeros de piso…*

Clive otra vez:

—Bueno, ¡cuéntame! ¿Qué problema tienes?

Un suspiro.

Tú:

—Pues que soy tonta, Clive.

*No me digas.*

(Lo siento, pero es lo que recuerdo haber pensado).

—Resulta que me equivoqué y reservé el hotel para el mes que viene. Me he dado cuenta hoy, estando ya aquí, así que voy a tener que buscar otro y estarán carísimos y Sean me va a matar y…

Clive:

—Pero ¿qué dices, Julie?

*No.*

*No te atreverás.*

*No serás tan estúpido.*

Clive:

—¡Te quedas aquí, evidentemente!

*Ay, Dios.*

—No, hombre, no, que aquí estaréis vosotros dos tan a gusto y no me quiero entrometer.

—Julia, me estás hablando como si no fuéramos prácticamente familia, por Dios. Pues claro que te vas a quedar aquí.

Una risita tímida.

—Pero es que no quiero molestar… Y, además, ¿dónde voy a dormir? Porque imagino que Ennio dormirá aquí, en el sofá, ¿no?

*Uy* , pensé.

¿Qué era ese tono que estaba detectando incluso a través de la puerta, sin verte la expresión?

—Claro, sí. Pero, vamos, que puedo comprarte un colchón hoy mismo. No tengo más camas porque nunca me han hecho falta, pero ya ves que hay espacio de sobra. O puedes dormir arriba en la cama conmigo, que es tan inmensa que no me tienes ni que rozar.

Risas.

*¿Perdón?*

Clive:

—Además, tampoco sería la primera vez. ¿No te acuerdas de cuando te acompañé a casa después de la fiesta esa de tu compañera de clase, la rubia esa, hace mil años, y estábamos tan

borrachos que me quedé a dormir contigo y a tu madre casi le dio algo al vernos por la mañana?

Tú:

—El cumpleaños de Lauren, es verdad. Menuda noche.

Más risas.

Clive:

—Pues eso. Si somos casi hermanos, Julie. Esta es tu casa.

*Ah,* pensé, *conque es* su *casa. ¿Ahora es cuando le da a ella también una llave en una cajita o qué?*

Tú:

—Ya… Bueno, pues vale. Pero van a ser solo unos días, eh, te lo prometo.

Clive:

—¡Los que necesites! Si estoy encantado de que estés aquí. Pero qué calladito te lo tenías, cabrona.

Más risas aún.

*Qué bien se lo pasan juntos. Qué divertido es todo esto. Qué a gusto estoy aquí en el puto baño escondido como la zorrita de un cuarentón casado.*

Tú:

—Es que me apetecía darte una sorpresa.

*Pues sí que nos la has dado, guapa.*

Tú, de nuevo:

—Espero que a Ennio no le moleste.

Clive:

—Anda ya, va a estar encantado. Tenía muchas ganas de conocerte mejor.

Me separé de la puerta, me di la vuelta y entorné los ojos para intentar ver algo entre la penumbra.

*¿Estarán por aquí las pastillas del hijo de puta este?* , pensé, con ganas de echarle el bote entero en el café .

# XVI

Después de oír el clic de la puerta de entrada, esperé unos treinta segundos para asegurarme de que no os hubierais olvidado nada y salí del baño. Había oído a Clive pedirte que lo acompañases a comprar algo de comida para esos días, y durante un instante el agradecimiento hacia Clive por sacarte tan pronto de allí con una excusa y dejarme en libertad al fin estuvo a punto de superar esa rabia infantil que se había adueñado de mí por verme en esa situación, pero entonces recordé que tenía todas mis pertenencias arriba, en el cuarto que *compartía* con Clive, el cuarto de una *pareja* , y entendí que iba a tener que recogerlas a toda prisa. Y volví a odiar a Clive por ponerme en esa tesitura.

¿De verdad tenía que fingir, siendo adulto, estando más cerca de los treinta que de la adolescencia, que no estaba durmiendo con mi novio?

Mientras recogía el pijama, el cargador del móvil y la pila de libros que tenía sobre la mesita de noche, no podía dejar de preguntarme si así sería mi vida en caso de que algún día volviéramos a Londres. Si solo podría disfrutar de Clive a intervalos, si ambos tendríamos que fingir ser quienes no éramos, si la tensión de ser descubiertos estaría siempre presente. Si podríamos siquiera vivir juntos o si ser «compañeros de piso» allí también sería demasiado descarado para la familia de Clive.

Sabía que no había ningún motivo apremiante por el que fuéramos a tener que volver en el futuro cercano, pero al mismo tiempo no dejaba de ser más y más consciente de que no íbamos a poder vivir así para siempre, sin trabajo, en un piso que pertenecía al padre de Clive, quien tarde o temprano, aunque fuera solo por las facturas, se daría cuenta de que allí no solo vivía su hijo.

Cuando Clive fuera consciente también y la realidad descargara todo su peso sobre nosotros, ¿a dónde iríamos? ¿Qué me quedaría a mí?

*Para. Van a ser solo unos días* , me dije, recordando que esa misma mañana me había prometido no dejarme llevar, cuidar de Clive, estar ahí para él, en lugar de ponérselo más difícil aún. *Unos días y volveremos a nuestra burbuja.*

Cuando dejé mis cosas abajo, en una de las estanterías enormes en las que Clive guardaba sus vinilos y que habíamos empezado a adornar con monsteras y marantas, pensé en volver arriba a sacar la ropa del armario, pero en ese momento oí el tintineo de las llaves en el rellano. Debíais de haber ido al bazar de siempre. ¿En qué estaba pensando Clive, concediéndome tan poco tiempo? ¿Por qué no te había llevado a algún supermercado más lejano?

—¡Ennio! ¡Has vuelto! —exclamó Clive, entrando en el loft, e intenté no fruncir el ceño al oírlo hablar con ese tono tan estúpido.

—Sí —dije por toda respuesta, porque tú habías aparecido por detrás de Clive y habías entrado con bolsas en las manos y no pude evitar visualizaros durante un segundo como un matrimonio que llegaba a su casa después de la compra semanal.

Un matrimonio atractivo, joven, exitoso y completamente heterosexual. Uno con dinero, otra con trabajo, ambos felices, sin problemas, aceptados por ambas familias.

—¡Mira quién ha venido! —me dijo Clive, girándose hacia ti.

—¡Anda, Julia, al fin te conozco! —exclamé, y me morí de vergüenza ante la pateticidad de mi intento de hacerme el sorprendido.

Te saludé con dos besos, ¿lo recuerdas?, olvidando por un momento, por culpa de los nervios, que los ingleses no teníais esa costumbre, y te reíste y trataste de seguir mis movimientos con

torpeza. En ese momento, al tenerte tan cerca, pensé que la luz del Golden Beaver debía de ser muy poco favorecedora para tus rasgos, porque no te recordaba tan atractiva, con esa melena llameante, esa nariz respingona y esas pecas que te otorgaban, te otorgan, supongo, un aspecto infantil que contrastaba, contrasta, supongo, con tu ojos verdes y despiertos, alertas.

Mientras Clive me contaba el motivo por el que estabas allí, me limité a asentir y sonreír, como si estuviera escuchando todo aquello por primera vez.

—Claro que te puedes quedar, mujer —te dije—. El tiempo que necesites. Esta es *tu casa* —añadí, mirando a Clive al pronunciar las últimas palabras.

Tú también lo miraste con lo que me pareció una sonrisa de incomodidad, con la ceja izquierda ligeramente levantada, pero Clive tan solo se rio y nos agarró a los dos por los hombros.

—Qué alegría teneros a los dos aquí, juntos. Qué fuerte que las dos personas más importantes de mi vida no se conociesen aún.

—Bueno, sí que nos conocíamos —me recordaste—. Del Golden Beaver.

*Como diga que se acuerda de mí porque les serví mal las copas, la agarro de la coleta y la arrastro* , pensé (perdona: sinceridad, honestidad, lo que sentí en el momento, bla, bla, bla), separándome de aquel abrazo extraño a tres bandas.

—Me acuerdo porque la primera vez que te vimos le dije a Clive que eras muy mono —añadiste—. ¿No te acuerdas? —le preguntaste a Clive, que asintió, visiblemente incómodo.

Se me dibujó una sonrisa ladeada cohibida, cargada de culpa, mientras me preguntaba si me habría equivocado contigo, como parecía equivocarme con todo esos días .

# XVII

Recordarás (¿lo recordarás? Mientras te escribo, no paro de preguntarme si tú verás aún todos los momentos de aquellos días con el mismo nivel de detalle, como escenas de una película, si los tendrás también grabados a fuego, si sientes aún en la piel, en el vello que se eriza al revisitarlo todo, la incomodidad y la tensión que se palpaba entonces, o si solo me pasa a mí) que tú y yo íbamos en silencio en la parte trasera del taxi mientras el conductor no dejaba de parlotear con Clive. Íbamos de camino a la galería de Sonya, el plan que le había propuesto *yo* a Clive el día anterior y que Clive había sugerido que recuperásemos todos juntos, cuando nos habías asegurado que no querías acostarte porque te habías pasado la mayor parte del vuelo dormida.

—Tenía razón Clive, ¿eh? —oí que me decías mientras nos adentrábamos en la Décima Avenida, y me giré hacia ti con las cejas levantadas—. Este barrio sí que parece el centro del mundo del arte contemporáneo. No dejamos de pasar por delante de galerías y museos.

—Sí, supongo que sí —contesté antes de volver la vista de nuevo hacia la ventana.

Había sugerido el plan el día anterior para sacar a Clive de casa, para romper con la rutina, olvidarnos de la escritura y descubrir la riqueza del pasado *queer* del barrio, además de para ver a Sonya,

quien en la cena de Navidad me había parecido alguien con quien tal vez pudiera entablar amistad en la ciudad, pero ahora, aunque pretendiera darte una oportunidad, sabía que la dinámica de la visita iba a ser completamente distinta.

—¿Cuál es tu favorita? —me preguntaste—. Supongo que habréis venido bastante estos meses, ¿no?

—Pues la verdad es que…

—Oye, ¿qué pasó al final con Clark? —te preguntó de pronto Clive, desesperado por encontrar alguna manera de librarse de la charla incesante del conductor.

—¿No te lo conté?

—Bueno, me dijiste que ya tenías claro que tenías que pararle los pies, pero que no sabías cómo, por si encima se ofendía y te hacía quedar mal a ti dentro de la empresa.

—Ah, pues al final fue fácil. Tuve otra cita con él y decidí hablarle todo el rato de los manuscritos de romántica que tenía que leerme para valorarlos. De los más cursis, de los que no me gustan ni a mí, si te soy sincera, pero es que sabía que a él le parecerían ridículos y, sobre todo, un tema aburridísimo. Y se ve que surtió efecto, porque no ha vuelto a pedirme salir desde entonces.

Vi a Clive esbozar una sonrisa por el espejo retrovisor.

—Al menos he sacado algo bueno de todo esto —añadiste—: a Savannah y a mí nos ha unido bastante. Ahora ella también lo llama «el *litbro* ».

Y os reísteis y me miraste desde tu asiento y fingí reírme con vosotros, aunque no sabía cómo actuar, si tú sabías que yo sabía tu historia con Clark o debía hacerme el tonto, preguntar algo.

—¡Ya estamos! —anunció entonces Clive por suerte, dándose la vuelta hacia nosotros.

Clive pagó al conductor y nos llevó hacia la puerta de la antigua bodega que albergaba ahora una de las más de trescientas galerías de la zona, un edificio cuadrado de ladrillo pintado de gris con enormes ventanales. Nada más entrar, Sonya nos saludó desde detrás del mostrador.

—¡Chicos, bienvenidos! Pensaba que no vendríais nunca. Imagino que habéis estado la mar de ocupados, ¿eh? —nos dijo, alzando

repetidamente una ceja mientras pasaba la mirada de Clive a mí.

Clive tosió y se apresuró a presentaros; por suerte, estabas demasiado absorta contemplando la arquitectura del edificio como para advertir la insinuación de Sonya, o eso me pareció (me hace gracia pensar ahora en todo lo que por entonces creí que ignorabas, e imaginarte leyendo esto, tal vez riéndote sola, pensando que éramos unos ingenuos por pensar que no te percatabas de nada cuando te percatabas de todo). Los tres la seguimos al interior mientras Sonya nos explicaba que no podía dejar el mostrador desatendido durante mucho tiempo, pero que quería enseñarnos personalmente la exposición porque era una de sus favoritas de las que había organizado la galería hasta entonces, y fue en ese momento cuando caí en que ni siquiera me había parado a preguntarme qué tipo de arte expondrían allí. Sencillamente no se me había pasado por la cabeza; para mí, que nunca había sido un entendido del arte, como mi familia solía empeñarse en recordarme, tan solo había supuesto un plan divertido.

—Lea Hwang, la autora, es una tía rarísima, la verdad —oí que explicaba en susurros Sonya, liderando la marcha, adentrándose en la primera sala—, pero su talento es innegable. Los críticos están de acuerdo en que este está siendo su año, y eso que el pasado ya recibió varios premios. —Clive y tú asentíais mientras la seguíais—. En esta exposición, con una serie de cuadros y fotografías, y un conjunto de grabados en cobre, explora temas como la soledad y la domesticidad, la pérdida y la gratitud a través de un estilo poético y naturalista.

Clive y tú os acercasteis a las primeras pinturas con expresión de asombro, y yo os miré, miré a Sonya y miré las obras, y tuve que contener una carcajada incrédula. ¿De verdad podía considerarse aquello arte? ¿Cómo podían inferirse temas tan complejos como la pérdida o la domesticidad de aquellos trazos temblorosos de colores discordantes que dañaban el ojo?

—Creo que hace un tiempo vi algo suyo por redes sociales —dijo Clive con la vista aún fija en las obras—, y creo que te lo pasé a ti, ¿no?

Lo miré confundido; no recordaba nada de aquello. ¿Cuándo nos

habíamos pasado Clive y yo cuadros por redes?

Estuve a punto de contestarle cuando tú le contestaste en un grito susurrado:

—¡Es verdad! No había caído en que era la misma artista.

Tragué saliva y fingí interesarme por otro de los cuadros.

—¿No os parece curioso —empezaste a decir, y puede que tú no recuerdes esta conversación, pero créeme que yo sí— cómo puede cambiar a nuestros ojos la obra de un artista después de haber recibido el reconocimiento de la crítica? O sea, no me malinterpretes, Sonya —agregaste, acercándote a ella—. Hwang ya me gustó cuando me pasó Clive un cuadro suyo, pero es como si algo que antes nos parecía sencillamente cuco o prometedor, de pronto, después de que los críticos hayan decidido que es «su momento», se convierte en impactante. Cautivador. Crucial para entender el momento artístico en el que nos encontramos.

Sonya permaneció en silencio unos segundos, durante los cuales Clive soltó una risita ante tu discurso y me miró con una cara que interpreté como: *Ay, Dios, para qué la habré traído.*

—A mí me gusta —mentí en un intento de calmar las aguas, pretendiendo hacerle un favor a Clive, e inseguro de qué otro argumento podía aportar a la conversación.

—No, si tiene toda la razón —respondió al fin Sonya, apoyándote la mano en el hombro—. A mí Hwang sí que me ha parecido siempre especial, así que en este caso, para mí, no sé si aplica del todo lo que dices, pero a mis compañeras y a mí nos ha pasado en muchas otras ocasiones. Es como si un grupo reducido de gente, una élite, tuviera en sus manos el poder de transformar de pronto la obra entera de un artista, no solo sus nuevas creaciones, sino también las antiguas, tan solo señalándolas con el dedo y diciendo: «Me gusta». Es como si hicieran magia —añadió con una risita infantil—. Entiendo perfectamente lo que dices.

—Exacto —contestaste, y cogiste a Clive del brazo—. A Clive siempre le estoy hablando del tema, porque es algo que pasa muchísimo en la agencia. Muchas veces es más exagerado aún. Por ejemplo, recibimos un manuscrito que no es solo que no nos encante, sino que directamente nos parece basura, y luego, al ver

que ha fichado con otros y ha empezado a recopilar premios, a veces pensamos: «¿Cómo puede ser que a esa bazofia le esté yendo tan bien?», pero otras incluso empezamos a verlo con otros ojos. Como si nos hubiéramos equivocado nosotros. Es curioso.

Clive y tú (*Clive y tú, Clive y tú, Clive y tú* ) seguisteis caminando, deteniéndoos ante cada pintura y oyendo con atención los comentarios de Sonya, mientras yo os seguía en silencio.

—¿Y los grabados también son suyos, entonces? ¿Cómo encajan con el resto de su obra? —le preguntó Clive a Sonya conforme os alejabais y pasabais a la segunda sala.

Yo me quedé allí durante unos instantes, a solas, rodeado de unos cuadros que parecían gritarme: «¡Inculto! ¡Ignorante! ¡Cateto!», hasta que Clive se giró en la puerta, me miró con los labios estirados en una sonrisa tensa y una tempestad silenciosa en los ojos y me preguntó:

—¿No vienes?



Cuando Clive y tú girasteis la esquina de la calle un rato después, tomé aire y sentí como si me llegase a los pulmones por primera vez en toda la tarde. Clive había propuesto ir a Little Island para enseñarnos a los dos el parque y luego tomar algo cerca de allí, pero yo estaba exhausto tras fingir durante más de una hora que entendía de arte, o que al menos no me espantaba el que tenía delante, de modo que os había dicho que había dormido mal esa noche (lo cual era cierto, por suerte, ya que no estaba seguro de que fuera a poder seguir mintiendo durante mucho más tiempo sin repelerme a mí mismo), que prefería pedirme un Uber y descansar un poco en casa. Clive había insistido, como yo había esperado e incluso agradecido, pero había acabado cediendo cuando le había recordado que no te veía desde hacía demasiado tiempo y querríais poneros al día solos.

Una vez fuera de vuestro campo de visión, me apoyé contra la pared rugosa de la antigua bodega y cerré los ojos. Estaba agotado pero orgulloso de haber conseguido superar la tarde sin ninguna de

esas rabietas infantiles, sin dejar que mis complejos afectaran a Clive. Además, parte del objetivo original de aquel plan se había cumplido: no había pensado en mis manuscritos durante toda la tarde. Cómo lo necesitaba. En un momento llegaría el Uber, me llevaría al loft y podría relajarme con algún libro y una buena copa de vino que me noquearía, y al día siguiente, tras un sueño reparador, recuperaría al menos parte de la claridad mental que tanto iba a necesitar para mantenerme a flote hasta que te marchases.

Suspiré y abrí los ojos justo cuando una figura alta se recortaba contra el haz de luz ámbar de la farola de la acera opuesta.

—¿Qué haces aquí tan solo a estas horas? —me preguntó una voz cargada de provocación traviesa que me costó reconocer, y me llevó un momento conseguir que se me acostumbrara la vista y distinguir las facciones del rostro del chico que tenía delante.

Y solo entonces dije:

—Micah .

# XVIII

El crujido de las escaleras me despertó. Las escaleras que solía bajar yo cada mañana y que ahora estabas bajando tú, con una camiseta gris de mangas largas de Clive que te llegaba casi por las rodillas. Sabías lo que estabas haciendo, imagino. No te lo voy a preguntar. Pero no iba a morder el anzuelo, no iba a dejarme arrastrar por mis propios juegos mentales habituales; no sabía cuántos días te ibas a quedar allí, y tenía que aprovecharlos para ganarme pronto tu favor.

Me saludaste con la mano mientras, con un movimiento de la cabeza, te apartabas el pelo de la cara, más naranja que nunca bajo la luz matinal que se colaba por los ventanales. Me alegré al recordar el día en que Clive me había dicho que no se consideraba ni siquiera remotamente bisexual, porque al verte esa mañana volví a pensar: *Esta chica podría ganarse a quien se propusiera* .

Me incorporé y te devolví el saludo, y te ofrecí sentarte a mi lado cuando te vi allí plantada en mitad del loft, indecisa.

—¿Quieres algo de desayunar? —te pregunté.

Tras bostezar (y sí, hasta tu bostezo recuerdo, porque escudriñaba cada uno de tus gestos, de tus actos, de tus palabras, preguntándome qué sería real y qué ocultaría segundas intenciones; así de desquiciado estaba ya, lo admito), me contestaste con una sonrisita:

—Creo que esa ha sido la forma de mi cuerpo de decirte que necesita café.

Me reí y me levanté para prepararlo.

—Al fin alguien con quien compartir mi droga favorita —te dije mientras sacaba el bote de café molido—. A veces me da tanta pereza preparar descafeinado para Clive y cafeinado para mí que hago descafeinado para los dos y…

—Y te quieres morir durante toda la mañana, ¿no? —añadiste, terminando mi frase antes de levantarte para hacerme compañía en la zona de la cocina.

—Totalmente —contesté mientras llenaba de agua el depósito de la cafetera italiana.

—Me ha pasado cada vez que he intentado dejarlo. Odio necesitarlo, pero me encanta cómo me hace sentir. ¿Será eso lo que sienten las personas con síndrome de Estocolmo?

Volví a reírme mientras dejaba la cafetera en el fogón, lo encendí, me giré para mirarte y me apoyé contra la encimera.

—A mí directamente se me olvida cómo se escribe si no lo bebo —contesté, considerando que era la oportunidad perfecta para introducir el tema de la escritura—. Mi cerebro se queda hecho una papilla inútil.

—Buf, nunca he intentado leerme un manuscrito sin haberme bebido un café antes. No me quiero ni imaginar cómo sería la experiencia —dijiste abriendo mucho los ojos de un modo cómico.

*Pues sí que ha sido fácil redirigir la conversación* , recuerdo haber pensado, más animado, más relajado. *Y eso que ni siquiera me he tomado el café aún.*

—Hablando de manuscritos, ¿pintan bien los de los autores con los que te vas a reunir estos días?

Bajaste la mirada y jugueteaste con un hilo de la manga de la camiseta que se había soltado. Me pregunté, me pregunto, aunque hoy tengo mis teorías, qué querría decir ese gesto.

—Bueno, no sé. Hoy he quedado con uno de ellos, a ver qué tal —contestaste con una voz vacilante, tropezándote con las palabras—. Luego os contaré —agregaste, volviendo a mirarme, con una sonrisa de labios cerrados que me pareció que ocultaba algo—. En fin, cuéntame tú. Me ha dicho Clive que estáis avanzando mucho, ¿no? Que llevas tres manuscritos empezados desde que estáis aquí…

Guau.

Volví a darme la vuelta al oír el silbido de la cafetera, bajé la tapa y apagué el fuego.

—Sí, bueno. Estoy contento por tener ideas, pero me está costando un poco comprometerme y…

Me detuve, maldiciéndome. *Estás hablando con una agente literaria,* pensé, *con la persona que tiene la llave de la vida que quieres, no con una amiga. Deja de subestimarte. Es tu momento.*

—Pero, sí, la verdad es que no paramos. Creo que de todo lo que tengo pueden salir varias historias bastante comerciales y fáciles de vender —concluí, orgulloso, antes de servir el café en dos tazas y tenderte la tuya.

—Vaya —contestaste, frunciendo los labios, mientras aceptabas la taza—. Clive no me había dicho qué género escribías, y estaba pensando en decirte que me pasaras algo, por si querías que le echara un vistazo, pero la verdad es que estoy intentando centrarme más en ficción literaria.

Se me hundieron los hombros.

Antes de recordar que unos días antes, en uno de mis momentos de crisis, había escrito varias escenas sueltas, a modo de ejercicio, imitando el estilo de Clive. Tal vez de ahí pudiera salir algo, ¿no? ¿Me habrían venido bien las inseguridades, después de todo? ¿Me habrían convertido en realidad en un autor camaleónico, todoterreno? ¿Podría enseñarte el texto, decirte que era mi nuevo proyecto e idear toda una trama en el tiempo que tardaras en leértelo?

—De todos modos —dijiste cuando estaba a punto de hablar—, pásame todo lo que tengas. Sean, mi jefe, está obsesionado con que contrate historias comerciales. A lo mejor nos podemos ayudar mutuamente.

Y me ofreciste un guiño que me cegó, un guiño que encerraba un destello: la promesa de un futuro resplandeciente, todo lo que siempre había soñado.

En el abrir y cerrar de tu ojo, vi a mis padres encontrándose con mi novela traducida al español en librerías, diciéndoles a sus amigos con el pecho a punto de explotar: «Mira, ese libro de ahí es de mi

hijo»; a mis hermanos, orgullosos de mí por una vez; a mis compañeros del instituto que no esperaban nada de mí viendo carteles de la presentación en el centro cultural del pueblo. ¿Valdría la pena siquiera volver allí para promocionar la novela y demostrarle al pueblo en quién me había convertido, o sería más satisfactorio no darle siquiera la oportunidad de valorarme, si no lo había hecho en su momento? Después de todo, lo más probable era que hubiera una gira por Inglaterra, tal vez por Estados Unidos, incluso, si hacías las cosas bien.

Ay, Julia… Cómo te quería en ese momento. Podría haberte besado.

Poco después, tras beberte el café rápido, mientras cogías algo de ropa de la maleta que habías dejado junto a la puerta, me pediste que le dijese a Clive que no habías podido esperarlo para desayunar porque ibas a llegar tarde a la reunión con tu primer cliente, y, antes de que te fueras al baño a cambiarte, te supliqué, lo recordarás, te supliqué que no le dijeras nada a Clive sobre la conversación que acabábamos de mantener, «para no darle demasiada importancia al asunto, por si al final no quedaba en nada»; lo que temía en realidad, claro, era que Clive pensara que había aprovechado mi posición para asaltarte en la primera ocasión que había tenido, abusando de tu confianza, cuando aún ni siquiera era seguro que él mismo pudiera trabajar en su propio manuscrito contigo.

Aún no sabía si podía fiarme de ti, si mantendrías tu palabra, pero tampoco tenía motivos para pensar lo contrario. Aun así, sabía lo que tenía que hacer para asegurarme de que ninguno de los dos tuviéramos que guardar el secreto durante demasiado tiempo: conseguir que Clive te enseñara su manuscrito cuanto antes.



—Buenos días, marmota —le dije a Clive en cuanto lo vi asomar la cabeza desde el piso de arriba, con los rizos alborotados y los ojos hinchados y entornados.

—Mmm —fue lo único que respondió.

—Se ve que, si te pegas una buena fiesta, no te hace falta la

pastilla para dormir como un lirón, eh.

Clive comenzó a bajar las escaleras despacio, con el dedo índice y el corazón apoyados en la sien.

—Buf. Miro las figuras del cuadro ese desde aquí —dijo, señalando el cuadro enorme que tenía a mi izquierda, con la silueta de dos personas sumergidas en el mar hasta la cintura, recortadas contra un sol anaranjado— y te juro que parece que están bailando. Y hoy Julia quiere volver a salir. ¿Dónde está, por cierto?

Ignoré la ligera punzada insurgente que me perforó el pecho, algo que a esas alturas había aprendido a hacer con pericia, y me obligué a concentrarme.

—Ha ido a ver a uno de sus clientes. —Y luego añadí—: Bueno, entonces supongo que lo pasaríais bien ayer, ¿no? ¿Os habéis puesto al día?

Clive llegó abajo y se dejó caer sobre el sofá.

—Sí, bueno, me estuvo contando chismes de la agencia, los manuscritos horrendos que Sean le hace leer… Y me dijo que su madre me echa de menos, y me dio un poco de pena llevar tanto tiempo sin verla, la verdad.

Me acerqué a él, asintiendo, y me senté en el respaldo del sofá.

—¿Y tú? ¿Le contaste…?

Clive se tapó la cara con uno de los cojines.

—Arrrgh. —Apartó el cojín y me miró a los ojos—. Ya sabes lo que te voy a responder. No salió el tema, y no sé si estoy preparado para…

—Tienes que contárselo, Clive. Ahora que la conozco un poco más, estoy más convencido que nunca de que te entenderá.

Estaba convencido de que, si supieras lo de Clive, todo sería más fácil. Tendríamos una aliada en Londres, podría olvidarme por completo de mis celos hacia ti, y contarle a Clive que era posible que tú también me representaras a mí, por no hablar de que Clive podría sentirse más liberado que nunca y seguir trabajando en su manuscrito sin nada que lo detuviera. Tú lo asesorarías respecto a sus preocupaciones, lo podrías convencer para publicar con pseudónimo y asegurarse así de que su familia nunca se enterase de que el libro trataba en realidad sobre su vida y, una vez que la

novela viera la luz, lo más probable era que Clive se desbloqueara lo bastante como para escribir otro libro, sobre otro tema, bajo su nombre auténtico. Todos estaríamos contentos: tú, Clive, su padre y yo.

—Lo intentaré —contestó Clive—, pero no prometo nada.

Le lancé una mirada desafiante.

—Me dijiste que se lo contarías cuando tuvieras un novio serio. ¿Vas a tener que esperar a la boda o qué?

Clive me sonrió, pero luego permaneció en silencio durante un momento, pensativo.

—Ya sabes que no me siento cómodo del todo poniéndola en esa posición con mi padre y…

—Clive, ¡es tu mejor amiga! Vale, sí, tiene trabajo gracias a tu padre, pero esto es la vida real, no un *thriller* . ¿Qué puede hacer tu padre, exactamente?

—No lo sé, Ennio, ¿vale? Pero me abruma la idea. Es pensar en contárselo y ver la cara de Alan. La de sus padres, cuando le dijeron al mío lo que había pasado. La de Nathan, chantajeándome…

—Vale, pero Alan era un niñato y Nathan era un imbécil al que no conocías casi. Ahora estamos hablando de Julia, tu amiga desde hace… ¿Cuánto? ¿Más de diez años? No tiene por qué ponerte en peligro jamás. De hecho, solo te ayudaría hablarlo con ella. ¿No quieres poder enseñarle tu manuscrito de una vez?

—Sí, pero…

—Pues ya está. Esta noche os vais de nuevo solos y se lo cuentas, ¿vale?

—¿Otra vez te vas a quedar en casa? —me preguntó Clive con los párpados pesados, cargados de decepción.

No era solo que quisiera darles tiempo juntos para que Clive pudiera hablar con calma del tema; también sentía la llama de la creatividad avivada en mi interior, un picor en las yemas de los dedos, como si pidieran a gritos posarse sobre las teclas del portátil, derramar todas mis ideas ahora que era más probable que nunca que mis manuscritos viesen la luz.

—Creo que es mejor que aprovechéis estos días para pasar tiempo solos. Además, no querrás que nos vea juntos todo el tiempo y

sospeche, ¿no? —le pregunté, mirándolo de reojo y hablando con una voz burlona.

Clive me agarró de un brazo, me tiró al sofá, sobre él, y empezó a darme besos por toda la cara.

—Me parece a mí que alguien está celoso… —me dijo, elevando el tono al final de la frase, provocándome.

Entre risas, fingí estar luchando por apartarme, por evitar los besos, pero lo cierto era que llevaba veinticuatro horas necesitando el contacto de Clive, veinticuatro horas echando tanto de menos sus labios que había sentido un tirón doloroso en el pecho, la necesidad de aferrarme a algo para evitar que mi cuerpo se viera arrastrado por sí solo hacia él.

De pronto Clive se detuvo en seco y miró a su alrededor.

—¿Ha dicho Julia lo que va a tardar?

—No, pero creo que me ha dicho que tenía que ir hasta Brooklyn.

Clive se levantó del sofá y tiró de mi brazo con una mirada refulgente.

—Entonces tenemos tiempo .

# XIX

Os oí llegar a las dos de la mañana, tropezándoos con el umbral de la puerta, tropezándoos con la alfombra y tropezándoos con los escalones. Pero no fue el ruido lo que me despertó; los nervios, la expectación ante la posibilidad de que Clive te lo hubiera contado todo, me había tenido dando vueltas entre las mantas del sofá cama desde que me había acostado, unas dos horas antes, después de una sesión de escritura bastante provechosa, centrada en mi *thriller* , el cual había decidido mostrarte como la opción comercial y cuyos primeros capítulos ya te había dado antes en un USB.

Los tropiezos eran, en realidad, una buena señal: si había habido alcohol de por medio, era más probable que Clive se hubiera soltado y te lo hubiera contado todo. De modo que, algo más calmado, y sabiendo que había estado demasiado insistente con Clive esa mañana, me obligué a cerrar los ojos, dejar el asunto estar por esa noche y preguntarle al respecto cuando amaneciera.

Mientras os oía subir al piso de arriba entre susurros, entremezclados con el sonido de la llovizna contra los cristales, mi mente vagó y aterrizó en cómo sería mi vida al cabo de unos meses, reunido con editores, preparando planes de *marketing* con equipos enteros de especialistas, proponiéndole a Sol hacer una presentación en Drip, organizando, por qué no, una gira conjunta con Clive, si

conseguía vender también mi manuscrito literario además del comercial…

No sabía en qué momento me había quedado dormido, en qué momento mis ensoñaciones se habían convertido en sueños, pero cuando volví a abrir los ojos miré el móvil y vi que había transcurrido media hora. Esta vez sí me había despertado el ruido: movimientos extraños y pesados en el piso de arriba, gritos susurrados. Cuando giré la cabeza, aún tumbado, con las mantas por la barbilla, te vi bajando las escaleras a pisotones, despeinada, con la mochila colgada de un hombro pero en tanga, sin nada que te cubriese los pechos. Cuando te percataste de que estaba despierto, observándote en silencio, te los tapaste con una mano, pero no me dijiste nada. ¿Qué pensarías en ese momento? ¿Qué me habrías dicho si te hubieras atrevido a hablar? Te dirigiste deprisa, con gestos inquietos, hacia la maleta, cogiste una sudadera y unos pantalones y comenzaste a vestirte.

—¿Julia? ¿Estás bien?

Sin contestar, metiste la mano en la mochila, sacaste un objeto pequeño que no logré ver desde allí y me lo lanzaste al sofá con violencia.

Cuando bajé la vista a las mantas, encontré a mi lado el USB con los manuscritos. Lo recogí con el dedo índice y el pulgar, con cautela, como si quemase, y luego lo sostuve en la palma de la mano abierta, y, cuando alcé la mirada hacia ti, vi que me estabas observando a través de la penumbra desde la puerta mientras te ponías el abrigo.

—Julia, ¿qué…?

Me vi obligado a detenerme al sentir la fuerza de tu mirada abrasándome la piel del rostro, mientras el dispositivo perforaba un círculo ardiente en mi palma.

Tragaste saliva y pusiste una mano sobre el pomo de la puerta, aún mirándome.

—Adiós, Ennio —fue lo único que me dijiste antes de dejarte engullir por las sombras del descansillo y cerrar con un portazo tras de ti.

Me levanté a toda prisa, con la respiración acelerada, la culpa

palpitando por mi cuerpo, y subí los escalones de dos en dos.

Clive estaba sentado en la cama, abrazándose las piernas, con la mirada perdida.

—¿Clive?

No contestó. Ni siquiera levantó la vista.

—Clive, ¿a dónde va Julia? ¿Qué ha pasado? —insistí.

Y entonces sí que habló, despacio, con un hilo de voz casi inaudible y el rostro descompuesto en una mueca que nunca le había visto.

—Ha intentado besarme.

La culpa se detuvo en seco. Fue la confusión lo que la reemplazó.

—¿Cómo que ha intentado besarte?

—Se ha lanzado de pronto —respondió, con la vista aún clavada en la cama—. Estábamos aquí, en la cama, hablando, y… me ha besado.

—¿Ha intentado besarte o te ha besado? —le pregunté, como si eso fuera lo importante, intentando ganar tiempo, estabilizarme, prepararme para lo que pudiera venir a continuación.

Clive levantó la vista y, mientras me miraba, habría jurado que los ojos se le sacudían en las cuencas, que allí se acumulaba todo el movimiento que su cuerpo estaba conteniendo.

Ante su silencio, no pude evitar seguir hablando:

—Pero, entonces, ¿no se lo has contado?

Y fue como si todo lo que Clive había estado encerrando bajo la piel estallara de pronto.

—¡Pues claro que no se lo he contado! No me ha dado tiempo, ¿y sabes por qué? Porque ha sido ella quien me ha contado una cosa antes. ¿Quieres que te dé el beneficio de explicarme qué ha pasado o tengo que conformarme con su versión?

—Clive… —le dije mientras daba un paso hacia él.

—Que por qué lo has hecho, Ennio —me dijo despacio, sin apartar la vista de mí, y volví a detenerme.

Suspiré.

—¿Tan grave te parece?

Clive abrió mucho los ojos, con las cejas alzadas.

—¿Que si me parece grave que te hayas aprovechado de mi amiga

para entregarle tus manuscritos antes siquiera de saber si voy a poder trabajar yo con ella, después de todo lo que he pasado para llegar a este punto? ¿Sabiendo, además, que yo mismo habría intentado que te representara si me lo hubieras pedido?

Intenté hablar, pero el nudo que se me había formado en la garganta no me permitía emitir ningún sonido.

Clive echó todo el aire que tenía en los pulmones y, en un tono más calmado, o sencillamente resignado, añadió:

—Quizá no lo sea. Quizá justo esto no sea tan grave. Pero lo siento como la guinda, Ennio. Me hace pensar en todos estos meses y de pronto me pregunto si he estado ciego, si he ignorado cosas que debería haber abordado.

—¿Como qué? —pregunté cauteloso.

—Pues que hemos llegado a un punto en que apenas hablamos si no es de escritura. Siempre te noto raro cuando te hablo de Julia, o celoso cuando te cuento mis experiencias pasadas con otros chicos. No has querido pasar tiempo con Julia y conmigo, y el rato en que estuviste en la galería con nosotros fue a regañadientes, y te quisiste ir corriendo a escribir. Apenas hablamos de nuestro pasado, de nuestras familias, de nuestros estudios, de *hobbies* que no sean la literatura… ¡Ni siquiera sabes cómo se llama mi madre! Y no te echo la culpa solo a ti, por supuesto, pero ahora, después de lo rápido que te has abalanzado a por la primera oportunidad de publicar, aunque eso suponga pisotearme, no puedo evitar preguntarme si tenemos algo en común. Si te importa lo nuestro. ¿Te importa? ¿Te importo yo? ¿O solo te interesa lo que te ofrezco, la idea de mí, alguien que te regala la posibilidad de centrarte en lo único que realmente parece importarte a veces: la escritura? No, ni siquiera sé si es la escritura; es publicar. El éxito. Es una obsesión, Ennio. Tal vez no te des cuenta, pero para mí cada vez está más claro. Y te estás perdiendo la vida por esa obsesión. Y yo no quiero que a mí me ocurra lo mismo.

—Clive… —fue, de nuevo, lo único que pude decir antes de que él siguiera hablando.

—No me gusta ser así, lo odio, pero… no puedo evitar preguntarme si todo esto habrá sido una farsa desde el principio. Si

aceptaste venir a Nueva York tan rápido porque me veías como un trampolín hacia…, no sé, hacia Julia, hacia la publicación, hacia el reconocimiento. Y ya te he dicho que no puedo culparte solo a ti; fui yo quien te lo ofreció todo, pero —sorbió antes de continuar— ahora me preocupa haberme equivocado. Porque ahora no tengo manera de saber qué ha sido real y qué no.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté, y tuve que aferrarme a la barandilla para no caer de espaldas escaleras abajo.

Era consciente de lo que parecía. Clive me había dado un hogar, un amor incondicional, una promesa, y yo tan solo había podido darle mi compañía. Pero ¿tan grave era lo que había hecho como para que se desestabilizaran los cimientos de todo lo que habíamos construido?

—Me encantaría estar de broma, Ennio, pero… Pero no sé qué pensar. No es solo que no sepa si te importo, es que no tengo claro si te conozco siquiera.

—¿Cómo puedes decir eso?

La lluvia había empezado a caer con más fuerza y a golpear los ventanales del loft. Di otro paso hacia delante, inseguro sobre si sentarme en la cama a su lado empeoraría o mejoraría las cosas.

El rostro de Clive pareció ablandarse momentáneamente mientras yo sentía el rastro caliente de una lágrima por mi mejilla.

—No sé, Ennio. Me da la sensación de que a veces no te das cuenta de las cosas que haces. De cómo te comportas.

—¿Y tú eres un santo? —le espeté de repente, antes de darme cuenta de lo que estaba diciendo.

Aunque sabía que no tenía ningún sentido, aunque era perfectamente consciente de que tenía las de perder, mi cuerpo había decidido defenderme atacándolo a él. Adelantarse a las acusaciones que me pudiera seguir lanzando y enmascarar mi culpa con un disfraz de rabia.

Clive se irguió en la cama.

—¿Perdón?

—Nada de esto habría pasado si no te hubieras negado a contarle a Julia todo desde el principio. Si no te avergonzaras de quién eres.

Clive se levantó de la cama sin dejar de mirarme.

Recuerdo perfectamente haberle dicho esas palabras porque ahora no entiendo cómo pude.

Cómo pude echarle en cara el hecho de que siguiera afectado por años de homofobia, ostracismo, crueldad y sufrimiento.

Clive tenía razón. Había empezado a no saber por qué hacía las cosas que hacía. Yo tampoco sabía quién era, en quién me había ido convirtiendo esos meses. ¿Cuándo se había torcido todo tanto? ¿Cuándo había dejado de sentir lo que sentía por Clive el invierno anterior? ¿Eran las raíces de la envidia lo que se había adentrado en nuestra relación y lo había podrido todo? ¿De verdad me importaba más la escritura que Clive? ¿De verdad no había sido capaz de ver lo que tenía, y había estado dispuesto a sacrificarlo todo por la promesa del éxito?

Clive se acercó a mí, transformado de repente, consciente del giro que había tomado la discusión. Ya no se trataba solo de lo que había hecho. De que hubiera traicionado su confianza y la de Julia. Eran meses de confusión acumulada, de envidia, de inseguridades, de falta de comunicación, de aislamiento, de perder contacto con la realidad. De locura.

Ante su tacto, dos ríos de lágrimas comenzaron a brotarme de los ojos, como si compitieran en intensidad con la lluvia que caía al otro lado de las ventanas.

—Ennio —me dijo, sujetándome por los hombros—. ¿Qué está pasando? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Pero yo ya no lo oía.

En mis oídos retumbaba una frase que estaba a punto de pronunciar, pero que sabía que no iba a poder retirar. Mi cuerpo quería dejarla escapar, pero en mi interior sabía que sería mi perdición. Que lo cambiaría todo. Que con solo dejar que rodara por mi lengua me vería arrastrado de vuelta al septiembre pasado. Sin Clive, sin casa, sin futuro, sin nada. De modo que tan solo me mordí la lengua, tragué saliva y salí de allí .

# XX

No me enorgullezco de lo que hice entonces, Julia, pero, una vez más, necesito plasmarlo por escrito todo para completar el rompecabezas de lo que ocurrió esos meses, quizá más para mí, para mi propia claridad mental, para entenderme mejor, que para ti.

No quería pensar. No podía pensar. Necesitaba algo físico, que ahogara todo lo demás. Necesitaba tocar, que me tocaran, que algo me embriagara los sentidos.

Saqué el móvil en el portal, ante el manto de lluvia que no me permitía ver más allá de la acera, y mi dedo pulgar se movió solo hasta llegar al contacto de Micah.

Me había dado su número aquella noche, delante de la galería de Sonya, cuando se había encontrado conmigo al ir a recogerla del trabajo. Al principio no había entendido por qué; creí que tan solo se habría dado cuenta de que habíamos empezado con mal pie y querría mostrarse agradable, pero antes de marcharse me había guiñado un ojo y entonces lo había comprendido todo.

Y ahora estaba escribiéndole, preguntándole si podía ir a su casa, consciente de que era la peor idea posible.

Pero ¿qué más daba otra mala idea entre un mar de ellas?

Cuando me bajé en Bryant Park, ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí, cómo había descubierto el funcionamiento del metro ni cómo había pagado; Clive y yo no habíamos tenido que usarlo hasta entonces, ya que apenas nos habíamos alejado del SoHo y, cuando habíamos necesitado transporte, siempre había un taxi o un Uber esperándonos.

Lo único que sabía era que estaba allí, que Micah me había dicho que vivía solo cerca de la Facultad de Odontología de Nueva York y que acababa de llegar de fiesta.

Al detenerme delante de su edificio, todo encajó: universidad pija, piso para él solo en Midtown Manhattan. Otro rico. Había vuelto a caer en las manos de un niño rico, como Clive, y con novia, como Philippe. Pero esta vez esas circunstancias solo me facilitaban las cosas; era más sencillo no preocuparse por los sentimientos de alguien así, no desarrollar sentimientos propios, usarlo tan solo como el cuerpo que necesitaba.

Le envié un mensaje para avisarle de que había llegado y como única respuesta recibí un *emoji* de un diablo con una sonrisa traviesa antes de oír el zumbido del portal al abrirse.

En el ascensor, mantuve la vista clavada en los pies. Sabía que, si me miraba al espejo, si me veía, el hechizo se rompería.

El pitido del ascensor, el silbido de las puertas al abrirse, la oscuridad del rellano y, al fondo, recortado una vez más contra la luz, Micah.

Recorrí el pasillo sintiendo como si me deslizase por el suelo y, antes de saber lo que estaba haciendo, Micah me estaba rodeando con los brazos mientras le mordía el labio inferior y lo agarraba del pelo. Estaba desenfrenado; algo se había apoderado de mis extremidades y las desplazaba por todo el cuerpo de Micah como si se me hubiera perdido algo entre sus recovecos.

Entramos en su piso y durante un segundo me sorprendió ver lo poco sorprendido que estaba él; sencillamente se estaba dejando llevar, apoyado contra la pared de su vestíbulo mientras los cuadros se tambaleaban. Cerró la puerta con la pierna y comenzó a desabrocharme el pantalón.

Yo le quité la sudadera y recorrí su espalda con las manos, las introduje por el interior del pantalón y los calzoncillos y acuné sus nalgas mientras le lamía el lóbulo. Cuando el dedo índice viajó por sí solo hacia su agujero, Micah me apartó, al igual que había hecho Clive.

*Clive.*

*Clive.*

*Clive.*

Algo empezó a cambiar en la química de mi cuerpo al pensar en él.

Micah negó con la cabeza antes de empujarme contra la pared opuesta y pegarme contra ella. El instante en que me golpeé la nuca contra una percha fue el mismo en que oí el tintineo de la hebilla de mi cinturón al rebotar contra el suelo, y la combinación de los sentidos funcionó como una inyección de cafeína que se extendió por mi cuerpo, de pies a cabeza, hasta sentir una presión palpitante en el cerebro.

¿Qué estaba haciendo allí?

¿Por qué estaba abalanzándome sobre ese chico sin ningún control sobre mi cuerpo ni mis actos?

Como…

Como cuando Clive se había abalanzado sobre mí aquel día en el callejón.

*Clive.*

*Clive.*

*Clive.*

En cuanto en mi mente se reprodujo aquella escena, tantos meses atrás, el intervalo entre aquel momento y el presente se extendió ante mí, desordenado, caótico, intenso, trágico pero eufórico.

No.

No tenía ningún sentido.

No sabía lo que necesitaba, pero de pronto tuve claro que no era eso.

No era romper todo más aún, de un modo irremediable. Si había alguna posibilidad de solucionar aquello, esa no era la manera. No podía seguir perdiéndome, no podía seguir dejándome llevar por impulsos sin sentido, evitando enfrentarme a las consecuencias y creyendo que mirando hacia otro lado y actuando sin hacerme responsable de mis actos todo acabaría, por alguna razón, saliendo bien.

No podía dejar escapar lo único puramente bueno que me había pasado.

No podía rendirme tan pronto .

# XXI

Nada más abrir la puerta del loft, lo oí antes de verlo:

—¿Dónde estabas?

Clive me miraba desde delante de uno de los ventanales, encorvado, con el móvil en la mano y el rostro oscurecido por la luz gris que entraba a su espalda y enmarcado por unos rizos sueltos que le caían sin vida. Cuando se acercó a mí y su cara se definió, la vi hinchada, sonrojada. Ni rastro de la palidez y los rasgos angulares que tanto habían succionado mi mirada meses atrás.

—¿Acaso importa? —fue lo único que pude responder, porque toda la determinación que me había llevado hasta allí, toda la seguridad en mí mismo y en lo que debía hacer, flaqueó ante su figura y su expresión desconcertantes.

Clive resopló y bajó la vista al suelo mientras yo cerraba la puerta tras de mí.

—No entiendo… Siento que ya no entiendo nada de lo que haces, Ennio. Cada día me pareces más —vaciló, alzó la mirada justo en ese momento y me la clavó en los ojos, quizá con culpa, o eso quise creer, quizá con acusación— desequilibrado.

Giré la cara e imité su resoplido, tan solo porque oponerme, combatir, me parecía la única opción. Pero sabía que tenía razón, que no podía seguir así, que ya no tenía ni idea de quién era, que no la había tenido desde que había llegado allí, desde que había empezado a vivir de sueños y de su caridad, sin trabajo, comparándome constantemente con él, sintiéndome inferior, obsesionado con encontrar mi voz como autor, con publicar, con el éxito, con…

—En cualquier caso, ya no importa.

Volví a mirarlo: estaba sosteniendo el móvil en alto y el rizo de siempre le caía sobre el ojo izquierdo, y durante un segundo quise acercarme, estirar el brazo y retirárselo, pero sabía que ya no podía, que tal vez nunca más pudiera, y la imposibilidad de un gesto tan minúsculo se me hizo enorme.

—Me ha llamado mi padre —añadió Clive—. Sabe dónde estoy, lo que estoy haciendo. No sé cómo, pero lo sabe todo.

Tragué saliva. Pensé en ti, claro.

No quise hablar.

—No podemos seguir quedándonos aquí. Quiere que vuelva a la empresa, a Londres. —Clive se apartó el rizo por sí solo y carraspeó antes de pronunciar las siguientes palabras—: Nueva York se ha acabado.

Entonces lo supe. Supe que no solo Nueva York se había acabado. Si Clive lo hubiera querido de verdad, habría luchado. Habría planteado alguna otra posibilidad, le habría mentido a su padre, se habría inventado alguna excusa, le habría recordado la importancia del máster que fingía estar cursando. Pero no había hecho nada de eso, y lo supe: no había manera de resucitar lo nuestro. Clive estaba dispuesto a regresar a Londres, donde se replegaría una vez más y caería en las garras del círculo de su familia y cualquier atisbo de una vida conmigo, de una vida auténtica, quedaría aplastado.

A lo mejor podría haber luchado yo. A lo mejor debería haberlo intentado en ese momento, pero creo que lo único en lo que pensé entonces fue: adelántate a un sufrimiento mayor.

—O sea que ya está, ¿no? —dije, y al alzar la voz hacia un tono más agudo para formular la pregunta cuya respuesta ya sabía se me quebró, como sentía que me estaba quebrando todo yo, como sabía que se estaba quebrando Clive—. Todo esto se acabó.

Clive me dio la espalda y oí una risa cargada de incredulidad, de amargura.

—Curioso —me dijo mientras tan solo podía mirarle la nuca.

—¿El qué?

Se acercó a la isla de la cocina, dejó el móvil sobre ella y permaneció apoyado en la superficie durante un segundo, como si supiera que iba a necesitar fuerzas.

—Que te haya sido tan fácil quererme en Nueva York, donde te lo puedo dar todo, y que de pronto lo ves todo arruinado en cuanto algo se complica, en cuanto nos tenemos que ir a Londres y ya no te puedes beneficiar de estar conmigo. Cuando tienes que estar conmigo solo por mi amor, sin la promesa de nada más.

—¡Has sido tú quien ha dicho: «En cualquier caso, ya no importa»! —le espeté, incrédulo ante sus acusaciones, incapaz de rebatirlas.

—¡Porque me da igual dónde hayas estado si todo se está desmoronando, Ennio! —me gritó Clive—. Porque esperaba alguna clase de reacción por tu parte. Un intento de luchar por lo nuestro, al menos.

—Nada de esto habría pasado si no hubieras sido un cagado que se avergüenza de quién es y miente a su mejor amiga y agente en lugar de hablarle sobre nosotros y sobre lo que estaba escribiendo.

Clive se giró hacia mí de nuevo y me miró con asco. Me tembló el cuerpo, se me erizó la piel. Jamás pensé que recibiría una mirada así por su parte.

—Eso ya lo has dicho, Ennio. Y tampoco sé a qué viene ahora. ¿Qué más da el puto manuscrito? ¿No te das cuenta de que así solo me confirmas que solo te importan los libros?

—¡Viene a que no tienes cojones de vivir una vida real! No quieres salir del armario con Julia ni con tu padre porque te da miedo perder esta vida tan cómoda que tienes, perder todo el dinero de tu papi y tener que currarte las cosas como los demás —dije con el mismo asco con el que me había mirado él. No sabía de dónde estaba saliendo tanta repulsión, si era un mecanismo para volcar sobre él toda la culpa que sabía que, de otro modo, recaería sobre mí—. Solo quieres leer tus libros de gente pedante e intentar imitarlos desde la comodidad de tu loft como un bohemio repelente de familia rica.

Los ojos de Clive. Nunca voy a ser capaz de olvidar los ojos de Clive en ese momento.

Quise estirar los brazos, agarrar las palabras que habían salido de mis labios, estrujarlas, comprimirlas, metérmelas de nuevo en la boca, atragantarme con ellas, ahogarme, morir. Quise sentir dolor, recibir un castigo inmediato.

Pero el mayor castigo fueron los ojos de Clive.

—¿Cómo podemos no conocernos en absoluto después de tantos meses? —me dijo despacio, con un hilo de voz ronca—. Soy yo el que quiere, el que necesita, vivir una «vida real», como tú dices. Lo que ya no sé es lo que quieres tú. Por qué estás aquí. Pero tengo claro que no es solo por mí.

—Estoy aquí —contesté, acercándome a él— porque quería un futuro juntos.

Su mirada se ablandó. Ahora solo parecía perdido. Perdido una vez más ante el vaivén de la marea de mi temperamento.

—Pero ahora… —añadí, y dije al fin la frase que no había querido decir la noche anterior, cuando Clive me había retenido justo antes de marcharme del loft—. Ahora creo que no puedo estar con alguien tan cobarde.

Al otro lado de los ventanales, el sol acuoso intentaba sin éxito luchar contra las nubes. La luz gris del exterior se intensificó y volví a perder los rasgos de Clive durante un instante.

Tan solo lo oí inhalar.

Bajó la cabeza y se metió una mano en el bolsillo, como si fuera a entregarme algo.

Pero antes de sacarla, vaciló y murmuró:

—¿Sabes? Una vez, en una de las miles de discusiones que solía mantener con mi padre porque le avergonzaba que quisiera ser artista, me defendí diciéndole: «¿Qué es un artista, sino alguien que quiere traer belleza a un mundo desolado?». Menuda frase de esnob, ¿eh? —Rio sin ganas y tragó saliva—. Pero ahora ya sé la respuesta a esa pregunta. Un artista no es más que un narcisista que solo ansía validación externa y está dispuesto a entregar al amor de su vida para conseguirla. —Sacó la mano del bolsillo y me tendió un fajo de dólares—. Aquí tienes. Más de mi dinero. Para un billete de avión, cuanto antes. Si todo este tiempo has estado en mi vida para poder usarlo, ahora, por favor, úsalo para salir de ella .

# PARTE II I

Julia se sienta en el Golden Beaver, en las sillas que disponen en la acera cuando hace buen tiempo y en las que nunca antes se ha sentado porque jamás ha estado allí durante el día. Deja una carpeta sobre la mesa con las letras BORRADOR escritas en permanente en cursiva y, cuando alza la vista, ahí está él, girando la esquina, acercándose, con el sol de la tarde a su espalda, oscureciendo su expresión.

Con cada paso que da, parece activar un botón en la mente de Julia que suscita la pregunta: *¿He hecho bien en citarlo en persona?*

No sabe qué opina aún de él, ni siquiera tras haber leído su versión de lo ocurrido, una versión que nunca podrá saber hasta qué punto es verídica, pero que al menos se le ha antojado cargada de sinceridad. Tampoco sabe qué opinará él de ella ahora, después de aquella visita inesperada en Nueva York y de aquella partida abrupta, después de la vuelta de Clive a Londres y de su marcha, después de la agresividad de la carta que le envió medio mes atrás.

No sabe, en definitiva, qué puede salir de este encuentro.

Pero las dos semanas de su ultimátum han llegado a su fin y, a pesar de haber recibido un texto extenso, más extenso quizá de lo que necesitaba, sobre los hechos, no ha hallado en él respuesta, en realidad, a su pregunta original. Sigue sin saber por qué, cuando leyó la primera novela publicada de Ennio, pudo entrever tras sus palabras los pensamientos de Clive, los cimientos de la que iba a ser su obra, las ideas sobre las que le habló a la vuelta de Nueva York.

La respuesta de Ennio, su texto, solo la ha dejado con más preguntas. ¿Por qué ha decidido acabar su relato en ese punto? ¿Por qué no ha incluido sus interacciones posteriores con Clive? ¿Ha sido incapaz de confesar por escrito?

Todo eso es lo que pretende averiguar Julia hoy. Puede que con su relato Ennio haya conseguido que sienta algo más de empatía por él, puede que al menos le haya hecho comprender que su amor por Clive era real, pero sigue necesitando saber si su novela es un plagio. Si se aprovechó de su cliente, de su mejor amigo, de la única

persona de la que ha estado enamorada.

Tiene que hacerlo por Clive.

Por eso lo ha citado, aunque para ella no sea agradable.

Por Clive.

Ennio se sienta frente a ella, el sol se esconde momentáneamente tras un sicomoro y su rostro se vuelve visible, un flequillo rubio veteado y una piel bronceada, indicios de un verano privilegiado que, junto con una ropa más cara de la que Julia recuerda haberle visto, ocultan, solo hasta que lo estudias con más detenimiento, una sonrisa tímida de ojos perdidos, unos párpados hinchados, una barba incipiente y descuidada.

Un hilo de voz:

Hola, Julia .

Julia se estremece cuando Ennio pide un cosmopolitan. Ella pide *whisky* . Por Clive. Para aplacar los nervios. Para relajar los hombros y aflojar la lengua.

Mientras llegan las bebidas, Julia le pregunta qué tal por Italia porque la Julia decidida, despiadada, de la carta no es la Julia real, por más que desee serlo a veces. Ennio, con expresión de desconcierto ante su formalidad, contesta que ha vuelto a instalarse en España, que Italia no era para él, y tras su escueta respuesta un silencio desciende sobre ellos, un silencio que Julia siente como un cosquilleo punzante, molesto en la piel.

Cuando vuelve el camarero, un chico más joven que ellos, muy delgado, moreno, que Julia no ha visto jamás y que Ennio mira durante lo que a ella le parecen unos segundos de más, Ennio acaba con ese silencio. Le pregunta al camarero si sigue trabajando allí Philippe, a lo que el chico responde con un acento del norte, de Sheffield, tal vez, que no, que por lo que le han contado él ha sido su sustituto; le pregunta al camarero si siguen trabajando allí Elena y Alessandro, a lo que el chico responde que se fueron hace poco; le pregunta al camarero si sigue trabajando allí Uli, a lo que el chico responde que no conoce a ningún Uli; le pregunta al camarero, prediciendo la respuesta, si sigue trabajando allí Katie, a lo que el chico le responde que sí, solo que hoy tenía turno de mañana.

Conforme el camarero se aleja, visiblemente incómodo ante esa repentina entrevista, Ennio se recuesta en la silla, mira a Julia y le dice:

Y eso es lo que hace el Brexit.

Julia le da un sorbo al *whisky* a modo de respuesta. Lo saborea, traga. Siente el picor ardiente que le abrasa la tráquea, le recorre las extremidades, y piensa, de nuevo, en Clive.

Dice:

Yo voté en contra.

Ennio va a contestar, pero Julia alza la palma extendida de la mano y lo corta:

Bueno, creo que no hace falta que sigamos con rodeos. Sabes por qué te he pedido que vengas. Quiero hacer esto por las buenas, Ennio. Agradezco la honestidad del texto que me has enviado, de verdad que sí. Incluso le he visto potencial, desde un punto de vista editorial. En una versión distinta de nuestra historia, tal vez incluso te podría haber representado.

Ennio suelta una risa escéptica y Julia continúa:

Pero la historia es la que es. Y yo aún no conozco el final. ¿Por qué lo has omitido en el texto? ¿Por qué no has contestado aún a mi pregunta?

Ennio se incorpora, apoya los codos sobre la mesa y mira a Julia con esos ojos marrones e inquietos, tan desconocidos aún para ella.

Porque, dice, con lo que te he contado, ya conoces mucho más de mi parte de la historia que yo de la tuya.

Julia ladea la cabeza y responde:

Así no es como funciona esto, Ennio. Yo no te debo nada. Eres tú el que se enfrenta a una acusación de plagio, y yo a quien tienes que convencer.

Ennio alza el dedo índice y se apunta a sí mismo, a Julia, a sí mismo y a Julia mientras dice:

Esto no va sobre si he plagiado o no una novela, Julia. Tú y yo sabemos que esto trata de Clive. Siempre ha tratado de Clive. De su vida conmigo, de su vida contigo.

Julia arquea las cejas y se dispone a reafirmar su autoridad como la persona que tiene la sartén por el mango en esta conversación, pero Ennio no se lo permite y añade con firmeza:

Y ambos trabajamos con libros, y sabemos que un final, sin todo lo que lo precipita, no significa nada. Antes de llegar a mi final con él, el final de verdad, no el de Nueva York, Clive volvió a ti. Y yo necesito saber lo que pasó esos meses tanto como tú necesitas conocer mi final.

Otro silencio. Otro trago de *whisky* para ganar algo de tiempo.

No tiene por qué contarle nada. No tiene que convencerlo de nada.

Pero Ennio tiene razón: si alguien hubiera plagiado a cualquier otro cliente suyo, Julia habría hablado directamente con su jefe y la agencia habría emprendido acciones legales.

Pero es Clive de quien están hablando, no un autor cualquiera.

Su Clive.

¿Y acaso no ha leído el texto de Ennio de principio a fin en cuanto lo ha recibido, pasando la noche en vela? ¿Acaso no lo ha devorado, consumida por la necesidad de averiguar más sobre Clive, sobre su realidad, sobre lo que le ocultaba, sobre lo que lo volvió a llevar hasta ella? ¿Acaso no necesita ella también poder hablar con alguien sobre su propia versión?

Oye la voz de Ennio de nuevo, llamándola:

Julia.

Julia alza la vista de su regazo y mira a Ennio, que le ha posado la mano en el antebrazo.

En una voz menos firme, más como una súplica, Ennio le dice:

Cuéntame tu final, y yo te contaré el mío .

Supe, por Michael, que Clive había vuelto a Londres. Llevábamos sin hablar desde que me fui del loft. No me atrevía a encararlo. No me enorgullecía de cómo me había marchado de allí, pero…

¿Por qué te fuiste así?, le pregunta Ennio. Nunca lo entendí. Vale que te sintieras avergonzada, pero, siendo tu mejor amigo, ¿tan grave era que te rechazase?

No fue solo eso, Ennio. Fue el rechazo, fuiste tú, fue que… ese día vi tu ropa en el armario de Clive y de pronto todo encajó. En algún lugar de mi mente había encajado mucho antes, por supuesto, o al menos eso me digo a mí misma ahora para no sentirme ciega y estúpida. Pero supongo que me había resultado más fácil engañarme a mí misma. Es lo que suelo hacer, por lo visto.

Ennio suspira.

Julia sigue:

No creo que entiendas lo tonta que me sentí. Años, más de una década, de amistad con alguien, y de repente te das cuenta de que no lo conocías, no has sabido ofrecerle la confianza necesaria para mostrarse tal y como es. Me sentí engañada, avergonzada, ahogada en celos, y a la vez me sentí mala, mala amiga, mala confidente; sentía contradicciones que no sabía cómo afrontar. Y te odiaba.

Ennio arquea las cejas con un resoplido de incredulidad, casi divertido.

Julia continúa:

No tiene sentido, lo sé, pero te odiaba, y me reconfortó, en cierto modo, leer en el escrito que me mandaste qué sentías tú por mí. Que no me soportaras, que no te fiaras de mí, y que ese recelo fuera injustificado, validaba mis propios sentimientos.

Un trago de *whisky* . Más ardor, más coraje.

Ennio no trata de explicarse siquiera; sigue mirándola, estudiándola de cerca pero a la vez, de algún modo, como si estuviera muy lejos de allí.

En fin, dice Julia. Me fui. Podría haber actuado de otro modo, tal

vez, pero me fui. Y creo, tras leer tu texto, que tú entiendes de tomar decisiones cuestionables.

Ennio alza la copa, brindando en el aire. A Julia la tranquiliza ver que no se lo ha tomado como un ataque, porque no pretendía serlo. La imperfección de Ennio le facilita la tarea. No tiene que fingir haberlo hecho todo bien, haber sido la amiga ideal. De hecho, desde que ha leído su texto, una idea reconfortante no ha dejado de revolotear por su mente, brindándole cierta paz: no ha sido todo culpa suya. Ennio la cagó casi tanto como ella, o más. La culpa compartida tal vez no duela menos, pero es algo más llevadera.

Luego, cuando Michael me dijo que Clive había vuelto, estuve varios días esperando un mensaje suyo, añade Julia. Y, cuando entendí que no iba a llegar, fui yo quien le escribió, con la esperanza de arreglar las cosas, vernos, explicarme, dejar que se explicara, volver a algo parecido a la normalidad. Pero Clive estaba convencido de que había sido yo quien se había chivado a su padre. Que era culpa mía que hubierais tenido que volver. Y…

¿Y no lo era?, le pregunta Ennio, de nuevo clavando esos ojos inquisitivos y a la vez distantes en ella.

A Julia le parece que la está mirando solo a un ojo, al izquierdo, y por un momento la desestabiliza, balbucea algo que ni siquiera ella entiende.

Ennio enarca una ceja.

¿Crees que haría algo así?, le pregunta Julia, dudando de si había subestimado a Ennio.

No nos conocemos tanto, Julia.

Si crees que podría arruinarle la vida así como así a una de las personas a las que más quería…

Yo lo hice, contesta Ennio. No estoy orgulloso de ello. Pero sé que se puede. Que la cabeza te puede llevar a lugares a partir de los cuales se toman decisiones que más tarde te resultan incomprensibles. Repugnantes.

*Whisky* . Dos sorbos seguidos. El calor de la bebida de alguna manera aplaca el calor de la mirada de Ennio, una contradicción que Julia agradece.

Sigue:

La cuestión es que él me creyó, no sé si de verdad o porque le convenía creerme, porque no le quedaba nadie ya. A los dos nos convenía ignorar ciertas cosas que sospechábamos, hacer la vista gorda para aferrarnos a lo que nos podíamos ofrecer el uno al otro. Julia hace una pausa y continúa: Vino a verme a casa esa noche, y estaba destrozado, Ennio. No sé si te sirve de algo ahora, y no sé de qué me sirve a mí decírtelo, pero creo que nunca lo he visto tan… ausente. Carente de vida. Era como si hubiera perdido lo más valioso. Y yo siempre había creído que lo más valioso de su vida era la escritura, su refugio, pero resulta que no. Que eras tú. O lo que tú representabas.

Ennio la mira con un temblor en el labio y Julia cree que va a apartar la mirada, avergonzado, consumido por el dolor, pero no, tan solo sigue mirándola fijamente mientras una lágrima se le acumula entre las pestañas, reflejando las lanzas de luz que se cuelan entre las hojas del sicomoro, hasta que se vuelve demasiado pesada y cae por su mejilla. Se la seca y se lleva el dedo índice en horizontal al labio para cubrirse los temblores.

No fue él quien me lo dijo, pero era evidente. De hecho, no quería hablar de ti. Intenté sacarle el tema para ver si al fin podíamos ser del todo sinceros entre nosotros, ya que Clive ya sabía lo que sentía yo por él, pero se negó en rotundo a hablar de cualquier cosa relacionada con esos meses, contigo. No paraba de decir que solo necesitaba «volver a la normalidad». Al principio no lo entendí. ¿Qué era la normalidad? Pero luego, después de tirarnos toda la tarde y parte de la noche hablando y bebiendo…

Ahora Ennio sí aparta la vista con brusquedad. Casi con violencia. Traga saliva y, despacio, vuelve a mirar a Julia con los ojos trémulos, brillantes.

No sé si me hace falta oír esa parte.

Yo la he leído, contesta Julia, retadora.

Pero entonces el brillo líquido de los ojos de Ennio se desprende una vez más y le forma ríos rielantes en la cara, y Julia se ablanda. No tiene necesidad de cebarse.

En cualquier caso, no es necesario contarte los detalles, solo que ocurrió. Esa noche ocurrió. Y mientras ocurría ni siquiera me sentía

del todo allí, presente, en mi cuarto, con él; casi sentía que le estaba pasando a otra persona, porque me costaba demasiado aceptar que fuera real. Se lanzó él a por mí. Sin que yo tuviera que hacer nada. ¿Era ese el comienzo? ¿Nuestro comienzo?

¿Y no pensaste que…?

¿Que tal vez él no sintiese lo mismo que yo? ¿Que estaba allí conmigo porque no podía estar contigo? ¿Que era un experimento, que Clive debía sentirse como si estuviera haciendo unos deberes que le había mandado su padre? Sí, claro que lo pensé, lo pensé todo. Una y otra vez. Pero mucho más tarde; en ese momento no. Porque en ese momento solo estaba envuelta en una nube de confusión y éxtasis. Porque tienes que entender, Ennio, que tú has vivido tu historia de amor con Clive, pero yo llevaba viviéndola en mi mente, aunque al principio no fuera consciente de ello, desde los ocho años, y desde que lo había asumido no había podido dejar de pensar en ello. En él, él y yo. En el tiempo que había perdido. ¿De verdad crees que podría haberlo parado todo y haberle hecho caso a la razón? ¿De verdad crees que en mi cabeza había siquiera un ápice de razón en ese momento?

Ennio para al camarero, que pasaba por allí en ese momento, y le pide otra ronda. Cuando el chico se está alejando, Ennio lo llama de nuevo y le pide cambiar su cosmopolitan por *whisky* . Está visiblemente alterado, y en parte Julia se compadece de él.

Pero agradece que Ennio siga allí, y agradece que haya decidido pedir más alcohol.

Aún queda mucho de lo que hablar .

Que no le hable a Ennio de los detalles de esa noche no quiere decir que en ese instante no la recuerde de principio a fin, como una secuencia rápida de imágenes nítidas, eufóricas y desoladoras.

Si cierra los ojos, recuerda las horas que se pasó a solas en la cocina, preparando la cena ella misma en lugar de pedir comida tailandesa porque había decidido que, si había cambiado todo entre ellos, las antiguas costumbres tenían que cambiar también. Si los vuelve a cerrar, se ve haciéndose el recogido elaborado que había aprendido a hacerse en YouTube, poniéndose el vestido granate que había elegido para adelantarse a los posibles ataques del vino. Si los cierra una vez más, revive el momento en que abrió la puerta y tuvo la figura larguirucha de Clive delante y, durante un segundo, casi sintió que no había pasado el tiempo, que habían vuelto a aquella última cena, antes de que Clive se marchase a Nueva York. Antes de perderlo.

Recuerda que dejó pasar a Clive sin abrazarlo, insegura sobre cómo tratarlo. Le tendió una copa de vino y, mientras hablaban de tonterías, del tiempo, de Sean, de la cena, se sentaron en el sofá; Julia en un extremo, Clive en el otro, evitando mirarla a los ojos durante demasiado tiempo, dedicándole una breve sonrisa cada vez que se atrevía a hacerlo, tan breve que Julia se preguntaba si se la estaba imaginando. Clive tenía los rizos más largos que nunca, por debajo de las orejas, y más oscuros, por culpa, suponía J ulia, de la vida confinada, resguardada del sol, que habrían llevado Ennio y él en el loft de Nueva York, escribiendo y quién sabe qué más. Pero Julia no quería pensar en eso. Quería pensar en los ojos casi plateados de Clive, posados en ella con una nueva intensidad que esperaba no estar imaginándose. Quería pensar en que cada vez parecían charlar con más soltura, adoptando casi la fluidez del pasado. Quería pensar en el roce de sus yemas en el antebrazo, donde se las había empezado a apoyar más a menudo de lo habitual ahora que se había acercado un poco más. ¿Se estaba mostrando

más cercano para compensar su pelea, los días sin hablar y el rechazo previo? ¿O era algo más?

Charlotte no estaba en casa. Julia, que no le veía ya el sentido a ocultarle nada a su madre, puesto que de todos modos parecía saberlo siempre todo sobre ella antes que ella misma, se había apoyado en Charlotte durante aquellos días, tras la vuelta de Estados Unidos. De modo que, en cuanto Julia le había dicho que Clive le había propuesto cenar juntos, Charlotte había llamado a Francine y se había buscado un plan fuera de casa.

Pero daba igual que tuvieran la casa para ellos solos, porque esta vez era distinta. Esta vez no se iban a besar, no se iban a acostar, no había posibilidad de que floreciera una historia de amor entre ellos. Clive se lo había dejado muy claro aquella noche en Nueva York.

Hasta que cogió la copa de Julia con delicadeza, la dejó sobre la mesita de café, le sostuvo la cara, se acercó a ella y posó sobre su boca unos labios que Julia casi había aceptado ya que jamás probaría.

Y recuerda más de esas horas, mucho más, pero prefiere guardar esas imágenes, preservarlas en un lugar seguro para poder sacarlas y juguetear con ellas con los dedos de la mente como canicas y contemplarlas de cerca y disfrutarlas cuando no esté Ennio delante .

Unos días después me habló de su novela, le dice Julia cuando el camarero se marcha, tras haberles servido la bebida. Yo, que aún no me creía del todo lo que habíamos hecho, que me reía sola en momentos inesperados del día cuando me acordaba, no hacía más que darle vueltas, preguntarme qué éramos, hacia dónde íbamos. Me ponía nerviosa cuando recibía algún mensaje suyo y de repente no sabía cómo hablarle. Nuestra relación profesional era lo último en lo que pensaba. Pero de pronto, un día, más o menos tres semanas después de su regreso, me contó que en Nueva York había conseguido al fin planear algo que podría ser *la* novela. Era la primera vez que nos veíamos después de habernos acostado, de modo que en parte agradecí la conversación porque me distrajo de mi obsesión con las dudas sobre nuestro vínculo. Y lo último que quería era agobiarlo con ellas.

¿Te enseñó la novela?, le pregunta de un modo cortante Ennio.

Julia lo mira recelosa.

En ese momento no. No la tenía terminada. Solo tenía una escaleta muy detallada y algunas escenas que me enseñó más adelante. Por entonces tan solo me dijo que era una novela sobre relaciones familiares opresivas, una historia basada en su vida, pero ficcionalizada, claro. La cuestión es que en ese momento… En ese momento era todo demasiado ideal. Clive había vuelto, yo estaba convencida de que se había dado cuenta al fin de que sentía algo por mí, nos habíamos acostado y había sido…, empieza a decir Julia con estrellas en los ojos, pero Ennio carraspea. Perdón. Había vuelto, nos habíamos acostado, había conseguido escribir algo que prometía y, bueno, lo siento, pero además habías desaparecido de nuestras vidas. En ese momento me alegraba, como entenderás.

Ennio tensa la boca y asiente.

El único problema era que a Clive le preocupaba que su novela fuera demasiado sincera, demasiado pegada a la realidad, y me dijo que estaba pensando en maneras de transformarla para que su padre no pudiera atar cabos. Pero, cuando lo consiguiera, si era la

mitad de buena que los relatos suyos que había leído años atrás, estaba segura de que podría vender su novela a cualquier editorial de ficción literaria de prestigio, de que me ascenderían, de que juntos seríamos la pareja más poderosa de la agencia y del mundo editorial. Todo sería perfecto. Demasiado perfecto, según averigüé poco después .

Otro recuerdo la visita, llega flotando hasta ella junto con el olor a gases de escape, a hojas húmedas, a tabaco, a alcohol:

Michael llegando al vestíbulo de McAllen & Pratt con un abrigo largo azul marino, un portavasos de cartón con dos cafés en una mano, su maletín en la otra. El aire de la agencia cambiando a su paso. Julia viéndolo recorrer el pasillo a través de la pared de cristal de la sala de trabajo, deseando que siguiera de largo, que fuera a visitar a Sean. La figura de Michael en la puerta de la sala, su silueta recortada por el fluorescente del pasillo. Su voz: Julia, ¿tienes un momento?

Su rostro. Había algo nuevo en su rostro. ¿Qué era? Julia lo estudiaba conforme se acercaba a él, vacilante. Ah, sí, recuerda que pensó, desconcertada. Que no da miedo.

Relajó los hombros. Solo un poco.

Y un poco más cuando Michael estiró el brazo y le dijo: El de la izquierda es un *latte* con soja. Lo tomabas así, ¿no?

Y más aún cuando, después de aceptar el café, Michael la rodeó con el brazo en una especie de medio abrazo afectuoso.

¿Paseamos?, le preguntó Michael. Julia miró hacia Sean, que los observaba desde su despacho a través de la puerta abierta. Le asintió con una sonrisa complacida.

Cuando salieron a la calle, Michael no la hizo esperar más.

Estoy muy contento por vosotros, Julia, le dijo, y un escalofrío que no se debía al fresco de la mañana se extendió por la piel de Julia.

¿Clive se lo había contado? ¿Qué le había contado exactamente? ¿Eran ya novios y ella ni siquiera se había enterado?

Ahora que Clive ya no tiene malas influencias en su vida, vais a ser la pareja más poderosa del mundo editorial, añadió Michael.

Julia dejó escapar una risita y le dio un sorbo al café en un intento de ganar tiempo. No sabía qué decir. Qué sentir. Felicidad mezclada con incredulidad mezclada con incertidumbre. ¿Por qué se lo habría contado a su padre antes de mantener una conversación con ella

sobre lo que eran?

Daba igual.

Lo importante era que Clive lo tenía tan claro como para haberlo hecho oficial.

La quería.

Espero que ahora seas capaz de meterlo en vereda, eh. Que termine de una vez el manuscrito ese que dice que está escribiendo y que puedas conseguirle el mejor contrato. Espero mucho de vosotros.

Algo más se unió al torbellino de sentimientos y sensaciones: presión. Pero, por una vez, Julia se veía capaz de estar a la altura .

¿Qué te puedes esperar de ese hijo de puta?

Julia se queda paralizada ante la pregunta de Ennio, a punto de beber, sintiendo el borde de la copa en los labios, el frío del cristal. ¿Acaba de contarle todo eso en alto?

Debería dejar de beber. Centrarse.

¿Cómo?, le pregunta.

Michael, responde Ennio. Claramente se quería aprovechar de ti. Te veía como la salvación del maricón fracasado de su hijo.

Julia se estremece.

¿De verdad no eras consciente?, insiste Ennio.

A pesar de las historias que le había contado Clive desde que eran pequeños; a pesar de que no tenía motivo alguno para mentir; a pesar de que cuando eran adolescentes había visto salpicados por la casa de Clive aquellos cuadros religiosos que tan horteras le habían resultado, tan fuera de lugar entre el resto del mobiliario sofisticado y desorbitadamente caro, y se había topado después con el crucifijo sobre la cama de Clive y sobre la del dormitorio de los padres de Clive, cuando al volver del baño se había perdido por los pasillos laberínticos de aquella casa tan enorme que la abrumaba, se había equivocado y había entrado allí en lugar de en el cuarto de Clive; a pesar de que era consciente de la presión a la que lo habían sometido por mantenerse en el «camino correcto», el «camino de Dios», y sabía que crecer con esa presencia religiosa omnipresente podía tener todo tipo de consecuencias, raíces profundas, tal vez más que las de la violencia física, raíces de las que en el futuro podrían brotar emociones invasoras, como un sentimiento debilitante y dominante de culpa; a pesar de todo eso, Julia nunca había visto a Michael mostrarse violento u hostil con su hijo. No había podido evitar dudar alguna que otra vez si Clive estaría… no mintiendo, pero tal vez exagerando. Si en realidad Michael no sería tan malo.

Supongo que ya nunca lo sabré, piensa.

Como te decía, muchas veces mentirnos a nosotros mismos nos hace la vida más fácil, Ennio.

Ennio vuelve a levantar la copa.

Amén, hermana, dice, antes de ponerle un lacito a la frase con un hipido .

¿Recuerdas la llamada?

A Julia no le tiembla la voz al formular la pregunta porque ya se había preparado, porque sabía que tarde o temprano tenía que llegar.

A Ennio, sin embargo, le cambia la cara, reajusta el peso de su cuerpo en la silla.

¿Qué llamada?

Tres semanas después de que Clive volviera de Nueva York, responde Julia. Había pasado la noche en mi casa, pero no habíamos hecho nada. Habíamos cenado con mi madre, habíamos visto una película, *El talento de Mr. Ripley* , creo, y nos habíamos ido a dormir pronto. Tuvimos que dormir en mi cama, que es individual, y a mí al principio la idea me pareció hasta sexi, de modo que me insinué, pero Clive me dijo que no podría con mi madre allí y lo noté… más serio de lo que esperaba. Por la mañana, cuando mi madre ya se había ido a la piscina, oí sollozos en el baño. No pude oír la conversación que estaba manteniendo, solo murmullos, pero oí tu nombre. De eso estoy segura.

Después de unos segundos de silencio, Julia insiste.

Estaba hablando contigo, ¿verdad? ¿Recuerdas la llamada o no?

Cómo no la voy a recordar, Julia. Ennio toma aire y añade: Fue la última.

Julia traga saliva; lo intuía, pero no podía estar segura.

Quería…, empieza a decir, pero incluso ahora, incluso habiendo logrado sacar el tema sin vacilación, la idea la rompe por dentro. Quería volver contigo, ¿no?, logra preguntarle al fin.

Bueno, no dijo esas palabras, pero eso creo, sí.

Julia ahoga un sollozo y luego tose a propósito para que Ennio lo confunda con un carraspeo.

Pero me contó que estaba contigo, continúa Ennio. No quise saber exactamente a qué se refería. Si se estaba quedando en tu casa, si estabais saliendo, si era serio… No le pedí explicaciones. Pero supongo que ahora lo sé.

Ennio mira a su alrededor: el interior del bar, al camarero, que limpia una mesa cercana, el cartel de neón. En sus ojos casi pueden verse las imágenes que están sucediéndose en su cabeza como diapositivas. Este mismo local. Una bebida equivocada para un cliente que poco después le cambiaría la vida. Unas primeras palabras intercambiadas. «Perdona». Probablemente lo mismo que le diría hoy si pudiera.

En fin, sigue diciendo Ennio. Me contó que estaba contigo y, cuando le pregunté, me admitió que no había podido hablar con su padre ni pensaba cambiar el manuscrito. Y yo lo único que pensé en ese momento fue… ¿Y para qué me llamas, entonces? Ennio levanta ambas manos. Tiene las mejillas sonrosadas. Sigue hablando: Vale, sí, puede que dudase un momento, porque era Clive. Porque aún recordaba lo que había vivido con él, claro, el futuro que había imaginado con él. Y aún lloraba por él más a menudo de lo que me gustaría admitir, añade con una risilla casi inaudible. Pero, no sé, Julia. No había cambiado nada. Me seguía pareciendo cobarde, y ya había salido con cobardes en el pueblo, y eso nunca acaba bien. ¿Quería volver a lanzarme al mismo cenagal, sabiendo que podía ser más difícil aún intentar salir una segunda vez?

Ennio…, le dice Julia con el tono de una madre decepcionada ante las decisiones vitales de su hijo, aunque para Ennio tal vez no tenga sentido su actitud, porque su rechazo fue el único motivo por el que ella pudo seguir con Clive, aferrarse a él unos días más.

Pero, sí, claro que tiene sentido, porque, si Ennio lo hubiera aceptado, tal vez ella seguiría teniéndolo también, aunque no fuera del modo que hubiera deseado. Tenerlo de cualquier manera le habría bastado.

Y por eso le dice:

Lo tenías todo, Ennio. ¿Cómo pudiste no verlo? Tenías a una persona que, a pesar de su pasado, de lo difícil que le resultaba confiar en los demás, lo había dejado todo por ti. Tenías al mejor amigo que se puede tener, y créeme que eso te lo puedo asegurar. Tiempo para escribir. Dinero. Una historia de amor y libros en Nueva York, una puta película romántica de Hollywood con una trama de las que no existen en la vida real. ¿Por qué coño no supiste

valorarlo?

Ennio se sorbe la nariz. Da un trago al *whisky* y se pasa el dorso de la mano por la boca con las luces de la ciudad centelleando en la capa líquida de sus ojos.

Ambición.

Julia deja la copa sobre la mesa con un golpe seco. Apoya los codos en la superficie y le espeta:

Esa respuesta también es peliculera, Ennio. Es la respuesta que te hace quedar como alguien… tal vez frío, sí, pero empoderado. Pero no es la verdadera.

Un taxi pasa a toda velocidad cerca de la mesa y el flequillo trigueño de Ennio ondea y aterriza sobre sus ojos.

No, admite.

¿Y cuál es?, insiste Julia, incapaz de sustraer el tono acusatorio de su voz. ¿Qué es lo que te impedía valorarlo?

Ennio inhala.

Lo que lo arruina todo, contesta despacio. La inseguridad .

Julia empieza a cansarse. Está anocheciendo, el alcohol ha dejado de envalentonarla y ahora siente su peso en las extremidades, en la cabeza. No sabe si quiere seguir hablando. Ya le ha contado a Ennio la parte buena, los fragmentos que quería recordar. El regreso de Clive, su triunfo, la promesa de un futuro brillante juntos. Pero, al igual que el de Ennio con Clive, el suyo también se truncó, en parte por su culpa. Por no haber sabido ver las señales. Por haber fingido no verlas, en lugar de pararle los pies a su mejor amigo y aceptar la realidad.

Que Clive nunca había estado enamorado de ella.

No quiere tener que hablarle de esa parte a Ennio, pero siente que se lo está ganando conforme avanza la noche, que, si Julia se sincera y le cuenta cómo se vino todo abajo, Ennio también le confesará la verdad. Serán iguales.

Después de esa llamada, decidí olvidarme de todo lo que no fuera Clive, le dice a Ennio, que entorna los ojos con intención de mostrarle que está atento, complacido, supone Julia, de haber dejado atrás sus actos reprochables para seguir con la historia de Clive y ella. Decidí olvidarte a ti, el trabajo, a Michael… Centrarme solo en él, en que estábamos juntos al fin, y quise acallar mis dudas poniéndolo a prueba. Al fin y al cabo, no nos habíamos vuelto a acostar, y esa primera vez yo estaba demasiado extasiada, demasiado embriagada. Necesitaba acostarme con él otra vez y estar presente, fijarme en él, en su comportamiento, cerciorarme de que me quisiera. No solo de que me quisiera: de que le atrajera, de que me deseara. Así que volví a invitarlo a mi casa un día que mi madre ya tenía planes con Francine de todos modos y…

Julia, la corta Ennio, probablemente temiendo que sea más explícita esta vez.

Pero Julia sigue:

Y olía a alcohol que apestaba, Ennio. Nada más llegar, nada más besarlo, supe que ya venía bebido. Y entonces caí: la primera vez habíamos estado bebiendo durante un buen rato antes de

acostarnos, y Clive bastante más que yo. Y el día que yo había intentado insinuarme en mi dormitorio y Clive me había rechazado, no había bebido en absoluto. No era mi madre el problema. Era yo.

Ennio contrae la cara como si sufriera por Julia, como si, a pesar del derrumbe de su propia historia de amor, fuera consciente de su superioridad. Porque al menos Clive sí había estado enamorado de él en algún momento.

Para la tercera vez, continúa Julia, fue Clive quien me invitó a su casa. A mí empezaba a costarme hacerme la tonta, claro, pero tampoco sabía qué hacer, cómo proceder, qué camino debía tomar. ¿Le decía algo y me arriesgaba a que se replegara? ¿Me callaba y esperaba a que, con el tiempo, Clive consiguiera sentir algo auténtico por mí a base de forzarse? Ese día fue el día en que debí darme cuenta de todo. Haber parado la farsa. Porque ese día no solo olí el alcohol en su aliento, sino que más tarde también lo vi…

Tomarse unas pastillas, dice Ennio, terminando la frase por ella, preparado, esperando, al parecer, la llegada de este momento.

Julia enarca una ceja. ¿Las pastillas no eran algo nuevo?, se pregunta. ¿Es eso algo bueno?

S-sí, balbucea. Esa noche sí nos acostamos; supongo que ganó la parte más básica y primitiva de mí. Pero luego, cuando nos fuimos a dormir, noté que daba vueltas y vueltas en la cama, y yo seguía despierta, pensando en si debía haberle dicho algo antes, en cómo abordar el tema del alcohol, cuando lo vi levantarse, acercarse a la cómoda y sacar una petaca y un frasco. Le pregunté qué hacía, qué se estaba tomando, pero se sobresaltó al oír mi voz y solo me dijo que eran unas pastillas naturales para dormir que le conseguía un amigo o algo así. A la mañana siguiente intenté abrir el cajón de la cómoda mientras Clive se duchaba, pero estaba cerrado con llave. ¿Las tomaba ya antes, entonces? ¿Eran de verdad solo pastillas para dormir?

Ennio inspira hondo.

Sí, bueno, no sé, eso me decía. En Nueva York también las tomó alguna vez, pero solo en los peores momentos.

Julia asiente, la invade cierto alivio.

Pero entonces las palabras de Ennio resuenan en su cabeza,

rebotan de un lado a otro de su mente con unas puntas afiladas, cortantes:

«Solo en los peores momentos».

¿Era eso lo que era ella para Clive ?

Los recuerdos tiran de nuevo de ella, la arrastran hacia ese segundo mes tras el regreso de Clive. Después de aquella noche, Julia veía cada vez más a menudo como el rostro de Clive se transformaba momentáneamente, se descomponía, se ensombrecía. A veces eran solo instantes; otras, días enteros, días en los que Clive no era capaz de escribir ni una palabra o días en los que quedaban cuando Clive salía de trabajar en la empresa de su padre y se sumía en un silencio ensordecedor o días en los que algo parecía atormentarlo cuando, al menos aparentemente, no había ocurrido nada. Cuando dormían juntos, Julia solía detectarlo nada más levantarse, nada más girarse y ver la expresión de Clive al abrir los ojos. Era un gesto ladeado de la boca, un suspiro un poco más largo de lo normal, la mandíbula tensa, el rostro rígido. ¿Cómo puede estar ya así?, pensaba. Si ni siquiera le ha dado tiempo a procesar el día que tiene por delante.

No era solo insomnio o nervios; algo más se apoderaba de él esos días. Nunca se lo habían diagnosticado de manera oficial, pero la depresión de Clive había empezado a ser evidente para ella. El *whisky,* las pastillas, la necesidad de ahogar el mundo y las voces de su cabeza…

Y no siempre sabía cómo tratarlo en esas ocasiones. Cuando podía, probaba el enfoque de entretenerlo, hablarle de los manuscritos horribles que le habían mandado y de los que prometían y le podía pasar a Clive en secreto, hacerle reír o sacarlo de su casa con alguna excusa, pero otras veces se quedaba en blanco, como si la misión de elevar ese ánimo que parecía ahogarse en las profundidades de un océano negro fuera una tarea titánica. El cariño no siempre funcionaba; en los peores días incluso lo alejaba, y animarlo con palabras era difícil cuando ni siquiera ella podía sacar fuerzas, ni siquiera ella era tan ilusa como para fingir que todo era fácil y que aún había esperanza.

En esos días, en los días peores, en los días de retraimiento, oscuridad y llanto, Julia, que nunca había sido propensa a llorar,

había empezado a encontrarse en el baño, a oscuras, con charcos en los párpados. Se escondía para que Clive no fuera consciente de su egoísmo, pero lloraba por él, lloraba por su amistad, lloraba su pérdida, recordaba los mejores momentos que habían pasado juntos y lloraba como si Clive hubiera muerto, como si la persona con la que había vivido todo aquello no fuera a volver jamás.

Era turbio, enfermizo, y jamás lo habría admitido, pero no podía evitarlo. La primera vez se había sorprendido a sí misma; se creía más fuerte, más cuerda. Pero poco a poco se había ido volviendo una rutina.

Clive lloraba por la imposibilidad de la vida; Julia lloraba por la perspectiva de la muerte.

De la muerte de su mejor amigo .

Me preguntabas antes si no pensé en la posibilidad de que Clive estuviera conmigo por conveniencia.

Yo no he dicho exactamente…, empieza a corregirla Ennio.

Da igual, lo corta Julia. Lo digo yo. Porque es lo que estaba ocurriendo. Y, como te he dicho antes, al principio no, no podía siquiera plantearme la posibilidad; estaba tan incrédula que solo supe dejarme llevar por la emoción, aferrarme a lo que me estaba ofreciendo. Pero llegó un punto en que ya me era imposible no hacerle caso a la razón y negar los hechos. Me era imposible seguir fingiendo. A esas alturas ya me daba igual nuestra relación profesional, su manuscrito, su padre… Solo quería recuperar a mi mejor amigo. Nuestra vida anterior.

Ennio se aparta el flequillo de la cara y Julia se da cuenta de que lo hace con el dedo corazón, como solía hacerlo Clive. También ladea la cabeza como la solía ladear Clive. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Y de verdad es posible adquirir ciertos gestos de una pareja con la que solo has estado unos meses? ¿Cómo será la huella que ha dejado Clive en él? ¿Cómo será en comparación con la suya? ¿Cuenta más la intensidad que el tiempo?

Suspira y trata de seguir hablando antes de que Ennio se extrañe ante la atención con la que lo está estudiando:

Y eso era lo que estaba decidida a hacer cuando llegué a casa después de trabajar. Pensaba llamarlo, quedar esa misma noche y decirle que lo sabía todo, que no pasaba nada. Que para mí era más importante nuestra amistad que el resto de sentimientos que pudiera haber tenido hacia él. Pero en cuanto llegué supe que algo no iba bien. Mi madre estaba preparando la cena y me dijo, cuando oyó la puerta principal abrirse, que Clive se había pasado por allí esa mañana y me había dejado algo en mi cuarto. Tiré el maletín y el abrigo al sofá y fui a toda prisa a mi dormitorio mientras oía a mi madre decir algo sobre que lo había notado muy raro, que le había dado un abrazo más largo y fuerte de lo normal.

Ennio muda la expresión, y algo en ella le dice a Julia que sabe lo

que está por llegar.

En la cama me había dejado un sobre cerrado, sigue diciendo Julia. Imagino que para que no lo leyese mi madre. En ese momento me sentí justo como la tinta de mi nombre, escrito en el papel blanco del sobre, ya emborronada con mis lágrimas incluso antes de abrirlo: deshecha, confusa, a punto de desvanecerme. Julia se estremece ante sus propias palabras, siente que con su intensidad y teatralidad le restan autenticidad, pero luego recuerda la pomposidad del texto de Ennio y se siente con la potestad de igualar su nivel. Sigue hablando: Sigo teniendo esa carta. No sé cuántas veces la habré leído… En ella me decía que lo primero que sentía era haber aceptado mi oferta de representarlo, que al firmar conmigo había convertido nuestra relación en una transacción, que es lo que hace el mundo editorial con todo; que volver a Londres había sido un error, haberle hecho caso a su padre había sido un error, que debería haber dejado de seguir sus reglas mucho tiempo atrás. Y que necesitaba marcharse de nuevo para encontrarse a sí mismo lejos de aquí, de su familia, de la presión de la escritura, de… de ti.

Ennio cierra los ojos despacio, agacha casi imperceptiblemente la cabeza. Cada vez hay más gente sentada en las mesas de su alrededor, pero para ellos son simples borrones que emiten un zumbido confuso, como el de una nevera antigua por la noche. Nadie tiene voz, nadie tiene una cara tan nítida como aún ven la de Clive.

Cuando Ennio vuelve a mirar a Julia, ella continúa:

Incluso de mí. Me admitía que no me estaba siendo sincero y no me lo merecía. Lo primero que quise hacer fue llamarlo de inmediato, decirle que lo entendía, que comprendía que necesitase alejarse de todo, pero de mí no. De mí no, porque yo podía estar de su lado, podía ser lo que él necesitase, solo su amiga, solo un pilar, lo que fuera, aunque me costara, aunque me llevara tiempo. Pero supongo que en aquellos meses de fingir le había demostrado lo contrario, porque cuando lo llamé ya había bloqueado mi número. Y es probable que para entonces ya estuviera subido al avión.

Fue entonces cuando me llamaste a mí, supongo, le pregunta Ennio, y Julia frunce todo el rostro al sentir una punzada de

resentimiento en algún lugar profundo del estómago.

Puede comprender que Ennio no contestara la llamada en el momento porque no quisiera saber nada de ella, pero le cuesta digerir que aún hoy lo recuerde, que siga siendo consciente de que en ese momento ella necesitaba respuestas y Ennio la ignorase.

No me sentía preparado para hablar sobre Clive, le explica Ennio al asimilar su expresión, y le tiende un sobre. Porque yo también había recibido una carta ese mismo día .

El mero roce de la celulosa contra sus yemas la absorbe, la arroja, y Julia aterriza en aquel día, aproximadamente medio año después de que Clive desapareciese de su vida, en que vio la valla publicitaria.

Hacía una tarde agradable, demasiado calurosa para ser primavera, y Julia iba de camino a encontrarse con Savannah, con quien había empezado a llevarse mejor desde lo de Clark, y desde que Julia se había visto sola y con necesidad de compartir su tiempo libre con alguien que no fuera su madre. Acababan de cobrar y habían decidido ir al Odeon a ver una película que Julia ahora es incapaz de recordar, porque el resto de la tarde, a partir del instante en que levantó la vista del móvil tras mandarle un mensaje a Savannah para avisarle de que estaba llegando y vio el rostro de Ennio a todo color en una valla publicitaria de 63 metros cuadrados, es una sucesión de imágenes titilantes, algunas muy nítidas, otras confusas.

Bajo el semblante arrogante y photoshopeado de Ennio estaba la cubierta de un libro, una ilustración oscura e inquietante de un niño de espaldas ante lo que parecía un demonio emergiendo de la pared. La escena de la ilustración ya le recordó a algo que había leído antes, a algo que había oído antes, pero, cuando vio el título, esas letras en un tono verde neón que contrastaba con la penumbra de la imagen, se le revolvió el estómago. *Esos demonios no son míos* . Era el título del manuscrito que Clive había compartido con ella, el que en un principio, antes de que se torciera todo, iba a tratar de vender ella. El que hablaba de la infancia de Clive, de su adolescencia, de sus traumas, de la muerte de su madre, de cómo a veces deseaba que le hubiera ocurrido a su padre en lugar de a ella, de su imposibilidad para escribir, para vivir. De Ennio. De ella.

No, claro que no recuerda la película, piensa Julia mientras abre el sobre, porque no llegó a verla. Le mandó un mensaje a Savannah antes de que esta la avistara y le dijo que de pronto se había empezado a encontrar mal y había tenido que volver a casa, que se lo compensaría invitándola al cine la próxima vez, y corrió. Corrió a

la librería más cercana, en Cecil Court, y compró un ejemplar del libro de Ennio que agarró de un manotazo del montón que habían colocado en el estante junto a la entrada. Al salir se dio cuenta de que la misma imagen de la valla publicitaria ocupaba también gran parte del escaparate de la librería.

La novela de Ennio era sin duda una de las grandes apuestas de primavera de Winman, el sello de ficción literaria del gigante editorial internacional LitHouse, pero Julia sabía, incluso antes de comprobarlo, que la historia no era suya. Incluso lo decía en el título, que se había atrevido a dejar intacto y había cobrado un nuevo sentido: ya no eran los demonios que le habían impuesto a Clive, sino que literalmente los demonios no eran suyos; eran los de otra persona. Ennio se estaba riendo del público en su cara.

Ansiosa, Julia se sentó en la terraza de La Roche, en St Martin's Lane, y leyó.

Página tras página, la historia de Clive se iba desplegando ante ella. Con una diferencia: el protagonista era gay y se llamaba Elio.

Trató de llamar a Clive esa misma tarde, en un momento de urgencia y conmoción que hizo que olvidara que Clive había bloqueado su número y sus perfiles en redes. Lo único a lo que pudo recurrir fue a enviarle varios correos con el asunto URGENTE a lo largo de los días siguientes, aun siendo consciente de que lo más probable era que quedaran en una especie de limbo digital. Y así fue.

Julia mira ahora a Ennio, que le devuelve la mirada con un rostro que trata de aparentar serenidad bajo el que se agita un oleaje convulso. Abre el sobre.

Ennio:

Lo primero que quiero decirte es gracias. Gracias por rechazarme cuando te llamé. Tenías razón; volver así no le habría hecho bien a nadie. Tan solo habríamos recaído en viejos hábitos e inevitablemente nos habríamos vuelto a hacer daño.

He pensado mucho desde la llamada. Esa noche apenas pude dormir, me quedé sumido en una vorágine de recuerdos, arrepentimientos y posibilidades, y al día siguiente amanecí enfermo. No fui a trabajar, me quedé solo todo el día en cama, con fiebre, y de pronto, entre delirios, lo vi todo con mayor claridad que nunca. Vi en qué no tenías razón.

No tenías razón, al menos a mis ojos, en priorizar de ese modo tan extremo la escritura. En obsesionarte con un acto de egoísmo, con un intento de alardear, de alcanzar el éxito a toda costa, ignorando todo lo que había a tu alrededor.

No sé tú, pero lo que más recuerdo yo de Nueva York son las noches en que dormíamos juntos en lo alto del loft, sintiéndonos en la cima de la ciudad solo por estar juntos, intocables; los paseos hacia Drip contigo con la escarcha punzante en la piel y la ciudad despertando a nuestro alrededor, y los posteriores desayunos en los que comentábamos lecturas; la fiesta de Sol y Cat, la primera fiesta en toda mi vida a la que he llevado a un novio y en la que me he sentido parte de una comunidad; el día, nuestro día especial de Navidad, en que me trajiste comida tailandesa después de la pelea con mi padre; la visita a la galería de Sonya, la primera vez en toda mi vida que pude juntar a mis tres mundos: el universo *queer* de Nueva York, Julia y tú. Con todo esto lo que quiero decir es que lo que más recuerdo es el factor humano. Sí, claro que me sentí orgulloso y satisfecho de poder escribir y que pasaba horas delante del ordenador, pero para mí escribir era una consecuencia. Era algo que podía hacer gracias a las relaciones humanas, que alimentaban esa capacidad y a su vez le daban un propósito; algo que me apasiona, y que supongo que siempre me apasionará, pero sobre todo porque

para mí es una forma más de absorber lo que veo y siento y devolvérselo al mundo, compartirlo, con la esperanza de volver a crear más relaciones humanas de ese modo. Un ciclo de conexión, uno que la industria editorial anula con sus contratos degradantes y su competitividad y su enfoque económico y la exclusividad y el predominio de las convenciones y el temor a lo nuevo, a lo que se salga de la norma.

Y con esto no digo que solo estuvieras equivocado tú, ni mucho menos. Si hubiera sabido todo esto antes, si me hubiera conocido como me conozco ahora y hubiera entendido mis prioridades, tal vez podría haberte dicho algo durante esos meses, cuando aún había tiempo de arreglarlo, de corregir el rumbo de nuestra relación.

Porque ahora sé que escribir no lo es todo, y que no quiero escribir mientras eso signifique ignorar a los demás, seguir deprimido porque no soy capaz de terminar nada y por tanto no puedo sentirme validado a través de mis escritos, perderme en libros y perderme… la vida por culpa de los libros. Tenías razón cuando me dijiste que no tenía cojones de vivir una vida real. Demasiada vida he perdido ya.

Lo que quiero ahora, precisamente, es más vida.

Es a ti a quien le importa el éxito, Ennio, quien necesita publicar y hacerse un nombre. Yo, después de toda una vida sintiendo que no encajo, solo necesito eso: encajar, encontrar mi lugar con gente para la que yo sea su lugar. Pero tú necesitas algo más, y lo comprendo. Y por eso te escribo esta carta.

Porque también recuerdo aquel día en Drip en que dijiste, medio en broma, que tal vez podrías publicar tú mi novela. Y yo incluso entonces supe, por tu expresión, que no era broma en absoluto, que una parte de ti quería hacerlo en realidad.

Y podrías.

Y tal vez deberías.

A ti, publicar mi novela, si de verdad es tan buena como me asegurabas, tal vez te podría ofrecer todo lo que buscabas: un primer contrato, fama, dinero, una manera de demostrarle a tu familia que puedes conseguirlo todo. Y quizá también en cierto

modo me beneficiase a mí, porque mi historia, una, de nuevo según tus propias palabras, necesaria para muchos jóvenes oprimidos, podría ver la luz, ayudarlos; se cumpliría mi deseo de conectar con otras personas, aunque fuera de un modo indirecto, aunque los lectores no supieran nunca con quién están conectando en realidad.

Sé que esto te pillará por sorpresa, pero yo lo he pensado mucho, Ennio; no es una decisión precipitada.

Sí sería, sin embargo, mi segunda opción.

La primera sería que vinieras conmigo.

Me voy de nuevo, Ennio. Mientras pienso en escribirte las palabras «no soy feliz aquí», me siento casi ridículo, porque es más que evidente que no soy, ni nunca he sido, feliz aquí, y que decirlo de ese modo es un eufemismo casi infantilizante. Al verme atrapado aquí de nuevo he estado a punto de hacer cosas que me avergüenza admitir. Pero he decidido darme otra oportunidad, y para ello necesito dejarlo todo atrás. No sé si seré feliz en algún sitio, pero lo más cerca que he estado de experimentar la felicidad ha sido en Nueva York, así que allí es a donde vuelvo. Sin el loft, claro. Sin el apoyo, ni económico ni moral, de mi padre; de hecho, ni siquiera lo sabe. Julia tampoco sabe adónde voy, pero ahora mismo no puedo enfrentarme a ella. Sé que hay más posibilidades de unir nuestras vidas de nuevo algún día si me alejo ahora de ella, de unos sentimientos que no puedo corresponder, si permito que sea feliz y lleve la vida sincera que merece. Sol me ha dicho que se han cambiado de local; van a abrir un nuevo Drip, uno más grande, y necesitan personal, y mientras ahorro Sonya me ha dicho que estará encantada de compartir su estudio conmigo, ahora que ha dejado a Micah.

De modo que sí, mi primera opción, aunque haya empezado la carta agradeciendo tu rechazo y pensando que cuando me llamaste no estábamos preparados para volver, sería que vinieras conmigo. Porque ahora, aunque solo hayan pasado unos días, tengo más claro que nunca lo que importa, lo que le da sentido a mi vida. Y, si te veo mañana a las ocho de la mañana en la Terminal 2 de Heathrow, entenderé que a ti te importa lo mismo,

sabré que tus prioridades encajan con las mías y estaré seguro de que podremos recuperar lo que tuvimos una vez. Crear algo mucho mejor, incluso. Más sano, más puro. Como iguales.

Si no aceptas, tienes mi permiso para publicar la novela que te dejo en el USB en este mismo sobre. Espero que tengas razón en cuanto a su calidad y te conceda todo lo que siempre has deseado, Ennio. Quizás hayas logrado terminar alguno de tus proyectos en estos meses y no te haga falta; eres más bueno de lo que crees. Pero, si no es así, si crees que necesitas mi historia, publícala. Aprovéchala. Es tuya. El mundo editorial ya no me interesa; si vuelvo a escribir algún día, será para mí.

Siento que todo haya salido así. Siento tener que irme y no poder enfrentarme a lo que nos separa aquí y ahora. Tal vez haya otras maneras. Tal vez no sea lo bastante valiente. Tal vez nada de lo que me impide ser quien soy aquí sea tan grave como lo es en mi cabeza. Pero, parafraseando a Leavitt, que parafraseó a Forster, el pánico y el vacío se experimentan siempre como pánico y vacío, sin que importe su magnitud.

Una vez más, lo siento.

Espero de verdad que, de un modo u otro, logres cumplir tus objetivos.

Suerte.

Cliv e

# EPÍLOGO

Julia deja la carta sobre la mesa despacio. No sabía qué sentir.

¿Dolor porque le dijo a Ennio adónde iba y a ella no, porque le dio (¿le pidió?) a Ennio una última oportunidad para salvar su relación y a ella no?

¿Alivio porque es, o al menos eso le parece, más probable que quien algún día vuelva a formar parte de la vida de Clive sea ella, quien no lo ha rechazado, quien solo ha cometido el error de mirar hacia otro lado, quien no ha tenido la opción de elegir entre perderlo o reconstruir su relación desde cero?

¿Culpa por no haber reaccionado antes, aun sabiendo que Clive no era feliz, ni siquiera era él mismo, con ella?

¿Rabia por cómo ha salido parada después de todo?

¿Vergüenza porque ha estado más de tres meses esperando a que Clive se pusiera en contacto con ella para emprender acciones legales contra Ennio por plagio, cuando en realidad nunca tenía pensado publicar esa novela y se la había cedido a Ennio sin avisarla?

Clive ha conseguido lo que quería: ser libre lejos de allí. Ennio ha conseguido lo que quería: el éxito. Puede que los dos se arrepientan, que hayan escogido mal; no lo sabe, pero sí sabe que han tenido la posibilidad de escoger. Ella, sin embargo, ni siquiera sigue tal y como estaba antes de que Ennio entrara en sus vidas, sino más sola, traicionada (¿puede sentirse traicionada alguien que ha traicionado?), trabajando aún para el mejor amigo del padre de Clive, quien no ha vuelto a visitarla desde que su hijo se marchó.

Y sabe que, aun así, debería sentirse afortunada, que Michael podría haber hablado con Sean y habérsela quitado de en medio en

un abrir y cerrar de ojos. En realidad, aún puede hacerlo en cualquier momento; intuye que el único motivo por el que no lo ha hecho es porque sabe que Julia lo intentó, que si fuera por ella aún seguiría con Clive, que su hijo siempre ha sido maricón y siempre va a seguir siéndolo y no es culpa suya. Eso no quita, no obstante, que el ambiente con Sean no sea el mismo. Sin el favor de Michael, ahora solo la respaldan sus propios méritos, que por suerte no han sido pocos estos últimos meses, gracias a los consejos de Savannah y a varias novelas *upmarket* que ha logrado vender y han traído dinero a la agencia, pero es consciente de que necesita más que nunca encontrar *el manuscrito* para afianzar por completo su puesto y su lugar en la industria por sus propios medios.

Es entonces cuando una idea comienza a abrirse paso entre la maraña de sensaciones, emociones y sentimientos de su mente.

Una idea que, sin ser ella del todo consciente, comenzó a germinar en el terreno de su cerebro ayer, en realidad, mientras hojeaba una vez más el texto de Ennio y pensaba en su inminente cita, y solo ahora se ha atrevido a brotar, regada por la conversación con Ennio, por la carta de Clive.

¿Es posible?, piensa, y sacude la cabeza.

¿Cómo se la podría plantear a Ennio siquiera?

¿Cómo se lo tomaría Clive, después de haberlo querido dejar todo atrás: a Ennio, a ella, la industria editorial…?

Mientras mete la carta en el sobre recuerda las videollamadas que solía hacer con Clive mientras él estudiaba en Nueva York. El entusiasmo con el que le hablaba de sus relatos, con las mejillas sonrojadas y la estantería llena de libros de segunda mano tras él.

Por entonces, ella también pensaba que su aportación al mundo literario sería de su propia cosecha, con escritos propios, y cuando Clive le hablaba de su pasión por la escritura, de que, aunque sufriera, aunque casi nunca fuera capaz de contar lo que quería, cuando lograba acabar un relato lo sentía como el mayor logro de su vida, Julia pensaba que algún día ella conseguiría sentir lo mismo, cuando tuviera el tiempo y la estabilidad necesarias para terminar sus novelas. Luego su padre se marchó y su madre necesitó su ayuda y sus sueños y ambiciones no solo se esfumaron, sino que le

parecieron incluso ridículas, ideas de niña pija sin responsabilidades.

Si ahora Clive ha decidido abandonar su mayor pasión, rechazar la posibilidad de volver a sentir esa euforia, está en su derecho, piensa Julia, y entiende la magnitud de la decisión. Lo duro que debe haber sido, pero también lo necesario para él.

Ella, sin embargo, nunca ha tenido el privilegio de elegir. Ni de elegir pelear por su relación con Clive ni de elegir entre sueños o trabajo. El torrente de la vida la arrastró hacia la agencia y allí sigue, varada, haciendo realidad los sueños de otros los siete días de la semana, sin más opciones en el horizonte.

O eso creía hasta ahora.

Porque ¿y si… ?

Ennio sabe que puede volver a casa. Que sus padres volverán a acogerlo sin problemas; no, no solo sin problemas, sino con gusto. Que podría estar bien con ellos. Que podría hacerle caso a Clive y alejarse del mundo que lo ha convertido a él en un monstruo, que lo ha separado del único chico del que ha estado enamorado, un mundo que rivaliza, un mundo sin escrúpulos que nunca va a apreciar ni a apoyar lo suficiente a alguien como él, alguien que no escribe novelas comerciales con personajes heterosexuales, o gais creados desde y para la mirada heterosexual.

Pero también sabe que sigue queriendo más, que un pueblo sin trabajo ni futuro ni personas como él ya no es suficiente. Que tal vez no haya aprendido nada de todo esto, pero no puede sencillamente abandonar cuando ha empezado a conseguir lo que se había propuesto, cuando ha saboreado el éxito que tanto ansiaba.

Que necesita aprovechar la oportunidad que le está dando Paolo, tratar de escribir una segunda novela que esté a la altura de la primera.

Pero ¿cómo?

En el fondo, si se sincera consigo mismo, sabe que no va a ser tan fácil. Que volverá a estrujarse el cerebro como cuando vivía con Clive en busca de una idea que se le escapará, que se le escurrirá constantemente entre los dedos en cuanto intente llevarlos a las teclas.

Tiene que admitirlo: nunca ha tenido ninguna idea original que valga la pena. La única historia que ha conseguido propulsarlo al estrellato editorial ha sido la que pertenecía a otra persona. Ahora, una vez que ha jugado esa carta, no le queda nada.

Aunque…

Hay una posibilidad, una idea que centellea últimamente en su mente. Algo sobre lo que sí se ve capaz de escribir, porque ya lo ha hecho. Lo único que siente que podría ser lo bastante bueno.

Pero la idea es delicada, y las repercusiones podrían hacer que no valiese la pena intentarlo.

Podría alejar más aún a Clive.

Supondría explotar una vez más parte de su historia, y tal vez eliminar cualquier posibilidad de recuperarlo en el futuro.

Si es que aún hay alguna posibilidad, claro, porque Clive ya le ha asegurado que sus perspectivas, sus ambiciones, son incompatibles. ¿Debería sencillamente aceptar de una vez por todas que algunas personas no están hechas para estar juntas? Clive y él pertenecen a mundos distintos: Clive puede cambiar de vida y ser fiel a sus principios porque sabe que, en el peor de los casos, siempre podrá dejarse caer de nuevo sobre el colchón mullido, relleno de billetes, de su padre.

Él no tiene eso.

Él, si quiere un futuro, deberá labrárselo por su cuenta.

De modo que ¿y si… ?

Los dos se miran. Los dos son conscientes de que están pensando lo mismo. Son conscientes también de que no deberían. De que Clive ha sido el único con la madurez suficiente como para tomar la decisión más responsable. De que, si llevan a cabo lo que tienen en mente, Clive tal vez no quiera volver a saber nada de ellos. De que no habrán aprendido nada.

Pero, si la vida no te lanza las oportunidades, ¿es reprochable tratar de ir a por ellas por tus propios medios?

¿Sabes que podríamos…? dice Julia, y nada más pronunciar las palabras una punzada de arrepentimiento se le clava en el estómago.

¿Ha bebido demasiado?

No sé si deberíamos, la corta Ennio, inexpresivo.

Tú ya tienes escrita tu parte, insiste Julia. Solo habría que cambiar los nombres y algunos detalles.

¿Por qué sigue hablando, si sabe que no es buena idea? ¿Es por los mensajes que Clive nunca le ha contestado? ¿Por haberse sentido siempre inferior, siempre atada, siempre obligada a hacer lo correcto mientras la mangonean Michael y Sean, porque tiene 27 años y sigue viviendo con su madre, porque no sabe si va a volver a poder hablar con Clive en su vida o si la ha abandonado, a ella, a su mejor amiga, después de haberle insistido una vez más a Ennio para que se marchara con él?

Yo también empecé a redactar un borrador de la mía ayer, admite, cuando pensé que tal vez no fuera capaz de verte en persona.

Ennio sigue mirándola fijamente: los ojos muy abiertos, los labios apretados, la mano aferrada al vaso.

La verdad es que no tengo ninguna otra idea en mente para mi siguiente novela, y Paolo necesita una escaleta nueva ya, dice, subiendo y bajando el talón cada vez más rápido. No deja de mandarme mensajes para ver cómo estoy, si estoy escribiendo, si tengo ya la escaleta del próximo «superventas»…

Julia saca la carpeta del borrador y la deja sobre la mesa con una

mano temblorosa.

Sean, mi jefe, siempre me dice que lo más importante es encontrar historias jugosas. Y esta lo es, le dice mientras Ennio deja la mano flotando sobre la carpeta, vacilante. Estoy segura de que la devoraría. Nos contrataría al momento, y yo dejaría de tener que hacer de su puta secretaria, y tú podrías redimirte, afianzar tu éxito con una historia tuya de verdad. Nuestra.

Pero… entonces estaría admitiendo que la historia de mi primera novela no era mía.

Julia no vacila. Ya preveía esta preocupación.

La ficción, comienza a decir con convicción, siempre permite al narrador tergiversar la realidad. Permite que la agarre y la retuerza a su favor. ¿No crees?

Ennio aprieta y tuerce la boca.

Julia le sostiene la mirada.

Los dos inspiran.

Al exhalar, Ennio posa la mano sobre la carpeta y se la acerca mientras su gesto se transforma, y un instante después, al asimilarlo, el de Julia también.

Ya no tienen los labios fruncidos.

Ya no mueven con nerviosismo las extremidades.

Ahora esbozan una ligera sonrisa mientras las luces de Londres rielan en sus ojos .

# AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido, de lejos, el que más me ha costado escribir. Pero también es uno de los más satisfactorios porque inaugura esta nueva etapa con mi editorial favorita, Letras de Plata, gracias a Leo, que confió en mí tras haber leído solo una novela anterior mía y haber recibido una idea alocada de un posible libro. Gracias infinitas por tu amistad, tu confianza y tu ayuda.

Gracias también a Valeria por tus palabras de ánimo y tu entusiasmo, y por aguantarme más de un correo con documentos equivocados con toda la paciencia del mundo.

Gracias a Facu por el apoyo incluso antes de llegar a Plata y a Luis por la cubierta.

Gracias a Pedro, Luis y Adri G. por haber leído el borrador y haberme ayudado a sacarle brillo. Qué alegría tener amigos tan generosos y perspicaces.

Gracias a Adri, Carlos, Jairo, porque tener como amigo a alguien que escribe puede ser un peñazo. Os quiero mucho.

Y, sobre todo, gracias, siempre, a Pepe y a mis padres, por absolutamente todo.

# ¿TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA?

Escríbenos a...

**plata@uranoworld.com**

Y cuéntanos tu opinión.

Conoce más sobre nuestros libros en...

**plataeditores**

**PlataEditores**